

IMPRIMIR

ESAÚ Y JACOB

MACHADO DE ASÍS

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

ADVERTENCIA

Cuando falleció el consejero Ayres halláronse en su escritorio siete cuadernos manuscritos, sólidamente encuadrados en cartón. Los seis primeros tenían su número de orden, en cifras romanas -I, II, III, IV, V, VI, -escritos con tinta roja. El séptimo llevaba el título: *Ultimo*.

La causa de esta designación especial no se comprendió entonces, ni se ha comprendido después. Sí, era el último de los siete cuadernos, con la particularidad de que era también el más grueso; pero no formaba parte del *Memorial*, diario de recuerdos que desde muchos años escribía el consejero, y que constituía el asunto de los otros seis. No tenía el mismo orden de fechas, con la indicación de la hora y el minuto. Era una narración, y aunque en ella figurara el mismo Ayres, con su nombre y título de consejero, y como alusión algunas aventuras, no dejaba por eso de ser ajena al asunto de los seis cuadernos. ¿Ultimo, por qué?

La hipótesis de que el deseo del difunto fuese imprimir dicho cuaderno a continuación de los otros, no es natural, salvo que quisiera obligar a la lectura de los seis en que trataba de él antes de que se conociese esta otra historia, escrita con un pensamiento interior y único a través de sus diversas páginas. En tal caso, hablaría la vanidad del hombre; pero la vanidad no figuraba entre sus defectos. Y aun cuando figurara, ¿valía la pena satisfacerla? Ayres no representó papel eminente en este mundo; recorrió la carrera diplomática, y luego se retiró. En los ocios del oficio escribió el Memorial que, podado de las páginas muertas u obscuras, apenas bastaría (y quizá baste) para matar el tiempo en el viaje a Petrópolis.

Tal es el motivo de que sólo se publique la narración. En cuanto al título, recordáronse varios que podrían resumir el asunto: *Ab ovo*, por

ejemplo, a pesar del latín. Pero triunfó la idea de darles estos dos nombres que el mismo Ayres citó una vez:

ESAÚ Y JACOB.

ESAÚ Y JACOB

Dico, che quando l'anima mal nata...

DANTE.

I

¡Cosas futuras!

Era la primera vez que ambas iban al cerro del Castillo. Comenzaron a subir por el lado de la calle del Carmen. Hay en Río Janeiro mucha gente que no ha ido nunca, mucha habrá muerto, mucha nacerá sin poner nunca los pies allí. No todos pueden decir que conocen una ciudad entera. Un viejo inglés que, sin embargo, era infatigable viajero, confesóme ha muchos años en Londres que de Londres sólo conocía bien su club, y que era cuanto necesitaba conocer de la metrópoli y del mundo.

Natividad y Perpetua conocían otros sitios fuera de Botafogo; pero por mucho que oyeran hablar de él y de la indiecita que allí reinaba en 1871, el cerro del Castillo era para ellas tan extraño y lejano como el club. Lo áspero, lo desigual, lo mal pavimentado de la cuesta, mortificaba los pies de las damas. No obstante, seguían subiendo, como por penitencia, despacito, con los ojos en el suelo y el velo echado a la cara. La mañana provocaba cierto movimiento: hombres, mujeres, niños que bajaban o subían, lavanderas y soldados, uno que otro empleado, uno que otro comerciante, uno que otro sacerdote, las miraban sorprendidos aunque vistieran con mucha sencillez: hay un donaire que no se pierde y que no era común en aquellas alturas. La misma lentitud del andar, comparada con la rapidez de los otras, hacía sospechar que iban allí por primera vez.

Una criolla dijo á un sargento:

-¡Ya verá cómo van a casa de la india!

Y ambos se detuvieron a cierta distancia, invadidos por el invencible deseo de conocer vidas ajenas, que constituye muchas veces toda la necesidad humana.

Las dos señoras buscaban, en efecto, disimuladamente, el número de la casa de la india. Por fin lo encontraron. La casa estaba, como las demás, trepada en el cerro. Subíase a ella por una escalerilla estrecha, sombría, adecuada a la aventura. Quisieron entrar de prisa; pero tropezaron con dos sujetos que salían, y tuvieron que pegarse al portal. Uno de ellos les preguntó familiarmente si iban a consultar a la adivina.

-Pierden el tiempo -agregó furioso, -y van a oír muchos disparates.

-¡Mentira! -corrigió el otro, riendo. -La india sabe perfectamente dónde tiene las narices.

Las damas vacilaron un tanto; pero luego calcularon que las palabras del primero eran segura señal de la clarividencia y la franqueza de la adivina: todos no pueden tener la misma suerte. La de los hijitos de Natividad podía ser desgraciada, y en ese caso... Mientras meditaban pasó un cartero, que las hizo subir más de prisa, para escapar a otras miradas. Tenían fe; pero también tenían vergüenza del qué dirán, como un devoto que se persignase a escondidas.

Un indio viejo, padre de la adivina, las condujo a la sala. Esta era sencilla, de paredes desnudas, sin nada que evocase misterio, ni infundiese pavor, adorno simbólico, animal disecado, esqueleto ni dibujo de miembros enfermos. Cuando mucho, una imagen de la Concepción pegada a la pared podía recordar un misterio, aunque estuviese mohosa y destrozada; pero no daba miedo. Sobre una silla, una guitarra.

-Mi hija viene en seguida -dijo el viejo. -¿Cómo se llaman las señoras?

Natividad dio su primer nombre solamente -María, -como un velo aún más espeso que el de la cara, y recibió una tarjeta, porque ella sola consultaba el número 1012. No hay que asustarse de la cifra: la clientela era numerosa y partía de muchos meses atrás. Tampoco hay

que hablar de la costumbre, que es vieja, viejísima. Vuelve a leer a Esquilo, amigo mío, vuelve a leer *Euménides*, y allí verás a la Pitia llamando a los que iban a consultarla:

-Si hay aquí Helenos, vengan, acérquense, como es uso, *en el orden determinado por la suerte...*

La suerte antiguamente, la numeración ahora; todo es que la verdad se ajuste a la prioridad, y que, nadie pierda su turno en la audiencia. Natividad guardó la tarjeta, y ambas se acercaron a la ventana.

A decir verdad, no dejaban de tener su poquito de miedo, Perpetua menos que Natividad. La aventura parecíales audaz, y posible algún peligro. No describo sus ademanes: imagina que eran inquietos e incoherentes. Ninguna decía nada. Natividad confesó después que sentía un nudo en la garganta. Por suerte la adivina no tardó mucho; al cabo de tres o cuatro minutos el padre la introdujo de la mano, levantando la cortina del fondo.

-Entra, Bárbara.

Bárbara entró, mientras su padre tomaba la guitarra y se iba al corredor de piedra. Era una muchachita leve y breve, de saya bordada y chinelas en los pies. No podía negársele un cuerpo airoso. Los cabellos, atados en lo alto de la cabeza con un pedazo de cinta aceitosa, formábanle un solideo natural cuya borla suplía un ramito de ruda. Ya en esto hay algo de sacerdotisa. El misterio estaba en los ojos. Estos eran opacos, no siempre ni tanto que no fuesen también lúcidos y penetrantes, y en este último estado eran hermosos también; tan hermosos y tan penetrantes, que entraban por el cuerpo abajo, revolvían el corazón y salían otra vez, prontos para una nueva entrada y otro revoltijo. No te miento al decir que ambas señoras sintieron cierta fascinación. Bárbara las interrogó; Natividad dijo a lo que iba, y le entregó los retratos y los cabellos de sus hijitos, cosa que bastaba, según le dijeran.

-Sí, basta -confirmó Bárbara. -¿Son hijos suyos estos niños?

-Sí.

-Los dos tienen la misma cara.

-Son gemelos. Nacieron hace poco más de un año.

-Siéntense ustedes.

Natividad dijo muy quedo a su compañera que "la muchacha era simpática"; pero no tan quedo que ésta no pudiese oírla también, y aun puede ser que, temerosa de la predicción, lo hiciese de intento por obtener un buen destino para sus hijos. La indiecita fue a sentarse a una mesa redonda que se hallaba en el centro de la habitación, vuelta hacia ellas. Púsose delante los retratos y los cabellos. Miró alternativamente a éstos y a la madre, hizo algunas preguntas y luego se quedó contemplando retratos y cabellos con la boca abierta y las cejas juntas. Cuéstate decir que encendió un cigarro; pero lo digo porque es la verdad y porque el humo concuerda con el oficio. Afuera, el padre rozaba las cuerdas de la guitarra, murmurando una canción de los bosques del Norte:

Niña de la saya blanca
que saltas los arroyuelos...

Mientras iba subiendo el humo del cigarro, la cara de la adivina cambiaba de expresión, ya sombría, ya radiosa, ora interrogante, ora explicativa. Bárbara se inclinaba hacia los retratos, oprimía un rizo en cada mano, y los miraba, los oía, los escuchaba, sin la afectación que quizá halles en estas líneas. Esos ademanes no podrían contarse con naturalidad.

Natividad no le quitaba los ojos, como sí quisiera leer en su interior. Y no sin espanto oyóle preguntar si los niños habían luchado antes de nacer.

-¿Luchado?

-Luchado, sí, señora.

-¿Antes de nacer?

-Sí, señora. Pregunto si no lucharon en el vientre de la madre.

¿Recuerda usted?

Natividad, cuyo embarazo no fue tranquilo, contestó que, efectivamente, había sentido movimientos extraordinarios, repetidos, y dolores e insomnios... Pero ¿qué significaba aquello? ¿Por qué habían de luchar? La indiecilla no contestó. Levantóse poco después y anduvo alrededor de la mesa, lentamente, como una sonámbula con los ojos abiertos y fijos; después volvió a repetir sus miradas entre la madre y los retratos. Estaba más agitada y respiraba fuerte. Toda ella entera; cara y brazos, hombros y piernas, era poca para arrancar la palabra al Destino. Por fin se detuvo, sentóse desfallecida, luego se levantó de un salto y se acercó a las damas, tan radiosa, con los ojos tan vivos y cálidos, que la madre quedó pendiente de ellos, y sin poderse contener, le tomó las manos y le preguntó ansiosa:

-¡Diga, hable usted! ¡Estoy pronta a oírlo todo!

Bárbara, llena de sentimientos y sonrisas, lanzó un suspiro de satisfacción. Parece que la primera palabra le llegó hasta la boca, pero retrocedió al corazón, virgen de sus propios labios y de ajenos oídos. Natividad la suplicó que contestara, que se lo dijera todo, sin reticencias...

.-¡Cosas futuras! -murmuró por último la indiecita.

.-¿Pero cosas feas?

.-¡Oh, no, no! ¡Cosas lindas, cosas futuras!

.-Pero eso no basta; dígame lo demás. Esta señora es mi hermana, y muy discreta; pero si debe marcharse lo hará. Yo me quedo; dígamelo a mí sola... ¿Serán felices?

.-Sí.

.-¿Serán grandes?

.-Serán grandes, ¡oh!, muy grandes Dios ha de darles muchas mercedes. Han de subir, subir, subir... Lucharon en el vientre de la madre, ¿y eso qué tiene? Aquí, en el mundo, también se lucha. Sus hijos serán gloriosos; ¡yo sé lo que le digo! En cuanto a la clase de gloria... ¡cosas futuras!

La voz del indio viejo continuaba la canción del Norte:

tira los cocos abajo
trepada en ese coquero.

Y como la hija no tenía más que decir, ni sabía qué explicar, seguía con las caderas el ritmo del cantar que repetía el viejo:

Niña de la saya blanca
que saltas loo arroyuelos,
tira los cocos abajo
trepada en ese coquero.
Me los debes tirar,
mas sin trepar;
dándome en la cabeza
la partirás;
y he de reír,
me ha de gustar
verte el coco tirar.

II

Mejor para bajar que para subir

Todos los oráculos son oscuros, pero se entienden. Natividad acabó por entender a la indiesilla, aunque no le oyera nada más; bastóle saber que las colas futuras serían lindas, y sus hijos grandes y gloriosos, para ponerse alegre y sacar del bolsillo un billete de cincuenta mil reis. Era cinco veces el precio acostumbrado, y valía tanto o más que las ricas dádivas de Creso o la Pitia. Recogió los retratos y el cabello, y ambas salieron, mientras la adivina se marchaba adentro, a la espera de otros. Ya había algunos clientes a la puerta, con su número de orden, y las señoras bajaron rápidamente, ocultando el rostro.

Perpetua compartía el contento de su hermana; las piedras también, lo mismo que la muralla del lado del mar, las camisas colgadas en los balcones, las cáscaras de banana del suelo. Los zapatos de un *hermano de las ánimas* que iba a doblar la esquina de la calle Misericordia para tomar la de San José, parecían reír de alegría, cuando la verdad es que gemían de cansancio. Natividad estaba tan fuera de sí, que, al oírle pedir "¡para la misa de las ánimas!", sacó del bolsillo un billete de dos mil reis, nuevo en hoja, y se lo echó en el platillo. La hermana le observó el error; pero no era error: era para las ánimas del purgatorio.

Y siguieron rápidamente hacia el cupé que las aguardaba en el espacio que queda entre la iglesia de San José y la Cámara de los Diputados. No habían querido que el carruaje las llevara hasta el pie de la cuesta, para que el cochero y el lacayo no sospechasen la consulta. Todo el mundo hablaba en ese tiempo de la adivina del Castillo; era el tema de la ciudad; se le atribuía un poder infinito, una serie de milagros, suertes, hallazgos, casamientos. Si las descubriesen estarían perdidas, aunque no fueran las únicas damas que fuesen allí. Al verlas

dando limosna al hermano de las ánimas, el lacayo subió al pescante, el cochero arreó los caballos, el carruaje fue a buscarlas, y en seguida se encaminó a Botafogo.

III

La limosna de la felicidad

-¡Dios se lo pague, mi devota señora! -exclamó el hermano de las ánimas al ver caer el billete sobre dos monedas de níquel y algunas antiguas de cobre. -¡Dios le dé todas las felicidades del cielo y de la tierra, y que las benditas ánimas del purgatorio pidan a María Santísima que las recomiende a su bendito hijo!

Cuando la suerte ríe, toda la naturaleza ríe, y el corazón ríe como todo lo demás. Tal fue la explicación que, con otras palabras menos filosóficas, dio el hermano de las ánimas a los dos mil reis. La sospecha de que el billete fuese falso no llegó a tomar cuerpo en el cerebro de aquél; fue sólo una fugitiva alucinación. Comprendió que las señoras eran felices, y como acostumbraba a pensar en voz alta, dijo guiñando un ojo, mientras subían al carruaje:

-¡Esas dos han visto el pajarito verde, de seguro!

Sin rodeos, supuso que volvían de alguna aventura amorosa, y lo dedujo de tres hechos que estoy obligado a ensartar aquí para no dejar a este hombre bajo la sospecha de calumniador gratuito. El primero fue la alegría que revelaban; el segundo, el monto de la limosna, y el tercero, el carruaje que las aguardaba en un rincón, cual si quisieran ocultar al cochero el punto de cita. No saques en consecuencia que hubiera sido cochero alguna vez, y que anduviese conduciendo mozas antes de servir a las ánimas. Tampoco creas que fuese antes rico y adúltero, y de mano abierta al decir adiós a sus amigos. Ni *cet excés d'honneur, ni cette indignité*. Era un pobre diablo, sin otro oficio que la devoción.

Además no hubiera tenido tiempo: contaba apenas veintisiete años.

Al pasar el carruaje saludó a las señoras. Después se quedó mirando el billete, tan fresco, tan valioso, billete que las ánimas nunca vieron salir de sus manos. Fue subiendo por la calle San José. Ya no tenía ganas de pedir; el billete se convertía en oro, y la idea de que fuese falso volvió a su cerebro, pero con mas insistencia, hasta que se clavó en él por algunos instantes. Si fuese falso...

-¡Para la misa de las ánimas! -gimió a la puerta de un mercadito, y le dieron un vintén, un vintén sucio y triste, frente al billete, tan nuevecito que parecía salir de la imprenta.

Seguía una casa de altos. Entró, subió, pidió, diéronle dos vintenes, el doble de la otra moneda, por el valor y el cardenillo.

Y el billete siempre limpio: dos mil reis que parecían veinte mil. No, no era falso. En el zaguán lo tomó, lo miró bien: era legítimo. De pronto oyó abrir una puerta, arriba, y un paso rápido. El, más rápido aún, estrujó el billete y se lo metió en la faltriquera de los pantalones; quedáronse solos los vintenes mohosos y tristes, el óbolo de la viuda. Salió, fue al primer escritorio, a la primera tienda, a la primera casa, pidiendo lastimosamente:

-¡Para la misa de las ánimas!

En la iglesia, al quitarse la sotana, después de entregar el platillo al sacristán, oyó una voz débil, cual de almas lejanas, que le preguntaba si los dos mil reis...

-Los dos mil reis -decía otra voz menos débil -eran naturalmente suyos, porque, en primer lugar, él también tenía alma, y en segundo lugar, nunca había recibido limosna tan grande. El que quiere dar tanto como eso, va a la iglesia o compra un cirio, pero no pone un billete en el platillo de las pequeñas limosnas.

Si miento, no es con intención. A la verdad, las palabras no salieron así articuladas y claras, ni las débiles, ni las menos débiles. Todas producían un zumbido en las orejas de la conciencia. Las he traducido a la lengua hablada para que me entiendan los que me leen; no sé cómo podría trasladar al papel un rumor sordo y otro menos sordo, si-

guiéndose ambos, confusos, hasta el fin, hasta que el segundo quedó solo:

-No quito a nadie el billete... La señora lo puso en el platillo con su propia mano... Ella también tiene alma.

En la puerta de la sacristía que daba a la calle, al dejar caer la cortina azul oscuro, ribeteada de amarillo, ya no oyó nada más. Vio un mendigo que le tendía el sombrero, roto y grasiento; metió lentamente la mano en el bolsillo del chaleco, también roto, y encontró una monedita de cobre que echó en el sombrero del mendigo, rápido, a escondidas, como lo manda el Evangelio. Eran dos vintenas; le quedaban mil novecientos noventa y ocho reis. Y como saliera apresuradamente, el mendigo le envió, desde atrás, estas palabras de agradecimiento, semejantes a las suyas.

-Dios se lo pague, señor, y le dé...

IV

La misa del cupé.

Natividad iba pensando en la mulata del Castillo, en la predicción de grandeza y en la noticia de la lucha. Volvía a recordar que, en efecto, el embarazo no fue tranquilo; pero solo se le quedaba la predicción de la gloria y la grandeza. La lucha ya pasó, si es que la hubo; el futuro, si, eso era lo principal. No fue por la playa de Santa Lucía. Frente a Lapa, interrogó a su hermana acerca de lo que pensaba de la adivina. Perpetua contestó que pensaba bien, que le creía, y ambas convinieron en que parecía hablar de sus propios hijos, tal era su entusiasmo. Perpetua volvió a reprenderla por los cincuenta mil reis que le había dado: bastaba con veinte.

-¡Hice bien! ¡Figúrate! ¡cosas futuras!

-¡Qué cosas serán!

-No lo sé: futuras.

Otra vez se sumergieron en el silencio. Al entrar en Cattete, Natividad recordó la mañana en que pasó por allí, en aquel mismo cupé, reveló su embarazo al marido. Volvían de una misa de difuntos en la iglesia de Santo Domingo...

"En la iglesia de Santo Domingo se dirá hoy una misa por el alma de Juan Mello, fallecido en Maricá."

Tal fue el anuncio que, hoy todavía, puedes leer en algunos periódicos de 1869. No determino el día, pero fue en Agosto. El anuncio era verdad: fue eso mismo, sin nada más, ni el nombre de la persona o personas que invitaban a la misa, ni la hora, ni la invitación. No se dijo siquiera que el difunto era escribano, oficio que solo perdió con la muerte. En fin, hasta parece que le rebajaron un nombre: se llamaba, si estoy bien informado, Juan de Mello y Barros.

Como no se sabía quién mandaba decir la misa, nadie concurrió. La iglesia escogida dio menos importancia aun al acto, no era vistosa, ni buscada, sino vieja, sin adornos ni gente, metida en el rincón de una plazuela, propia para la misa recóndita y anónima.

A las ocho detúvose un cupé a la puerta. Bajó un señor, y dio la mano a una señora; la señora bajó y tomó el brazo del señor; ambos atravesaron el atrio y entraron a la iglesia. En la sacristía reinaba la sorpresa. El alma que a tales sitios atraía un carruaje de lujo, caballos de raza y dos personas tan finas, no podía ser como las demás almas que se recomendaban allí. La misa fue oída sin pésames ni lágrimas. Cuando terminó, el señor pasó a la sacristía a dar su ofrenda. El sacristán, acariciando en el bolsillo el billete de diez mil réis que recibió, consideró que éste demostraba la sublimidad del difunto; pero ¿de qué difunto se trataba? Lo mismo pensaría el cepillo de las ánimas- si pensase,- cuando el guante de la dama dejó caer dentro de él una moneda de plata. Ya entonces había en la iglesia media docena de muchachos harapientos, y afuera algunas personas aguardando a las puertas y en el atrio. El señor, al llegar a la puerta, paseó los ojos, aunque vagamente, y vio que era objeto de la curiosidad. La señora tenía los suyos fijos en el suelo. Ambos subieron al carruaje con el mismo ademán, el lacayo cerró la portezuela y partieron.

Los vecinos no hablaron de otra cosa aquel día y los siguientes. Ellos y el sacristán recordaban orgullosamente el cupé. Aquella era la misa del cupé. Otras misas fueron llegando, todas a pie, algunas con los zapatos rotos, no pocas descalzas, con capas raídas, pantalones astrosos, misas de zaraza el domingo, misas de tamangos. Todo volvió a la costumbre, pero la misa del cupé vivió en las memorias durante muchos meses. Por último no se habló más de ella; se olvidó como un baile.

Pues el cupé era este mismo. La misa fue mandada decir por el señor Agustín José de Santos, y el difunto era su pariente, aunque pobre; también el nació en Maricá. Cuando llegó a Río de Janeiro, con motivo de la *flebre de las acciones* (1855), dicen que reveló grandes facultas

des para ganar dinero rápidamente. Ganó en seguida mucho, y lo hizo perder a otros. Se casó en 1859 con esta Natividad, que andaba entonces en los veinte años, y no tenía dinero; pero era bella y él la amaba apasionadamente. La fortuna lo bendijo con la riqueza. Años después tenían una gran casa, carruaje, caballos y relaciones nuevas y distinguidas.

De los dos parientes pobres de Natividad, el padre murió en 1866; quedábale la hermana.

Santos tenía en Maricá algunos deudos a quienes nunca envió dinero, sea por avaricia, sea por habilidad. Avaricia no creo: gastaba generosamente y daba muchas limosnas. Sería habilidad: así les quitaba las ganas de ir a pedirle más.

No le valió esto con Juan de Mello, que un día se le apareció pidiéndole empleo. Quería ser, como él, director de Banco. Santos le buscó apresuradamente un puesto de escribano civil en Maricá, y lo despachó con los mejores consejos del mundo.

Juan de Mello se retiró con su escribanía, y según dicen, con una gran pasión. Natividad era la mujer más hermosa de aquel tiempo. Al final, y ya con sus cabellos casi sexagenarios, todavía hacía creer la tradición.

Juan de Mello se quedó hechizado en cuanto la vio; Natividad lo comprendió así, y se condujo bien. No le arrugó el ceño, es verdad; pero así era más hermosa que enfadada, tampoco le cerró los ojos, que eran negros y ardientes. Sólo le cerró el corazón, un corazón que debía amar como ningún otro, según lo que pensó Juan de Mello, una noche que la vio descotada en un baile. Sintió el impulso de apoderarse de ella, bajar, volar, perderse juntos...

Y en lugar de esto, una escribanía en Maricá: ¡era un abismo! Cayó en él; tres días después salió de Río de Janeiro para no volver. En un principio escribió muchas cartas a su pariente, con la esperanza de que ella las leyera también y comprendiese que le dedicaba algunas palabras. Pero Santos no le contestó, y el tiempo y la ausencia acaba-

ron por convertir a Juan de Mello en un excelente escribano. Murió de una neumonía

Que el objeto de la moneda de plata de Natividad echada en el cepillo de las ánimas fuese pagar la adoración del difunto, no digo que si ni que no; me faltan detalles. Pero puede que sí, por que esta señora no era menos agradecida que honesta. En cuanto a la generosidad del marido, no olvides que el pariente estaba difunto, y que el difunto era un pariente menos.

V**Hay contradicciones explicables.**

No me preguntes la causa de tanto retraimiento en el anuncio y la misa, y tanta publicidad en el carruaje, lacayo y librea. Hay contradicciones explicables. Un buen autor que inventase su historia o apreciara la lógica aparente de los acontecimientos, conduciría a la pareja Santos a pie, o en coche de plaza o de alquiler; pero yo, amigo mío, yo sé cómo pasaron las cosas, y las refiero tales como son. Cuando mucho las explico, con la condición de que no se haga costumbre. Las explicaciones comen tiempo y papel, retardan la acción y acaban por fastidiar. Lo mejor es leer con atención.

En cuanto a la contradicción de que aquí se trata, hay que tener en cuenta que en aquel rincón de una modesta plazuela no tropezarían, con ningún conocido, mientras gozarían de la admiración del barrio; tal fue la reflexión de Santos, si es que puede darse este nombre al movimiento interno que impulsa a la gente a hacer más bien una cosa que otra. Queda la misa; en cuanto a la misa, bastase con que la supiesen en el cielo y en Maricá. Para ser exacto, se vistieron para el cielo. El lujo de la pareja atemperaba la pobreza de la oración; era una especie de homenaje al finado. Si el alma de Juan de Mello los viese desde allá arriba, había de alegrarse del interés con que fueron a rezar por un pobre escribano. No soy yo solo quien lo dice; Santos lo pensó también.

VI

Maternidad

Al principio permanecieron callados; Natividad, cuando mucho, se quejó de la iglesia en que se había ensuciado el vestido.

-Vengo llena de pulgas -continuó;- ¿por qué no fuimos a San Francisco de Paula, o a Gloria, que están más cerca y son más limpias!

Santos cambió de conversación, y habló de las calles mal pavimentadas, que hacían dar barquinazos al carruaje. Seguramente se iban a romper los elásticos.

Natividad no contestó, sumergiéndose en el silencio, como en otro capítulo de veinte meses después, cuando regresaba del Castillo con la hermana. Sus ojos no tenían el puntito de resplandor que tendrían entonces; iban inmóviles y sombríos, como esa mañana y la víspera. Santos, que ya había reparado en ello, la preguntó lo que tenía; no sé si Natividad le contestó de palabra; si dijo alguna, fue tan breve y sorda, que se perdió completamente. Quizá no pasase de un simple movimiento de los ojos, de un suspiro o cosa así. Fuese como fuese, cuando el cupé llegó a la mitad de Cattete, ambos llevaban las manos unidas, y la expresión de sus rostros era la de los bienaventurados. No se acordaban siquiera de la gente de las calles, quizá no se acordaran de ellos mismos.

No ha de costarte mucho ¡oh, lector! comprender la causa de aquella expresión y de aquellos dedos entrelazados. Ya la dejo dicha más atrás, y cuando quizá fuera mejor que la adivinases; pero, probablemente, no la adivinarías; no porque tengas el entendimiento corto y oscuro, sino porque el hombre se diferencia del hombre, y tú quizás tuvieras la misma expresión, simplemente al saber que ibas a bailar el sábado. Santos no bailaba; prefería los naipes como distracción. La

causa en cuestión, era virtuosa, como sabes: Natividad estaba en cinta y acababa de decírselo al marido.

A los treinta años, no era temprano ni tarde: era imprevisto. Santos sintió más que ella el placer de la nueva vida. Realizábase el ensueño de diez años: una criatura sacada del muslo de Abraham, como decían aquellos buenos judíos que la gente quemó más tarde, y que ahora presta generosamente su dinero a las compañías y las naciones. Piden interés por él, pero los hebrismos son dados gratuitamente. El anterior es uno de éstos. Santos, que sólo conocía la parte de los préstamos, sentía inconscientemente la del hebrismo, y se regocijaba con ella. La emoción le ataba la lengua. Las miradas que dirigía a su esposa, y que la envolvían, eran de patriarca, la sonrisa parecía derramar luz sobre la persona amada, bendita, hermosa entre las hermosas.

Natividad no fue inmediatamente así; sólo poco a poco fue siendo vencida, y adquiriendo la expresión de la esperanza y de la maternidad. En los primeros días, los síntomas desconcertaron a nuestra amiga. Duro es decirlo, pero es la verdad. Allá se iban los bailes y las fiestas, allá se iban la libertad y el ocio. Natividad estaba ya en lo alto de la rueda del tiempo; acabó de entrar en ella con tal arte, que parecía haber nacido allí. Carteábase con grandes señoras, era íntima de muchas, tuteaba a algunas. No tenía solamente la casa de Botafogo, sino también otra en Petrópolis; y no solo carruaje, sino también palco en el Teatro Lírico, sin contar los bailes del Casino Fluminense, los de sus amigas y los suyos; todo el repertorio, en suma, de la vida elegante. La nombraban los periódicos; pertenecía a esa docena de nombres planetarios que figuran en medio de la plete de las estrellas. El marido era capitalista y director de un banco.

En medio de todo esto, ¿a qué venía una criatura a deformarla durante meses enteros, obligarla a retirarse temprano, robarle sus noches, hacerla sufrir de los dientes y lo demás! Tal fue la primera sensación de la madre, y su primer impulso fue destruir el germen. Sintió rabia contra su marido. La segunda sensación fue mejor. La maternidad, que llegaba en mitad del día, era como una aurora nueva y fresca. Nativi-

dad vio la figura de su hijo o de su hija, saltando en el césped del jardín o en el regazo de la doncella, con tres años de edad, y aquel cuadro daría a sus treinta y cuatro de entonces, un aspecto de poco más de veinte...

Esto la reconcilió con el marido. No exagero; tampoco quiero perjudicar a esta señora. Algunas tendrían miedo, la mayor parte amor. La conclusión es que, por una u otra puerta, amor o vanidad, lo que es embrión, quiere entrar en la vida. Cesar o Juan Fernández, todo es vivir, asegurar la dinastía, y marcharse del mundo lo más tarde posible.

La pareja iba callada. Al desembocar en la playa de Botafogo, la ensenada les produjo la satisfacción de costumbre. A la distancia descubríase la casa, magnífica; Santos deleitóse al verla, miróse en ella, creció con ella, subió por ella. La estatuita de Narciso, puesta en medio del jardín, sonrióles a la entrada; la arena se convirtió en césped; dos golondrinas cruzaron por arriba del surtidor, imitando en el aire la alegría de ambos. La misma ceremonia a la bajada. Santos se detuvo todavía unos instantes para ver cómo giraba el cupé, salía y volvía a la cochera; después siguió a su mujer que entraba ya en el zaguán.

VII

Gestación.

Arriba los aguardaba Perpetua, aquella hermana de Natividad que la acompañó al Castillo, y luego en el carruaje, donde las dejó para relatar los antecedentes de los niños.

-¿Y había mucha gente?

-No, nadie: pulgas.

Perpetua tampoco entendía la elección de la Iglesia. En cuanto a concurrencia, siempre le pareció que sería poca o nula; pero el cuñado entraba y se calló lo demás. Era persona circunspecta, y que no se perdía por un ademán o un dicho importuno. Pero fuele imposible callar su sorpresa cuando vio que su cuñado entraba y daba a su mujer un abrazo largo y tierno, sellado con un beso.

-¿Qué pasa? -preguntó asustada.

Sin reparar en el rubor de su mujer, Santos dio otro abrazo a la cuñada, y también le hubiera dado un beso, a no retroceder ella a tiempo y con fuerza.

-Pero, ¡qué es eso! ¿Se ha sacado la grande de España?

-No, es algo mejor: ¡gente nueva!

Santos conservaba algunos ademanes y maneras de hablar de los primeros años, y tales que el lector no los llamará propiamente familiares; tampoco es preciso llamarle nada. Perpetua, que los quería, acabó sonriendo y dándoles parabienes. Natividad los dejó para ir a mudarse. Santos, medio arrepentido de su expansión, se puso serio y comenzó a hablar de la misa y de la iglesia. Estuvo de acuerdo en que esta última era vetusta y estaba metida en un rincón, pero alegó razones espirituales. Que la oración era siempre oración, donde quiera que el alma hablase a Dios. Que, en rigor, la misa no necesitaba de altar; el rito y el sacerdote bastaban para el sacrificio. Puede que estas razo-

nes no fueran propiamente tuyas sino oídas a alguien, aprendidas sin esfuerzo y repetidas con convicción. La cuñada opinó que sí, con la cabeza. En seguida hablaron del pariente muerto, y convinieron piadosamente en que era un asno; -no dijeron la palabra, pero el total de las apreciaciones iba a converger en ella, con el aditamento de honrado y hasta honradísimo.

-¡Era una perla! -terminó diciendo Santos.

Esta fue la última palabra de la necrología: paz a los muertos. De allí en adelante se vengó la soberanía del niño que asomaba. En los primeros tiempos no alteraron sus costumbres, y las visitas y los bailes siguieron como antes, hasta que Navidad fue encerrándose poco a poco en su casa. Las amigas iban a verla. Los amigos iban a visitarlos, o a jugar a los naipes con el marido.

Navidad quería un hijo, Santos una hija, y cada cual abogaba por su elección con tan buenas razones, que acabaron trocando los pareceres. Entonces, ella se quedaba con la hija, y la vestía con los mejores encajes y batistas, mientras él ponía una toga al joven abogado, dábale un asiento en el Parlamento, otro en el Ministerio. Enseñábale también, a enriquecerse rápidamente; y lo ayudaba comenzando por una libreta en la Caja Económica, desde el día que naciese hasta los veintún años. Algunas veces, por la noche, cuando estaban solos, Santos tomaba un lápiz y dibujaba la figura de su hijo con bigote, o se atrevía a diseñar una vaporosa joven.

-Déjate de esas cosas, Agustín -dijo la mujer una noche; -¡siempre has de ser niño!

Y poco después, ella también dio en describir de palabra la figura del hijo o la hija, y ambos elegían el color de los ojos, del cabello, la tez, la estatura. Ya ves que ella también era una niña. La maternidad tiene incoherencias de esas; la felicidad también, y, por último, la esperanza, que es la niñería del mundo.

Lo perfecto sería que naciese una pareja, varón y mujer. Así quedarían satisfechos los deseos del padre y de la madre. Santos pensó en hacer una consulta espiritista a ese respecto. Comenzaba a estar ini-

ciado en dicha religión, y tenía la fe novicia y firme. Pero su mujer se opuso; si había de consultarse a alguien, mejor era la mulatita del Castillo, la adivina célebre de la época, que descubría las cosas perdidas y predecía las futuras. Pero, por el momento, lo rechazaba también por innecesario. ¿A qué consultar sobre una duda que a los pocos meses estaría aclarada? Respecto a la mulata, Santos opinó que sería imitar la credulidad de la gente baja; pero su cuñada le replicó que no, y citó el caso reciente de una persona distinguida, un juez municipal, cuyo nombramiento fue anunciado por la mulata.

-Quizá guste de la mulata el ministro de justicia, -objetó Santos.

Los dos se rieron del chiste, y así se cerró una vez el capítulo de la adivina, para reabrirse más tarde. Ahora dejemos que el niño se desarrolle, se agite y se estire como impaciente por nacer. A decir verdad, la madre padeció mucho durante la gestación, y especialmente en las últimas semanas. Creía tener un general que iniciaba la campaña de la vida, a no ser que fuese una pareja que aprendía a odiar desde la vispe-
ra...

VIII

Ni pareja ni general.

Ni pareja ni general. El día 7 de Abril de 1870, vio la luz un par de varones tan iguales que parecían uno la imagen del otro, o simplemente la impresión de ojos que vieran doble.

Todo lo esperaban, menos los dos gemelos, y no por ser grande la sorpresa fue menos el amor. Esto se comprende sin necesidad de insistir, como se comprende que la madre diera a sus dos hijos aquel pan entero y dividido del poeta; yo agregaré que el padre hacía lo mismo. Los primeros tiempos vivió contemplando a los niños, comparándolos, midiéndolos, pesándolos. Tenían el mismo peso, y crecían en igual medida. El cambio iba produciéndose por el mismo tenor. Linda la cara, los cabellos castaños, los dedos finos y tales que, cruzados los de la mano derecha del uno con los de la izquierda del otro, no se sospechaba que fuesen de dos personas. Llegaron a tener distinto carácter, pero entonces hacían las mismas demostraciones. Comenzaron a sonreír el mismo día. El mismo día los vio bautizar.

Antes de que nacieran, se había convenido en darles el mismo nombre del padre o de la madre, según el sexo. Como eran dos varones, y como no existe la forma masculina del nombre materno, el padre no quiso que figurase solo el suyo, y se pusieron a caza de otros. La madre proponía nombres franceses o ingleses, de acuerdo con las novelas que leía. Algunas rusas, de moda entonces, le sugirieron nombres eslavos. El padre aceptaba unos y otros, pero consultaba a terceros y nunca daba con la opinión definitiva. Generalmente, los consultados proponían otro nombre que no era aceptado en la casa. También apareció la antigua nomenclatura lusitana, pero sin mejor suerte.

Un día, Perpetua, estando en misa, rezó el Credo, llamáronle la atención las palabras "...los santos apóstoles San Pedro y San Pablo",

y apenas pudo terminar la oración. Había descubierto los nombres; eran sencillos y gemelos. Los padres convinieron con ella, y la discusión terminó.

La alegría de Perpetua fue casi tan grande como la del padre y la madre, si no mayor. Mayor no fue, ni tan profunda, pero sí grande y rápida. El hallazgo de los nombres, casi equivalía a haber tenido los niños. Viuda, sin hijos, no se consideraba incapaz de tenerlos, y ya era algo darles nombre. Tenía cinco o seis años más que su hermana. Se había casado con un teniente de artillería que murió de capitán en la guerra del Paraguay. Era más bien baja que alta, y gruesa, al revés de Natividad que, sin ser flaca, no tenía las mismas carnes, y era alta y derecha. Las dos vendían salud.

-Pedro y Pablo -dijo Perpetua a la hermana y al cuñado; -cuando recé estos nombres sentí algo en el corazón...

-Serás madrina de uno, -díjole la hermana.

Los niños que se distinguían por medio de una cinta de color, recibieron medallas de oro, una con la imagen de San Pedro, otra con la de San Pablo. La confusión no cesó en seguida, sino más tarde, lenta y escasamente, continuando la semejanza tal que los mismos que estaban advertidos se equivocaban muchas veces o siempre. La madre fue quien no necesitó de grandes señales exteriores para saber quiénes eran aquellos dos pedazos de ella misma. Las amas, a pesar de que los distinguieran entre sí, no dejaban de quererse mal una a otra, a causa de la semejanza de sus "hijos de leche". Cada cual afirmaba que el suyo era el más lindo. Natividad estaba de acuerdo con ambas.

Pedro sería médico, Pablo abogado; tal fue la primera elección de profesiones. Pero después cambiaron de carrera. También pensaron en dedicar a uno de ellos a la ingeniería. La marina sonreía a la madre, por la distinción especial de la escuela. Sólo tenía el inconveniente del primer viaje largo; pero Natividad pensó en buscar recomendaciones para el ministro. Santos hablaba de hacer banquero a uno o a los dos. Así pasaban las horas de ocio. Los íntimos entraban en los proyectos.

Hubo quien los hiciese ministros, directores de rentas, obispos, cardenales...

-No pido tanto, -decía el padre.

Natividad no decía nada delante de extraños, apenas si sonreía, como si se tratase de los juegos de San Juan, tirar los dados y leer en el libro de las suertes la que al número correspondía. ¡No importa! en su fuero interno, codiciaba algún brillante destino para sus hijos. Creía de veras, esperaba, oraba por las noches, pedía al cielo que los hiciera grandes hombres.

Una de las amas, parece que la de Pedro, sintiendo aquellos anhelos y conversaciones, preguntó a Natividad por que no iba a consultar a la mulatita del castillo. Afirmó que lo adivinaba todo, lo que era y lo que tenía que ser; sabía el número de la suerte grande de la lotería, pero no decía cuál era ni compraba billetes, para no despojar a los elegidos del Señor. Parece que era mandada por Dios.

La otra ama confirmó estas noticias, y agregó algunas nuevas. Conocía personas que habían perdido y encontrado alhajas y esclavos. La misma policía, cuando no lograba prender a un criminal, iba al castillo a hablar con la mulata, y bajaba sabiendo su escondrijo; por eso no la echaba, como se lo pedían los envidiosos. Muchos no se embarcaban sin antes subir al cerro. La mulata explicaba los sueños y los pensamientos, curaba de quebranto...

A la hora de comer, Natividad repitió al marido lo que decían las amas. Santos se encogió de hombros. Después examinó, riéndose, la sabiduría de la mulata; lo más increíble era que, sabiendo el premio grande, no comprase billetes. Natividad observó que, en efecto, aquello era difícil de explicar, -pero que quizá fuera invención del pueblo.

-*On ne prete qu'aunx riches!* -agregó riendo.

El marido, que la víspera había hablado al respecto con un funcionario, repitió las palabras de éste:

-Mientras la policía no ponga coto al escándalo...

El funcionario no terminó; Santos lo hizo con un ademán vago.

-¡Pero tú eres espiritista! -exclamó la mujer.

-¡Perdón! ¡no confundamos! -replicó Santos con gravedad.

Sí: podía consentir en una consulta espiritista; ya había pensado en ella. Los espíritus podían decirle la verdad, y no una adivina farsante., Natividad defendió a la mulata. Muchas personas de la sociedad hablaban seriamente de ella. Todavía no quiso confesar que tenía fe, pero la tenía. Si se negó a ir antes, fue naturalmente porque la insuficiencia del motivo le dio fuerzas para la negativa. ¿qué importaba saber el sexo del niño? Conocer el destino de ambos era más imperioso y más útil. Las viejas ideas que le inculcaran cuando niña, surgían entonces en su cerebro y le bajaban al corazón. Pensaba ir con los chiquillos al cerro, pretextando un paseo... ¿para qué para confirmar su esperanza de que serían grandes hombres. No se le pasó por la cabeza la predicción contraria. Quizá la lectora, en el mismo caso, se quedará aguardando el destino; pero, la lectora, además de no creer (no todos creen), puede que no cuente más de veintidós años de edad, y tendrá paciencia para esperar. Natividad, allá para su fuero interno, confesaba treinta y uno, y temía no ver a sus hijos hechos hombres. Pudiera ser que los viese, pues también se muere vieja, y algunas veces de vejez, pero tendría acaso el mismo gusto?

Durante la velada, el terna de la conversación fue la mulata del castillo, por iniciativa de Santos, que repetía las opiniones de la víspera y de la hora de comer. Algunas visitas contaron lo que de ella habían oído. Natividad no durmió aquella noche, antes de conseguir que el marido la dejase ir con su hermana a ver a la mulata. Con eso no se perdía nada; era bastante llevar los retratos de los niños, y un poco de cabello. Ni las mismas amas sospecharían la aventura.

El día señalado metieron las dos en el carruaje, entre las siete y las ocho, so pretexto de paseo, y se fueron a la calle de la Misericordia, Ya sabes que allí se apearon, entre la iglesia de San José y la Cámara de Diputados, y que subieron hasta la calle del Carmen, donde ésta desemboca con la cuesta del Castillo. Cuando iban a subir vacilaron; pero la madre era madre, y ya le faltaba poco para oír el destino. Ya

viste, pues, que subieron, que bajaron, que dieron dos mil reís para las ánimas, que tornaron el carruaje y que volvieron a Botafogo.

IV

Vista de Palacio.

En Cattete, el cupé y una victoria se cruzaron y pararon a un tiempo. Un hombre saltó de la victoria y se dirigió al cupé. Era el marido de Natividad que iba a su escritorio, algo más tarde que de costumbre, porque había aguardado el regreso de su mujer. Iba pensando en ella y en los negocios de la plaza, en los niños y en la ley Río Franco, que entonces se discutía en la Cámara de diputados: su banco era acreedor de la agricultura. También pensaba en la mulata del Castillo y en lo que habría dicho a su mujer.

Al pasar por el palacio Nueva Friburgo, alzó los ojos hacia él, con el deseo de costumbre, la codicia de poseerlo, sin sospechar los altos destinos que el palacio llegaría a tener en la república; pero en aquel momento ¿quién preveía nada? ¿quién prevé nada?... Para Santos, la cuestión era poseerlo, dar allí grandes fiestas únicas, celebradas en los periódicos, contadas en la ciudad por amigos y enemigos, llenos de admiración, de rencor o de envidia. No pensaba en los recuerdos que las futuras matronas relatarían a sus nietas, y menos aún en los libros de crónicas, escritos e impresos en el siglo futuro. Santos no tenía la imaginación de la posteridad. Veía el presente y sus maravillas.

Ya no le bastaba lo que era. La casa de Botafogo, aunque hermosa, no era un palacio, y luego, no estaba tan bien situada como allí, en Cattete, paso obligado de todo el mundo, que miraría las grandes ventanas, las grandes puertas, y allá arriba las grandes águilas, con alas tendidas. El que llegara por el lado del mar, vería el costado del palacio, los jardines, los lagos... ¡Oh, gozo infinito! Santos imaginaba los bronces, los mármoles, las luces, las flores, los bailes, los carruajes, las músicas, las cenas... Todo esto iba pensándolo a prisa, porque la victoria, aunque no corriese, (los caballos tenían la orden de moderar el

paso), no atrasaba tampoco las ruedas, para que acabasen los sueños de Santos. Así fue que, antes de llegar a la plaza de la Gloria, la Victoria avistó el cupé de la familia, y ambos carruajes se detuvieron a corta distancia uno de otro, como dejó dicho.

X

El juramento.

También quedó dicho que el marido bajó de la victoria y se encaminó al cupé, donde su mujer y su cuñada, adivinando que iba a hablar con ella, sonreían de antemano.

-No le digas nada; -aconsejó Perpetua.

La cabeza de Santos apareció en seguida, con las patillas cortas, el cabello al rape, el bigote afeitado. Era un hombre simpático. Tranquilo no parecía mal. La agitación con que llegó, se detuvo y habló, quitóle la gravedad con que iba en el coche, con las manos sobre el puño de oro del bastón, y el bastón entre las rodillas.

-¿Y bien, y bien? -preguntó.

-Luego te diré.

-Pero, qué ha habido.

-Más tarde.

-¿Pero bien o mal? ¡Dí solo si fue bien!

-Bien... Cosas futuras.

-¿Es persona seria?

-Seria, sí. -Hasta luego - repitió Natividad, tendiéndole la punta de los dedos.

Pero el marido no podía apartarse del cupé; quería saberlo todo allí mismo, las preguntas y las respuestas, la gente que estaba aguardando, y si el mismo destino era para ambos, o si cada cual tenía el suyo. Nada de esto pasó como va escrito, lentamente, para que la pésima caligrafía del autor no dañe a su prosa. No, señor; las palabras de Santos salían atropelladamente, unas tras otras, embrolladas, revueltas, sin principio ni fin. La linda esposa tenía ya los oídos tan acostumbrados al modo de hablar del marido, especialmente en lances de emoción o de curiosidad, que todo lo entendía, e iba diciendo que no. La cabeza,

y el dedo iban subrayando la negativa. Santos no tuvo más remedio que despedirse.

Ya en camino advirtió que, no creyendo en la mulata, era ocioso preocuparse de su predicción. Aún más: era dar razón a su mujer. Prometiéndose no preguntar nada cuando volviese. No prometió olvidar, y de ahí la insistencia con que pensó muchas veces en el oráculo. Además, ya se lo dirían todo, sin necesidad de interrogarlas, y esta certidumbre le dio tranquilidad para todo el día.

No saques en consecuencia que los clientes del banco padecieran alguna desatención en sus negocios. Todo anduvo bien, como si Santos no tuviese mujer, ni hijos, y no hubiese Castillo ni mulata. La mano sola no era la que hacía su oficio, firmando; la boca también, hablaba, mandaba, llamaba y hasta reía si era preciso. No obstante, el ansia existía, y las figuras pasaban y volvían a pasar delante de él; entre dos pagarés, Santos resolvía una cosa y otra, si no resolvía ambas a la vez. Al subir al carruaje, por la tarde, entregóse enteramente al oráculo. Llevaba las manos sobre el puño del bastón, y el bastón entre las rodillas, como por la mañana, iba pensando en el destino de los hijos.

Cuando llegó a su casa halló a Natividad contemplando a los niños, ambos en sus cunas, junto a las amas, algo admiradas de la insistencia por la insistencia con que los buscaba desde la mañana.

No se limitaba a contemplarlos, o a perder la mirada en el espacio y el tiempo; los besaba, los estrechaba contra su corazón. Olvidóseme decir que aquella mañana Perpetua se mudó primero de ropa, y fue a reunirse junto a las cunas con su hermana. vestida como había llegado del Castillo,

-En seguida me dí cuenta de que estarías con los grandes hombres, -dijo Perpetua.

-Sí, estoy; pero no sé en qué serán grandes.

-Sea en lo que sea, vamos a almorzar .

En el almuerzo y durante el día, hablaron muchas veces de la mulata y de su predicción. Más tarde, al entrar el marido, Natividad leyó el disimulo en los ojos. Se propuso callar y esperar, pero estaba

tan ansiosa por decírselo todo, y era tan buena que resolvió lo contrario. Solo que no tuvo tiempo de cumplirlo; aun antes de que comenzara, ya Santos le había preguntado lo que había. Natividad refirió la subida, la consulta, la respuesta y lo demás; describió también la mulata y el padre.

-Conque grandes destinos, ¿eh?

-¡Cosas futuras! -repitió Natividad.

-Claro que futuras. Pero lo que no entiendo es la pregunta sobre la lucha. ¿Luchar por qué? ¿Y luchar cómo? ¿Han luchado de veras?

Natividad le recordó sus padecimientos confesando que no había hablado más de ellos por no afligirlo; aquello, naturalmente, era lo que la otra adivinó lucha.

-¿Pero, lucha por qué?

-Eso no sé, ni creo que fuera nada malo.

-Voy a consultar...

-¿A consultar a quién?

-A una persona...

-¡Ya sé! A tu amigo Plácido.

-Si solo fuese mi amigo no lo consultaría; pero es también mi jefe y mi maestro, tiene una vista clara y penetrante; dada por el cielo... Lo consultaré solo por hipótesis, sin decirle nombres...

-No, no, no.

-Solo como una hipótesis.

-¡No, Agustín, no le hables de eso! No interrogues a nadie a mi respecto, ¿oyes? ¡Vaya! ¡prométeme que no hablarás de esto a nadie, ni espiritistas ni amigos! Lo mejor es callar. Basta con saber que su suerte será feliz. Grandes hombres, cosas futuras... Júramelo, Agustín!

-Pero, ¿tú no has ido en persona a ver a la mulata?

-No me conoce ni de nombre; me ha visto una vez, pero no volverá a verme. ¡Vaya! ¡jura!

-¡Eres curiosísima! ¡Vaya; lo prometo! ¿Pero qué tendría que hablase?

-¡Yo no quiero! ¡Jura!

- ¿Pero es esto cosa de juramento?
- Es que sin eso no tendré confianza, -dijo Natividad sonriendo.
- Entonces, juro.
- ¡Jura por Dios Nuestro Señor!
- Juro por Dios Nuestro Señor.

XI

Un caso único

Sántos creía en la santidad del juramento; por eso resistía, pero al fin cedió y juró. Pero ya no pudo apartar el pensamiento de la lucha, de los niños en el vientre de la madre. Quiso olvidarla. Jugó aquella noche como de costumbre; a la siguiente fue al teatro; a la otra a una visita; y , volvió al juego de naipes de costumbre, y, la lucha siempre con él. Aquello era un misterio: Quizá fuese un caso único... ¡Único! ¡Un caso único! La singularidad del caso hízolo aferrarse más a la Idea, o la idea a él; no puedo explicar mejor este fenómeno íntimo, pasado allá donde no llegan los ojos del hombre, ni bastan las reflexiones y conjeturas. No por eso duró mucho tiempo. El primer domingo. Santos se fue a casa del doctor Plácido, calle del Senador Vergueiro, una casa baja de tres ventanas, con mucho terreno hacia el lado del mar. Creo que ya no existe: databa del tiempo en que la calle era el Camino Viejo, para distinguirlo del Camino Nuevo.

Perdona estos detalles. La acción podía continuar sin ellos, pero quiero que sepas qué casa era, y qué calle, y agregaré que allí había una especie de club, templo, o lo que quieras, -espiritista. Plácido hacía de sacerdote y presidente a un tiempo. Era un viejo de larga barba, ojos azules y brillantes, envuelto en ancha camisa de seda. Ponle una vara en la mano, y resulta un mago; pero, a decir verdad, no usaba la barba y la camisa para que le dieran ese aspecto. Al revés de Santos que hubiera cambiado diez veces de cara, si no fuese por la oposición de la mujer, Plácido usaba la barba entera desde joven, y la camisa desde hacía diez años.

-Venga, venga usted, -dijo a Santos; -venga a ayudarme -a convertir a nuestro amigo Ayres. Hace media hora que trato de inculcarle las verdades eternas, pero se resiste.

-No, no resisto,- replicó un hombre rayano en los cuarenta, tendiendo la mano al recién llegado.

XII

El tal Ayres.

El Ayres que ahí aparece conserva todavía algunas de las virtudes de aquel tiempo y casi ningún vicio. No atribuyas ese estado a un propósito cualquiera. Ni creas que en esto va envuelto un poco de homenaje a la modestia de la persona. No, señor; es verdad pura, y natural efecto. A pesar de los cuarenta años, o cuarenta y dos, y quizás por eso mismo, era un hermoso tipo de hombre. Diplomático de carrera, había llegado días antes del Pacífico, con una licencia de seis meses.

No me detengo a describirlo. Imagina, únicamente, que tenía el callo del oficio, la sonrisa aprobativa; la palabra blanda y cautelosa, el aire de ocasión, la expresión adecuada, todo tan bien distribuido que daba gusto oírlo y verlo. Puede que el afeitado cutis de la cara estuviese pronto a mostrar las primeras huellas del tiempo. Sin embargo, el bigote que era joven en el color y en el empeño con que terminaba en punta fina y tiesa, daría un aire de frescura al rostro cuando llegase el medio siglo. Lo mismo haría el cabello, vagamente gris, partido en el medio. En lo alto de la cabeza había un comienzo de calvicie. En el ojal de la solapa una flor eterna.

Tiempos hubieron, -fue con motivo de su anterior licencia, cuando era apenas secretario de legación, -tiempos hubieron en que él también gustó de Natividad. No fue una pasión propiamente dicha; no era hombre de eso. Gustó de ella, como de otras joyas y curiosidades, pero apenas vio que no era aceptado, cambió de conversación. No por debilidad ni frialdad. Las mujeres le gustaban bastante, y mucho más si eran lindas. La cuestión es que no las quería a la fuerza ni trataba de convencerlas. No era general para asaltos ni sitios prolongados; se contentaba con simples paseos militares largos o breves, según el

tiempo estuviese claro o nublado. En resumen era extremadamente sensato.

Coincidencia interesante: en aquella misma época, Santos pensó casarlo con su cuñada, que acababa de enviudar. Parece que ésta quería. Natividad se opuso, nunca se supo por qué. No eran celos; envidia no creo que fuese. El simple deseo de no verlo entrar en la familia por la puerta lateral, es apenas una figura equivalente a cualquiera de las otras dos hipótesis. El disgusto de cederlo a otra o de verlo feliz a su lado, no podía ser, aunque el corazón sea el abismo de los abismos. Supongamos, pues, que era con el fin de castigarlo por haberla amado.

Puede ser; en todo caso, el mayor obstáculo nacería de él mismo. Aunque viudo, Ayres ni fue realmente casado. No amaba al matrimonio. Se casó por exigencia del oficio; consideró que era mejor ser diplomático casado que soltero, y pidió la primera joven que le pareció adecuada a su destino. Se equivocó; la diferencia de temperamento y de espíritu era tal, que, aun en vida de su mujer, era lo mismo que si estuviese solo. No se afligió con su pérdida; tenía la marca del solterón.

Era sensato, -repito, aunque esta palabra no exprese exactamente lo que quiere decir. Tenía el corazón dispuesto a aceptarlo todo, no por inclinación a la armonía sino por odio a la controversia. Para conocer esta aversión bastaba haberlo visto entrar, antes, de visita en casa de Santos. Algunas personas extrañas y de la familia, conversaban de la mulata del Castillo.

-Llega usted apropósito, consejero, -dijo Perpetua. -¿Qué opina usted de la mulata del Castillo?.

Ayres no opinaba nada, pero comprendió que los demás opinaban algo, o hizo un ademán de ambos sexos. Como se insistió, no eligió ninguna de ambas opiniones, encontró otra intermedia, que dejó satisfechas ambas partes, -cosa rara en opiniones Intermedias. Ya sabes que su destino es ser desdeñadas.

Pero el tal Ayres, -José da Costa Marcondes Ayres, -pensaba que en las discusiones una opinión dudosa e intermedia podía tener la

oportunidad de una píldora, -y componía las suyas con tal habilidad, que el enfermo, si no sanaba no moría, -y esto es todo lo más que hacen los píldoras. No le quieras mal por eso; la droga amarga se traga con azúcar.

Ayres opinó con pausa, delicadeza, circunloquios, limpiando el monóculo en el pañuelo de seda, destilando las palabras graves y oscuras, clavando los ojos en el aire, como quien busca un recuerdo, -y hallaba el recuerdo y redondeaba la opinión con él. Uno de los oyentes aceptóla en seguida; otro se apartó un poco y acabó estando de acuerdo, lo mismo el tercero, el cuarto, la sala entera.

No supongas que no fuese sincero; lo era. Cuando no acertaba a tener la misma opinión, y valla la pena escribir la suya, la escribía. Acostumbraba también, conservar por escrito los descubrimientos, observaciones, reflexiones, críticas y anécdotas, y para eso tenía una serie de cuadernos a los que daba el nombre de Memorial.

Aquella noche escribió en él estas líneas:

"Velada en casa de la familia Santos; sin juego de naipes. Hablése de la mulata del Castillo. Sospecho que Natividad o la hermana quieren consultarla; no será seguramente a mí respecto.

Natividad y un padre Guedes, que se hallaba allí, gordo y maduro, eran las únicas personas interesantes de la reunión. El resto insípido, pero insípido por necesidad, pues no puede ser sino insípido. Cuando el padre y Natividad me dejaban entregado a la insipidez de los demás, yo trataba de huirles valiéndome de la memoria, recordando sensaciones, reviviendo cuadros, viajes, personas. Así fue cómo pensé en la Capponi, a quien vi hoy en la calle del Mercado. La conocí aquí, en el difunto Hotel de don Pedro, ya hace años. Era bailarina; ya la había visto bailar en Venecia. ¡Pobre Capponi! Al andar, el pie izquierdo se le salía del zapato y mostraba en el talón de la media un agujerito de tristeza.

Al final volví a la eterna insipidez de los otros. No acabo de comprender cómo esta señora, tan fina en todo lo demás, pueda organizar veladas como la de hoy. No porque los demás no tratarán de ser intere-

santes: si las intenciones valieran, ningún libro los alcanzaría. Pero no eran interesantes, por más que lo intentasen. En fin, se acabó; espere-mos otras veladas que traigan mejores asuntos sin esfuerzo. Lo que da la cuna solo lo quita la tumba, -dice un viejo refrán nuestro. Y yo puedo, cortando un verso a mi Dante, escribir de esos insípidos:

Dico, che quando l'anima mal mata...

XIII

El epígrafe.

Ahora bien, ese sería precisamente el epígrafe del libro, si yo le quisiese poner alguno y no se me ocurriese otro. No es este, solamente, un medio de completar las personas de la narración con las ideas que dejaron, sino también un par de anteojos para que el lector del libro penetre lo que sea menos claro o totalmente oscuro.

Por otra parte, hay provecho en que las personas de mi historia, vayan colaborando en ella, ayudando al autor, por una ley de solidaridad, especie de cambio de servicios entre el ajedrecista y sus piezas.

Si aceptas la comparación, ya distinguirás el rey y la reina, el alfil y el caballo, sin que el caballo pueda hacer de torre, ni la torre de peón. Existe también la diferencia del color, blanco o negro; pero ésta no saca su poder de la marcha de cada pieza, y al fin unos y otros pueden ganar la partida, y así va el mundo. Quizá conviniese aquí, de cuando en cuando, como en las publicaciones del juego, un diagrama con las posiciones hermosas o difíciles. No teniendo tablero, gran auxilio es este para acompañar las jugadas; pero también puede que hayas visto bastante para reproducir en la memoria las diversas situaciones. Creo que sí. ¡Afuera los diagramas! Todo marchará como si realmente vieses jugar la partida entre persona y persona, o más claramente, entre Dios y el diablo.

XIV

La lección del discípulo.

-No se incomode, consejero -dijo Santos estrechando la mano del diplomático. -Y aprenda las verdades eternas.

-Las verdades eternas exigen horas eternas -replicó éste, consultando su reloj.

Un Ayres así no era fácil de convencer. Plácido habló de leyes científicas, para alejar cualquier acusación de sectarismo, y Santos obró como él. Salió a reducir toda la terminología espiritista, y además los casos, los fenómenos, los misterios, las declaraciones, los testimonios verbales y escritos... Santos sacó a colación un ejemplo: ¿Podían dos espíritus volver juntos a este mundo? ¿y qué significaría que lucharan antes de nacer?

-Los niños no luchan antes de nacer -replicó Ayres, atemperando el sentido afirmativo con la entonación dubitativa.

-¿De modo que usted niega que dos espíritus?... ¡Y usted me dice eso, consejero!... Pero, ¿qué impide que dos espíritus?

Ayres vio el abismo de la controversia, y escapó al vértigo mediante una concesión. Y dijo:

-Esau y Jacob lucharon en el seno materno; es verdad. Ya se conoce la causa del conflicto. En cuanto a otros, en el supuesto de que luchen también, todo consiste en saber la causa del conflicto, y no sabiéndola, porque la Providencia la oculta a la curiosidad humana... Si fuese una causa espiritual por ejemplo...

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, si ambas criaturas quisieran arrodillarse al mismo tiempo para adorar al Creador. He ahí un caso de conflicto, pero de conflicto espiritual, cuyo proceso escapa a la sagacidad humana. También podía ser un motivo temporal. Supongamos la necesidad de co-

dearse para estar menos incómodos; es una hipótesis que aceptaría la ciencia; es decir, yo no sé... También podría darse el caso de que ambos quisieran la primogenitura...

-¿Para qué?- preguntó Plácido.

-Aunque este privilegio esté hoy limitado a las familias reales, la Cámara de los lores y no sé qué más, todavía sigue teniendo un valor simbólico. El simple gusto de nacer primero, sin otra ventaja social o política, puede presentarse por instinto, principalmente si dos niños están destinados a ocupar altos puestos en el mundo.

Santos aguzó el oído en este punto, recordando, las "cosas futuras". Ayres dijo todavía algunas lindas frases, y agregó otras feas, admitiendo que la lucha podía ser anuncio de graves conflictos en la tierra; pero luego atemperó este concepto con este otro:

-¡No importa! No olvidemos lo que decía un antiguo: "La guerra es la madre de todas las cosas." En mi opinión, Empedocles, al referirse a la guerra, no lo hacía en el sentido técnico. El amor, que es la primera de las artes de la paz, puede decirse que es un duelo, no de muerte, sino de vida -terminó Ayres, sonriendo levemente, lo mismo que hablaba bajo, y se despidió.

XV

"Teste David cum Sibylla"

-¡Vaya, vaya! -dijo Santos. -¿No es verdad que el consejero, en vez de aprender, nos enseña? Yo creo que nos ha dado algunas buenas razones.

-Cuando menos plausibles -agregó don Plácido.

-¡Lástima que se marchase! -continuó Santos; -pero, afortunadamente, la cuestión es con usted. Vengo a consultarlo, y sus luces son las verdaderas luces del mundo.

Plácido agradeció sonriendo. No era nuevo el elogio, al contrario; estaba tan acostumbrado a oírlo, que la sonrisa era para él un hábito. No podía dejar de pagar a sus discípulos con esa moneda.

-¿De qué se trata?

-Se trata de esto: La hipótesis que formulé es un caso real; ha sucedido con mis hijos...

-¿Cómo?

-Así me parece, y he venido precisamente para consultarlo. No le he hablado antes de esto, temiendo que lo hallara absurdo, pero después de pensarlo, sospecho que hubo lucha, y que este es un caso extraordinario.

Santos expuso entonces su consulta, gravemente, con el gesto especial de agrandar los ojos para agrandar la novedad. No olvidó ni ocultó nada; hasta contó la ida de su mujer al Castillo, con desdén, es cierto, pero punto por punto. Plácido escuchaba atento, preguntando, volviendo atrás, y acabó por meditar unos minutos. Por último declaró que el fenómeno, si se había producido, era raro si no único, pero posible. Ya el hecho de que se llamaran Pedro y Pablo indicaba cierta rivalidad, porque los dos apóstoles lucharon también.

-Perdón, pero el bautismo...

-Fue posterior, lo sé; pero los nombres pueden haber sido predestinados, tanto más cuanto que la elección de los nombres se hizo, según usted mismo me dice, por inspiración de la tía de los niños.

-Precisamente.

-Doña Perpetua es muy devota.

-Mucho.

-Creo que los mismos espíritus de San Pedro y San Pablo hubieran escogido a esa señora para inspirar los nombres que se hallan en el Credo; advierta usted que reza muchas veces el Credo, pero que solo en esa ocasión se acordó de los nombres...

-¡Exacto, exacto!

El doctor se acercó a la biblioteca y sacó de ella una Biblia, encuadernada en cuero, con grandes broches de metal. Abrió la Epístola de San Pablo a los Gálatas, y leyó el pasaje del capítulo II, versículo 11, en que el apóstol cuenta que, yendo a la Antioquía, donde se hallaba San Pedro, "le resistió en su cara".

Santos leyó y tuvo una idea. Las ideas quieren ser festejadas cuando son bellas, y examinadas cuando son nuevas; la suya era al propio tiempo nueva y bella. Deslumbrado alzó la mano y dio una palmada en el libro, exclamando:

-Sin contar que esta cifra 11 del versículo, formada de dos números iguales, 1 y 1, es un número gemelo, ¿no le parece a usted?

. -Precisamente. Y además, el capítulo es el segundo, esto es, dos, que es el mismo número de los hermanos gemelos.

-Y en la numeración romana son dos I.

El misterio engendra el misterio. Allí había más de un hilo íntimo, substancial, oculto, que lo ligaba todo. Lucha, Pedro y Pablo, hermanos gemelos, números gemelos; todo era aguas de misterio, que iban cortando, nadando y braceando con fuerza. Santos fue más al fondo: ¿no serían los dos chicos los mismos espíritus de San Pedro y San Pablo, que renacían, y él, padre de los dos apóstoles?... La fe transfigura; Santos tenía un aire casi divino, ensimismóse, y sus ojos, generalmente sin expresión, parecían derramar la llama de la vida. ¡Padre de

apóstolesi ¡Y de qué apóstoles! Plácido estuvo también casi al punto de creer; hallábase en un mar negro, taciturno, donde se perdían las voces del infinito; pero luego recordó que los espíritus de San Pedro y San Pablo habían llegado a la perfección; no volverían al mundo. ¡No importa! serían otros, grandes y nobles. Sus destinos podían ser brillantes; tenía razón la mulata sin saber lo que decía.

-Deje a las mujeres sus creencias de la niñez -terminó diciendo; -si tienen fe en la mulata del Castillo. y les parece que es un vehículo de la verdad, no las desmienta por ahora. Dígales que estoy de acuerdo con su oráculo. *¡Teste David cum Sibylla!*

-¡Caramba, carambal escriba usted esa frase.

Plácido se acercó a la mesa, escribió la frase y dióle el papel; pero Santos dióse cuenta entonces de que mostrarlo a su mujer era confesarle la consulta espiritista, y, naturalmente, el perjurio. Contó entonces a su amigo los escrúpulos de Natividad, y le pidió que callase.

-Cuando la vea no le diga lo que ha pasado entre nosotros.

Poco después se fue, arrepentido de su indiscreción, pero deslumbrado por la revelación. Iba lleno de números de la Escritura, de Pedro y Pablo, de Esaú y Jacob. El aire de la calle no disipó la polvareda del misterio; por el contrario, el cielo azul, la playa tranquila, los cerros verdes, parecían rodearlo y cubrirlo con un velo más transparente e infinito. La lucha de los niños, hecho raro y único, era una distinción divina. Al revés de su esposa, que solo se preocupaba de la futura grandeza de sus hijos, Santos pensaba en el conflicto pasado.

Entró en su casa, corrió hacia los niños, y los acarició con expresión tan extraña, que la madre sospechó algo, y quiso saber lo que era.

-No es nada -contestó Santos riendo.

-¡Algo hay! ¡Vaya! ¡Dilo!

-¿Y qué puede haber?

-Sea lo que fuera, Agustín. ¡Dílo!

Santos le pidió que no se enojase, y se lo contó todo, la suerte, la lucha, la Escritura, los Apóstoles, el símbolo, todo, y con tal incohe-

rencia, que Natividad no le pudo entender; pero al fin entendió, y replicó apretando los dientes:

-¡Ah! ¡conque tú, tú!...

-¡Perdóname, querida! ¡Estaba tan deseoso de saber la verdad!... Y observa que yo creo en la mulata, y el doctor también; hasta me ha escrito esto en latín -terminó sacando y leyendo el papelito: -*Teste David cum Sibylla.*

XVI

Paternidad.

Un momento después, Santos tomó la mano de la mujer, que se la abandonó sin estrechar la suya; ambos contemplaban a los niños, olvidados de la riña, para no ser más que padres.

Ya no se trataba de espiritismo, ni de otra religión nueva; se trataba de la más vieja de todas, fundada por Adán y Eva, y a la que, si se quiere, puedes llamar paternidad. Rezaban sin palabras, persignábanse sin dedos, en una especie de ceremonia tranquila y muda, que abarcaba el pasado y el futuro. ¿Quién era el sacerdote? ¿Quién el sacristán? No lo sé, ni es necesario. La misa era la misma, y el Evangelio empezaba como el de San Juan (enmedado):

"En el principio era el amor, y el amor se hizo carne."

Pero vengamos a nuestros gemelos.

XVII

Todo lo que suprimo.

Los gemelos, no teniendo nada que hacer, iban mamando. En este oficio conducíanse sin rivalidad, y mamaban uno frente a otro; entonces cada uno de ellos parecía querer demostrar que mamaba más y mejor, paseando los dedos por el seno amigo y chupando con toda el alma. Las amas, por su parte, estaban orgullosas de sus pechos y los comparaban entre sí; los niños, hartos, soltaban al fin los pezones y les sonreían.

Si no fuese por la necesidad de poner a los chicos en pie, crecidos y hombres, desarrollaría este capítulo. Realmente el espectáculo, aunque común, era hermoso. Los chiquillos se alimentaban al revés de sus padres, sin las artes del cocinero, ni la vista de las comidas y bebidas, todas puestas en cristales y porcelanas para corregir y colorar la dura necesidad de comer. A ellos no se les veía la comida; la boca pegada al pecho no dejaba aparecer la leche. La naturaleza mostrábase satisfecha por medio de la sonrisa o el sueño. Cuando era por el sueño, cada ama llevaba a su chico a la cuna, e iba a ocuparse de otra cosa. Esta comparación podría darme tres o cuatro páginas sólidas.

Una página bastaría para los cascabeles que embelesaban a los niños, como si fuesen la misma música del cielo. Sonreían, tendían las manos, algunas veces se enfadaban porque no se los dieran; pero en cuanto se los daban, callaban, y si no podían tocar, no se enojaban por ello. A propósito de cascabeles, diría que esos instrumentos no dejan recuerdo; si al que los ve en las manos de un niño le parece que le recuerdan los suyos, se equivoca: el recuerdo tiene que ser más reciente, algún discurso del año pasado, o la vaca lechera que pasó la víspera.

La operación del destete podía describirse en una línea; pero la pena de las amas, las despedidas, los aros de oro que la madre dio a

cada una de ellas, como regalo final, todo esto exigiría una buena página o más. Pocas líneas bastarían para las niñas, porque no sé si eran altas o bajas, feas o bonitas. Eran dulces, cumplidoras de su obligación, amigas de los niños y también una de otra. Caballitos de madera, banderolas, teatros de títeres, kepis y tambores, toda la quincallería de la infancia ocuparía mucho más sitio que sus nombres.

Suprimo todo esto sólo por no fastidiar a la lectora, deseosa de ver a mis niños hombres hechos y derechos. Vamos a verlos, querida. Un poco más, y ya serán grandes y fuertes. Después los entregará a ellos mismos: que se abran a hierro, o lengua, o simplemente a fuerza de codos, el camino de la vida y del mundo.

XVIII

De cómo fueron creciendo.

Entretanto iban creciendo. La semejanza, sin confundirlos, continuaba siendo grande. Los mismos ojos, claros y atentos; la misma boca, llena de gracia; las manos finas, y un color vivo en las mejillas que las hacía parecer pintadas con sangre. Eran sanos; excepto la crisis de los dientes, no tuvieron enfermedad alguna, porque no cuento una que otra indigestión de dulces que los padres les daban o que ellos sacaban a escondidas. Ambos eran golosos, Pedro más que Pablo, y Pablo más que todo el mundo.

A los siete años eran dos obras maestras, o una sola en dos volúmenes, como prefieras. A la verdad, no había por toda aquella playa, ni por los Flamencos, Glorias, Cajús y otras redondezas, no había uno, repito, cuanto más dos chicos tan graciosos. Observa que eran también robustos. Pero, de un puñetazo, derribaba a Pablo; en compensación, Pablo, de un puntapié, tiraba a Pedro al suelo. Corrían mucho en la quinta, por apuesta. Algunas veces quisieron encaramarse a los árboles; pero la madre no lo consentía, no era bonito. Contentábanse con espigar la fruta desde abajo.

Pablo era más agresivo, Pedro más disimulado, y ambos acababan por comerse la fruta de los árboles; un mulatillo iba a buscarla arriba, ya por los moquetes del uno, ya por las promesas del otro. Las promesas no se cumplían nunca; los moquetes, por ser anticipados, se cumplían siempre, y a veces con repetición después del servicio. No digo con esto que uno y otro gemelo no supiesen agredir y disimular; la diferencia consiste en que cada uno sabía mejor su inclinación, cosa tan obvia que cuesta escribirla.

Obedecían a sus padres sin gran esfuerzo, aunque fuesen caprichosos. No mentían más que los otros chicos de la ciudad. Al fin y al cabo

la mentira es a veces una semivirtud. Así, cuando dijeron que no habían visto hurtar un reloj de la madre, regalo del padre cuando eran novios, mintieron conscientemente, porque la criada que se apoderó de él fue sorprendida por ellos en plena acción. ¡Pero era tan amiga de ellos y con tantas lágrimas les pidió que no lo dijese a nadie, que los gemelos negaron a pies juntillas haber visto nadar Tenían siete años. A los nueve, cuando la muchacha estaba ya muy lejos, descubrieron, no sé con qué motivo, el hecho ocultado. La madre quiso saber por qué habían callado antes; no lo supieron explicar; pero es evidente que el silencio de 1878 fue obra del afecto y la compasión, y de ahí la semivirtud, porque ya es algo pagar amor con amor. En cuanto a la revelación de 1880, sólo se puede explicar por el tiempo transcurrido. La buena Miquelina ya no estaba presente; quizá hubiese muerto. Además, la referencia surgió tan naturalmente...

-¿Pero por qué no me lo han dicho hasta ahora?- insistía la madre.

-No sabiendo qué razones dar, uno de ellos, creo que Pedro, resolvió acusar al hermano:

-¡Fuá él, mamá.!

-¿Yo? -replicó Pablo. -¡Fue el, mamá, él, que no dijo nada!

-¡Fuiste tú!

-¡Fuiste tú! ¡No mientas!

-El mentiroso eres tú.

Lanzáronse el uno sobre el otro. Natividad acudió rápidamente, pero no tanto que pudiera impedir el cambio de los primeros puñetazos. Detúvoles los brazos a tiempo de evitar otros, y en vez de castigarlos o amenazarlos, los besó con tanta ternura, que no hallaron ocasión mejor de pedirle dulces. Tuvieron el dulce; tuvieron también un paseo, por la tarde, en el carrujecito del padre. A la vuelta estaban amigos y reconciliados. Contaron a la madre el paseo, la gente que habían visto por la calle, los otros niños que los miraban con envidia, uno que se metía el dedo en la boca, otro en la nariz, y las muchachas que estaban asomadas en las ventanas, algunas de las cuales los en-

contraron lindos. En este último punto divergían, porque cada cual se adjudicaba las admiraciones; pero la madre intervino:

-Eran para los dos. Son tan parecidos, que no podían ser sino para ambos. ¿Y sabe por qué los han elogiado las niñas? Porque los vieron amigos, juntitos el uno al otro. Los niños lindos no pelean, y menos siendo hermanos. Quiero verlos quietos y amigos, jugando juntos, sin riña ni nada. ¿Han entendido?

Pedro contestó que sí; Pablo esperó que la madre repitiese la pregunta, y dio la misma respuesta. En fin, como ésta lo mandase, abrazáronse ambos, pero fue un abrazo sin gusto, sin fuerza, casi sin brazos; acercáronse el uno al otro, tendieron las manos a las costillas del hermano y dejáronlas caer.

Por la noche, en la alcoba, cada uno de ellos dedujo para sí que debía los obsequios de aquella tarde, el dulce, los besos, el carruaje, a la pelea que habían tenido, y que otra les podía procurar otro tanto o más. Sin palabras, como una romanza para piano, resolvieron irse a las manos en la primera oportunidad. Esto, que debía ser un lazo tendido a la ternura de la madre, llevó al corazón de ambos una sensación particular, que no era sólo consuelo y desquite de los puñetes recibidos aquel día, sino también satisfacción de un deseo íntimo, profundo, necesario. Dijéronse todavía, sin odio, algunas palabras de cama a cama, rieron de uno que otro recuerdo de la calle, hasta que el sueño entró con sus pies de lana y su pico callado, y tomó posesión de la alcoba entera.

XIX.

Dos apenas.-Cuarenta años.-Tercera causa.

Uno de mis propósitos en este libro, es no ponerle lágrimas. Sin embargo, no puedo callar las dos que brotaron cierta vez de los ojos de Natividad, después de una riña de los chicos. Dos apenas, que fueron a morir en la comisura de los labios. Tan a prisa las vertió como las sorbió, renovando al revés y con palabras mudas, el cierre de los cuentos de niños: "entró por una puerta, salió por otra, manda el rey nuestro señor que nos cuente otra". Y el segundo niño contaba un segundo cuento, el tercero el tercero, el cuarto el cuarto, hasta que llegaba el aburrimiento y el sueño. Personas que datan del tiempo en que se contaban esos cuentos, afirman que los niños no ponían en dicha fórmula ninguna fe monárquica, ni absoluta ni constitucional; era un modo de ligar su Decameron, modo heredado del viejo reino portugués, cuando los reyes mandaban lo que querían y la nación decía que estaba muy bien.

Sorbidas las dos lágrimas, Natividad se rió de su propia debilidad. No se llamó tonta porque semejantes desahogos se usan raras veces, hasta en particular; pero en lo secreto de su corazón, allí, muy al fondo, donde no penetra el ojo humano, creo que sintió algo parecido á eso. Como no tengo pruebas claras, me limito a defender a nuestra dama.

A la verdad, cualquier otra viviría temblando por la suerte de sus hijos, después de ver la niña anterior e interior. Las luchas se habían hecho más frecuentes, las manos eran cada vez más aptas, y todo hacía temer que acabasen destripándose el uno al otro... Pero aquí surgía la idea de la grandeza y la prosperidad, -¡cosas futuras! -y esta esperanza era como un pañuelo que enjugase los ojos de la buena señora. Las

Sibilas no habrán hablado sólo del mal, ni los profetas, sino del bien, y principalmente de éste.

Con ese pañuelito verde enjugóse los ojos; y ya tendría otros pañuelos, si aquél quedáse roto o arrugado; uno, por ejemplo, no verde como la esperanza, sino azul como su alma. Todavía no les he dicho que el alma de Natividad era azul. Aquí queda dicho. De un azul celeste, claro, transparente, que alguna vez se nublaba, pocas se ponía tempestuoso, y nunca era oscurecido por la noche...

No, lector; no he olvidado la edad de nuestra amiga; la recuerdo como si fuese de hoy. Así llegó a los cuarenta años. No importa: el cielo es más viejo, y no ha cambiado de color. Una vez que no atribuyas al azul del alma ningún significado romántico, estás en la cuenta. Cuando mucho, el día que cumplió esa edad, nuestra dama sintió un calofrío. ¿Qué había pasado? ¡Nada! Un día más que la víspera, algunas horas apenas. Toda una cuestión de número, menos que de número, de nombre de número, la palabra cuarenta: he ahí el mal único. Por eso la melancolía con que dijo el marido, agradeciendo los mimos del cumpleaños:

-¡Estoy vieja, Agustín!

Santos trató de sofocarla jugando.

Pero haría mal si la ahogara. Natividad tenía aún las formas del tiempo anterior a la concepción, la misma flexibilidad, la misma gracia delicada y viva. Conservaba el donaire de los treinta. La costurera ponía de relieve todos los pensamientos restantes de su figura, aún le añadía algunos de su bolsillo. La cintura se empecinaba en no querer engrosar, y las caderas y el cuello, tenían las mismas antiguas redondeces.

Hay regiones en que el verano se confunde con el otoño, como pasa en nuestra tierra, donde las dos estaciones sólo difieren en la temperatura. En navidad ni por la temperatura. Mayo tenía el calor de Enero. A los cuarenta años era la misma señora verde, con la mismísima alma azul.

Este color le venía del padre y del abuelo, pero el padre murió temprano, antes que el abuelo, que alcanzó a los ochenta y cuatro. A esa edad creía que todas las delicias de este mundo, desde el café de la mañana hasta el sueño sosegado, habían sido inventados solamente para él. El mejor cocinero de la tierra había nacido en China con el único fin de dejar familia, patria, lengua, religión, todo, e ir a asarle las chuletas y hacerle el te. Las estrellas daban a sus noches un aspecto espléndido, la luna también, y la lluvia, si llovía, era para que él descansase del sol. Allí está ahora, en el cementerio de San Francisco Javier; si alguien pudiera oír la voz de los muertos dentro de sus sepulturas, le oíría a él gritando que ya era tiempo de cerrar la puerta del cementerio y no dejar entrar a nadie, puesto que él ya descansa para siempre jamás. Murió azul; si hubiera llegado a los cien años, no tendría tampoco otro color.

Ahora bien; si la Naturaleza quería mimar a esta señora, la riqueza daba la mano a la Naturaleza, y de una y de otra salía el color más lindo que puede tener alma humana. Todo concurría así a sacarle inmediatamente los ojos, como vimos más atrás. Si se sorbió aquellas dos lágrimas solitarias, podía haber sorbido otras, edad adelante, y esto es, también, una prueba de aquel matiz espiritual; así hubiera demostrado que tenía pocas y que las sorbía para economizarlas.

Pero hay todavía una tercera causa que daba a esta señora el sentimiento del color azul, causa tan particular que merecería ir en capítulo propio, pero no va, por economía. Era la excepción, era el haber atravesado la vida intacta y pura. El cabo de las tormentas se convirtió en cabo de la Buena Esperanza, y venció la primera y la segunda juventud, sin que los vientos le derribasen la nave ni las ondas se la tragasen. No negaría que alguna racha más fuerte que las otras pudiera llevarle la vela de trinquete, como en el caso de Juan de Mello, o todavía peor, en el de Ayres, pero sólo fueron bostezos de Adamastor. Arregló apresuradamente la vela, y el gigante quedó atrás, rodeado por Tetis, mientras ella seguía camino de las Indias. Entonces recordaba ya el próspero viaje. Se honraba con los vientos inútiles y perdidos. La

memoria le llevaba el sabor del peligro pasado. He aquí la tierra oculta, los dos hijos nacidos, crecidos, amados por la fortuna.

XX

La joya.

Los cuarenta y un años no le produjeron calofríos. Ya estaba acostumbrada a los cuarenta. Sintió, sí, un gran espanto; despertó y no vio el regalo de costumbre, "la sorpresa" del marido delante de la cama. No la encontró tampoco en el tocador, abrió gabetas, buscó, nada. Creyó que el marido se habría olvidado de la fecha y se puso triste; ¡era la primera vez! Bajó mirando a todas partes: ¡nada! En el gabinete estaba el marido, callado, ensimismado, leyendo los periódicos, y apenas le tendió la mano. Los muchachos, a pesar de que era domingo, estudiaban en un rincón; fueron a darla el beso de costumbre y volvieron a sus libros. La madre paseó todavía los ojos por el gabinete, por ver si hallaba algún obsequio, un cuadro, un vestido, algo: pero en vano. Debajo de uno de los diarios que estaban en una silla frente al marido, pudiera ser que... ¡Nada! Entonces se sentó, y abriendo el diario, dijo para sí:

-¿Será posible que no se acuerde del día de hoy? ¿Será posible?

Comenzó a leer distraídamente, saltando las noticias, volviendo atrás...

Enfrente, el marido observaba a la mujer, sin importarle absolutamente nada lo que parecía estar leyendo. Así pasaron algunos minutos. De repente Santos vio una expresión nueva en el rostro de Natividad; sus ojos parecían agrandarse, la boca se entreabrió, irguióse la cabeza, la de él también, y ambos dejaron sus sillas, dieron dos pasos y cayeron el uno en brazos del otro, como dos enamorados desesperados de amor. Uno, dos, tres, muchos besos. Pedro y Pablo, sorprendidos, estaban en un rincón de pie. El padre, en cuanto pudo hablar, les dijo:

-Vengan a besar la mano de la señora baronesa de Santos.

No comprendieron en seguida; Natividad no sabía qué hacer; daba la mano a sus hijos, al marido, y volvía al diario para leer y releer que en el despacho imperial de la víspera, el señor Agustín José dos Santos, había sido agraciado con el título de barón de Santos. Todo lo comprendió. El regalo del día era aquél; el joyero fue esa vez el emperador.

-Bueno, bueno; ahora se pueden ir a jugar, dijo el padre a los hijos.

Y los muchachos salieron a difundir la noticia por la casa. Los criados se alegraron muchísimo de ese cambio de los amos. Los mismos esclavos, parecían recibir una partícula de libertad, y se condecoraban con ella.

-¡Ña baronesa! -exclamaban saltando.

Y Juan empujaba a María haciendo castañuelas con los dedos.

-Gente, ¿quién es esta criolla? Soy esclava de ña baronesa

Pero el emperador no fue el único joyero. Santos sacó del bolsillo un estuche, con un prendedor en que la corona nueva resplandecía de brillantes. Natividad agradeció la joya y consintió en ponérsela para que el marido la viese. Santos se sentía autor de la joya, inventor de la forma y de las piedras; pero en seguida dejó que se la sacase y la guardara, y tomó los periódicos, para mostrarle que en todos aparecía la noticia, y en algunos con adjetivo *bien conceptuado* aquí, *distinguido*, allí...

Cuando Perpetua entró en el gabinete, los encontró paseándose de un lado al otro, con los brazos ciñendo las cinturas, conversando, callando, mirándose los pies. También ella dio y recibió abrazos.

Toda la casa estaba alegre. En la quinta, los árboles parecían más verdes que nunca, los botones del jardín explicaban las hojas, y el sol cubría la tierra de una claridad infinita. El cielo, para colaborar con lo demás, permaneció azul: el día entero, desde temprano, comenzaron a llegar tarjetas y cartas de felicitación. Algo más tarde las visitas. Hombres del foro, hombres del comercio, hombres de sociedad, algunos títulos, muchas señoras, fueron o mandaron. Algunos acreedores de Santos acudieron a toda prisa; otros prefirieron continuar el olvido.

Nombres hubo que solo pudieron reconocer a fuerza de grandes pesquisas y mucho almanaque.

XXI

Un punto obscuro

Sé que hay un punto obscuro en el capítulo que pasó; escribo esto para aclararlo.

Cuando la esposa preguntó los antecedentes y circunstancias del nombramiento, Santos dióle las explicaciones pedidas. No todas serían estrictamente exactas; el tiempo es un ratón roedor de las cosas, que las disminuye o las altera en el sentido de darles otro aspecto. Además, el asunto era tan propicio para la alegría, que provocaría fácilmente confusiones en la memoria. Hay, hasta en los acontecimientos más graves, muchos detalles que se pierden, otros que la imaginación inventa para substituir los perdidos, -pero no por eso muere la historia.

Queda por saber (y es el punto oscuro) Como pudo Santos callar largos días un negocio tan importante para él y para su esposa, Verdad es que en más de una ocasión estuvo a punto de decir de palabra o con el ademán -si hallaba alguno,- aquel secreto de pocos sabido; pero siempre hubo una fuerza mayor que le tapara la boca. A lo que parece, fue la expectativa de una alegría nueva inesperada, lo que le dio ánimo para tener paciencia. En la escena del gabinete, todo estaba arreglado de antemano: el silencio, la indiferencia, los hijos estudiando en domingo, - sólo para el efecto de aquella frase:

-Vengan a besar la mano de la señora baronesa de Santos!

XXII

Ahora un salto.

Que los gemelos participasen de la luna de miel nobiliaria, de los padres, no es cosa que se necesite escribir. El amor que les tenían basta para explicarlo; pero hay que agregar que, como el título produjo en otros niños dos sentimientos opuestos, uno de estimación, y otro de envidia, -Pedro y Pablo sacaron en consecuencia que habían adquirido con él un mérito especial. Más tarde, cuando Pablo adoptó la opinión republicana, nunca envolvió aquella distinción de su familia en la condenación de las instituciones. Los estados de alma que nacieron de esto darían materia para un capítulo especial si yo no prefiriese ahora dar un salto, y llegar a 1886. El salto es grande, pero el tiempo es un tejido invisible en que se puede bordar todo, una flor, un pájaro, una dama, un castillo, una tumba. También puede no bordarse nada. Nada sobre lo invisible es la obra más útil de este mundo, y quizá del otro.

XXIII

Cuando tengan barba.

Aquel año, una noche de Agosto, hallándose varias personas en la casa de Botafogo, sucedió que una de ellas, -no sé si hombre o mujer, -preguntó a los hermanos qué edad tenían.

Pablo contestó:

-Nací en el aniversario del día en que Pedro I cayó del trono.

Y Pedro:

-Nací en el aniversario del día en que subió al trono Su Majestad. Las respuestas fueron simultáneas, no sucesivas, tanto que la persona en cuestión, les pidió que hablaran cada cual a su turno. La madre explicó:

-Nacieron el 7 de Abril de 1870.

Pedro repitió lentamente:

-Nací el día que Su Majestad subió al trono.

Y Pablo, en seguida:

-Nací el día que Pedro I cayó del trono.

Natividad reprendió a Pablo por su respuesta subversiva. Pablo se explicó, Pedro contestó a la explicación y dio otra, y la sala se hubiera convertido en club, si la madre no lo arreglase de este modo:

-Esas han de ser tonterías del colegio, ustedes no están todavía en edad de hablar de política. Cuando tengan barba.

La barba no quería llegar, aunque ellos llamaran el bozo con los dedos; pero las opiniones políticas, y otras, llegaban y crecían. No eran propiamente opiniones, no tenían raíces, grandes ni chicas. Eran (aunque sea mala la comparación) corbatas de color especial, que se ataban al cuello a la espera de que les cansase el color y viniese otro. Naturalmente, cada uno tenía la suya. También puede creerse que la de cada uno fuera, más o menos, adecuada a la persona. Como reci-

bían las mismas aprobaciones y distinciones en los exámenes, les faltaban motivos de envidia; y si la ambición había de dividirlos un día, por entonces no era aún ni águila, ni condor, ni siquiera pichón, cuando mucho sería un huevo. En el colegio de Pedro II todos los querían. La barba era lo que no quería asomar. Y ¿qué puede hacerse cuando la barba no quiere salir? Esperar que llegue por sí misma, que aparezca, que crezca, que emblanquezca, como es su costumbre, salvo las que no emblanquecen nunca, o solo en parte y momentáneamente. Todo esto es sabido y trivial, pero ofrece la ocasión de hablar de dos barbas de este último género, célebres en aquel tiempo, y ahora completamente olvidadas. Como no tengo otro lugar para ocuparme de ellas, aprovecho este capítulo; que el lector vuelva la hoja, si prefiere seguir otros del cuento. Yo me quedaré, durante algunas líneas, recordando las dos barbas nuestras, sin entenderlas ahora, como no entendimos entonces las barbas más inexplicables del mundo.

La primera de esas barbas era la de un amigo de Pedro, un capuchino italiano, Fray *** Podría escribir su nombre -nadie lo creería ya, -pero prefiero esa señal tiple, número de misterio, expresado con estrellas, que son los ojos del cielo.

Se trata de un fraile. Pedro no le conoció la barba negra sino gris, larga y poblada, adornando una cabeza varonil y hermosa. La boca era risueña, los ojos brillantes. Reía por ella y por ellos, con tal dulzura, que se metía en el corazón de la gente. Tenía ancho el pecho y fuertes las espaldas. El pie descalzo, atado a la sandalia, indicaba que, sostenía un cuerpo de Hércules. Todo esto suave y espiritual como una página evangélica. Su fe era viva, su afecto seguro, su paciencia infinita.

Fray *** se despidió un día de Pedro. Se iba al interior, Minas, Río Janeiro, San Pablo, -creo que al Panamá también, -viaje espiritual, como él otros cofrades; allí se quedó un semestre o más. Cuando volvió nos trajo a todos gran alegría y mayor sorpresa. La barba estaba negra, no sé si tanto o más que antes, pero negrísima y brillantísima. No explicó el cambio ni nadie le preguntó el por qué; podía ser milagro o capricho de la naturaleza; también podía ser corrección de mano

de hombre, aunque este último caso fuera más difícil de creer que el primero. Este color duró nueve meses; después de otro viaje de treinta días, la barba reapareció de plata o de nieve o como os parezca más blanca.

En cuanto a la segunda barba, fue más sorprendente todavía. No era de fraile, sino de un andrajoso, que vivía de deudas, y que en su juventud corrigió de este modo un viejo refrán de nuestra lengua:

"Paga lo que debes, y mira lo que no te queda"

Llegó a los cincuenta años sin dinero, sin empleo, sin amigos. La ropa tenía la misma edad, los zapatos no serían menores. Pero la barba no llegó a los cincuenta; se la teñía de negro, y mal, probablemente porque la tintura no sería de primera calidad y porque no tendría espejo. Andaba solo; bajaba y subía muchas veces la misma calle. Un día dobló la esquina de la Vida y cayó en la plaza de la Muerte, con las barbas descoloridas y sucias, porque en la Santa Casa no había quién se las tiñese.

Or bene- para hablar como mi capuchino,- ¿por qué éste y el andrajoso volvieron del gris *al* negro? Que la lectora lo adivine, si puede: le doy veinte capítulos para lograrlo. Puede que yo, por esas alturas, entrevea alguna explicación; pero, por ahora, no sé, ni aventuro nada. No faltarán maliciosos que atribuyan a Fray *** alguna pasión profana; pero ni aun así se comprende que, se descubriera de ese modo. En cuanto al andrajoso ¿a qué damas quería agradar hasta el punto de trocar el pan por la tintura? Que uno y otro cediesen al deseo de detener la juventud fugitiva, puede ser muy bien. El fraile, imbuído en la Escritura, sabiendo que Israel lloró por las cebollas de Egipto, lloraría también y sus lágrimas caerían negras. Este deseo de capturar el tiempo es una necesidad del alma y de las mandíbulas; pero Dios concede al tiempo el *habeas corpus*.

XXIV

Robespierre y Luis XVI.

Tanto crecieron las opiniones de Pedro y Pablo, que llegaron a tomar cuerpo en una cosa. Iban bajando por la calle de la Carioca. Había allí una tienda de vidriero, con espejos de varios tamaños, y que, más que espejos, tenía retratos viejos y grabados baratos, con y sin marco. Detuviéronse un momento, mirando distraídamente. Luego, cuando Pedro vio colgado un retrato de Luis XVI, entró y lo compró por ochocientos réis; era un simple grabado, atado al mostrador con un hilo. Pablo quiso tener igual fortuna, adecuada a sus opiniones, y descubrió un Robespierre. Como el vidriero pidiese por éste mil doscientos réis, Pedro se exaltó un tanto.

-¡De modo que usted vende más barato un rey, y un rey mártir!

-Perdone usted, pero es que el otro grabado me ha costado más -replicó el viejo comerciante. -Nosotros vendemos de acuerdo con el precio de compra. Mire: ¡está más nuevo!

-No, eso no -interrumpió Pablo. -Son del mismo tiempo, pero éste vale más que aquél.

-He oído decir que también era rey...

-¡Qué rey! -exclamaron los dos.

-O que quiso serlo, no sé bien... Yo, de historia, apenas conozco la de los moros, que aprendí en mi tierra, con mi abuelo, y algunos trozos en verso. Y todavía hay moras lindas; por ejemplo, ésta: a pesar del nombre, creo que era mora, o que todavía es, si vive... ¡Mal le sepa al marido!

Fue a un rincón y sacó un retrato de Madama de Stael, con el famoso turbante en la cabeza. ¡Oh efecto de la hermosura! Los muchachos olvidaron un momento sus opiniones políticas, y se quedaron mirando largamente la figura de Corina. El vidriero, a pesar de sus

setenta años, tenía los ojos embobados. Se dedicó a subrayar las formas, la cabeza, los labios algo gruesos pero expresivos, y decía que no era caro. Como ninguno quisiese comprarla, quizá porque era una sola, díjoles que aún tenía otro, pero que ese era "una desvergüenza", frase que los dioses le perdonarían cuando supieran que no quiso más que abrir el apetito de los parroquianos. Y fue a un armario, y de él sacó una Diana, desnuda, como vivía aquí abajo, antiguamente, en las selvas. ¡Ni por esas la vendió! Tuvo que contentarse con los retratos políticos.

Todavía quiso ver si recogía algún dinero más, vendiéndoles un retrato de Pedro I, con marco, que pendía de la pared; pero Pedro lo rehusó por no tener dinero disponible, y Pablo dijo que no daría un vinten por "caras de traidores". ¡No hubiera dicho nada! El comerciante, apenas le oyó la respuesta, cuando se despojó de las maneras obsequiosas, revistió otras, indignadas, y gritó que sí, señor, que el joven tenía razón.

-Tiene mucha razón. ¡Fue un traidor, un mal hijo, un mal hermano un mal todo! Hizo todo el mal que pudo en este mundo; y en el infierno, donde está si la religión no miente, todavía debe hacer mal al mismo Diablo. Este joven habló hace poco de un rey mártir -continuó mostrándole un retrato de don Miguel de Braganza, de medio perfil, casaca y mano en el pecho, -éste sí que fue un verdadero mártir del otro, que le robó el trono, que no era suyo, para darlo a quien no le pertenecía; y mi pobre rey y señor fue a morir en la necesidad, dicen que en Alemania o no sé dónde. ¡Ah, malvados! ¡Ah, hijos del Diablo! ¡Ustedes no pueden imaginarse lo que era esa canalla do liberales! ¡Liberales! ¡Liberales de lo ajeno!

-Todos son los mismos frailes... -reflexionó Pablo.

-No sé si serían los mismos frailes, lo que sé es que llevaron buenos palos. Vencieron, pero recibieron de veras. ¡Mi pobre rey!

Pedro quiso contestar a la burla de su hermano, y propuso comprar el retrato de Pedro I. Cuando el vidriero volvió en sí, comenzó a tratar de la venta, pero no pudieron entenderse en el precio; Pedro daba los

mismos ochocientos réis del otro, y el comerciante pedía dos mil res. Observaba que tenía marco, y Luis XVI no; además de esto, era más nuevo. Y se acercaba a la puerta, buscando mejor luz, le llamaba la atención sobre el rostro, los ojos, especialmente, ¡qué hermosa expresión tenían! Y el manto imperial...

-¿Qué le cuesta dar dos mil réis?

-Le doy diez tostones (mil réis); ¿conviene?

-No me conviene; me cuesta mucho más.

-Pues, entonces...

-Pero vea, ¿no vale este retrato hasta tres mil réis? El papel no es manchado; el grabado es fino..

-Diez tostones, ya le he dicho.

-No, señor. Mire, por diez tostones lleve este don Miguel; el papel está bien conservado, y por una insignificancia le hace poner marco. ¡Vaya! ¡Diez tostones!

-Pero, si ya estoy arrepentido... Diez tostones por el emperador.

-¡Ah! ¡Eso sí que no! Me costó mil setecientos réis hace tres semanas; gano unos trescientos, casi nada. Verdad es que gano menos con el señor don Miguel, pero también confieso que es menos buscado. Este de don Pedro I, si pasa mañana, puede que ya no lo encuentre. ¿Lo lleva, sí?

-Pasaré después.

Pablo iba ya andando y mirando a Robespierre; Pedro lo alcanzó.

-¡Mire! ¡Lleve por siete tostones al señor don Miguel!

Pedro sacudió la cabeza.

-Seis tostones, ¡vaya!

Pedro, junto a su hermano, desenvolvía el grabado. El viejo vidriero quiso gritar todavía: "¡Cinco tostones!" pero el otro ya iba lejos y le pareció mal negociar de aquel modo.

XXV

Don Miguel.

-Así como así -quedóse pensando el viejo,- arrollado y guardado no lo he de vender; voy a hacerle poner marco; se aprovechan algunas varillas viejas...

Don Miguel volvió hacia él los ojos empañados de tristeza y de reproche; así le pareció al vidriero, pero puede que fuera ilusión. En tal caso, también le pareció que los ojos volvían a su lugar, mirando a la derecha, a lo lejos... ¿Hacia dónde?

-Hacia donde está la justicia eterna -pensó naturalmente el dueño. Mientras lo estaba contemplando, un hombre se detuvo a la puerta, entró y miró con interés el retrato. El comerciante notó la expresión; podía ser un miguelista, pero también podía ser un coleccionista...

-¿Cuánto pide usted por eso?

-¿Por esto? Perdone usted, ¿desea saber cuánto pido por mi hermoso señor don Miguel? No pido mucho; está un poco deteriorado, pero todavía se le ve bien la cara. ¡Qué soberbio es! No es caro; lo doy por el costo; si tuviera marco valdría unos cuatro mil reis. Llévelo por tres mil.

El comprador sacó tranquilamente el dinero del bolsillo mientras el viejo arrollaba el retrato, y trocados el uno por el otro, saludáronse corteses y satisfechos; el comerciante, después de ir hasta la puerta, volvió a la silla de costumbre. Quizá pensara en el peligro en que estuvo de vender el retrato por menos precio. Sea como sea, quedóse mirando hacia afuera, a lo lejos, donde está la justicia eterna... ¡Tres mil reis!

XXVI

La lucha de los retratos.

Casi no es necesario decir el destino de los retratos del rey y el convencional. Cada uno de los jóvenes puso el suyo a la cabecera de la cama. Poco duró esta situación, porque ambos hacían perrerías a los pobres grabados, que no tenían la culpa. Ya les ponían orejas de burro, nombres denigrantes, dibujos de animales, hasta que un día Pablo rompió el de Pedro, y Pedro el de Pablo. Naturalmente, se vengaron a puñadas; la madre oyó el ruido y subió de carrera. Contuvo a los hijos, pero ya los encontró arañados, y se retiró triste. ¿No acabaría nunca esa maldita rivalidad! Hízose esta pregunta en silencio, tendida en la cama, con el rostro hundido en las almohadas que esta vez quedaron secas. Pero el alma lloró.

Natividad confiaba en la educación; pero la educación, por más que la apurara, quebraba apenas las aristas al carácter de los chicos; lo esencial quedaba; las pasiones embrionarias trabajaban por vivir, crecer, brotar; seguían siendo tales como las sintió en su propio seno durante la gestación... Y recordaba la crisis de entonces, acabando por maldecir a la mulata del Castillo. A la verdad, la mulata debería haber callado: el mal callado no cambia, pero no se sabe. Ahora bien; eso de no callar puede que confirme la opinión de que la mulata fuese enviada por Dios para decir la verdad a los hombres. Y al fin y al cabo, ¿qué fue lo que dijo a Natividad? No hizo más que una pregunta misteriosa; la predicción fue lo luminoso y claro... Y las palabras del Castillo resonaron otra vez en los oídos de la madre, y la imaginación hizo el resto... ¡Cosas futuras! ¡Helos ahí, grandes y sublimes! ¿Algunas peleas de chicos, qué importan? Natividad sonrió, se levantó, acercóse a la puerta y encontró a su hijo Pedro, que iba a explicarse.

-Mamá, Pablo es malo, ¡Si oyese los horrores que suelta por esa boca, te morirías de miedo! Mucho me cuesta no írmele encima; todavía no le he sacado un ojo...

-¡Hijo mío, no hables así!, ¡es tu hermano!

-¡Pues que no se meta conmigo!, ¡que no me acabe la paciencia! ¡Qué blasfemias decía! ¡Cuando yo estaba rogando por el alma de Luis XVI, él, para fastidiarme más, rezaba por Robespierre! Ha compuesto una letanía, llamándolo santo, y la canta bajito, para que no la oigan ni tú, ni papá. Pero le he dado unos coscorrones.

-¡Eso es! ¡Muy bien!

-Pero él me había pegado primero, porque le puse orejas de burro a Robespierre... ¿Quieres decir que yo tenía que quedarme callado?

-Ni callando, ni hablando.

-Y entonces ¿cómo? Recibiendo siempre, ¿no es así?

-No, señor; no quiero mojicones; lo mejor es que lo olviden todo y se quieran. ¿No has visto cómo se quieren tus padres? Que las peleas se acaben del todo. No quiero oír cuentos ni quejas. Al fin y al cabo, ¿qué tienen ustedes que ver con un mal hombre que murió hace muchos años?

-Es lo que yo le digo; pero él no se corrige.

-Ya se corregirá; los estudios hacen olvidar niñerías. Tú también, cuando seas médico, tendrás que luchar con las enfermedades y con la muerte; es mejor que andar a mojicones con el hermano... ¿Qué es eso? ¡No quiero aspavientos, Pedro! Tranquilízate, óyeme.

-¡Tú estás siempre en contra mía, mamá!

-No estoy contra ninguno; estoy a favor de ambos; ambos son mis hijos. Y, además, gemelos. ¡Ven acá, Pedro! No creas que desapruuebo tus opiniones políticas. Hasta me agradan; son las más, son las nuestras. Pablo las compartirá también. A su edad se aceptan cuantas tonterías hay; pero el tiempo corrige. Mira, Pedro, mi esperanza es que ustedes sean grandes hombres, pero con la condición de que sean también grandes amigos.

-Yo estoy dispuesto a ser grande hombre -asintió Pedro con ingenuidad, casi con resignación.

-Y grande amigo también.

-¡Si él lo es, lo seré!

-¡Grandes hombres! -exclamó Natividad, dándole dos abrazos, uno para él, otro para el hermano.

Pero Pablo llegó en seguida y recibió el abrazo entero y verdadero. Iba a quejarse también, y de todos modos algo rezongó; pero la madre no quiso escucharlo y habló de nuevo en el idioma de las grandezas. Pablo consintió también en ser grande.

-Tú serás médico -dijo Natividad a Pedro -y tú abogado. Quiero ver quién hace las mejores curas y gana los peores pleitos.

-¡Yo! -dijeron ambos a un tiempo.

-¡Qué tontería! Cada uno tendrá su carrera especial, en ciencia distinta. ¿Ya están curados de la nariz? Sí, ya no hay sangre. Ahora, el primero que lastime a su hermano será castigado.

Hábil recurso fue separarlos; el uno quedaba en Río estudiando Medicina; el otro iba a San Pablo a estudiar derecho. El tiempo haría lo demás, sin contar con que ambos se casarían y se irían cada cual por su lado, con su mujer. Era la paz perpetua; más tarde vendría la perpetua amistad,

XVII

"De una reflexión intempestiva."

Aquí entra una reflexión de la lectora: "Pero si dos viejos grabados los llevan a los puñetazos y la sangre, ¿se consternarán más tarde con su esposa? ¿No querrán a la misma y única mujer?"

Lo que usted quiere, amiga mía, es llegar ya al capítulo del amor o los amores, que es su interés especial en los libros. De ahí la habilidad de la pregunta, que es como si dijese: "Mire usted que todavía no nos ha mostrado la dama o damas que han de ser amadas o disputadas por estos jóvenes enemigos. Ya estoy cansada de saber que los muchachos no se quieren o se quieren mal ; y es la segunda o tercera vez que asisto a las caricias de la madre y a sus amistosos reproches. Vamos ligeros al amor, a las dos, si no es a una sola persona..."

Francamente, no me gusta los que van adivinando y componiendo un libro que se escribe metódicamente. La insistencia de la lectora en hablar de una sola mujer, llega a ser impertinente. Suponga que, en efecto, quieran a una sola persona; ¿no parecerá que relato lo que la lectora me insinuó, cuando la verdad es que sólo escribo lo que ha sucedido, como lo pueden atestiguar docenas de personas? No, señora mía, no tomé la pluma en la mano para expresar lo que me fueran sugiriendo. Si usted quiere componer el libro, aquí tiene pluma, aquí tiene papel, aquí tiene un admirador; pero si sólo quiere leer, quédese quieta y vaya de línea en línea; permítrole que bostece entre capítulo y capítulo; pero aguarde el resto, tenga confianza en el narrador de estas aventuras.

XXVIII

El resto es cierto.

Sí, hubo una persona mas joven que ellos -uno o dos años- que los encadenó por la fuerza de la costumbre o de la naturaleza, si no fue por ambas. Antes de esa puede que hubiese otras, y más viejas que ellos; pero no consta en los apuntes que sirven para este libro. Si lucharon por ellas, no queda recuerdo; pero es posible, dado que tuviesen las mismas preferencias; en el caso contrario también es posible, como ocurría con los caballeros que peleaban por su dama.

Congeturas, nada más. Es natural que, buenos mozos como eran, iguales, elegantes, dedicados a la sociedad y los paseos, la conversación y el baile, y, por último, herederos, es natural que más de una niña gustase de ellos. Las que les veían pasar a caballo, playa afuera o calle arriba, quedábanse enamoradas de aquel orden perfecto de aspecto y de movimiento. Sus mismos caballos eran igualitos, casi gemelos, y meneaban las patas con el mismo ritmo, la misma fuerza y la misma gracia. No creas que el batir de las colas y las crines fuese simultáneo en ambos animales; no es verdad, y podría hacer dudar del resto. Pero el resto es cierto.

XXIX

La persona más joven.

La persona más joven no figura ya en este capítulo por una razón valedera, que es la conveniencia de presentar primero a los padres. No porque no se pueda verla bien sin ellos; se puede: los tres son distintos, quizá contrarios, y por muy especial que te parezca, no es necesario que los padres estén presentes. No siempre los hijos reproducen a los padres. Camoens afirmó que de cierto padre sólo se podía esperar cierto hijo, y la ciencia confirma esta regla poética. Por mi parte, creo en la ciencia como en la poesía; pero hay excepciones, amigo! Suele suceder que la naturaleza haga otra cosa, y no por eso las plantas dejan de crecer ni las estrellas de brillar. Lo que se debe creer es que Dios es Dios; y si alguna jovencita árabe me estuviese leyendo, llámelo Alá. Todas las lenguas van a dar al cielo.

XXX

La familia Baptista.

La familia Baptista conoció a la familia Santos, no sé en qué hacienda de la provincia del Río. No fue en Maricá, aunque allí hubiese nacido el padre de los gemelos; sería en cualquier otro municipio. Fuese cual fuese, allí se conocieron ambas familias, y como vivían cerca, en Botafogo, la frecuentación y la simpatía fueron ayudando el caso fortuito.

Baptista el padre de la niña, era un hombre de cuarenta y tantos años, abogado de lo civil, ex presidente de provincia, y miembro del partido conservador. Su viaje a la hacienda tuvo, precisamente, por objeto, una conferencia política con fines electorales, pero tan estéril que se volvió sin llevar siquiera una ramita de esperanza. A pesar de tener amigos en el gobierno, nada obtuvo, ni Diputación, ni presidencia. Había interrumpido su carrera desde que fue exonerado de este último cargo, "a pedido", dijo el decreto; pero las quejas del exonerado harían creer otra cosa. El hecho es que había perdido las elecciones, y atribuía a ese desastre político la "demisión" de su cargo.

-No sé qué más quería que hiciese, -decía Baptista, hablando del ministro. -Sitié iglesias, ningún amigo pidió policía sin que yo se la mandara; procesé unas veinte personas; otras fueron a la cárcel sin proceso. ¿Tenía que ahorcar gente? Y aun así, tuve dos muertes en Ribeirao das Moccas.

El final era expresivo, porque las dos muertes no eran obra suya; cuando mucho, mandó echar tierra a la investigación, si así puede llamarse una conversación sobre la ferocidad de los dos difuntos. En suma, las elecciones fueron incruentas.

Baptista decía que había perdido la presidencia a causa de las elecciones; pero corría otra versión, un negocio de aguas, concesión hecha a un español, a pedido del hermano de la esposa del presidente.

El pedido era verdadero, la imputación de socio falsa.

No importa; eso bastó para que el periódico de opinión dijese que en aquello había "un buen arreglo de familia", agregando que, como era de aguas, el negocio debía ser limpio.

El periódico de la administración replicó que, sí aguas había, no eran bastantes para lavar la suciedad de carbón dejada por la última presidencia liberal: una provisión de palacio.

No era exacto: el periódico de oposición exhumó el antiguo proceso, y demostró que la defensa había sido completa.

Aquí hubieran podido parar las cosas, pero continuó diciendo que "como ahora estábamos en España", el presidente había corregido al poeta español, autor del epitafio:

Cuñados y estando juntos...
es verdad que están difuntos;

y lo corrigió por no verse obligado a matar a nadie, y antes se dio vida a sí y a los suyos, diciendo en su lengua:

¡Cunhados e cunhadissimos
e' certo que sao vivissimos!

Baptista acudió en seguida al mal, declarando sin efecto la concesión, pero eso mismo sirvió a la oposición para nuevas arremetidas: "*¡Tenemos la confesión del reo!*" fue el título del primer artículo que el periódico de oposición dedicó al acto del presidente.

Los corresponsales ya habían escrito a Río de Janeiro, hablando de la concesión, y el gobierno acabó por exonerar a su delegado. A decir verdad, solo los políticos se ocuparon del negocio. Doña Claudia aludía apenas a la campaña de la prensa, que fue violentísima.

-¡No valía la pena salir aquí! -dijo Natividad.

-¡No, eso no, baronesa!

Y doña Claudia afirmó que valía la pena. ¡Era tan lindo llegar a provincias! Los anuncios, las visitas, abordó, el desembarque, la toma de posesión, los cumplimientos... Ver a la magistratura, los funcionarios, la oficialidad, mucha calva, mucho cabello blanco, casi en el suelo, con sus cortesías largas y lentas, todas en ángulo o en curva, y las alabanzas impresas... Las mismas injurias de la oposición eran agradables. Oír llamar tirano al marido, a quien sabía de corazón de paloma, convenía a su espíritu. La sed de sangre que se le atribuía, a él que ni vino bebía, el puño de hierro de un hombre que era un guante de gamuza, la inmoralidad, su desfachatez, su falta de bríos, todos los nombres injustos, pero fuertes que ella gustaba de leer como verdades eternas, ¿dónde iban a parar entonces? El periódico de oposición era el primero que doña Claudia leía en palacio. Sentíase azotada también, y eso le producía un gran deleite, como si fuese en su propia piel: almorzaba mejor ¿Dónde estaban los látigos de aquel tiempo?... Ya no podía leer el nombre de Baptista impreso al pie de las ordenanzas, ni siquiera en la lista de los que iban a visitar al emperador.

-Pero no va siempre, -explicó doña Claudia; -Baptista está muy desanimado; va de tarde en tarde a San Cristóbal, para no parecer que se hace el olvidado, como si fuera un crimen; por el contrario, no ir nunca es lo que podría parecer despecho. Tenga usted en cuenta que el emperador nunca ha dejado de recibirlo con mucha benevolencia, y a mí también. Nunca ha olvidado mi nombre. Dejé de ir dos años seguidos, y cuando aparecí me preguntó en seguida: "¿Cómo está, doña Claudia?"

Fuera de estas añoranzas del poder, doña Claudia era una criatura feliz. La viveza de sus palabras y sus maneras, sus ojos que no parecían ver nada, a fuerza de no detenerse nunca, su sonrisa bondadosa y su admiración constante, todo en ella era propio para curar agenas melancolías. Cuando besaba o miraba a sus amigas, era como si qui-

siese comérselas vivas, comer de amor, no de odio, introducirlas dentro de sí misma, muy en sí misma, en lo más profundo de sí misma.

Baptista no tenía las mismas expansiones. Era alto y su aire sosegado le daba un buen aspecto de hombre de gobierno. Sólo le faltaba acción, pero su mujer podía inspirársela; nunca dejó de consultarla en las crisis de la presidencia, y todavía entonces, si le diese oídos, iría a pedir algo al gobierno; pero en este punto era firme, de una firmeza que nacía de la debilidad.

-Ya han de llamarme, déjalos estar, -decía a doña Claudia, cuando aparecía alguna vacante de gobernación provincial.

Verdad que sentía la necesidad de volver a la vida activa. En él, la política era menos una opinión que una sarna; necesitaba rascarse a menudo y con fuerza.

XXXI

Flora.

Tal era aquella pareja de políticos. Un hijo, si hubiesen tenido un hijo varón, pudiera haber sido la fusión de sus cualidades opuestas y quizá un hombre de Estado. Pero el cielo les negó este consuelo dinástico.

Tenían una hija única, que era todo lo contrario de ellos. Ni la pasión de doña Claudía, ni el aspecto gubernativo de Baptista distinguían el alma y la figura de Flora. Quien la conociese en aquel tiempo, hubiera podido compararla a un frágil vaso o a una flor de una sola mañana, y tendría asunto para una dulce elegía. Ya entonces tenía los ojos grandes y claros, menos sabedores, pero dotados de una expresión particular; su mirada no era la difusa de la madre, ni la apagada del padre, sino más bien enternecedora y pensativa, y tan llena de gracia, que haría amable la cara de un avaro. Ponle aguileña la nariz, rásgale la boca medio risueña, formándole el todo, un rostro bellissimo, alísale los cabellos rubios, y ahí tienes a la joven Flora.

Nació en Agosto de 1871. La madre, que fechaba por ministerio, nunca ocultó la edad de su hija.

-Flora nació en el ministerio Río-Brauco, y siempre tuvo tanta facilidad para aprender, que ya en el ministerio Sinimbrí sabía leer y escribir de corrido.

Era retraída y modesta, enemiga de fiestas públicas, y costó trabajo que aprendiera a bailar. Gustábale la música, y más el piano que el canto. Sentada al piano y entregada a sí misma era capaz de pasarse un día entero sin comer. Hay en esto su asomo de exageración, pero la hipérbole es de este mundo, y los oídos de la gente andan ya tan tapados, que sólo a fuerza de retórica puede introducirse en ellos un poco de verdad.

Hasta aquí nada hay que distinga extraordinariamente a esta joven de las demás contemporáneas suyas, desde que la modestia va junto con la gracia, y a cierta edad es tan natural el devaneo como la travesura. Flora, a los quince años, gustaba de ensimismarse. Ayres, que la conoció por ese tiempo, en casa de Natividad, creía que la joven llegaría a ser una inexplicable.

-¿Cómo dice usted? -preguntó la madre.

-En realidad no digo nada -corrigióse Ayres; -pero si se me permite decir algo, diré que esta joven reúne las prendas de la madre.

-¡Pero yo no soy inexplicable! -replicó doña Claudia sonriendo.

-Por el contrario, señora. Pero todo consiste en la definición que demos a esa palabra. Quizá no haya ninguna exacta. Supongamos una criatura para quien no existe perfección en el mundo, y juzgue que el alma más hermosa no pasa de ser un punto de vista; si todo cambia con el punto de vista, la perfección...

-¡La perfección es copas! -insinuó Santos.

Era una invitación a jugar a la baraja, al "hombre". Ayres no aceptó, tan inquieta le pareció Flora, con los ojos fijos en él, interrogativos, curiosos por saber por qué era o llegaría a ser inexplicable. Fuera de esto, prefería la conversación de las mujeres. Suya es esta frase escrita en el *Memorial*:

"En la mujer, el sexo corrige la superficialidad; en el hombre la agrava."

No fue preciso ni aceptar ni rechazar la invitación de Santos; llegaron dos compañeros de juego, y con ellos y Baptista, que estaba en la salita contigua. Santos se entregó a la diversión de todas las noches. Uno de los jugadores era el viejo Plácido, doctor en espiritismo; el segundo era un corredor de la plaza, llamado López, que amaba los naipes por los naipes mismos, y más sentía perder partidas que dinero. Y se ensimismaron en el "hombre", mientras Ayres se quedaba en la sala, escuchando en un rincón a las señoras, sin que los ojos de Flora se apartasen de él.

XXXII

El jubilado.

Este ministro ya estaba entonces jubilado. Regresó a Río de Janeiro, después de una postrer mirada a las cosas vistas, para vivir aquí el resto de sus días. Podía hacerlo en cualquier ciudad, era hombre de todos los climas, pues tenía especial cariño a su tierra, y quizá estuviese cansado de las otras. No atribuía a ésta tantas calamidades como muchos. En cuanto a la fiebre amarilla, por ejemplo, a fuerza de desmentirla en el extranjero, se perdió su fe, y aquí, cuando veía publicados algunos casos, ya estaba corrompido por ese credo que atribuye todas las enfermedades a una variedad de nombres. Quizá porque era sano.

No había cambiado; era casi el mismo. Se puso más calvo, es cierto, con menos carnes y algunas arrugas; en resumen, una robusta vejez de sesenta años. Los bigotes seguían teniendo las puntas finas y agudas. El paso era firme, el ademán grave, con aquel ribete de galantería que no perdió nunca. En el ojal la misma flor eterna.

Tampoco le pareció que la ciudad hubiese cambiado mucho. Halló algún movimiento más, alguna ópera menos, cabezas blancas, personas muertas; pero la vieja ciudad era la misma. Su casa, en Caltete, estaba bien conservada. Ayres despidió al inquilino, tan cortésmente como si recibiera al Ministro de Relaciones Exteriores, y se metió en ella con un criado, por más que su hermana se empeñase en llevárselo a Andarahy.

-No, hermana Rita; déjame quedarme en mi rincón.

-¡Pero yo soy la única parienta que te queda!

-Por la sangre y por el corazón, es cierto -asintió Ayres. -Puedes agregar que la mejor de todas, y la más piadosa. ¿Dónde están tus cabellos?... No tienes que bajar los ojos. Te los has cortado para ponerlos

en el cajón de tu difunto marido. Los que tienes ahora han encanecido, pero los que allí quedaron eran negros; y más de una viuda los hubiese guardado para las segundas nupcias...

A Rita le agradó aquella referencia. En otro tiempo no; poco después de enviudar se avergonzaba de aquel acto tan sincero; se encontraba casi ridícula. ¿De qué servía cortarse el cabello por haber perdido el mejor de los esposos? Pero andando el tiempo, comenzó a ver que había hecho bien, a aprobar que se lo dijeran, a recordarlo en la intimidad. Aquel día, la alusión le sirvió para replicar: -Pues si yo soy así, ¿por qué prefieres vivir con extraños?

-¿Con qué extraños? Yo no voy a vivir con nadie. Viviré con el Calteta, el paseo de Machado, la playa de Botafogo y la del Flamenco, y no hablo de las personas que habitan allí, sino de las calles, las casas, las fuentes y las tiendas. Allí hay cosas exquisitas; ¿pero sé acaso si voy a encontrar en Andarahy una casa con las patas para arriba, por ejemplo? Contentémonos con lo que sabemos. Allí, mis pies andan por sí solos. Hay allí cosas petrificadas y personas inmortales, como Custodio, el de la confitería; ¿te acuerdas?

-¿El de la *Confitería del Imperio*? Sí.

-Hace cuarenta años que se estableció; era todavía en tiempos en que los coches pagaban peage. Pues el diablo ese está viejo, pero no se muere. Todavía me ha de enterrar. Parece un muchacho. Todas las semanas se me aparece.

-Tú también pareces un muchacho.

-No te burles, hermana; soy hombre al agua. Puede que sea un viejo coquetón; pero no lo hago por gustar a las muchachas... Y, a propósito, ¿por qué no te vienes tú a vivir conmigo?

-¡Ah! ¿Quieres saber si a mí también me gusta vivir conmigo misma? Iré a verte de vez en cuando; ¡pero yo no salgo de aquí sino para el cementerio!

Conviniere en visitarse el uno al otro, Ayres iría a comer los jueves. Doña Rita le habló también de los casos de enfermedad; Ayres replicó que él no se enfermaba nunca, pero que si se enfermara, iría a

Andarahy; el corazón de su hermana era el mejor de los hospitales. Puede ser que en todas estas excusas, influyera también la necesidad de huir de la contradicción, porque doña Rita sabía inventar motivos de disidencia. Ese misma día (estaban almorzando), Ayres encontró delicioso el café, pero la hermana dijo que era pésimo, obligándole a un gran esfuerzo para volver atrás y hallarlo detestable.

En un principio Ayres realizó su propósito de soledad, separóse de la sociedad metiéndose en su casa, y no visitaba a nadie o a muy pocos, y eso de tarde en tarde. Estaba realmente cansado de hombres y mujeres, fiestas y veladas. Hizo su programa. Corno era aficionado a letras clásicas, encontró en el padre Bernardes, esta traducción del salmo:

"Alejéme huyéndo, y moré en la soledad."

Así fue en un principio. Los jueves iba a comer con su hermana. A la noche paseaba por las playas o por las calles del barrio. La mayor parte del tiempo se entretenía en leer y releer, componer el *Memorial* o ver lo ya compuesto para recordar las cosas pasadas. Estas eran muchas y de distinta forma, desde la alegría hasta la melancolía, entierros y recepciones diplomáticas, montón de hojas secas que entonces le parecían verdes. A veces las personas eran designadas por una X o *** y Ayres no acertaba inmediatamente de quiénes se trataba; pero era una diversión buscarlas, encontrarlas y completarlas.

Mandó hacer un armario con cristales, en el que guardó las reliquias de su vida, viejos retratos, obsequios de gobiernos y de particulares, un lente, un guante, una cinta y otros recuerdos femeninos, medallas y medallones, camafeos, fragmentos de ruinas griegas o romanas, infinidad de cosas que no enumero por no llenar papel. Las cartas no estaban allí; vivían dentro de un baúl, catalogadas por letras, por ciudades, por idiomas, por sexos. Quince o veinte darían para otros tantos capítulos, y serían leídas con interés y curiosidad.

Un billete, por ejemplo, un billete amarillento y sin fecha, joven como los billetes viejos, firmado con iniciales, una M y una P, que él interpretaba con melancolía. No vale la pena escribir el nombre.

XXXIII

La soledad también cansa.

Pero todo cansa, hasta la soledad. Ayres comenzó a sentir asomos de tedio; bostezaba, se desprecizaba, tenía sed de gente viva, extraña, cualquiera que fuese, alegre o triste. Internábase en los barrios excéntricos, subir a los cerros, iba a las iglesias viejas, a las calles nuevas, a Copacabana y a Elyuca. El mar allí, el bosque y la vista aquí, despertaban en él una infinidad de ecos, que parecían las mismas voces antiguas. Todo esto lo escribía por la noche, para fortalecerse en su propósito de vida solitaria. Pero no hay propósito que valga contra la necesidad.

La gente extraña tenía la ventaja de sacarlo de la soledad sin darle conversación. Las visitas de rigor que hacía eran pocas, breves, y apenas habladas. Pero todo esto fueron los primeros pasos. Poco a poco sintió el sabor de las costumbres viejas, la nostalgia de las salas, la añoranza de la risa, y el, diplomático retirado no tardó en ser integrado en el empleo de la diversión. La soledad, tanto en el texto bíblico cuanto en la traducción del padre, era arcaica. Ayres le cambió una palabra, y el sentido:

"Alejérme huyendo, y morí... entre la gente."

Así se fue el programa de vida nueva. No que no la entendiese y amase, ni que no la practicara todavía alguna vez, de tiempo en tiempo, como se toma un remedio que obliga a quedarse en cama o en la alcoba; pero se curaba pronto y volvía al aire libre. Quería ver la demás gente, oír-la, oler-la, gustarla, palpar-la, aplicar todos los sentidos a un mundo que podía matar el tiempo, el tiempo inmortal.

XXXIV

Inexplicable.

Así lo dejamos, hace apenas dos capítulos, en un rincón de la sala de la familia Santos, en conversación con las señoras. Recordarás que Flora no apartaba los ojos de él, ansiosa de saber por qué la hallaba inexplicable. La palabra la lástimaba el cerebro, hiriendo sin penetrar, ¿Qué era inexplicable? Que no se explica, ya lo sabía; pero que no se explica, ¿por qué?

Quiso preguntarlo al consejero, pero no tuvo oportunidad, y éste se marchó temprano. Pero la primera vez que Ayres fue a San Clemente, Flora le pidió familiarmente el favor de una definición más ampliada. Ayres sonrió y tomó la mano de la niña, que estaba de pie. No, necesito más tiempo para inventar esta respuesta.

-Inexplicable es el nombre que puede darse a los artistas que pintan sin acabar de pintar. Echan pintura, más pintura, otra pintura, mucha pintura, poca pintura, nueva pintura, y nunca les parece que el árbol es árbol ni la cabaña, cabaña. Y si se trata de personas, ¡adiós! Por más que los ojos de la pintura estén hablando, esos pintores creen siempre que no dicen nada. Y retocan con tanta paciencia, que algunos mueren entre dos ojos, otros se matan de desesperación.

Flora halló obscura la explicación; y tú, lectora, amiga mía, aunque seas más vieja y más astuta que ella, puede que no la encuentres más clara. Él, por su parte, nada agregó, para no quedar inconcluso como los artistas de esa especie. Sacudió paternalmente la mano de Flora, y le preguntó por sus estudios. Los estudios marchaban bien. ¿Por qué no habían de marchar bien los estudios? Y sentándose junto a él, la jovencita confesó que pensaba, precisamente, aprender dibujo y pintura, pero que si tenía que poner color de más o de menos, y con-

cluir por no pintar nada, lo mejor sería quedarse sólo con la música. Con la música iba bien, y con el francés y con el inglés...

-¡Pues vaya por la música, el francés y el inglés! -convino Ayres.

-¿Pero usted me promete no hallarme inexplicable? -preguntó dulcemente Flora.

Antes de que Ayres contestara, entraron los dos gemelos. Flora olvidó un asunto por otro, y al viejo por los muchachos. El consejero sólo demoró el tiempo de verla reír con ellos y de sentir algo semejante al remordimiento. Remordimiento de envejecer, me parece.

XXXV**Alrededor de la niña.**

Ya entonces los gemelos estudiaban, el uno en la Facultad de Derecho de San Pablo, el otro en la Escuela de Medicina de Río. No faltaba mucho para que saliesen formados y prontos, el uno para defender los derechos y entuertos de la gente, y el otro para ayudarla a vivir y a morir. Todos los contrastes existen en el hombre.

No era tan poderosa la política que les hiciese olvidar a Flora, ni tan poderosa Flora que les hiciese olvidar la política. Tampoco lo eran tanto ambas, que perjudicasen a sus estudios y diversiones. Hallábanse en la edad en que todo se combina sin perjuicio de la esencia de las cosas. Que llegasen a amar a la niña con igual fuerza, es lo que podía admitirse desde luego, sin que fuera necesario que ella los atrajese voluntariamente. Por el contrario, Flora reía con ambos, sin rechazar ni aceptar especialmente a ninguno; hasta puede ser que no advirtiese nada. Pablo vivía la mayor parte del tiempo ausente. Cuando volvía, para las vacaciones, la hallaba más llena de gracia aún. Entonces Pedro multiplicaba sus atenciones para no dejarse vencer por el hermano, que llegaba pródigo de ellas. Y Flora las recibía todas con la misma cara amiga.

Obsérvese -y este es un punto que debe ponerse de relieve, -obsérvese que los gemelos seguían siendo parecidos y eran cada vez más esbeltos. Quizá perdieran estando juntos, porque la semejanza disminuía en cada uno de ellos la apostura personal. Además, Flora, fingía a veces confundirlos para reír con ambos. Y decía a Pedro: "Doctor Pablo", y a Pablo, "Doctor Pedro."

En vano se cambiaban de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha. Flora cambiaba también los nombres, y los tres acababan riendo. La familiaridad disculpaba su acción y aumentaba con ella. Pablo

gustaba más de la conversación que del piano: Flora conversaba, Pedro prefería el piano a la conversación: Flora tocaba, o bien hacía las dos cosas, y tocaba hablando, soltaba las riendas a la lengua y a los dedos.

Tales artes, puestas al servicio de tales gracias, eran realmente como para incendiar a los gemelos, y fue lo que sucedió poco a poco. Creo que la madre de Flora advirtió algo, pero en un principio no le dio importancia. También ella había sido soltera y joven, también se dividió así, sin dar nada a nadie. Hasta puede que, en su opinión, aquel fuera ejercicio necesario para los ojos del espíritu y de la cara. La cuestión era que éstos no se corrompieran y se dejaran llevar tras de canciones, como dice el pueblo, que así expresa los hechizos de Orfeo. Por el contrario, Flora era la que hacía de Orfeo, Flora la de las canciones. Ya elegiría oportunamente uno -pensaba la madre.

La intimidad tenía grandes interrupciones, fuera de las obligadas ausencias de Pablo. Aunque Flora no saliese, Pedro no la visitaba a menudo, ni ella iba muchas veces a la casa de la playa. Pasaban días y días sin verse. Verdad es que Pedro tenía sus compañeros de escuela, sus amoríos callejeros y de azar, sus noches de teatro, sus paseos a Tijuca y otros arrabales. Por lo demás, los gemelos estaban aún en el punto de hablar de ella en sus cartas, alabarla, describirla, decir mil cosas dulces, sin celos.

XXXVI

La discordia no es tan fea como la pintan.

La discordia no es tan fea como la pintan, amigo mío. Ni fea ni estéril. Cuenta, tan sólo, los libros que ha producido, desde Homero hasta aquí, sin excluir... ¿Sin excluir cuál? Iba a decir que éste, pero la Modestia me hace señas desde lejos para que me detenga aquí. Me detengo aquí; y viva la Modestia, que soporta mal la letra mayúscula que le pongo, la letra y los vivos, pero que ha de ir con ella y con ellos. Viva la Modestia, y excluyamos este libro; queden sólo los grandes libros épicos y trágicos a que la Discordia dio vida, y dígaseme si semejantes efectos no prueban la grandeza de la causa. No, la discordia no es tan fea como la pintan.

Insisto en esto, para que las almas sensibles no comiencen a temblar por la niña y los muchachos. No hay que temblar, tanto más cuanto que la discordia de ambos comenzó por un simple acuerdo, aquella noche. Iban por la playa, silenciosos, pensando, hasta que ambos, como si hablasen consigo mismo, lanzaron esta frase única:

-¡Se está poniendo muy linda!

Y volviéndose el uno hacia el otro, se preguntaron:

-¿Quién?

Ambos sonrieron, le pareció gracioso lo simultáneo de la reflexión y la pregunta. Ya sé que este fenómeno es exactamente el del capítulo XXV, cuando dijeron su edad; pero no se me culpe a mí; eran gemelos, podían tener el habla gemela. Lo principal es que no se enojaron; todavía no era amor lo que sentían. Cada uno expuso su opinión acerca de las gracias de la niña, su ademán, su voz, sus ojos y sus manos, todo con tan buena sombra, que alejaba la idea de la rivalidad. Cuando mucho, divergían en la elección de la mejor prenda, que para Pedro eran los ojos y para Pablo la figura. Pero, como acababan en-

contrando un conjunto armonioso, está visto que no reñían por eso. Ninguno de ellos atribuía al otro la cosa vaga o no sé qué comenzaban a sentir, y más parecían estetas que enamorados. Además, la misma política los dejó tranquilos aquella noche: no disputaron por ella. No porque no sintieran algo opuesto, ante la playa y el cielo, que estaban deliciosos. Luna llena, agua quieta, voces confusas y dispersas, algún tílbury al paso o al trote, según iba vacío o con gente. Una que otra brisa fresca.

La imaginación los condujo entonces al futuro, a un futuro brillante, como siempre lo es en esa edad. Botafogo tendría un papel histórico: Ensenada imperial para Pedro, Venecia republicana para Pablo, sin dux ni consejo de los diez, o con un dux con otro título, un simple presidente que se casaría en nombre del pueblo con aquel pequeño Adriático. Puede que él mismo fuera el dux. Esta posibilidad, a pesar de los años juveniles, hinchó el alma de Pablo. Vióse a la cabeza de una república, en que lo antiguo y lo moderno, lo futuro y lo pasado se mezclaran; una Roma nueva, una Convención Nacional, la República Francesa y los Estados Unidos de América.

Pedro, por su parte, construía a medio camino una especie de palacio para la representación nacional, otro para el emperador, y se veía ministro presidente del consejo. Hablaba, dominaba el tumulto y las opiniones, arrancaba un voto a la Cámara de diputados, o bien lanzaba un decreto de disolución. Es una insignificancia, pero merece insertarla aquí: Pedro, soñando con el gobierno, pensaba especialmente en los decretos de disolución. Ya se veía en su casa, con el documento firmado, refrendado, copiado, enviado a los periódicos y a las Cámaras, leído por los diputados, archivado en la secretaría, y luego a los diputados, saliendo cabizbajos, algunos refunfuñando, otros irritados. Sólo él estaba tranquilo, en su gabinete, recibiendo a los amigos, que iban a felicitarlo y pedirle órdenes para las provincias.

Tales era las grandes pinceladas de la imaginación de ambos. Las estrellas recibían en el cielo todos los pensamientos de los muchachos, la luna seguía tranquila, y las ondas de la paya se endían con la acos-

tumbrada pereza. Así volvieron a casa. Uno que otro impulso trató de hacerlos discutir acerca del tiempo y de la noche, de la temperatura y la ensenada. Puede que algún murmullo vago les hiciese mover los labios y comenzar a romper el silencio; pero el silencio era tan augusto que convinieron en respetarlo. Y luego hallaron, para sí, que la luna era espléndida, la ensenada hermosa, y la temperatura divina.

XXXVII

Desacuerdo en el acuerdo.

No se me olvide decir que, en 1888, una cuestión grave y gravísima los hizo también estar de acuerdo, aunque por distinta razón. La fecha explica el hecho: fue la emancipación de los esclavos. Entonces estaban lejos uno de otro; pero la opinión los unía.

-La única diferencia entre ellos referíase al significado de la reforma que para Pedro era un acto de justicia, y para Pablo un principio de revolución. El mismo lo dijo, terminando un discurso en San Pablo, el día 20 de Mayo:

"La abolición es la aurora de la libertad; esperemos el sol; emancipado el negro, falta emancipar el blanco".

Natividad se quedó atónita cuando leyó esto; tomó la pluma y escribió una carta larga y maternal. Pablo contestó con treinta mil expresiones de ternura, declarando al fin que todo lo podría sacrificar, inclusive la vida y hasta el honor; pero las opiniones no.

-¡No, mamá! ¡las opiniones no!"

-Las opiniones no, -repitió Natividad acabando de leer la carta.

No podía comprender los sentimientos de su hijo, ella que sacrificaba las opiniones a los principios, como en el caso de Ayres, y seguía viviendo sin mancha. ¿Cómo no sacrificar, entonces...?

No hallaba explicación. Se leía la frase de la carta y la del discurso; tenía miedo de verlo perder en la carrera política, si era la política lo que había de hacerlo grande hombre. "Emancipado el negro, falta emancipar el blanco", era una amenaza al emperador y al imperio.

No acertó. Las madres no aciertan siempre. No comprendió que la frase del discurso no era propiamente de su hijo; no era de nadie. Alguien le dijo un día en discurso o conversación, en periódico o en viaje por tierra o mar. Otro la repitió, hasta que mucha gente la hizo suya.

Era nueva, era enérgica, era expresiva; quedó siendo patrimonio común.

Hay frases así felices. Nacen modestamente, como la gente pobre; cuando menos lo piensan están gobernando el mundo, a semejanza de las ideas. Las mismas ideas no conservan siempre el nombre del padre; muchas parecen huérfanas, nacidas de nada y de nadie. Cada cual las toma, las vierte como puede, y va a llevarlas al mercado, donde todos las tienen por suyas.

XXXVIII

Llegada a propósito.

Cuando a las dos de la tarde del día siguiente, Natividad tomó el tranvía para ir no sé a qué compras en la calle de Ouvidor, llevaba la frase consigo. La vista de la ensenada no la distrajo, ni la gente que pasaba, ni los incidentes de la calle, ni nada; la frase iba delante y dentro de ella, con su aspecto y su tono de amenaza. En Caltete alguien subió de un salto, sin hacer parar el vehículo. Adivina que era el consejero; adivina también que, en cuanto puso el pie en el estribo y vio a nuestra amiga, se le acercó rápidamente y aceptó la punta del asiento que ésta le ofreció.

-Me pareció verla mirar asustada -dijo Ayres.

-¡Naturalmente! nunca me imaginé que fuera usted capaz de hacer esa gimnasia.

-Cuestión de costumbre. Las piernas saltan por sí solas. Un día me dejan caer, las ruedas me pasan por encima...

-Pues, sea como sea, llega apropósito.

-Yo siempre llego apropósito. Ya se lo oí decir una vez, hace muchos años, o fue a su hermana... ¡Vamos, aguarde usted! no he olvidado el motivo; creo que hablaban de la mulata del Castillo. ¿No se acuerda de una mulata, no sé cómo, que vivía en el Castillo y adivinaba la suerte de las personas? Yo me hallaba aquí con permiso, y oí hablar de la adivina. Como siempre tuve fe en las Sibilas, creí en la mulata. ¿Qué fin tuvo?

Natividad lo miró, como sospechando que hubiese adivinado entonces su consulta a la mulata. Parecióle que no, sonrió y le llamó incrédulo. Ayres negó ser incrédulo; por el contrario, como era tolerante, profesaba virtualmente todas las creencias de este mundo. Y agregó:

-Pero, en fin, ¿por qué llego apropósito?

O el pasado, o la persona con sus maneras discretas y su espíritu reposado, o todo junto, daba a este hombre, relativamente a esta mujer, una confianza que ella no encontraba entonces en nadie, o que encontraría en pocos. Habléle de una confidencia, de un papel que no mostraría a su marido.

-Deseo un consejo, consejero; y, además, ¿para qué incomodar a mi marido? Cuando mucho contaré el asunto a mi hermana Perpetua. Me parece mejor no decirle nada a Agustín.

Ayres convino en que no valía la pena disgustarlo, sí tal era el caso, y aguardó. Natividad, sin hablar de la mulata, contó primero la rivalidad de los hijos, ya manifiesta en política, y tratando especialmente de Pablo, le repitió la frase de la carta y le preguntó qué era lo mejor que se podía hacer. Ayres contestó que eran ardores de la juventud. Que no se empeñase; que empeñándose, el joven variaría de palabras, pero no de sentimientos.

-Entonces ¿usted cree que Pablo será siempre lo mismo?

-No digo que siempre, pero tampoco digo lo contrario. Usted, baronesa, exige contestaciones definitivas; pero, dígame, ¿qué cosa definitiva hay en este mundo, fuera del "hombre" del barón? Y ese mismo falla. ¿Cuántos días hace que no juego? Verdad es que no he aparecido por allí. Y luego, el placer de la conversación compensa bien el de los naipes. Apuesto a que los casados que van allí son de otro parecer.

-Quizá.

-Sólo los solteros pueden valorar las ideas de las mujeres. Un viudo sin hijos, como yo, equivale a un solterón; falto a la verdad: a los sesenta años, como los tengo yo, vale por dos o tres. En cuanto al joven Pablo, no piense usted más en el discurso. También yo pronuncié discursos cuando mozo.

-He pensado en casarlos.

-Casarse es bueno -asintió Ayres.

-No digo casarlos ya, sino dentro de dos o tres años. Quizá haga antes un viaje con ellos. ¿Qué le parece á usted? ¡Vamos! no me con-

teste repitiendo lo que digo. Quiero saber su verdadero pensamiento. ¿Le parece que un viaje...?

-Me parece que un viaje...

-Termine.

-Los viajes hacen bien, especialmente a esa edad. ¡Este año se reciben, no es así! ¡Pues, entonces! Antes de iniciar cualquier carrera, casados o no, es útil que vean otros países... Pero, ¿qué necesidad tiene usted de ir con ellos?

-Las madres...

-Pero yo también (perdone que la interrumpa), pero yo también soy su hijo. ¡No le parece que la costumbre, la buena cara, la gracia, el afecto y todas las prendas encanecidas que la adornan, componen una especie de maternidad! Yo confieso que me quedaría huérfano.

-Pues véngase con nosotros.

-¡Ah, baronesa! para mí ya no hay mundo que valga un billete de pasaje. Lo he visto todo en varias lenguas. Ahora el mundo comienza aquí, en el muelle de la Gloria, o en la calle de Ouvidor, y concluye en el cementerio de San Juan Bautista. Oigo decir que hay mares tenebrosos hacia el lado de la Punta de Cajú; pero soy un viejo incrédulo, como decía usted hace poco, y no acepto esas noticias sin prueba cabal y visual, y para ir a averiguarlas me faltan piernas.!

-¡Siempre chistoso! ¿No las he visto saltar ahora mismo? Su hermana me dijo el otro día que usted anda como a los treinta años.

-Rita exagera. Pero, volviendo al viaje, ¿ha tomado ya los pasajes?

-No.

-¿No los ha encargado siquiera?

-Tampoco.

-Entonces pensemos en otra cosa. Cada día trae su ocupación, y con más razón las semanas y los meses. Pensemos en otra cosa, y deje usted que Pablo pida la república.

Natividad opinó para sí que el consejero tenía razón; después pensó en otra cosa, y esta otra cosa fue su idea del principio. No dijo en seguida lo que era; prefirió conversar algunos minutos. Con aquel

hombre, no era difícil. Una de sus cualidades era hablar con las mujeres sin caer en la trivialidad ni remontarse a las nubes; tenía un modo particular, que no sé si estaba en la idea, en el ademán o en la palabra. No quiero decir que hablase mal de nadie, y hasta sería una distracción. Quiero creer que no hablaba mal por indiferencia o por cautela; pero, provisionalmente, pongamos caridad.

-Pero no me ha dicho todavía lo que deseaba, fuera del consejo. ¿O ya no desea nada más?

-Me cuesta pedírselo.

-Pida, de todos modos.

-Ya sabe que mis gemelos no concuerdan en nada, o en muy poco, por más esfuerzos que yo haya hecho para establecer cierta armonía. Agustín no me ayuda; tiene otras preocupaciones. Yo misma ya no me siento con fuerzas, y por eso he pensado que un amigo, un hombre moderado, un hombre de sociedad, hábil, fino, cauteloso, inteligente instruído...

-¿Yo, en fin?

-Adivinó.

-No he adivinado. Es mi retrato de cuerpo entero. Pero, ¿qué le parece que pueda hacer yo?

-Puede corregirlos bondadosamente, unirlos, o hacer que cuando discrepen, discrepen poco o nada. ¡Usted no se imagina! ¡hasta parece que lo hicieran de propósito! No discuten el color de la luna, por ejemplo; pero á los once años Pedro descubrió que las sombras de la luna eran nubes, y Pablo que eran defectos de nuestra vista, y se pegaron: tuve que separarlos. Imagínese usted en política...

-Imagínese en amores, diga usted en seguida; pero no me habla usted propiamente para este caso...

-¡Oh, no!

-Para los demás es igualmente inútil; pero yo nací para servir, hasta inútilmente. Su pedido, baronesa, equivale a nombrarme ayo o preceptor... No se defienda, no me encuentro rebajado. Con tal que me pague los honorarios... Y no se asuste; pido poco; págüeme en pala-

bras; sus palabras son de oro. Pero ya le he dicho que toda mi acción será inútil.

-¿Por qué?

-Será inútil.

-Una persona de autoridad, como usted, puede mucho, si los ama, porque son buenos, créame. ¿Los conoce bien?

-Un poco.

- Conózcalos más y verá.

Ayres asintió, riendo. Para Natividad aquello era como una nueva tentativa. Confiaba en la acción del consejero, y para decirlo todo... No sé si debo decirlo... Lo diré. Natividad contaba con la antigua inclinación del viejo diplomático. Las canas no le habían quitado el deseo de servirla. No sé quién me lee en esta ocasión. Si es hombre, quizá no entienda en seguida, pero si es mujer creo que entenderá. Si nadie entendiese, paciencia; baste saber que Ayres prometió lo que ella quiso y que también prometió callar; fue la condición que Natividad le impuso. Y todo esto lo hizo correcto, sincero e increíble.

XXXIX

Un ratero:

Llegaron a la plaza de la Carioca, se apearon y despidieron; ella se internó en la calle Goncalves Días, el tomó por la de Carioca. En mitad de ésta, Ayres encontró un montón de gente parada que luego echó a andar hacia la plaza. Ayres quiso desandar camino, no de miedo, sino de horror. Tenía horror a la multitud. Vio que la gente era poca-cincuenta o sesenta personas,- y que vociferaba contra la prisión de un hombre. Entró en un zaguán a esperar que pasase el grupo. Dos vigilantes llevaban de los brazos al preso. Este, de cuando en cuando, resistía, y entonces era preciso arrastrarlo u obligarlo por otro método. Tratábase, según parece, del hurto de una cartera.

-¡Yo no he robado nada! -gritaba el preso deteniendo el paso. -¡Es mentira! ¡Suélteme! ¡Soy un ciudadano libre! ¡Protesto! ¡Protesto!

-¡Siga a la comisaría!

-¡No quiero seguir!

-¡Que no siga! -gritaba la gente anónima. ¡Que no siga! ¡Que no siga!

Uno de los agentes trató de convencer a la multitud de que el preso había robado efectivamente una cartera, y el alboroto pareció disminuir un tanto; pero cuando echó a andar con su compañero y el preso -teniéndolo cada uno por un brazo,- la muchedumbre volvió a vociferar contra la violencia. El preso se sintió alentado, y ora lastimero, ora agresivo, invitaba a la defensa. El otro agente desenvainó entonces el sable para hacer un claro. La gente voló, no con gracia, como la golondrina o la paloma, en busca del nido o el alimento, sino atropelladamente, empuja de allí, empuja de aquí, empuja de allá, empuja de todos lados. El sable volvió a la vaina y el preso siguió a los agentes. Pero, en seguida, los pechos vengaron a las piernas, y un clamor in-

menso, largo, vengativo, llenó la calle y el alma del preso. La multitud se apañuscó de nuevo, y se encaminó a la comisaría. Ayres siguió su camino.

El vocerío fue muriendo poco a poco, y Ayres entró en la Secretaría del Imperio. No halló al ministro, según parece, o la conferencia fue corta. Lo cierto es que cuando volvió a la plaza aun encontró parte del gentío, que hablaba de la prisión y del ratero: -¡Vaya un pillastre!...

¿Pero, entonces?... -preguntarás tú,- Ayres no preguntó nada. Al fin y al cabo, en aquella manifestación doble y contradictoria había un fondo de justicia; tal fue lo que pensó. Luego Imaginó que la grita de la multitud protestante era hija de un viejo instinto de resistencia a la autoridad. Advirtió que el hombre, una vez creado, desobedeció en seguida al Creador, que por añadidura le había dado un paraíso en que vivir; pero no hay paraíso que valga el placer de la oposición. Que el hombre se acostumbre a las leyes, bueno; que incline el cuello a la fuerza y al capricho, bueno también: es lo que sucede con la planta cuando sopla el viento. Pero que bendiga la fuerza y cumpla las leyes siempre, siempre, siempre, es violar la libertad primitiva, la libertad del viejo Adán. Así iba pensando el consejero Ayres.

No se le atribuyan todas estas ideas. Pensaba así corno si hablase alto en la mesa o en la sala de alguien. Era un proceso de crítica blanda y delicada, tan convencida en apariencia, que algún oyente a caza de ideas, acabaría por tomarle una o dos.

Iba a bajar por la calle Siete de Septiembre cuando el recuerdo del vocerío evocó el de otro mayor y más lejano.

XL

Recuerdos.

El otro vocerío, mayor y más lejano, no tendría cabida aquí si no fuese necesario explicar el repentino ademán con que Ayres se detuvo en la acera. Se detuvo, volvió en sí, y siguió caminando con los ojos en el suelo y el alma en Caracas. El hecho pasó en Caracas, donde estaba como adjunto a la Legación. Hallábase en su casa conversando con una actriz de moda, chistosa y bonita. De repente oyeron un gran clamor, voces tumultuosas, vibrantes, crecientes...

-¿Qué ruido es ese, Carmen? -preguntó Ayres entre dos caricias.

-No te asustes, amigo mío; es el gobierno que cae.

-Pero lo que oigo son aclamaciones...

-Entonces es el gobierno que sube. No te inquietes. Mañana tendrás tiempo de ir a felicitarlo.

Ayres dejóse llevar aguas abajo por aquel viejo recuerdo que había hecho surgir el griterío de cincuenta o sesenta personas. Esta especie de recuerdos producía en él más efecto que los otros. Reconstituyó la hora, el sitio, la persona de la sevillana. Carmen era de Sevilla. El ex muchacho recordaba aún el cantar que le oyera, al despedirse, después de rectificar las ligas, arreglar el vestido y clavar la peineta en el cabello, en el momento en que iba a echarse la mantilla, meneando el cuerpo con gracia

Tienen las sevillanas
en la mantilla
un letrero que dice:
¡Viva Sevilla!

No puedo dar el tono; pero Ayres lo tenía aún en la memoria, e iba a repetirlo para sí, lentamente, al compás de sus pasos. Otro sí digo: meditaba en su carencia de vocación diplomática. La ascensión de un gobierno -aunque fuese de un régimen,- con sus ideas nuevas, sus hombres frescos, sus leyes y sus aclamaciones, valía menos para él que la sonrisa de una joven comediente. Y Carmen ¿dónde iría a parar? La sombra de la joven barrió con todo lo demás, la calle, la gente, el rate-ro, para quedar sola ante el viejo Ayres, balanceando las caderas y tarareando el cantar andaluz.

Tienen las sevillanas
en la mantilla..

XLI

Caso del burro.

Si Ayres obedeciese a su gusto y yo al de Ayres, ni él siguiera andando, ni yo comenzara este capítulo; quedaríamos en el otro, sin acabarlo nunca. Pero no hay recuerdo que dure, si otro asunto más fuerte reclama la atención, y un simple burro hizo desaparecer a Carmen y su trova.

El caso fue que un carro estaba parado frente a San Francisco, sin dejar pasar un coche, y el carrero daba de palos al burro del carro. Aunque vulgar, este espectáculo hizo detener a nuestro Ayres, no menos condolido del asno que del hombre. La fuerza gastada por este último era grande, porque el asno reflexionaba si debía o no salir de aquel sitio; pero, no obstante esta superioridad, recibía una lluvia de garrotazos. Ya había algunas personas paradas mirando. Esta situación, duró cinco o seis minutos; por fin el burro prefirió la marcha a los palos, sacó el carro del sitio y siguió andando.

En los redondos ojos del animal vio Ayres una expresión profunda de ironía y paciencia. Parecióle el amplio gesto de un espíritu invencible, después leyó en ellos este monólogo.

-¡Anda, patrón!; atesta el carro de carga para ganar el pasto con que me alimentas. Vive descalzo para comprarme herraduras. No por eso impedirás que te diera un nombre feo, pero yo no te lo doy; sigues siendo siempre mi querido patrón. Mientras te matas por ganarte la vida, yo pienso que tu dominio no vale mucho, desde que no me quitas la facultad de encapricharme.

-Se le ve, casi se lo oye esta reflexión- observó Ayres para sí.

Después se rió consigo mismo y siguió andando. Había inventado tantas cosas en el servicio diplomático, que quizá hubiese inventado también el monólogo del burro. Así fue; no le leyó nada en los ojos, a

no ser la ironía y la paciencia; pero por eso no tenía que dejar de darles la forma de la palabra, con sus reglas de sintaxis. La ironía quizá estuviera en su propia retina. El ojo del hombre sirve de fotografía a lo invisible, como su oído sirve de eco al silencio. Todo consiste en que el sujeto tenga una chispa de imaginación para contribuir a olvidar a Caracas y Carmen, sus besos y experiencia política.

XLII

Una hipótesis.

Visiones y reminiscencias iban así devorando el tiempo y el espacio al consejero, hasta el punto de hacerle olvidar el pedido de Natividad; pero no lo olvidó del todo, y sus palabras cambiadas hacía poco le surgían de las piedras de la calle. Pensó que nada perdía con estudiar a los muchachos.

Llegó a cazar una hipótesis, especie de golondrina que revolotea entre los árboles, arriba y abajo, posándose aquí y allí, para emprender nuevamente el vuelo y deshacerse en movimientos. La hipótesis vaga y llena de color, sin embargo, fue si los dos gemelos hubiesen nacido de él, no divergirían tanto, ni nada, merced al equilibrio de su espíritu. El alma del viejo comenzó a remover no sé qué deseos retrospectivos, y a rever la hipótesis, otro Caracas, otra Carmen, el padre, los hijos suyos, la golondrina que se dispersaba en un callado aletear de gestos...

XLIII

El discurso.

Pero Natividad no tuvo distracciones de ninguna especie. Estaba entregada por completo a sus hijos, y especialmente a la carta y el discurso. Comenzó por no contestar a las efusiones políticas de Pablo, uno de los consejos del consejero. Cuando el joven volvió para las vacaciones, había olvidado la carta que escribiera.

El discurso es lo que no olvidó; pero, ¿quién olvida los discursos que hace? Si son buenos, la memoria los graba en bronce; si son malos, dejan cierta amargura que dura mucho. El mejor de los remedios, en el segundo caso, es suponerlos excelentes, y si la razón no acepta esta imaginación, consultar a personas que la acepten y creer en ellas. La opinión es un viejo aceite incorruptible.

Pablo tenía talento. El discurso de aquel día podía pecar aquí y allí por alguna énfasis y una que otra idea vulgar y gastada. Pero Pablo tenía talento. En resumen, el discurso era bueno. Santos lo encontró excelente, lo leyó a los amigos y resolvió hacerlo transcribir en los periódicos. Natividad no se opuso, pero creía que deberían cortarse algunas palabras.

-¿Cortadas, por qué? -preguntó Santos, y quedó aguardando la respuesta.

-Pero no ves, Agustín: estas palabras tienen un sentido republicano,- explicó Natividad, volviendo a leer la frase que la había afligido.

Santos la oyó leer, la leyó para sí, y no dejó de hallarle razón. Sin embargo, no había que suprimirla.

-Entonces, que no se publique el discurso.

-¡Ah! ¡eso no! El discurso es magnífico, y no debe morir en San Pablo. Es preciso que la Corte lo lea, y las provincias también, y hasta

no me costaría hacerlo traducir al francés. En francés puede que resulte todavía mejor.

-¡Pero Agustín, eso puede perjudicar la carrera del muchacho! Puede ser que al emperador no le guste...

Pedro, que asistía a la discusión desde un momento antes, intervino blandamente para decir que los temores de la madre no tenían fundamento; el discurso era bueno, con frase y todo, y en rigor no difería mucho de los que pronunciaban los liberales en 1848.

-Un monárquico liberal puede muy bien firmar ese trozo -terminó diciendo después de leer las palabras del hermano.

-¡Justamente! - afirmó el padre.

Natividad, que en todo veía la enemistad de los gemelos, sospechó que la intención de Pedro era precisamente comprometer a Pablo. Lo miró por ver si le descubriría tan avieso propósito; pero el rostro de su hijo tenía en ese instante el aspecto del entusiasmo. Pedro leía trozos del discurso, subrayando sus bellezas, repitiendo las frases más nuevas, cantando las más redondeadas, revolviéndolas en la boca, todo con tan buena sombra que se desvanecieron las sospechas de la madre y quedó resuelta la publicación del discurso. También se hizo una edición en folleto, y el padre mandó encuadernar siete ejemplares que llevó a los ministros y otra más rica para la Regente.

-Dile -aconsejó Natividad,- que nuestro hijo es un liberal ardiente.

-Liberal de 1848, -terminó Santos, recordando las palabras de Pedro.

Santos lo realizó todo al pie de la letra. La entrega se hizo, naturalmente, y en el palacio Isabel, la definición del "liberal de 1848" resultó más viva que las otras palabras, ya para disminuir el olor revolucionario de la frase condenada por la esposa, ya porque tuviera su valor histórico. Cuando Santos volvió a su casa, lo primero que dijo a Natividad fue que la Regente había preguntado por ella, pero, aunque lisonjeada por el recuerdo, Natividad se interesó más por saber qué le parecía el discurso, si es que ya lo había leído.

-Parece que su impresión es buena. Me dijo que ya lo había leído. No por eso dejé de decirle que los sentimientos de Pablo eran buenos; que si se les notaba cierto ardor, debía comprenderse que eran los de un liberal de 1848.

-¿Dijo usted eso, papá? -preguntó Pedro.

-¿Y por qué no, si es la verdad? Pablo es lo que puede llamarse un liberal de 1848 -repitió Santos, tratando de convencer a su hijo...

XLIV

El Salmón.

En las vacaciones supo Pablo la interpretación que su padre dio al Regente de aquel trozo de su discurso. Protestó contra ella en su casa, y quiso hacerlo también en público; pero Natividad intervino a tiempo. Ayres echó agua al fuego, diciendo al futuro bachiller:

-¡No vale la pena, joven! Lo que importa es que cada cual tenga sus ideas y se bata por ellas hasta que triunfen. Ahora, que los otros las interpreten mal, es cosa que no debe afligir al autor.

-Afligir, si, señor; puede parecer que es así... Voy a escribir un artículo a propósito de cualquier cosa, y no dejaré lugar a dudas...

-¿Para qué? -preguntó Ayres.

-No quiero que supongan...

-Pero, ¿quién pone en duda sus sentimientos?

-Pueden dudar.

-Vaya, ¿quién? Sea como sea, véngase antes a comer conmigo, un día de estos... Mire, vaya en domingo, y su hermano Pedro también. Seremos tres a la mesa: almuerzo de muchos. Beberemos un vinito que me ha regalado el ministro de Alemania...

El domingo fueron ambos a Cattete, menos por el almuerzo que por el anfitrión. Ayres era querido por ambos; les gustaba oírlo, interrogarlo, le pedían anécdotas políticas de otros tiempos, descripción de fiestas, noticias de la sociedad.

-¡Vivan mis dos jóvenes! -dijo el consejero.

¡Vivan mis dos jóvenes, que no han olvidado al amigo viejo!
¿Cómo está papá? ¿Y mamá?

-Están buenos- dijo Pedro.

Pablo agregó que ambos le enviaban recuerdos.

-¿Y tía Perpetua?

-Está buena también- dijo Pablo.

-Siempre con la homeopatía y sus historias de la guerra del Paraguay -agregó Pedro.

Pedro estaba alegre, Pablo preocupado. Después de los primeros saludos y noticias, Ayres notó esta diferencia, y le parecía buena para quitarles la monotonía del parecido; pero, al fin y al cabo, no quería caras serias, y preguntó al estudiante de derecho qué era lo que tenía.

-Nada.

-No puede ser; le encuentro un aire medio taciturno. Pues yo me he levantado con ganas de reír, y deseo que ambos rían conmigo.

Pablo murmuró una palabra que ninguno de ellos entendió, y sacó del bolsillo un montón de papeles. Era un artículo...

-¿Un artículo?

-Un artículo en que desvanezco todas las dudas a mi respecto, y le pido que me escuche: es corto. Lo escribí anoche.

Ayres propuso escucharlo después de almorzar, pero el muchacho pidió que fuese al punto, y Pedro estuvo de acuerdo con ello, observando que después del almuerzo podía turbarles la digestión, como mala droga que naturalmente tenía que ser. Ayres lo echó a la broma, y aceptó la lectura del artículo.

-Es corto, siete carillas.

-¿De letra menuda?

-No, señor; así, así.

Pablo leyó el artículo. Tenía como epígrafe esta frase de Amos:

"Oid esta palabra, vacas gordas que estáis en el monte de Samaria..."

Las vacas gordas eran los funcionarios del régimen, según explicó Pablo. No atacaba al emperador, por atención a su madre, pero con el principio y los funcionarios era violento y agrio. Ayres le sintió aquello que en su tiempo se llamó la "protuberancia de la combatividad". Cuando Pablo acabó, Pedro dijo con aire de mofa:

-Conozco todo eso; son ideas paulistas.

-Las tuyas son ideas coloniales -replicó Pablo.

De este introito podían nacer palabras peores, pero felizmente un criado se asomó a la puerta, anunciando que el almuerzo estaba en la mesa. Ayres se levantó, y dijo que en la mesa daría su opinión.

-Primero el almuerzo, tanto más cuanto que tenemos un salmón, cosa especial. Vamos a él.

Ayres quería cumplir de veras la comisión que aceptara de Natividad. ¿Quién sabe si la idea de padre espiritual de los gemelos, padre de deseo solamente, padre que no fue, que hubiera sido, no le daba un afecto particular, y un deber más elevado que el de simple amigo? Pero no está tampoco, fuera de lugar, que buscara asuntos nuevos para las páginas desnudas de su Memorial.

Durante el almuerzo todavía se habló del artículo, Pablo con amor, Pedro con desdén, Ayres sin una cosa ni otra. El almuerzo iba haciendo su oficio. Ayres estudiaba a ambos muchachos y sus opiniones. Quizá no pasasen éstas de una erupción de la piel, debida a la edad. Y sonreía, los hacía comer y beber, llegó hasta a hablar de mujeres; pero los muchachos, avergonzados y respetuosos, no acompañaron al ex ministro. La política fue decayendo y muriendo. A decir verdad, Pablo todavía se declaró capaz de derribar la monarquía con diez hombres, y Pedro de extirpar el germen republicano con un decreto. Pero el ex ministro: sin más decreto que una cacerola, ni más hombres que su cocinero, envolvió ambos regímenes, en el mismo delicioso salmón.

XLV

Musa, canta...

Al finalizar el almuerzo, Ayres los dio una cita de Homero, o más bien dos, diciéndoles que el viejo poeta los había cantado separadamente. A Pablo en el comienzo de la Iliada:

"Musa, canta la cólera de Aquiles, hijo de Peleo, cólera funesta a los griegos, que precipitó a la morada de Plutón tantas valerosas almas de héroes, entregando sus cuerpos a las aves y los perros..."

Pedro estaba en el comienzo de la Odisea:

"Musa, canta aquel héroe astuto que vagó tanto tiempo, después de destruida la santa Ilión..."

Era un modo de definir el carácter de ambos, y ninguno tomó a mal la aplicación. Por el contrario, la cita poética equivalía a un diploma especial. El hecho es que ambos sonrieron, de fe, de aceptación, de agradecimiento, sin hallar una palabra ni una sílaba con qué desmentir lo adecuado de las frases. El consejero, después de citarlas en nuestra prosa, repitióla en los mismos versos griegos, y los gemelos sintieron aun más épicos, tan verdad es que las traducciones no valen lo que los originales. Pero ambos dieron un sentido deprimente a lo que era aplicable al hermano:

-Tiene razón el señor consejero, -dijo Pablo, -Pedro es un pícaro ...
-Y tú un rabioso...

-¡En griego, muchachos, en griego y en verso, que es mejor que nuestra lengua y que la prosa de nuestros tiempos!

XLVI

Entre un acto y otro.

Aquellos almuerzos se repitieron, pasaron los meses, llegaron las vacaciones, concluyeron las vacaciones, y Ayres penetraba bien a los gemelos. Describíanlos en el *Memorial*, donde se lee lo qué resultó de la consulta al viejo Plácido respecto a ellos, y la visita a la mulata del Castillo, y la lucha antes de nacer, -casos viejos y oscuros que Ayres recordó, ligó y descifró.

Mientras pasan los meses, haz de cuenta que estás en el teatro, entre un acto y otro, conversando. Adentro preparan la decoración y los artistas cambian de ropa. ¡No vayas! deja que la dama, en el camarín, ría con sus amigos lo que lloró en la escena con los espectadores. En cuanto al jardín que se está haciendo, no te expongas a verlo de cerca; es puro lienzo viejo sin pintura, pues solo del lado del espectador tiene follage y flores Quédate en el palco de esta señora. Mírale los ojos: todavía tiene las lágrimas que le arrancó la dama de la obra. Háblale del drama y los artistas. Díla que es obscuro. Que no saben los papeles. O sino que todo es sublime. Después recorre los palcos con el antejo, distribuye justicia; llama bellas a las bellas y feas a las feas, y no dejes de contar anécdotas que afeen a las bellas, y virtudes que compongan a las feas. Las virtudes deben ser grandes, y las anécdotas con gracia. También las hay triviales, pero la misma trivialidad, en boca de un buen narrador, resulta rara y preciosa. Y verás como las lágrimas se secan del todo, y la realidad substituye a la ficción. Hablo por imagen: bien sabes que aquí, todo es verdad, pura y sin llanto.

XLVII

San Mateo, IV, 1-10.

Si hay muchas sonrisas cuando un partido sube, también hay muchas lágrimas del otro que baja, y de las lágrimas y las sonrisas se hace el primer día de la situación, como en el Génesis. Pero vengamos al evangelista que nos da el título de este capítulo. Los liberales fueron llamados al poder que los conservadores tuvieron que dejar. No es necesario decir que el abatimiento de Baptista fue enorme.

-¡Precisamente ahora que tenía esperanzas! -dijo a su mujer.

-¿Esperanzas de qué?

-¡Cómo de qué! De una presidencia. No dije nada porque podían fallar, pero era casi seguro que no. Tuve dos conferencias, no con los ministros, sino con una persona de influencia y que estaba muy al corriente... Era cosa de esperar un mes o dos...

-¿Una presidencia buena?

-¡Buena!

-Si la hubieses trabajado bien...

-Si la hubiese trabajado bien, ya podía estar en posesión; pero ahora tendríamos que volvernos al toque de llamada...

-Eso es verdad -dijo doña Claudia, mirando al futuro.

Baptista se paseaba con las manos en la cintura y los ojos en el suelo, suspirando, sin saber cuándo volverían al gobierno los conservadores. Los liberales estaban fuertes y decididos. Las mismas ideas se cernían en la cabeza de doña Claudia. Esta pareja no era únicamente igual en sus aspiraciones; las ideas eran muchas veces tales que, si asomaran, nadie podría decir cuáles eran de él y cuáles de ella; parecían salir de un sólo cerebro. En aquel momento ninguno hallaba una esperanza inmediata o remota. Una sola idea vaga... Y aquí fue donde la voluntad de doña Claudia afirmó los pies en el suelo y creció. No

hablo sólo en sentido figurado; doña Claudia se levantó de su silla, rápida, y lanzó esta pregunta al marido:

-Pero Baptista, ¿qué esperas ya de los conservadores?

Baptista se detuvo con aire digno y contestó sencillamente:
-Espero que suban.

-¿Qué suban? Espera ocho o diez años, al fin del siglo, ¿no es así? Y en esa ocasión, ¿sabes, acaso, si te utilizarán? ¿Quién se acordará de ti?

-Puedo fundar un diario.

-Déjate de diarios. ¿Y si te mueres?

-Moriré en mi puesto de honor.

Doña Claudia lo miró fijamente. Sus ojos pequeños entrábase por los de él como dos barrenas pacientes. De pronto, alzando las manos abiertas, exclamó:

-¡Baptista! Tú nunca fuiste conservador.

El marido palideció y retrocedió, como si oyera el estallido de ingratitude de un partido. ¿Que nunca fue conservador? ¿Pero, qué era, entonces, qué podía ser en este mundo? ¿Qué era lo que le conquistaba la estimación de sus jefes? No faltaría más... Doña Claudia no atendió estas explicaciones; le repitió sus palabras y agregó:

-Estabas con ellos como los que están en un baile, donde no es preciso tener las mismas ideas para bailar la misma cuadrilla.

Baptista sonrió leve y fugazmente; agradábanle los imágenes graciosas, y aquella le pareció graciosísima, tanto que la apoyó al punto; pero su estrella le inspiró una pronta refutación.

-Sí, pero la gente no baila con las ideas, baila con las piernas.

-Baile como baile, la verdad es que todas tus ideas se inclinaban a los liberales; acuérdate de que los opositores de la provincia te acusaban de apoyar a los liberales...

-Era falso; el gobierno me recomendaba moderación. Puedo mostrar cartas...

-¡Qué moderación, ni qué moderación! ¡Tú eres liberal!

-¡Yo, liberal!

-¡Un liberalote! ¡Nunca has sido otra cosa!

-¡Mira lo que dices, Claudia! Si alguien te oyera sería capaz de creerte; y de ahí a difundirse...

-¿Y qué tiene que se difunda? Se difundirá la verdad, se difundirá la justicia, porque tus verdaderos amigos no te han de dejar en la calle, ahora que todo se está organizando. Tú tienes amigos personales en el ministerio, ¿por qué no los buscas?

Baptista retrocedió con horror. Eso de subir las escalas del poder y decir que estaba a sus órdenes, no era siquiera concebible. Doña Claudia convino en que no; pero algún amigo podía hacerlo todo: algún amigo íntimo del gobierno que dijese a Ouro-Preto: "Vizconde, ¿por qué no llama a Baptista? Siempre tuvo ideas liberales. Dele una presidencia, aunque sea pequeña y..."

Baptista hizo un movimiento con los hombros y otro con las manos para que callase. La mujer no se calló: siguió diciendo las mismas cosas, más graves ya por la insistencia y por el tono. En el alma del marido, la catástrofe era tremenda. Pensándolo bien, no se negaría a pasar el Rubicón, pero le faltaba la fuerza necesaria para ello. Quisiera querer. Quisiera no ver nada: ni pasado, ni presente, ni futuro; no saber de hombres ni de cosas, y obedecer a los dados de la suerte; pero no podía.

Y hagamos justicia al hombre. Cuando sólo pensaba en la fidelidad a los amigos, sentíase mejor; existía en él la misma fe, la misma costumbre, la misma esperanza. El mal venía de mirar al otro lado; y doña Claudia era quien le mostraba con el dedo la carrera, la alegría, la vida, la marcha segura y larga, la presidencia, el ministerio... Baptista apartaba los ojos y se quedaba.

A solas consigo mismo pensó muchas veces en su situación personal y política. Palpábase moralmente. Claudia podía tener razón. ¿Qué había en él propiamente de conservador fuera del instinto que a toda criatura ayuda a cruzar por el mundo? Se vio conservador en política porque su padre lo era, como su tío, como los amigos de la casa, como el cura de su parroquia; y comenzó desde la escuela a execrar a los

liberales. Y luego, no era propiamente conservador sino saquarema, como los liberales eran luzias. Baptista se aferraba a estas designaciones anticuadas y deprimentes, que cambiaban el estilo a los partidos; de lo que resultaba que hoy no existía entre ellos el profundo abismo de 1842 y 1848. Y recordaba al vizconde de Albuquerque o a otro senador, cuando dijo en un discurso que no había cosa más parecida que un liberal a un conservador, y viceversa. Y evocaba ejemplos: el partido progresista, Olinda, Nabuco, Zacharias, ¿qué fueron sino conservadores que comprendían los tiempos nuevos y quitaron a las ideas liberales la sangre de las revoluciones, para ponerles un color vivo, sí, pero sereno? Este mundo no era de los testarudos... Al llegar aquí pasó un calofrío por el espinazo. Precisamente en ese momento apareció Flora. El padre la abrazó con amor, y le preguntó si quería ir a alguna provincia siendo el presidente.

-Pero, ¿no han caído los conservadores?

-Han caído, sí; pero suponte que...

-Ah, no, papá.

-No, ¿por qué?

-No tengo ganas de salir de Río de Janeiro. Puede que Río de Janeiro fuera para ella Botafogo, y propiamente la casa de Natividad. El padre no le preguntó las causas de su negativa; las supuso políticas, y halló en ello nuevas fuerzas para resistir a las tentaciones de doña Claudia.

"¡Véte, Satanás; que escrito está!: Al señor, tu Dios, adorarás, y a él solo servirás."

Y siguió como en la Escritura:

"El diablo entonces le dejó: y, he aquí, los ángeles llegaron y le servían."

Los ángeles fueron sólo uno, que valía por muchos; y el padre la dijo, besándola cariñosamente:

-¡Muy bien, muy bien, hija!

No, no fue la hija quien impidió la deserción del padre. Al contrario. Baptista, si hubiese de ceder, cedería a su mujer o al diablo, sinó-

nimos en este capítulo. No cedió por debilidad. No tenía la fuerza necesaria para traicionar a sus amigos, aunque éstos pareciesen haberlo abandonado. Hay virtudes así, hechas de desaliento y timidez, y no por eso menos lucrativas, moralmente hablando. No valen solamente los estóicos y los mártires. Las virtudes chicas son también virtudes. Ciertamente es, por otra parte, que su lenguaje, respecto a los liberales, no era ya de odio o impaciencia; rayaba en la tolerancia, rozaba la justicia. Concedía que la sucesión de los partidos era un principio de necesidad pública. Lo que hacía era animar a los amigos. No tardarían en volver al poder. Pero doña Claudia opinaba lo contrario; para ella, los liberales llegarían al fin del siglo. Todo lo más admitió que en su primer entrada no diesen lugar a un convertido de última hora; era preciso esperar un año o dos, una vacante en la Cámara, una comisión, la vicepresidencia de Río...

XLVIII

Terpsícore

Ninguna de estas cosas preocupaba a Natividad. Más bien pensaría en el baile de la isla que se realizó en noviembre para honrar a los marinos chilenos.

No porque bailase todavía, sino Porque le gustaba ver bailar a los demás, y porque entonces tenía la opinión de que el baile es un placer de los ojos.

Esta opinión es un efecto de la mala costumbre de envejecer. No tomes semejante costumbre, lectora. Hay otras también nulas, ninguna peor: esta es pésima. Deja decir a los filósofos que la vejez es un estado útil por la experiencia y otras ventajas. No envejezcas, amiga mía, por más que los años te inviten a dejar la primavera; cuando menos acepta el verano. El verano es bueno, cálido; las noches son breves, es cierto; pero las madrugadas no traen neblina, y el cielo se pone en seguida azul. Así bailarás siempre.

Bien sé que hay personas para quienes el baile es más bien un placer de los ojos. Y las bailarinas no son otra cosa que profesionales. También yo -si a uno le es permitido citarse a sí mismo, -también yo creo que el baile es más bien un placer de los ojos que de los pies, y no sólo a causa de los años largos y grises, sino también por otra razón que no digo porque no vale la pena. Al fin y al cabo no estoy contando mi vida, ni nada que no se refiera a las personas que figuran en el libro. A éstas sí que hay que ponerlas aquí, integralmente, con sus virtudes e imperfecciones si las tienen. Esto se entendía ya, sin que fuera preciso anotarlos; pero nada se pierde con repetirlo.

Y hablemos de doña Claudia. Ella también pensaba en el baile de la isla Fiscal, sin la menor idea de bailar, ni la razón estética de la otra. Para ella, el baile de la isla era un hecho político, era el baile del

ministerio, una fiesta liberal que podía abrir a su marido las puertas de alguna presidencia. Ya se veía entre la familia Imperial. Oía decir a la princesa:

-¿Cómo está, doña Claudia?

-Perfectamente bien, serenísima señora.

Y Baptista conversaría con el emperador, en un rincón, ante los ojos de los envidiosos, que tratarían de oír el diálogo, a fuerza de mirarlos de lejos. Pero el marido...

No sé qué decir del marido relativamente al baile de la isla. Pensaba ir, pero no se hallaría a gusto; quizá se interpretara ese paso como una media conversión. No porque sólo fuesen liberales al baile; también irían conservadores, y aquí cabía perfectamente el aforismo de doña Claudia sobre que no es preciso tener las mismas ideas para bailar la misma cuadrilla.

Santos era quien no necesitaba ideas para bailar. Ni bailarían siquiera. Cuando joven bailó mucho, cuadrillas, polkas, valeses, el vals saltado, como se decía entonces, sin que yo pueda definir mejor la diferencia, creo que en el primero los pies no dejaban el suelo, y en el segundo no bajaban del aire. Todo esto hasta los veinticinco años. Entonces los negocios se apoderaron de él y lo metieron en esa otra contradanza en que no siempre se vuelve al mismo sitio, o nunca se sale de él. Santos sí salió, y ya sabemos dónde está. Hacía poco tuvo el capricho de ser diputado. Natividad meneó la cabeza, por más que él le explicase que no quería ser orador ni ministro, sino únicamente hacer de la Cámara un escalón para el Senado, donde tenía amigos, personas de valer, y que era eterno.

-¿Eterno? -interrumpió Natividad.

-Vitalicio quiero decir.

Natividad insistió en que no, en que su posición era comercial y bancaria. Agregó que la política era una cosa y la industria otra.

Santos replicó, citando al barón de Maná, que reunió las dos cosas

Su mujer declaró entonces, con tono seco y duro, que a los sesenta años nadie empieza a ser diputado.

-Pero sería transitoriamente; los senadores son de edad.

-¡No, Agustín! -terminó la baronesa con un ademán definitivo.

No cuento a Ayres, que probablemente bailaría a despecho de los años; tampoco hablo de doña Perpetua, que ni siquiera iría. Pedro iría, y es natural que bailara, y mucho, no obstante su dedicación y pasión por los estudios. Vivía hechizado por la medicina. En su dormitorio, además del busto de Hipócrates, tenía los retratos de algunas notabilidades médicas de Europa, mucho esqueleto grabado, mucha enfermedad pintada, pechos cortados verticalmente para que se les vieran los vasos, cerebros abiertos, un cáncer de la lengua, algunas monstruosidades, cosas todas que la madre, por su gusto, mandaría tirar a la calle; pero era la ciencia del hijo, y no bastaba. Contentábase con no mirar los cuadros.

En cuanto a Flora, aunque fresca para las agitaciones de Terpsícore, estaba desanimada o cortada, como decía la madre. Y esto era lo de menos; lo de más era que por poca cosa se enfadaría, y si no podía volverse inmediatamente a casa, quedaría molesta todo el resto de la noche. Obsérvese que, estando en la isla, tendría el mar en torno, y el mar era uno de sus encantos; pero si recordara el mar o se consolara con la esperanza de contemplarlo, advertiría también que la obscuridad de la noche le quitaría ese consuelo. ¡Qué multitud de dependencias hay en la vida, lector! Unas cosas nacen de otras, se enredan, se desatan, se confunden, se pierden... y el tiempo sigue andando, sin perderse.

Pero ¿por qué se fastidiaría Flora en el baile, si acaso se fastidiase? Estando Pedro en el baile, no; éste era, como ya sabes, uno de los dos que la querían. Salvo que ella quisiese más al que estaba en San Pablo. Conclusión dudosa, pues no es cierto que quisiese más al uno que al otro. Así como la vimos hablar a ambos con la misma simpatía; lo que hacía entonces a Pedro en ausencia de Pablo, lo hacía a Pablo en ausencia de Pedro; pero no ha de faltar alguna lectora que imagine un tercero... Un tercero lo explicaría todo, un tercero que no fuera al baile, algún estudiante pobre, sin otro amigo ni más frac que un corazón

juvenil y ardiente. Pues tampoco, lectora curiosa; ni tercero, ni cuarto, ni quinto; nadie más. Una original, como decía la madre.

No importa; la original fue al baile de la isla Fiscal con el padre y la madre. También Natividad, el marido y Pedro, también Ayres, también las otras personas invitadas a la gran fiesta. Fue una hermosa idea del gobierno, lector. Por dentro y por fuera, desde el mar y desde tierra, era como un sueño veneciano; toda aquella sociedad vivió algunas horas suntuosas, nuevas para unos, llenas de recuerdos para otros, y de futuro para todos, o por lo menos para nuestra amiga Natividad y para el conservador Baptista.

Aquella pensaba en el destino de sus hijos -¡cosas futuras!... -Pedro podía muy bien inaugurar como ministro el siglo XX y el tercer reinado. Natividad imaginaba otro baile, aun más grande, en esa misma isla. Componía el adorno, veía las personas y las danzas, toda una fiesta magna que pasaría a la historia. También ella estaría allí, sentada en un rincón, sin importarle el peso de los años, con tal de ver la grandeza y la prosperidad de sus hijos. Así lanzaba la mirada por el tiempo adelante, descontando en el presente la felicidad futura para el caso de que muriese antes de realizarse las profecías. Tenía la misma sensación que entonces le daba aquella cesta de luces en medio de la obscuridad tranquila del mar.

La imaginación de Baptista era menos larga que la de Natividad. Quiero decir que no llegaba hasta el fin del siglo, y Dios sabe si no se quedaba antes del fin de año. Al son de la música, a la vista de las galas, oía hablar a unas brujas de su tierra, que se parecían a las escocesas; por lo menos sus palabras eran análogas a las que saludaron a Macbeth:

- ¡Salve, Baptista, ex presidente de provincia!
- ¡Salve, Baptista, futuro presidente de provincia!
- ¡Salve Baptista, tú serás presidente un día!

El lenguaje de estas profecías era liberal, sin asomos de solecismo. Cierto que Baptista se arrepentía de escucharlas, y hacía esfuerzos por

traducirlas al viejo idioma conservador, pero ya le iban faltando diccionarios. La primera frase traía el antiguo acento:

-¡Salve, Baptista, expresidente de provincia!

Pero la segunda y la última eran ambas de esa otra lengua liberal, que siempre le pareció lengua de negro. Por último, su mujer, como lady Macbeth, decía con los ojos lo que ésta dijera con la lengua; esto es: que ya sentía en sí aquellas futuraciones. Lo mismo le repitió la mañana siguiente, en su casa. Baptista, con una sonrisa forzada, no creía en las brujas; pero la memoria conservaba las palabras de la isla.

-¡Salve, Baptista, futuro presidente!

A lo que contestaba con un suspiro:

-No, no, hijas del diablo...

Al revés de lo que quedó dicho más arriba, Flora no se fastidió en la isla. Conjeturé mal, y me corrijo a tiempo. Podía haberse aburrido por las razones que ahí están, y aun por otras que ahorré al lector apresurado; pero, a decir verdad, pasé bien la noche. La novedad de la fiesta, la cercanía del mar, los buques perdidos en la sombra, la ciudad enfrente con sus faroles de gas, abajo y arriba, en la playa y en las colinas; he ahí aspectos nuevos que la encantaron durante aquellas horas rápidas.

No le faltaban caballeros, ni conversación, ni alegría ajena y propia. Toda ella entera participaba de la felicidad de los demás. Veía, oía, corría, olvidábase del resto para encerrarse en sí misma. También envidiaba a la princesa imperial que llegaría a ser emperatriz un día, con el absoluto poder de despedir ministros y damas, visitas y postulantes, y quedarse sola, en lo más recóndito del palacio, saturándose de contemplación o de música. Así definía Flora el arte de gobernar. Estas ideas pasaban y volvían. Una vez alguien le dijo, como para darle fuerzas:

-¡Toda alma libre es emperatriz!

No fue otra voz semejante a la de las brujas del padre, ni a las que hablaban interiormente a Natividad acerca de sus hijos. No; serían aquí demasiadas voces de misterio, cosa que, además del fastidio de la

repetición, falsearía la realidad de los hechos. La voz que oyó Flora salió de la boca del viejo Ayres, que había ido a sentarse junto a ella y le preguntó:

-¿En qué está pensando?

-En nada -contestó Flora.

Ahora bien, el consejero había visto en el rostro de la joven la expresión de algo, e insistía en saberlo. Flora dijo como pudo la envidia que le causaba la vista de la princesa, no para brillar un día, sino para huir del brillo y del mundo siempre que quisiera quedar como súbdita única de sí misma. Entonces Ayres murmuró, como más arriba.

-¡Toda alma libre es emperatriz!

La frase era hermosa, sonora, parecía contener la mayor suma de verdad que hay en la tierra y los planetas. Valía por una página de Plutarco. Si algún político la oyera, hubiese podido guardarla para sus días de oposición al gobierno, cuando llegase el tercer reinado. Fue lo que el mismo Ayres escribió en el *Memorial*. Con esta nota:

"La dulce criatura me agradeció estas cinco palabras."

XLIX

Letrero viejo.

Todos volvieron de la isla con el baile en la cabeza; muchos soñaron con él, algunos durmieron poco o nada. Ayres fue de los que despertaron tarde; eran las once. A medio día almorzó, en seguida escribió en el *Memorial* las impresiones de la víspera, anotó varios lindos hombros, hizo observaciones políticas y terminó con las palabras que ahí quedan, al final del otro capítulo. Fumó, leyó, hasta que resolvió ir a la calle de Ouvidor.

Pero al acercarse al cristal de una de las ventanas del frente, vió en la puerta de la confitería una figura inesperada: el viejo Custodio, lleno de melancolía. Era tan nuevo el espectáculo, que se quedó mirándolo unos instantes; entonces el confitero, alzando los ojos, lo descubrió entre las cortinas, y mientras Ayres se separaba de la ventana, Custodio atravesó la calle y entró en la casa.

-Que suba -dijo el consejero al criado.

Custodio fue recibido con la benevolencia de otros días y un poco más de interés. Ayres deseaba saber por qué estaba triste.

-He venido para contárselo a su señoría; es el letrero.

-¿Qué letrero?

-Tenga su señoría la bondad de ver por sus propios ojos -dijo el confitero, rogándole que fuese a la ventana.

-No veo nada.

-Precisamente; ¡eso mismo es! Tanto me aconsejaron que hiciese reformar el letrero que al fin consentí, y lo hice sacar por dos dependientes. El vecindario salió a la calle a presenciar el trabajo, y parecía reírse de mí. Ya había hablado con un pintor de la calle de la Asamblea; pero no ajusté precio, porque él quería ver antes la obra. Ayer tarde fue un dependiente, y ¡sabe su excelencia lo que me mandó decir

el pintor? Pues que la tabla está vieja y se necesita otra; la madera no aguanta la pintura. Allí me fui de carrera. No pude convencerlo que pintara la misma tabla; me mostró que estaba rajada y apolillada. ¡Pues desde abajo no se veía! Insistí en que la pintase de todos modos, y me contestó que él era un artista y que no haría obra que se echara a perder inmediatamente.

-Pues, refórmelo todo. Pintura nueva en madera vieja no sirve para nada. Y ya verá cómo dura todo lo que nos queda de vida y más.

-La otra también duraría; bastaba con refrescar las letras.

Y ya era tarde, la orden había sido dada, la madera debía estar comprada, aserrada y clavada, pintado el fondo para dibujar y pintar el título. Custodio no dijo que el artista le había preguntado el color de las letras, y si lo quería rojo, amarillo, verde sobre blanco o viceversa, y que él, disimuladamente, averiguó el precio de cada color, para elegir los más baratos. No interesa saber cuáles fueron.

Cualesquiera que fuesen los colores, era pintura nueva, tablas nuevas, una reforma que, más por economía que por afecto, no quisiera hacer; pero el afecto importaba mucho. Ahora que iba a cambiar de letrero, sentía como si perdiera algo de su propio cuerpo -cosa que otros del mismo o de diverso ramo comercial, no comprenderían, tanto gusto hallan en renovar las caras y hacer crecer la fama con ello. Cuestión de naturalezas. Ayres estaba pensando en escribir una Filosofía de los Letreros, en la que pondría éstas y otras observaciones; pero nunca dio comienzo a la obra.

-Su excelencia ha de perdonar la incomodidad que le he dado, viniendo a contarle estas cosas; pero su excelencia es siempre tan bueno conmigo, me habla con tanta amistad, que me atreví... Me perdona, ¿no es cierto?

-Sí, hombre de Dios.

-A pesar de que su excelencia aprueba la reforma del letrero, sentirá, como yo, la desaparición del otro, de mi amigo viejo que nunca me dejó, que yo, en las noches de iluminación, por San Sebastián y otras, hacía brillar a los ojos de la gente. Cuando su excelencia se retiró la

encontró en el mismo sitio en que lo había dejado cuando su nombramiento. ¡Y tuve alma de separarme de él!

-Está bueno; vaya usted ahora a recibir el nuevo, y verá cómo dentro de poco son también amigos.

Custodio salió retrocediendo, como era su costumbre, y bajó tropezando la escalera. Frente a la confitería se detuvo un momento, para ver el sitio en que estaba el letrero viejo. ¡De veras tenía pena!

L

El tintero de Evaristo.

-...Este caso prueba que todo se puede amar muy bien, hasta un pedazo de madera vieja. Creían que no era sólo el gasto lo que sentía naturalmente Custodio, sino también otras cosas. Nadie se deshace así de un objeto tan íntimo, que forma parte integrante de la casa y de la piel, por que el letrero no fue quitado ni un sólo día. Custodio no tuvo ocasión de ver si estaba dañado. Vivía allí, como las portadas y la pared.

Era hora de comer en Botafogo. Sólo había cuatro personas: las dos hermanas, Santos y Ayres. Pedro había ido a comer en San Clemente, con la familia Baptista.

Doña Perpetua aprobó los sentimientos del confitero. Citó a ese propósito el tintero de Evaristo. La hermana sonrió al marido, y éste a la mujer, como si dijese: "¡ya apareció aquello!". Era un tintero que había servido al famoso periodista del primer reinado y de la regencia, objeto sencillo, de barro, igual a los tinteros que la gente pobre compraba en las papelerías de aquel y de este tiempo. El suegro de doña Perpetua, que se lo había dado como recuerdo, tenía uno de la misma edad, materia y confección.

Así vino, de mano en mano, a parar a las mías. No vale lo que el tintero de mí hermano Agustín, ni el de Natividad, que son lujosos, pero para mi tiene un gran valor.

-Sin duda -asintió Ayres, -un valor histórico y político.

Mi suegro decía que de él salieron los grandes artículos de la Aurora. A decir verdad, yo no leí nunca esos artículos; pero mi suegro era hombre veraz. Conocía la vida de Evaristo, por habérsela oído a otros, y le hacía elogios que no acababan nunca.

Natividad trató de llevar la conversación al baile de la víspera. Ya habían hablado de él, pero no encontró otro derivativo. El tintero reinó, sin embargo, algún tiempo más. No era sólo uno de los recuerdos de doña Perpetua, una reliquia de familia: era también una de sus ideas. Prometió mostrarlo al consejero. Éste, por su parte, prometió verlo con mucho gusto. Confesó que tenía veneración por los objetos de uso de los grandes hombres. En fin, la comida terminó, y pasaron al salón. Ayres, hablando de la ensenada, dijo:

-He aquí una obra más vieja que el tintero de Evaristo y el letrado de Custodio, y que no obstante parece más joven; ¿no es verdad doña Perpetua? La noche es clara y cálida; podría ser oscura y fría, y el efecto sería el mismo. La ensenada no difiere de sí misma. Quizá los hombres vengan un día a rellenarla de tierra y piedras para alzar casas encima, algún barrio nuevo, con un gran circo para las carreras de caballos. Todo es posible debajo del sol y de la luna. Nuestra felicidad, barón, es que nos moriremos antes.

-¡No hable de muerte, consejero!

-La muerte es una hipótesis -replicó Ayres, quizá una leyenda. Nadie muere de una buena digestión, y sus cigarros son deliciosos.

-Estos son nuevos. ¿Le parecen buenos?

-¡Deliciosos!

A Santos le agradó oír esta alabanza; veíale una intención dirigida a su persona, a sus méritos, a su nombre, a la posición que tenía en la sociedad, a su casa, a su quinta, al Banco, a sus chalecos. Quizá fuese demasiado; quizá fuese un modo enfático de explicar la fuerza de la unión entre él y los cigarros. Equivalían al letrado y al tintero, con la diferencia de que éstos significaban sólo afecto y veneración, y aquellos, valiendo por su sabor y por su precio, tenían la superioridad del milagro, por la reproducción de todos los días.

Tales eran las sospechas que vagaban en el cerebro de Ayres, mientras miraba mansamente al anfitrión. Ayres no podía negarse a sí mismo la aversión que éste le inspiraba. No lo quería mal, sin duda; hasta lo querría bien, si hubiese una pared entre ellos. Lo que le dis-

gustaba era la persona, las sensaciones, los dichos, los ademanes, la risa, el alma entera... y nada más.

LI

Aquí presente.

Cerca de las nueve, o algo después, llegó Pedro con los Baptista y Flora.

-Venimos a traer a su niño -dijo Baptista a Natividad.

-Muchas gracias, doctor -replicó Santos; -pero el chico ya no está en edad de perderse por esas calles; y si se perdiera, ya se le encontrará -agregó sonriendo.

A Natividad no le gustó la broma, tratándose del hijo y delante de ella. Sería, quizás, exceso de pudor. Hay mucho exceso en ese sentido, y lo acertado es perdonarlo. Hay también excesos contrarios, condescendencias fáciles, personas que toman parte, complacidas, en el cambio de alusiones picantes. También se les debe perdonar. En suma; el perdón llega al cielo. Perdonaos los unos a los otros; es la ley del Evangelio.

El joven no oyó nada; había interrumpido la conversación que tenía con Flora, y después de cambiar algunas palabras con los otros, ambos se fueron a reanudar el hilo en un rincón. Ayres observó la actitud de ambos; nadie más les prestaba atención. Al fin y al cabo, la conversación era en voz baja; no se les podría oír. Flora escuchaba, Pedro hablaba, después sucedía lo contrario; ella era la que hablaba y él el que escuchaba, tan absortos, que parecían no atender a nadie, pero atendían. Poseían el sexto sentido de los conspiradores y de los enamorados. Que hablaran de amores es posible; pero que conspiraban es seguro. En cuanto al objeto de la conspiración podréis saberla después, en breve, dentro de un capítulo. El mismo Ayres no descubrió nada, por más que quisiera hartar los ojos en aquel diálogo de misterio. Convencióse de que no era grave, porque sonreían con frecuencia; pero podía ser íntimo, oculto, personal, y quizás extraño. Supuso

una serie de anécdotas, o una historia completa, cosas ajenas; también podía ser solamente de ellos, porque hay estados de alma en que el asunto de la narración no es nada; el gusto de hacerla y escucharla es todo. También podía ser eso.

Pero mira cómo encamina la Naturaleza las cosas mínimas o máximas, especialmente si la fortuna la ayuda. Aquella conversación tan dulce, a lo que parecía, comenzó con un enfado. La causa fue una carta de Pablo, escrita a su hermano, y que éste se acordó de mostrar a Flora, diciéndole que también la había enseñado a la madre, y que ésta se había enojado mucho.

-¿Con usted?

-No, con Pablo.

-Pero, ¿qué decía la carta?

-Pedro la leyó el punto principal, que era casi toda la carta; hablaba de la cuestión militar. Ya había "cuestión militar", un conflicto entre generales y ministros, y la carta de Pablo era contra los ministros.

-Pero ¿por qué fue usted a mostrar esa carta a su mamá?

-Mamá quiso saber lo que no decía Pedro.

-Y su mamá se enfadó. ¡Ahí está! Quizá lo reprenda...

-¡Tanto mejor! Pablo necesita ser corregido; pero, dígame usted, ¿por qué defiende siempre a mi hermano?

-Para tener derecho de defenderlo a usted también.

-¿De modo que él le ha hablado mal de mí?

Flora quiso decir que sí, después que no, y al fin guardó silencio. En seguida cambió de conversación, preguntándole por qué se querían mal. Pedro negó que se quisiesen mal. Por el contrario, vivían muy en paz. No tenían las mismas opiniones, y puede también que tuvieran el mismo gusto... De ahí a decir que ambos la querían, era cuestión de una coma. Pero puso el punto final. Este astuto era también tímido. Más tarde comprendió que, callando, obró mejor, y se dio a sí mismo un aplauso por la opción; pero era falso, no había elegido nada. No

digo esto para disminuirle el mérito, sino porque el miedo acierta muchas veces, y es preciso apuntar aquí esta reflexión.

Sobrevino el enfado. Flora no replicó nada más, y por su gusto, no hubiera comido; hasta tal punto sentía compasión por el otro. Felizmente el otro era este mismo, aquí presente, con los ojos presentes, las manos presentes, las palabras presentes. El enfado no tardó en huir ante la gracia, la dulzura y la adoración. ¡Bienaventurados los que se quedan, porque ellos serán recompensados!

LII

Un secreto

He aquí, ahora, el asunto de la conspiración. En la calle, al volver de San Clemente, Pedro, después de gastar lo mejor del tiempo con la carta y la comida, pudo revelar un secreto a la joven.

-Tía ha dicho en casa que doña Claudia le ha contado en secreto (no lo repita), que su papá va a ser nombrado presidente de provincia.

-No sé nada de eso, pero no lo creo, porque papá es conservador.

-Doña Claudia le dijo a tía que es liberal, casi radical. Parece que lo de la presidencia es cierto; doña Claudia exigió el secreto, y tía, al contárnoslo, nos lo exigió también. Yo, a mi vez, le pido que no diga nada: pero es verdad.

-¿Cómo verdad? Papá no se irá con los liberales; usted no sabe qué conservador es papá. Si ahora defiende a los liberales, es sólo por su tolerancia.

-Si la provincia fuera la de Río de Janeiro, a mí me gustaría; porque no sería necesario ir a vivir en la Playa Grande, y si así fuese, el viaje es sólo de media hora y yo podría ir diariamente allí.

-¿Sería capaz?

-Apostemos.

Flora, después de un instante, objetó:

-¿Para qué si no hay presidencia?

-Suponga usted que la haya.

-Sería mucho suponer que hay presidencia, y que la provincia es la de Río. No, no hay nada.

-Entonces, suponga la mitad: que hay presidencia y que es la de Matto grosso.

Flora sintió un calofrío. Sin admitir el nombramiento, tembló al oír el nombre de la provincia. Pedro recordó también Amazonas, Pará Piauhy...

Era lo infinito, especialmente si el padre hacía buena administración, porque entonces no volvería tan pronto. La joven resistía menos ya, hallaba la cosa posible y abominable, pero esto lo decía para sí, dentro de su corazón. De pronto Pedro, deteniendo casi el paso, exclamó:

Si su papá fuera, le pediría al Gobierno el puesto de secretario, e iría también.

La luz intermitente de las tiendas que se reflejaba en el rostro de la joven, ayudando a la de los faroles de la calle, dejaba ver la emoción que le produjo aquella promesa. Comprendíase que el corazón de Flora debía latir apresuradamente. Pero un instante después comenzó a pensar otra cosa. Natividad no consentiría nunca; además, un estudiante... No podía ser. Pensó en algún posible escándalo. Que Pedro huyera, se embarcara, corriera tras ella...

Todo esto era visto o pensado en silencio. Flora no se admiraba de pensar tanto y tan atrevidamente; aquello era como el peso del cuerpo, que no sentía tampoco; caminaba, pensaba, lo mismo que transpiraba. No calculó siquiera el tiempo que iba gastando en imaginar y deshacer ideas. Que esto la causase más placer que disgusto, es cierto. Pedro, junto a ella, iba naturalmente cuidándola, con los ojos en los pies, y los pies en las nubes. No sabía qué decir en medio de tanto silencio. Entre tanto, aquella solución le parecía la única. Ya no pensaba en la presidencia de Río. Quería estar con ella, en el punto más remoto del imperio, sin el hermano. La esperanza de desterrarse así de Pablo, brotó en el alma de Pedro. Sí, Pablo no iría; la madre no permitiría que la dejase desamparada. Perder un hijo, vaya; pero los dos...

A quien quiera que considere egoísta este final de monólogo, pí-dole por las almas de sus parientes y amigos, que están en el cielo, pí-dole que examine bien las causas. Tenga en cuenta el estado de alma del muchacho, la cercanía de la niña, las raíces y las flores de la pa-

sión, la misma edad de Pedro, el mal de la tierra, el bien de la misma tierra. Tenga en cuenta, además, la voluntad del cielo, que vela por todas las criaturas que se quieren, salvo cuando una sola quiere a otra, porque, entonces el cielo es un abismo de iniquidades, y no le importe esta imagen. Téngalo en cuenta todo, amigo mío; y déjeme ir contándoselo, y contando mal, lo que pasó en el trayecto, entre las dos casas. Cuando llegaron, hablaban.

Arriba, como has visto, siguieron hablando hasta que volvió el tema de la presidencia. Flora notó entonces la disimulada insistencia con que Ayres los miraba, como si tratase de adivinar el asunto de la conversación. Sentía que no estuviese allí también, oyendo y hablando y, por último, prometiendo hacer algo por ella. Ayres podía, sí -era su amigo, y todos lo tenían muy en cuenta,- podía intervenir y destruir el proyecto de la presidencia.

Sin quererlo ni saberlo, parece que esto mismo dijo con los ojos al viejo diplomático. Los apartaba; pero ellos, por sí mismos, iban a repetir el monólogo, y quizá a preguntar algo que Ayres no comprendía, pero que debía ser interesante. Puede que reflejasen la angustia, o lo que sea, que le dolía adentro. Puede ser; la verdad es que Ayres comenzó a sentir curiosidad, y en cuanto Pedro dejó el sitio para acudir al lado de la madre, dejó a Natividad para ir a hablar con la niña.

Flora, ya de pie, tuvo apenas tiempo de cambiar dos palabras de esas que no se pueden interrumpir sin dolor o pena por lo menos. Ayres le preguntaba si no le había dicho nunca que sabía adivinar.

-No, señor.

-¡Pues sé! Ahora mismo acabo de adivinar que quiere decirme un secreto.

Flora se quedó muy sorprendida. Pero no queriendo negar ni confesar, contestó que sólo había adivinado la mitad.

-¿Y la otra mitad es?...

-La otra es que tengo que pedirle un favor.

-Pida.

-No, ahora no; ya nos vamos; mamá y papá se están despidiendo.
¡Pero si usted viniera también!... ¿Quiere acompañarnos a San Clemente!

-Con el mayor gusto.

LIII

De confidencias.

Entiéndase que no. No fue con placer mayor ni menor. Era una imposición de sociedad, desde que Flora lo había pedido, ignoro si discretamente. Que a esto se agregara tal cual deseo de saber algún secreto, no seré yo quien lo niegue, ni tú, ni él mismo. A los pocos instantes, Ayres iba sintiendo cómo aquella niña le despertaba unas voces muertas o no nacidas, voces de padre. Los gemelos no le produjeron un día la misma sensación sino porque eran hijos de Natividad. Aquí no se trataba de la madre, sino de la misma Flora, su ademán, su palabra y puede que su fatalidad.

-Pero me está pareciendo que esta vez está enamorada, que ya ha escogido, por fin -pensó Ayres.

Flora le habló de la presidencia; pero no le pidió que guardase el secreto como los demás. Le confesó que no quería irse, fuese adonde fuese, y, acabó diciendo que todo estaba en manos de Ayres. Sólo él podría disuadir a su padre de aceptar la presidencia. Ayres encontró tan absurdo este pedido, que casi se echó a reír; pero pudo contenerse. La palabra de Flora era grave y triste. Ayres contestó con dulzura que nada podía.

-Puede, y mucho; todos escuchan sus consejos.

-¡Pero si yo no doy consejos a nadie! -exclamó Ayres.- Consejero es un título que el emperador me ha concedido porque le pareció que lo merecía, pero que no obliga a dar consejos; sólo se los daría a él mismo si me los pidiera. Imagínese usted ahora que yo vaya a casa de un hombre o le mande llamar a la mía para decirle que no sea presidente de provincia. ¿Qué razón podría darle?

La niña no tenía razones; tenía necesidad. Apeló al talento del exministro, que ya encontraría alguna razón. ¡Ni se necesitaban razo-

nes tampoco! Bastaba su manera de hablar, el arte que Dios le había dado de agradar a todo el mundo, arrastrar, influir, obtener lo que quisiera. Ayres vio que exageraba para conquistarlo, y no le pareció mal. No obstante, discutió esos méritos y virtudes. Dios no le había dado arte ninguno -dijo; -pero la niña seguía afirmando de tal modo, que Ayres suspendió el debate e hizo una promesa.

-Voy a pensarlo; mañana o pasado, si encuentro algún recurso, intentaré hacer algo.

Era un paliativo. Era también un modo de hacer cesar la conversación, cerca ya de la casa. No contaba con el padre de Flora, que a toda fuerza quiso mostrarle, a aquella hora, una novedad, o más bien una verdadera antigüalla, un documento de valor diplomático.

-¡Venga, suba! cinco minutos nada más.

Ayres suspiró para sus adentros, e inclinó la cabeza ante el destino. No se lucha contra él -me dirás; -lo mejor es dejar que nos tome de los cabellos y nos arrastre hasta donde quiera alzarnos o despeñarnos. Baptista no les dio tiempo para reflexionar; se deshacía en disculpas.

Cinco minutos y queda libre de mí; ¡pero ya verá cómo le pago el sacrificio!

El gabinete era pequeño: pocos libros y buenos, muebles graves, un retrato de Baptista con uniforme de presidente, un almanaque sobre la mesa, un mapa en la pared, algunos recuerdos del gobierno de provincia... Mientras Ayres paseaba los ojos, Baptista se puso a buscar el documento. Abrió una gaveta, sacó un cartón y de éste el documento, que no estaba solo, sino con otros. Desde luego se veía que era un papel viejo, amarillento, roído en partes. Era una carta del conde de Oeyras, escrita al ministro de Portugal en Holanda.

Hoy es el día de las antigüedades -pensó Ayres; -el letrado, el tinte-ro, este autógrafo...

-La carta es importante, pero larga -dijo Baptista; -ahora no puede usted leerla. ¿Quiere llevársela?

No le dio tiempo de contestar; tomó un sobre grande y metió en él el manuscrito, poniéndole esta nota afuera.

"A mi excelentísimo amigo el consejero Ayres". Mientras hacía esto, Ayres paseaba la vista por el lomo de algunos libros. Entre ellos habla dos Informes de la presidencia de Baptista, ricamente encuadernados.

-No me atribuya usted ese lujo -observó el ex presidente, -fue un regalo de la secretaría del Gobierno, que nunca hizo eso con nadie. Teníamos un personal muy distinguido.

Fue al estante y sacó uno de los Informes para que Ayres los viera mejor. Una vez abierto, mostró la impresión y las viñetas; leído podía mostrar el estilo por una parte y la prosperidad de la hacienda por otra. Baptista se limitó a las cifras totales: gastos, mil doscientos noventa y cuatro contos, setecientos noventa mil reis; entradas, mil quinientos cuarenta y cuatro contos, doscientos nueve mil reis; saldo, doscientos cuarenta y nueve contos, cuatrocientos diecinueve mil reis. Explicó verbalmente el saldo, que consiguiera con la modificación de algunos servicios y con un ligero aumento de impuestos. Redujo la deuda provincial, que halló en trescientos ochenta y cuatro contos y dejó en trescientos cincuenta. Hizo nuevas obras y arreglos importantes; inició un puente...

-La encuadernación corresponde a la materia -dijo Ayres, para terminar la visita.

Baptista cerró el libro y le dijo que ya no se iría sin contestarle una consulta.

-El mundo al revés -agregó; -por la mañana doy yo las consultas, y por la noche las pido...

Tal fue el introito; pero del introito al Credo hay un gran paso, y para él lo mejor de la misa estaba en el Credo. No hallando el texto del misal, hablóle de una señal del libro, de una pluma de oro, de un ejemplar del Código criminal. El Código, aunque viejo, valía por treinta nuevos; no porque tuviese mejor aspecto, sino porqué contenía notas manuscritas de un gran jurisconsulto, Fulano de Tal. Como había pasado gran parte de su vida en el exterior, el consejero no conocía al autor de las notas; pero desde que oyó llamarlo grande, asumió la

expresión adecuada. Tomó el Código con cuidado y leyó algunas de las notas con veneración.

Mientras tanto, Baptista iba criando ánimos. Compuso una frase para iniciar la consulta, y sólo, esperaba que Ayres dejase el libro para soltarla; pero el otro prolongaba el examen del Código. Aquello podía tener sus ribetes de malignidad, pero no los tenía. Los ojos de Ayres poseían una facultad particular, menos particular de lo que parece, porque también otros la han tenido, sin decirlo. Era que no se apartaban de la página; pero, a la verdad, ya no prestaban atención a ésta; el tiempo, la gente, la vida, cosas pasadas, asomaban a espiarlo por detrás del libro con el que habían vivido, y Ayres iba volviendo a ver un Río de Janeiro que ya no era aquél, o que apenas lo hacía recordar. No pienses que sólo se trataba de reos y jueces; se trataba del paseo, de la calle de la fiesta, de viejos calaveras y muertos, de jóvenes frescos entonces y ya mohosos como él. Baptista tosió. Ayres volvió en sí, y leyó algunas notas que el otro debía saber de memoria; ¡pero eran tan profundas! Por último, miró la encuadernación, halló el libro bien conservado, lo cerró y volvió a ponerlo en la biblioteca.

Baptista no perdió momento, y corrió inmediatamente al asunto, temeroso de verle tomar algún otro libro.

-Le confieso que tengo el temperamento conservador.

-También yo conservo regalos antiguos.

-No quiero decir eso; me refiero al temperamento político. A la verdad, hay temperamentos y opiniones. Un hombre puede muy bien tener el temperamento opuesto a las ideas. Si las cotejáramos con los programas políticos del mundo, mis ideas son más bien liberales, y algunas libérrimas. El sufragio universal, por ejemplo, es para mí la piedra angular de un buen régimen representativo. Sin embargo, los liberales han hecho el voto contrario. Hoy estoy más adelantado que ellos; acepto lo que existe, por ahora; pero antes del fin del siglo es preciso rever algunos artículos de la Constitución, dos o tres.

Ayres ocultaba su sorpresa... Invitado así, a esa hora... Una profesión de fe política... Baptista insistía en la distinción del temperamento

y las ideas. Algunos antiguos amigos que conocían esta dualidad mental y moral, insistían en querer que aceptara una presidencia; pero él no quería. Francamente, ¿qué le parecía al señor consejero?

-Francamente, me parece que no tiene razón.

-Que no tengo razón ¿en qué?

-En rehusar.

-En definitiva no he rehusado nada; se hacen grandes trabajos en ese sentido, y mi deseo -agregó con más claridad- es que los buenos amigos sagaces me digan si ello les parece acertado; no me parece que lo sea.

-Yo creo que sí.

-De modo que, si se tratara de usted...

-De mí no podría ser. Ya sabe usted que no soy de este mundo, y que, políticamente, nunca he figurado en nada. La diplomacia produce el efecto de que separa al funcionario de los partidos, y los deja tan ajenos a ellos, que se hace imposible opinar con verdad, o cuando menos con acierto...

-Pero no dice usted qué le parece...

-Me parece...

-¿Que puedo aceptar una presidencia si me la ofrecen?

-Puede; una presidencia se acepta.

-Entonces, sépalo usted todo; es la única persona a quien hablo con esta franqueza. La presidencia se me ha ofrecido ya.

-Acepte, acepte.

-Está aceptada.

-¡Ya!

-El decreto se firmará el sábado.

-Entonces, acepte también mis enhorabuenas.

-A decir verdad, el recuerdo no ha sido del ministerio; al contrario: el ministerio no se decidió antes de saber si efectivamente hice una elección contra los liberales hace años; pero en cuanto supo que se me retiró por no haberlos perseguido, aceptó la indicación de algunos jefes políticos, y poco después recibí este billete.

El billete estaba en el bolstillo, dentro de la cartera. Cualquiera otro, alborozado con el próximo nombramiento, tardaría en encontrar el billete en medio de los demás papeles; pero Baptista poseía el tacto de los textos. Sacó la cartera, la abrió tranquilamente, y con dos dedos sacó el billete del ministro invitándolo a una conversación. En esa conversación quedó todo arreglado.

LIV

¿Al fin solo?

¡Al fin solo! Cuando Ayres se encontró en la calle, solo, libre, suelto, dueño de sí mismo, sin trabas ni consideraciones, respiró profundamente. Hizo un monólogo que al rato interrumpió para acordarse de Flora. Todo cuanto la niña no quería iba a suceder. El padre se marchaba a una presidencia, y ella con él, y la reciente inclinación al joven Pedro se detendría a medio camino...

Pero Ayres no se arrepintió de lo que había dicho, y mucho menos de lo que no había dicho. Los dados estaban tirados. ¡A preocuparse de otras cosas!

CAPITULO LV

La mujer es la desolación del hombre.

Al despedirse, Santos hizo una reflexión que pongo aquí por si el lector la ha hecho también. La reflexión fue obra del espanto, y el espanto, nació de ver que un hombre tan difícil para ceder a las instigaciones de su esposa (¡Vete, Satanás, etc. Capítulo XLVII) colgara tan fácilmente los hábitos. No encontró explicación, ni la encontrará, si no confiesa más tarde que los primeros pasos de la conversión del hombre fueron dados por la mujer. "La mujer es la desolación del hombre" - decía no sé qué filósofo socialista, creo que Proudhon. Ella, la viuda de la presidencia, fue quien *tomó* por medios diversos y secretos, pasar a segundas nupcias. Cuando él supo los amoríos, ya estaban corridas las amonestaciones, no había más que consentir y casarse también.

Aun así le costó mucho. El clamor de sus correligionarios aturdíale de antemano los oídos, tenía el alma ciega, atontada; pero la mujer le servía de guía y amparo, y a las pocas horas ya Baptista vio claro y pisó firme.

-Estamos a las puertas del tercer reinado -exclamó doña Claudia, -y el partido liberal no dejará tan pronto el poder. Tiene hombres de valía, la inclinación de la época es hacia el liberalismo, y tu mismo...

-Sí, yo.. -suspiró Baptista.

Doña Claudia no suspiró, cantó victoria; la reticencia del marido era la primera forma de la aquiescencia. No le dijo esto mondo y lirondo; tampoco demostró desordenada alegría; siguió hablando el lenguaje de la razón fría y la voluntad segura. Baptista, sintiéndose apoyado, caminó hacia el abismo y dio el salto en las tinieblas. No la dio sin gracia ni con ella. Aunque su voluntad fuese prestada, no le

faltaban deseos a los que la voluntad de su mujer dio vida y alma. Por eso era su actitud y su confesión final.

Así fue la conclusión de Ayres, según se lee en *el Memorial*. Así será, también la del lector, si quiere. Observe que aquí le economizo trabajo: no le obligo a hallar esto por sí mismo en el trabajo de ayres, cosa que otras veces tiene que hacer. El lector, atento, realmente rumiante, tiene cuatro estómagos en el cerebro, y por ellos hace pensar y repasar los actos y los hechos, hasta que deduce la verdad que estaba, o parecía estar oculta.

LVI

El golpe.

El día siguiente llevó a la joven Flora la gran novedad. El sábado se firmaría el decreto; la presidencia era en el norte. Doña Claudia no vio su palidez, ni sintió sus manos frías, y continuó hablando del hecho del futuro, hasta que Flora, al querer sentarse, estuvo a punto de caer. La madre corrió hacia ella.

-¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

-Nada, mamá, no es nada. La madre la hizo sentar.

-Fue una tontería; ya se me pasó.

-Doña Claudia le dio a oler un poco de vinagre y friccionó las muñecas.

Flora sonriendo preguntó: -¿Este sábado?

-¿El nombramiento? Sí este sábado. Pero, por ahora, no digas nada a nadie: son secretos de gabinete. Pero es cosa segura; por fin alguien nos hace justicia; probablemente el emperador. Mañana saldréis a compras conmigo. Haz una lista de lo que necesitas.

Flora necesitaba no ir, y sólo pensaba en eso. Puesto que el decreto estaba pronto para ser firmado, ya no era posible aconsejar el rechazo del nombramiento; sólo le restaba quedarse. Pero, ¿cómo? Todos los sueños son apropiados al sueño de una jovencita. No era fácil, pero no sería imposible. Flora creía en todo; no apartaba el pensamiento de Ayres, y luego, también, de Natividad. Los dos podían hacerlo, o mejor los tres, si se contara el barón, y si entrase la cuñada de éste, los cuatro. Agregando a los cuatro las cinco estrellas del Crucero, las nueve musas, los ángeles y los arcángeles, las vírgenes y los mártires... Juntándolos todos, bien podían realizar el simple acto de impedir que Flora fuese a la provincia... Tales eran las esperanzas vagas, fugaces, que corrían a substituir la tristeza del rostro de la joven, mientras la

madre, atribuyendo este efecto al vinagre, ajustaba al frasco el tapón de vidrio, y colocaba el frasco en el tocador.

-Haz una lista de lo que necesitas -repitió.

-No, mamá; no necesito nada.

-Necesitas, sí; yo sé lo que necesitas.

LVII

De las compras.

No escribiría este capítulo si fuese propiamente de las compras, pero no es. Todo son instrumentos en manos de la vida. Ambas salieron de casa, la una alegre, la otra melancólica, y fueron a escoger una cantidad de objetos de viaje y de uso personal. Doña Claudia pensaba en los vestidos de la primera recepción y de visita; también se imaginó el desembarco. Tenía orden del marido para comprarle algunas corbatas, pero los sombreros eran el principal artículo de la lista. Según la opinión de doña Claudia, el sombrero de la mujer era lo que daba la verdadera nota del gusto, las maneras y la cultura de una sociedad. No valía la pena aceptar una presidencia para llevar sombreros sin gracia -decía sin convicción, porque íntimamente pensaba que la presidencia da gracia a todo.

Estaban precisamente en la tienda de sombreros, calle de Ouvidor, sentadas, mirando afuera y lejos, cuando apareció el verdadero asunto de este capítulo. Era el gemelo Pablo, que había llegado por el tren nocturno, y que, sabiendo que habían salido a compras, iba a buscarlas.

- ¡Usted! -exclamaron.

-Llegué esta mañana.

Flora se había levantado con el júbilo que la causó la inesperada presencia de Pablo.

Este corrió hacia ellas, les estrechó la mano, les preguntó cómo estaban, y reconoció que parecían vender salud y alegría. La impresión era exacta: Flora tenía entonces una agitación que, contrastaba con el abatimiento de aquella triste mañana, y una sonrisa que la hacía parecer alegre.

-Siempre he tenido noticias de ustedes, que me mandaba mamá, y Pedro también, a veces. De usted -continuó, hablando con doña Claudia, -he recibido dos cartas. ¿Cómo está el doctor?

-Bien.

-¡Por fin, ya estoy acá!

Y Pablo dividía sus miradas entre las dos, pero la mejor parte tocaba, naturalmente, a la hija. Un instante después, todas eran pocas para ésta. Doña Claudia había vuelto a la elección de los sombreros, y Flora, que hasta entonces había opinado con la cabeza, perdió este movimiento último. Pablo se sentó en la silla que le alcanzó un dependiente, y se quedó mirando a la niña; hablaban de cosas nimias, ajenas o propias, lo bastante para continuar disimuladamente, en contemplación uno de otro. Pablo volvía lo mismo que se marchó, lo mismo que Pedro, siempre con alguna nota particular que Flora no podía distinguir claramente, y menos aún definir. Era un misterio; Pedro tendría el suyo.

Doña Claudia los interrumpía de vez en cuando, a propósito de las compras; pero todo se acaba, hasta eso de elegir sombreros. De allí pasaron a los vestidos. Pablo, sin saber lo de la presidencia, aprovechó esta casualidad para acompañarlas de tienda en tienda. Contaba anécdotas de San Pablo, sin gran interés para Flora; las noticias que ésta le daba respecto de las amigas, eran más o menos dispensables. Pero todo cobraba valor por los interlocutores. La calle coadyuvaba a aquella absorción recíproca, las personas que iban y venían, damas y caballeros, se detuviesen o no, servían de punto de partida a alguna digresión. Las digresiones comenzaron a dar la mano al silencio y ambos seguían con los ojos animados y la cabeza erguida, él más que ella, porque un asomo de melancolía comenzaba a ahuyentar del rostro de la joven la alegría de la hora reciente.

En la calle Golçelves Días, yendo hacia la plaza de la Carioca, Pablo vio a dos o tres políticos de San Pablo, republicanos, hacendados según parece. Como los había dejado allí, admiróse de verlos sin advertir que ya hacía mucho que los viera la última vez.

-¿Los conocen ustedes? -preguntó a las dos.

No, no los conocían. Pablo les dijo entonces los nombres. Doña Claudia hubiera hecho quizá alguna pregunta política; pero notó la falta de un objeto, recordó que no lo había comprado, y propuso volver atrás. Todo era aceptado por ambos con docilidad, a pesar del velo de tristeza que iba cerrando más el rostro de la niña. Aquellas compras tenían ya cierto aire de billete de pasaje, no tardarían los paquetes, tendrían que correr a los baúles, a los arreglos, las despedidas, el camarote del vapor, al mareo del mar, y a aquel otro de mar y tierra, que la mataría seguramente -pensaba Flora. De ahí el creciente silencio, que Pablo apenas podía vencer de cuando en cuando; y, sin embargo, Flora se sentía bien con él, le agradaba oírle decir cosas sueltas, algunas nuevas, otras viejas, recuerdos anteriores a su partida para San Pablo.

Así se dejaron llevar, guiados por doña Claudia, casi olvidada de ellos. En medio de aquella conversación entrecortada, más sostenida por él que por ella, Pablo sentía impulsos de preguntarla, al oído, en la misma calle, si había pensado en él, o por lo menos si había soñado con él algunas noches. Si le decía que no, daría suelta a su cólera diciéndola algunos improperios; si echase a correr, él también correría hasta tomarla de las cintas del sombrero o de la manga del vestido, y en vez de estrangularla bailarían con ella un vals de Strauss o una polka de ***. En seguida se reía de estos delirios, porque, a pesar de la melancolía de la joven, los ojos que alzaba hacia él, era de quien ha soñado o pensado mucho en la persona mirada, y trataba de descubrir si es la misma del sueño y del pensamiento. Así le parecía al estudiante de derecho; por eso, cuando Flora volvía el rostro, era para repetir el experimento y volver a verle los ojos aguzados por el mismo espíritu crítico y de libre examen. En cuanto al tiempo que los tres invirtieron en aquellas andanzas de compras y elecciones, vistas y comparaciones, no hay recuerdo de él ni se necesita. El tiempo es asunto de reloj, y ninguno de ellos consultó el reloj que llevaba.

LVIII

Ahora bien; acabas de ver cómo recibió Flora al hermano de Pedro: tal como recibía al hermano de Pablo. Ambos eran apóstoles. Pablo la encontraba más bonita que algunos meses antes, y se lo dijo aquella misma tarde, en San Clemente, con esta frase familiar y cordial:

-Se ha puesto usted muy linda.

Flora pensaba lo mismo respecto del estudiante de derecho, pero calló; su impresión, o la tristeza que sentía, o cualquiera otra sensación particular, la tuvo desanimada en un principio. Pero no tardó en hablar otra vez al gemelo en el gemelo, y en matar penas con él.

Cómo se matan las penas no es cosa que se explique de un modo claro. No se matan con hierro, ni fuego, cuerda ni veneno, y, sin embargo, espiran para la resurrección, a veces antes del tercero día. Hay quien crea que, hasta muertas, son dulces, más que dulces. Este punto, en nuestro caso, no puede ser ventilado.

Las penas murieron, no todas ni en seguida, sino en parte, y tan lentamente, que Pablo aceptó la invitación de comer allí. Era el día de la llegada, y Natividad quisiera tenerlo consigo a la mesa, junto a Pedro, para cimentar la pacificación comenzada por la distancia. Pero Pablo no se dio el trabajo de avisarla, dejóse estar con la linda criatura, entre el padre y la madre que pensaban en otra cosa, próxima en el tiempo y lejana en el espacio. Sabiendo lo que era, Flora pasaba del placer al disgusto, y Pablo no comprendía aquel cambio de sentimientos. De cuando en cuando, al ver a la madre agitada y preocupada, pero con otra expresión, Pablo interrogaba a la hija. En lugar de darle una explicación cualquiera, Flora se puso una vez la mano sobre los ojos, y se quedó un instante sin descubrirlos. La acción del estudiante de derecho debía haber sido apartarle la mano, mirarla de cerca, de más cerca, totalmente cerca, y repetirle la pregunta de un modo en que

la elocuencia del gesto dispensara de la palabra. Pero si tuvo esta idea no se exteriorizó. Ni ella le dio más tiempo que el de la pregunta:

-¿Qué tiene?

-Nada -contestó Flora.

-Algo tiene -insistió Pablo, queriendo tomarla la mano.

No terminó el ademán, ni lo comenzó siquiera-, apenas si abrió y cerró los dedos, mientras Flora sonreía para sacudir tristezas, y se dejó estar, matando penas.

LIX

Noche del 14.

Todo se explicó aquella noche en casa de la familia Santos. El ex presidente de provincia confesó sus esperanzas en una nueva inversión; su esposa afirmó la inminencia del hecho. De ahí la publicidad de la noticia que poco antes doña Claudia sólo decía en secreto. Ya no había secretos que pagar.

Pablo lo supo entonces todo, y Pedro, que conocía algunos preliminares, acabó por saber el resto. Ambos sintieron, naturalmente, la próxima separación. El dolor los hizo amigos por un instante; es una de las ventajas de esa grande y noble sensación. Ya no recuerdo quién afirmaba, por el contrario, que un odio común es lo que liga más a dos personas. Creo que sí; pero no dejo de creer en mi postulado, por la razón de que una cosa no quita la otra, y pueden ser verdaderas.

Además, el dolor no es todavía la desesperación. Había hasta un consuelo para los gemelos: que la niña estaría lejos de ambos. Ninguno de ellos tendría el gozo exclusivo delante de la puerta. No hay mal que no traiga un poco de bien, y, por eso es útil el mal, en ocasiones indispensable, algunas veces delicioso.

Los dos quisieron hablar en particular a la amiguita, para sondearla acerca de aquella separación, cierta ya; pero ninguno consiguió su objeto. Se vigilaban, eso sí. Cuando le hablaban era siempre juntos, y de cosas familiares y comunes. El gesto de Flora no traducía su estado de alma. Éste podía ser alegre, melancólico o indiferente, no salía a la superficie. A decir verdad, hablaba poco. Los ojos tampoco decían mucho. Más de una vez Pedro la vio mirando a Pablo, y gimió con la preferencia; pero también él era preferido después, y hallaba compensación; Pablo era entonces el que rechinaba los dientes, figuradamente hablando. Natividad, completamente entregada a su recepción, que era

la última del año, no siguió de cerca las agitaciones morales de aquel trío. Cuando las notó, llegó a sentir las también.

La gente se fue dispersando poco a poco. No era mucha, y dominaba en ella la nota íntima. Cuando la mayoría salió, quedó sólo la parte de más confianza, en un rincón de la sala, hablando y riendo de dichos y anécdotas. No se hablaba de política, aunque no faltara asunto. Las jóvenes cambiaban, por segunda o tercera vez, sus impresiones del gran baile reciente. También charlaban de música y teatro, de las próximas fiestas de Petrópolis, de la gente que iba aquel año, y de la que no iría hasta enero. Natividad atendía a todo el mundo, hasta que, cuando pudo hallarse aparte algunos momentos con Ayres, le confió sus temores acerca del amor de los hijos, y al propio tiempo el placer que le producía la esperanza de una larga ausencia de Flora. El consejero no contradecía ni los temores ni la esperanza.

-Es una felicidad que Baptista sea nombrado y se lleve de aquí a la hija -decía Natividad.

-Seguramente, pero..

-¿Pero qué?

-Seguramente la llevará, pero puede que usted no conozca bien a esa chiquilla.

-Creo que es buena.

-También lo pienso yo. Pero la bondad no tiene nada que ver con el resto de la persona. Flora es, como se lo dije hace tiempo, una inexplicable. Ahora es tarde para exponerle los fundamentos de mi opinión; después se los diré. Observe usted que me gusta mucho ; encuentro un sabor particular en el contraste de una persona así, tan humana y tan fuera del mundo, tan etérea y tan ambiciosa al mismo tiempo, de una ambición recóndita... Vaya, perdóneme estas palabras embrolladas, y hasta mañana, -terminó, tendiéndole la mano. -Mañana vendré a explicárselas.

-Explíquelas ahora, mientras se ríen los demás, según parece, de algún dicho gracioso.

En efecto; los hombres se reían de alguna frase o equivocación; Ayres iba a hablar, pero detuvo la lengua, y se disculpó. La explicación era larga y difícil, y nada urgente; dijo:

-Yo mismo no sé si me entiendo, baronesa, ni si pienso la verdad; puede ser. En todo caso, mi buena amiga, hasta mañana, o hasta Petrópolis. ¿Cuándo espera subir?

-Allá para fin de año.

-Entonces todavía nos veremos, algunas veces.

-Sí, y si no viene a verme, deseo que vea a mis chicos, que los reciba y los estime. Ellos le tienen a usted en mucho; no le hacen más que justicia. Pedro dice que es usted el espíritu más fino, y Pablo, el más fuerte de nuestra tierra...

-Vea cómo los educa usted; enseñándoles a pensar erradamente -dijo Ayres sonriéndos y haciendo un gesto de agradecimiento. -¿Fuerte yo?

-El más fuerte y el más fino.

Los últimos amigos de la casa fueron a dar las buenas noches A la señora. Diez minutos después, Ayres se despedía de Santos.

La noche era clara y tranquila. Ayres reconstituyó una parte de la velada para escribirla en *el Memorial*. Pocas líneas, pero interesantes, en que la figura principal era Flora.

"Que el diablo la entienda, si puede; yo, que soy menos que él, no acierto a entenderla nunca. Ayer parecía querer a uno, hoy quiso al otro; poco antes de la despedida quería a ambos. En otro tiempo he encontrado también algunos de esos sentimientos alternos y simultáneos; yo mismo he sido una y otra cosa, y siempre me entendí. Pero esta niña es joven... La condición de los gemelos explicará esta inclinación doble; puede ser también que alguna cualidad le falte a uno que le sobre al otro, y viceversa; y ella, por el gusto de ambas, no acaba de escoger de una vez. Es fantástico, lo sé; menos fantástico sería que ellos, destinados a la enemistad, hallaran en esta misma criatura un campo estrecho de odio; pero esto lo explicaría a ellos, no a ella... Sea lo que fuere, nuestra organización política es útil; la presidencia de

provincia, alejando a Flora de aquí por algún tiempo, saca a esta joven de la situación en que se halla, como el asno de Buridan. Cuando vuelva, el agua estará bebida, y la cebada rumiada. Un decreto ayudará a la Naturaleza."

Hecho esto, Ayres se metió en cama, rezó una oda de su Horacio, y cerró los ojos. Pero no pudo dormir. Ensayó una página de su Cervantes, otra de su Erasmo, y cerró nuevamente los ojos. A las cinco y cuarenta minutos estaba en pie. En noviembre ya sabes que es de día.

LX

Mañana del 15

Cuando le sucedía lo que dejo dicho, Ayres acostumbraba salir temprano, a pasearse y divertirse. No siempre acertaba. Esta vez fue al Paseo Público. Llegó a las siete y media, entró, subió al terrado, y miró hacia el mar. El mar estaba encrespado, Ayres comenzó a pasearse a lo largo del terrado, escuchando las olas, y acercándose a la orilla y de cuando en cuando, para verlas estrellarse y retroceder. Le agradaban así, las hallaba una especie de alma fuerte, que las movía para asustar a la tierra. El agua, enroscándose en sí misma, le daba una sensación, mas que de vida, de persona, a la que no faltaran ni nervios, ni músculos, ni la voz que gritaba sus cóleras.

Por fin se cansó y bajó, fue al lago, á la arboleda, y paseó distraído, evocando hombres y cosas, hasta que se sentó en un banco. Notó que la poca gente que allí había no estaba sentada, como de costumbre, mirando sin ver, leyendo periódicos, bostezando la vigilia de una noche sin cama.

Estaba de pie, hablando entre sí, y la que llegaba iba entrando en la conversación sin conocer a los interlocutores; así le pareció, por lo menos. Oía algunas palabras sueltas: *Deodoro, batallones, Campamento, ministerio, etc.* Algunas, dichas en voz alta, llegaban casualmente hasta él, como por ver si le despertaban la curiosidad y obtenían un par de oídos mas para las noticias. No juro que fuese así, porque el día ya está lejos, y las personas no eran conocidas. El mismo Ayres, si sospechó tal cosa, no la dijo a nadie; tampoco aguzó el oído para escuchar lo demás. Por el contrario, recordando algo particular, escribió con lápiz una nota en su cartera. Esto bastó para que los curiosos se dispersaran, no sin algún epíteto de vergüenza, unos al gobierno, otros al ejército; Ayres podía ser amigo del uno o del otro.

Algo sospechaba este cuando salió del Paseo Público y siguió hasta la plaza de la Carioca. Pocas palabras y bajas, gente parada, caras sorprendidas, personas que se volvían, pero ninguna noticia clara ni completa. En la calle de Ouvidor supo que los militares habían hecho una revolución, oyó descripciones de la marcha y de los complicados, y noticias contradictorias. Volvió a la plaza, donde se lo disputaron tres tilburys; tomó el que le quedó mas cerca, y mandó que lo llevaran a Cattete. Nada preguntó al cochero, pero éste se lo dijo todo, y algo más. Habló de una revolución, de dos ministros muertos, uno fugado, los demás presos. El emperador, capturado en petrópolis, venía bajando del cerro.

Ayres miraba al cochero, cuya palabra brotaba deliciosa de novedad. No la era desconocido el tipo. Ya lo había visto, sin el tilbury, en la calle, o los salones, en misa o a bordo, no siempre hombre, alguna vez mujer, vestida de seda o de percal. Quiso saber más, mostróse interesado y curioso, y acabó preguntando si realmente había ocurrido lo que decía. El cochero contó que se lo había oído todo a un hombre que condujo de la calle de los Inválidos a la plaza de la Gloria, y que para mas señas, estaba asustado, no podía hablar, le pedía que corriese, que le pagaría el doble, como le pagó en efecto.

-Quizá fuese algún comprometido en el desorden -insinuó Ayres.

-Puede ser muy bien, porque tenía el sombrero apabullado, y en un principio pensé que tenía sangre en los dedos, pero miré bien y vi que era barro; seguramente acababa de bajar por alguna pared. Pero, ahora, pensándolo bien, creo que era sangre, el barro no tiene ese color. Lo cierto es, que pagó el doble por el viaje, y con razón, porque la ciudad no está segura, y uno corre gran peligro llevando gente de un lado al otro.

En ese momento llegaban precisamente a la puerta de Ayres. Este mandó parar el vehículo, pagó según tarifa, y bajó. Al subir la escalera iba, naturalmente, pensando en los acontecimientos posibles. Arriba encontró a su criado que ya lo sabía todo, y que le preguntó si era cierto...

-¿Cierto qué José? ¡Es más que cierto!

-¿Que han muerto a tres ministros?

-No; hay uno solo herido.

-Yo he oído que más; me han hablado de diez muertos.

-La muerte es un fenómeno igual a la vida; quizá los muertos vivan. En todo caso, no reces por su alma, porque no eres buen católico, José.

LXI

Leyendo a Jenofonte.

¿Por qué, habiendo oído hablar de la muerte de dos y de tres ministros, Ayres confirmó apenas la herida de uno, al rectificar las noticias del criado?. Solo puede explicarse de dos maneras; o por un noble sentimiento de piedad, o por la opinión de que toda noticia pública se aumenta en dos tercios cuando menos. Cualquiera que fuese dicha causa, la versión de la herida era la única verdadera. Poco después pasaba por la calle del Cattete la camilla que llevaba un ministro herido. Sabiendo que los demás estaban sanos y buenos, y que el emperador era esperado de Petrópolis, Ayres no creyó en el cambio de régimen do que oyera hablar al cochero del tilbury y a su criado José. Todo lo redujo a un movimiento que acabaría con un simple cambio de ministerio.

-Tenemos nuevo gabinete, -dijo para sí.

Almorzó tranquilo, leyendo a Jenofonte: "Consideraba un día cuántas repúblicas han sido derribadas por ciudadanos deseosos de otra clase de gobierno, y cuantas monarquías y oligarquías son destruidas por la sublevación de los pueblos; y, de cuantos suben al poder, unos son derribados al punto, y otros, si duran, son admirados como hábiles y felices..." Ya sabes la conclusión del autor, en pro de la tesis de que el hombre es difícil de gobernar; pero, después, la persona de Ciro destruye esa conclusión, mostrándonos un solo hombre que manejó millones de otros hombres quienes además de temerlo, luchaban por realizar su voluntad. Todo esto en griego, y con tal lentitud que llegó al fin del almuerzo sin llegar al fin del primer capítulo.

LXII

"Pare en la d."

-Pero su excelencia está almorzando -decía el criado en el rellano de la escalera, a alguien que solicitaba hablar con el consejero.

Era falso, Ayres acababa precisamente de almorzar; pero el criado sabía que al amo le gustaba saborear el cigarro después del almuerzo, sin ser interrumpido. En aquel momento estaba en el canapé y oyó el diálogo. La persona insistía en decirle dos palabras.

-No puede ser.

-Bueno, esperaré; cuando su excelencia acabe...

-Mejor es que vuelva después. ¿No vive ahí enfrente? Pues vuelva dentro de una hora o dos...

La persona era Custodio, y ya se volvía cuando el ex-diplomático, sabiendo quien era, no esperó a acabar el cigarro, y le mandó decir que entrase. Custodio corrió, subió y entró en la habitación, azorado.

-¿Qué es eso, don Custodio? -dijo Ayres. -¿Anda usted haciendo revoluciones?

-¡Yo, señor! ¡Ah, señor! Si su excelencia supiese...

-¿Si supiese qué?

Custodio se explicó. Vaya, extractemos su explicación.

La víspera, teniendo que salir, Custodio fue a la calle de la Asamblea, donde se estaba pintando el letrero. Era ya tarde, y el pintor había dejado de trabajar. Sólo quedaban pintadas algunas letras:

-La palabra *Confitería* y la *d*. La sílaba *el* y la palabra *Imperio*, estaban solamente dibujadas con tiza. Gustóle el fondo y el color de las letras, reconociósele con la forma, y casi perdonó el desembolso. Recomendó prisa. Quería inaugurar el letrero el domingo.

Al despertarse no supo inmediatamente lo que había sucedido en la ciudad, pero poco a poco fueron llegando noticias, vio pasar un ba-

tallón, y creyó que decían la verdad los que le aseguraban que había revolución y le hablaban vagamente de república. En un principio, con el susto, se olvidó del letrado. En cuanto lo recordó, comprendió que era necesario suspender la pintura. Escribió apresuradamente un billete y lo mandó con un dependiente al pintor. El billete no decía más que esto: "Pare en la d."

En efecto, no había que pintar lo demás, pues quedaría perdido, ni perder el principio, que podía servir. Siempre habría una palabra que ocupase el lugar de las letras restantes. "Pare en la d."

El mensajero volvió con la noticia que el letrado estaba listo.

-¿Lo has visto acabado?

-Sí, patrón.

-¿Tenía escrito el antiguo nombre?

-Sí, señor: "Confitería del Imperio."

Custodio se puso un saco de alpaca y voló a la calle de la Asamblea. Allí estaba el letrado, por más señas tapado con un pedazo de lienzo; los muchachos que lo veían al pasar por la calle, querían hacerlo pedazos; el pintor, después de defenderlo con buenas palabras, juzgó más eficaz taparlo. Levantado el telón, Custodio leyó *Confitería del Imperio*. ¡Era el nombre antiguo, el propio, el célebre, pero ya entonces era la destrucción! no podía conservar un solo día aquel letrado, ni aunque fuera en una calleja oscura, y mucho menos en la calle Cattete...

-Va usted a borrar todo eso -dijo al pintor.

-No lo entiendo así. Comenzará usted por pagar el gasto. Después, si quiere, pintaré otra cosa.

-Pero ¿qué pierde usted substituyendo la última por otra? La primera puede quedar, y hasta el mismo *del...* ¿No recibió mi billete?

-Llegó tarde.

-¿Y por qué lo pintó todo, después de tan graves acontecimientos?

-Usted tenía prisa y yo me levanté a las cinco y media para servirlo. Cuando supe las noticias, ya el letrado estaba hecho. ¿No me dijo

que quería colgarlo el domingo? He tenido que poner mucho secante a la pintura, y además de la pintura he gastado tiempo y trabajo.

Custodio quiso rechazar la obra, pero el pintor lo amenazó con poner la calle y el número de la confitería y el nombre de su dueño en el letrero, y exponerlo así para que los revolucionarios le fueran a romper los cristales de Cattete. No tuvo más remedio que capitular. Entonces dijo al pintor que esperase; que, iba a pensar en la sustitución, y que, de todos modos, habría que hacerle alguna rebaja. Consiguió la promesa de la rebaja y se volvió a la confitería. En el camino iba pensando en lo que perdía cambiando título, -¡una casa tan conocida, desde años y años! ¿Qué nombre ponerle! En esto se acordó del vecino Ayres, y corrió a consultarlo.

LXIII

Letrero nuevo

Referido cuanto queda atrás, Custodio confesó todo lo que perdía con el título y el gasto, el mal que le acarrearía la conservación del nombre de la casa, la imposibilidad de encontrar otro: un abismo, en suma. No sabía qué buscar; le faltaba inventiva y tranquilidad de espíritu. Si pudiera, liquidaría el negocio. Y, al fin y al cabo, ¿qué tenía que ver él con la política? Era un simple fabricante y vendedor de dulces, estimado, con clientela, y principalmente, respetuoso del orden público...

-Pero ¿qué es lo que hay? -preguntó Ayres.

-La república está proclamada.

-¿Ya hay gobierno?

-Creo que sí. Pero dígame su excelencia, ¿ha oído a alguien acusarme jamás de atacar al gobierno? ¡A nadie! Y sin embargo... ¡qué fatalidad! ¡Venga en mi auxilio, excelentísimo! ¡Ayúdeme a salir de este apuro! El letrero está listo, el nombre completamente pintado. *Confitería del Imperio*, con colores vivos y bonitos. El pintor exige que le pague el trabajo para hacer otro. Yo, si la obra no estuviese acabada, cambiaría de título, por más que me costase; pero ¿he de perder el dinero que gasté? ¿Cree su excelencia que si dejara la palabra *Imperio* vendrían a romperme los cristales?

-Eso no sé.

-En realidad no hay motivo. Es el nombre de la casa, ¡nombre de treinta años! nadie la conoce de otro modo...

-Pero puede ponerle *Confitería de la República*.

-Eso se me ocurrió por el camino; pero también pensé que, si dentro de dos o tres meses hay un nuevo zafarrancho, me quedo en la misma situación y vuelvo a perder dinero.

-Tienes razón... Siéntese.

-Estoy bien, gracias.

-Siéntese, y fume un cigarro.

-Custodio rehusó el cigarro: no fumaba. Aceptó la silla.

Se hallaba en el gabinete de trabajo, donde algunas curiosidades le llamarían la atención, a no ser por el atolondramiento de su espíritu. Continuó implorando el auxilio del vecino. Su excelencia, con el gran talento que le había dado Dios, podía salvarlos. Ayer le propuso un término medio, un título que convendría en ambas hipótesis: *Confitería del Gobierno*.

-Sirve tanto para un régimen como para otro.

-No digo que no, y a no ser el gasto perdido... Sin embargo, hay una razón en contra. Su excelencia sabe que ningún gobierno deja de tener oposición. Las oposiciones, cuando se lanzaran a la calle, podrían encararse conmigo, suponer que las desafiaba, y romperme el letrero, mientras que lo que busco es el respeto de todos.

Ayres comprendió perfectamente que el terror se aliaba con la avaricia. Sin duda, el vecino no quería disturbios a su puerta, ni malquerencias gratuitas, ni odios de quienes quiera que fuesen; pero no le afligía menos el desembolso que tendría que hacer de cuando en cuando, si no encontraba un título definitivo, popular e imparcial. Al perder el antiguo, ya perdía la celebridad, además de perder la pintura y pagar más dinero. Nadie iba a comprarle un letrero condenado. Ya era mucho que el nombre y el título figuraran en el *Almanaque de Lacmmut*, donde podía leerlo algún mal intencionado, e ir luego, con otros, a castigarlo por lo que estaba impreso desde principios de año...

-Eso no -interrumpió Ayres; -usted no puede recoger la edición de un almanaque.

Y después de un momento, agregó:

-Mire, le daré una idea que puede ser aprovechada; y si no le parece buena tengo otra a mano, y será la última. Pero creo que cualquiera de ellas servirá. Deje el letrero tal como está, y a la derecha, en la

puerta, debajo del título, mande escribir estas palabras que lo explican todo: *Fundada en 1860*. ¿No abrió la casa en 1860?

-Sí, señor -contestó Custodio.

-Pues entonces...

Custodio reflexionaba. No se le podía leer en la cara ni sí ni no; atónito, con la boca entreabierta, no miraba al diplomático; ni al suelo, ni a las paredes o los muebles, sino al aire. Como el consejero insistiese, pareció despertar y confesó que la idea era buena. En efecto, conservaba el título y le quitaba el color sedicioso aumentado por lo fresco de la pintura. Sin embargo, la otra idea podía ser igual o mejor, y deseaba comparar las dos.

-La otra idea no ofrece la ventaja de poner la fecha de la fundación del establecimiento; tiene la de definir el título, que queda siendo el mismo, de un modo ajeno al régimen. Deje la palabra Imperio, y agregue abajo, en el centro, estas tres que no necesitan ser muy grandes: *de las leyes*. Mire, así -terminó Ayres, sentándose al escritorio y escribiendo lo que decía en un pedazo de papel.

Custodio leyó, releyó, y halló que la idea era útil; sí, no le parecía mal, Sólo le vio un defecto; siendo más pequeñas las letras de abajo, podían no ser leídas tan rápida y claramente como las del arriba, y estas se meterían por los ojos a los transeuntes. De ahí que algún político o enemigo personal no entendiese en seguida y... La primera idea, bien considerada, tenía el mismo defecto, y además otro: parecería que el confitero, determinando la fecha de la fundación, tomara a honor, el ser antiguo. ¡Quién sabe si no sería peor que nada!

-Todo es peor que nada.

-Busquemos.

Ayres encontró otro título, el nombre de la calle: *Confitería del Cattete*; sin advertir que, habiendo otra confitería en la misma calle, era atribuir exclusivamente a Custodio la designación local. Cuando el vecino le hizo esta objeción, Ayres la encontró justa y le agradó ver la delicadeza de sentimientos de aquel hombre; pero después descubrió que lo que hizo hablar a Custodio fue la idea de que ese título resulta-

ría común a ambas casas. Muchos no darían con el título escrito y comprarían en la primera que encontrasen, de modo que él haría el gasto del letrado, y por añadidura perdería la clientela. Al ver esto, Ayres no admiró menos la sagacidad de un hombre que, en medio de tantas tribulaciones, tenía en cuenta los perjuicios de un posible error. Entonces le dijo que lo mejor sería pagar el gasto hecho, y no poner nada, a no ser que prefiriera su propio nombre, *Confitería de Custodio*. Muchos, seguramente, no conocerían la casa por otra designación. Un nombre, el nombre del mismo dueño, no tenía significado político ni figuración histórica, ni nada que llamase la atención de ninguno de los regimenes, y que, por consiguiente, pusiese en peligro sus pasteles de Santa Clara, y menos aun la vida del propietario y sus empleados. ¿Por qué no adoptaba ese arbitrio? Algo gastarían con el, cambio de una palabra por otra; Custodio en lugar de Imperio; pero las revoluciones siempre acarrearán gastos.

-Sí, lo pensaré, excelentísimo. Quizá convenga esperar dos o tres días para ver en qué paran las modas -dijo Custodio, agradeciendo.

-Se inclinó, retrocedió y salió. Ayres se asomó a la ventana para verlo atravesar la calle. Se imaginó que llevaría de la casa del ministro jubilado un brillo especial que le haría olvidar por un instante la crisis del letrado. No todos son desembolsos en la vida, y la gloria de las relaciones podía endulzar las amargas de este mundo. No acertó esta vez. Custodio atravesó la calle, sin detenerse ni mirar para atrás, y se metió en la confitería, con toda su desesperación.

LXIV

¡Paz!

Que en medio de tan graves sucesos, Ayres tuviese bastante calma y claridad para imaginar tal descubrimiento en el vecino, sólo puede explicarse por la incredulidad con que había recibido las noticias. No le dio fe ni a la misma aflicción de Custodio. Había visto nacer y morir mucho rumor falso. Una de sus máximas era que el hombre vive para esparcir la primera invención en la calle, y que todo puede hacerse creer a cien personas juntas o separadas. Sólo a las dos de la tarde, cuando Santos entró en su casa, creyó en la caída del imperio.

-Es verdad, consejero; he visto bajar las tropas por la calle de Ouidor, he oído las aclamaciones a la República. Las tiendas están cerradas, los Bancos también, y lo peor es que si no se vuelven a abrir vamos a caer en el desorden público. ¡Es una calamidad!

Ayres trató de tranquilizarle el corazón. Nada cambiaría; el régimen, sí era posible que cambiase, pero también se muda de ropa, sin cambiar de piel. El comercio es necesario. Los Bancos son indispensables. El sábado, el lunes cuando más tarde, todo volvería a lo que era la víspera, menos la Constitución.

-No sé; no tenga miedo, consejero.

-No tengo miedo. ¿Sabe ya la baronesa lo que Sucede?

-Cuando salí de casa no lo sabía; pero es probable que lo sepa.

-Pues, vaya a tranquilizarla; estará naturalmente afligida.

Santos temía los fusilamientos; por ejemplo: si fusilasen al emperador y con él a las personas de sociedad. Recordó que el Terror... Ayres le sacó el Terror de la cabeza. Las ocasiones hacen las revelaciones -dijo sin intención de rimar; pero le gustó que las palabras rimaran para dar forma fija a la idea. Después le recordó la índole blanda del pueblo. El pueblo cambiaría de gobierno, sin tocar las per-

sonas. Habría rasgos de generosidad. Para probar lo que decía, refirió un caso que le contara un antiguo amigo, el mariscal Beaurepaire Rohan. Era en tiempos de la Regencia. El emperador había ido al teatro de San Pedro de Alcántara. Al final del espectáculo, el amigo, joven entonces, oyó gran ruido hacia el lado de la iglesia de San Francisco, y corrió a averiguar lo que era. Habló con un hombre que gritaba indignado, y supo por él, que el cochero del emperador no se había quitado el sombrero cuando éste llegaba a la puerta para subir al coche; el hombre agregó:

-Yo soy re...

En aquellos tiempos, por abreviar, los republicanos eran llamados así.

-Yo soy re, pero no consiento que falten al respeto a ese niño.

Ningún rasgo de Santos expresó que hubiera apreciado o comprendido aquel hecho anónimo. Por el contrario, parecía enteramente entregado al presente, al momento, al comercio cerrado, a los Bancos sin operaciones, al temor de una suspensión total de los negocios durante un plazo indeterminado. Cruzaba y volvía a cruzar las piernas. Por fin se levantó y suspiró.

-Entonces, a usted le parece que...

-Que debe usted tranquilizarse.

Santos aceptó el consejo, pero media mucho de aceptar a cumplir, y la apariencia era muy distinta del corazón. El corazón le latía agitado. La cabeza veía todo borroso. Quiso despedirse, pero hizo dos o tres tentativas antes de poner los pies fuera del gabinete y encaminarse a la escalera. Quería alguna certidumbre. Cuando hubiese visto y oído la República, podría ser... En todo caso, lo necesario es la paz; pero ¿habría paz? Ayres se inclinaba a creer que sí, y otra vez lo incitó a que se tranquilizase.

-Hasta luego -terminó.

-¿Por qué no va a comer con nosotros?

-Tengo que comer con un amigo, en el hotel de los Extranjeros. Después iré, quizá, o si no, mañana. Vaya, vaya a tranquilizar a la

baronesa y a los muchachos. ¿Estarán en paz los muchachos? Esos han de combatir, de seguro; vaya a ponerlos en orden.

-Usted podría ayudarme en eso. Vaya esta noche.

-Puede ser; si puedo iré. Mañana con seguridad,

Santos salió; el carruaje lo aguardaba, subió y se encaminó a Botafolgo. No llevaba la paz consigo, y no podría dársela a su mujer, ni a la cuñada, ni a los hijos. Deseaba llegar a su casa, por miedo a la calle, pero también querría quedarse en la calle, por no saber qué palabras ni qué consejos daría a los suyos. El espacio del coche era pequeño, pero suficiente para un hombre; sin embargo no podía pasarse en él la vida entera. Además, la calle estaba tranquila. Había gente a la puerta de las tiendas. En la plaza de Machadi vio otra que reía, alguna callada, había sorpresa, pero no había propiamente susto.

LXV

Entre los hijos.

Cuando Santos llegó a su casa, Natividad estaba inquieta, sin noticias exactas y definitivas de los acontecimientos. No sabía del marido ni de los hijos. Aquél había salido antes de los primeros rumores, éstos hicieron lo mismo en cuanto llegaron. El primer movimiento de la madre fue impedir que saliesen los hijos, pero no pudo, era tarde. No logrando detenerlos, se encaró con la Virgen María para que los custodiase, y aguardó. La hermana hizo lo mismo. Era cerca de medio día; los minutos comenzaron entonces a parecerle siglos.

El ansia de la madre era naturalmente mayor que la de la tía. Natividad veía andar al tiempo con grillos en los pies. No había satisfacción que atase un par de alas a aquellas largas horas del reloj de la casa ni a los de bolsillo de Natividad y de su hermana; todos ellos cojeaban con ambos minuterios. Por fin oyó en la arena del jardín las ruedas de un carruaje; era Santos.

Natividad acudió al rellano de la escalera. Santos subió, y las manos de ambos se extendieron y se asieron. Larga vida común, acaba por hacer de la ternura una cosa grave y espiritual. Sin embargo, parece que el gesto del marido no fue original, sino secundario, hijo o imitación del de su mujer. Puede que la cuerda de la sensibilidad fuese menos vibrante en la lira de él que en la de ella, aunque muchos años antes, aquel otro ademán del cupé, cuando volvían de la misa de Santo Domingo, ¿recuerdas?... Sobre esto acabo de escribir unas líneas que no quedarían mal, si las terminase, pero retrocedo a tiempo, y las tacho. No vale la pena de andar a la pesca de las palabras tachadas. Menos cuesta suprimirlas.

Que nos basten las cuatro manos estrechadas. Natividad preguntó por los hijos. Santos le dijo que no tuviese temor. No había nada; todo

parecía estar como el día antes, las calles tranquilas, las caras mudas. No correría sangre, el comercio iba a continuar. Toda la animación de Ayres había retoñado en él, con la misma frescura y el mismo estilo.

Los hijos llegaron tarde, cada cual por su lado, y Pedro antes que Pablo. La melancolía del uno armonizaba con la casa, la alegría del otro deseatonaba de ella, pero tales eran una y otra que a pesar de la expansión de la segunda, no hubo represión ni disputa. Mientras comían hablaron poco. Pablo refería amorosamente los sucesos. Había conversado con varios correligionarios, y por ellos supo lo que había ocurrido por la noche y la mañana, la marcha y reunión de los batallones en el campo, las palabras de Ouro Preto al mariscal Floriano, la contestación de éste, la proclamación de la República. La familia oía y preguntaba, no discutía, y esta moderación contrastaba con el regocijo de Pablo. El silencio de Pedro, principalmente, era como un desafío. Pablo no sabía que su misma madre se lo pidiera al hermano, con muchos besos, motivo que en esa oportunidad se unía al de tener oprimido el corazón. El corazón de Pablo, por el contrario, estaba libre, dejaba circular la sangre, como la felicidad. Los sentimientos republicanos, en que se incrustaban los principios, vivían allí tan fuertes y ardientes, que no le dejaban ver el abatimiento de Pedro, ni el desaliento de los demás. Al final del almuerzo, brindó por la República, pero en silencio, sin ostentación, mirando apenas al techo y alzando la copa un poco más que de costumbre. Nadie replicó ni con un ademán ni con una palabra.

Sin duda el joven Pedro quiso decir alguna palabra de piedad relativa al régimen imperial y a la familia de Bragança, pero la madre, casi no apartaba los ojos de él, como imponiendo o pidiendo silencio. Por otra parte, no creía que hubiese cambiado nada, a despecho de decretos y proclama. Se imaginaba que todo podía quedar como antes, alterando apenas el personal del gobierno. Poco cuesta -decía en voz baja a la madre al salir de la mesa; bastará con que el emperador hable a Deodoro.

Pedro salió después, prometiendo volver temprano. La madre, temerosa de verlo metido en tumultos, no quería que saliese; pero otro temor la hizo consentir, y fue el de que los hermanos se enfadasen por fin. Así, un miedo vence a otro, y la gente acaba por dar lo mismo que ha negado.

No es menos cierto que racionó algunos minutos antes de resolver, así como yo escribí una página antes de la que voy a escribir ahora, pero nosotros dos, Natividad y yo, acabamos por dejar que los hechos se realicen, sin oposición suya ni comentario mío.

LXVI**Bastos y espadas**

Llegaron los amigos de la casa, llevando noticias y rumores. Estos variaban poco, y en general no había opinión segura cerca del resultado. Nadie sabía si el triunfo del movimiento era un bien o un mal; apenas sabían que era un hecho. De ahí la ingenuidad con que alguien propuso el juego de naipes de costumbre, y la buena voluntad de otros para aceptar la proposición. Santos, aunque declarase que no jugaría, mandó buscar los naipes y los tantos, pero los demás opinaron que siempre faltaba una pierna, y que sin ella el juego no tendría gracia. Santos quiso resistir; no era lindo que la misma noche que el régimen caía o iba a caer, entregase su espíritu a distracciones de sociedad... No pensó esto en voz alta ni baja, sino para sí, y quizá lo leyó en el rostro de su mujer. Hubiera hallado algún pretexto para resistir, si lo hubiese buscado, pero amigos y naipes no se lo dejaron buscar. Acabó aceptando. Probablemente esa era su inclinación íntima. Muchas hay que necesitan ser sacadas a luz como un favor o concesión de la persona. En fin, los bastos y las espadas hicieron aquella noche su oficio, como las mariposas y los ratones, los vientos y las ondas, la luz de las estrellas y el sueño de los ciudadanos.

LXVII

La noche entera

Cuando salió de su casa, Pablo fue a la de un amigo, y ambos salieron a buscar otros de la misma edad e igual intimidación. Fueron a los periódicos, al cuartel del Campo, y pasaron un rato frente a casa de Deodoro. Gustábales ver los soldados, a pie o a caballo, pedían permiso, les hablaban, les ofrecían cigarrillos. Era la única concesión de éstos: ninguno les contó lo que había pasado, y ninguno lo sabría.

¡No importa! iban satisfechos de sí mismos. Pablo era el más entusiasta y convencido. A los otros valía la juventud, que es un programa, pero el hijo de Santos tenía aun frescas todas las ideas del nuevo régimen, y poseía otras más, que no veía aceptar; combatiría por ellas. Hasta sentía el deseo de encontrar en la calle alguien que lanzara un grito, ya entonces sedicioso, para romperle la cabeza con el bastón. Obsérvese que había olvidado o perdido el bastón. Si no pegó no fue, sin embargo, por eso: para pegar le bastaba con los brazos y las manos.

Propuso que cantaran la *Marsellesa*, pero los demás no quisieron ir tan lejos, no de miedo, sino por cansados. Pablo, que resistía más que ellos a la fatiga, los invitó a esperar la aurora.

-Vamos a esperarla en lo alto de un cerro, o en la playa del Flamencho; mañana tendremos tiempo de dormir.

-Yo no puedo -dijo uno.

Los demás repitieron la excusa, y resolvieron volverse a sus casas. Era cerca de las dos. Pablo acompañó a todos, y hasta que no dejó al último no regresó a Botafogo.

Cuando entró, encontró a la madre que lo aguardaba, inquieta y arrepentida de haberlo dejado salir, Pablo no encontró una disculpa, y riño a la madre por haberse quedado sin dormir, esperándolo. Natividad confesó que no hubiera tenido sueño antes de saberlo en casa, sano

y salvo. Hablaban en voz baja y poco; habiéndose besado antes, besáronse después y se despidieron.

-Mira -dijo Natividad, -si encuentras a Pedro despierto, no le cuentes ni le preguntes nada; duérmete, y mañana lo sabremos todo, con más lo que ocurra esta noche.

Pablo entró en el cuarto de puntillas. Todavía era aquel amplio cuarto en que los gemelos disputaron a causa de dos viejos grabados, Robespierre y Luís XVI. En aquel momento había algo más que los retratos: una revolución de pocas horas y un gobierno fresco.

Obedeciendo al consejo de la madre, Pablo no trató de saber si Pedro dormía, aunque sospechara que no. Efectivamente no dormía. Pedro vió la cautela de Pablo y siguió también el consejo de la madre; fingió no ver nada. Hasta aquí los consejos; pero un poco de orgullo hizo que Pablo tararease entre dientes, muy bajito, para sí, la primera estrofa de la *Marsellesa* que los amigos no habían querido cantar en la calle.

¡Allons, enfants de la patrié
le jour de gloire est arrivé!

Pedro lo entendió más por el tono que por la letra, y dedujo que la intención del hermano era afligirlo. No era así, pero bien podía ser. Vaciló entre réplica y el silencio, hasta que una idea fantástica le atravesó por el cerebro; tararear quedo también, la segunda parte de la estrofa:

Entendez-vous dans vos campagnes
mugir ces ferores soldats...

que alude a las tropas extranjeras, pero desviada de su natural sentido histórico, para referirla a las tropas nacionales. Era un desahogo vago y la idea pasó rápidamente: Pedro se contentó con simular la suprema indiferencia del sueño.

Pablo no terminó la estrofa; desnudóse agitado, sin apartar el pensamiento del triunfo de sus sueños políticos. No se metió inmediatamente en cama; fue a la del hermano, a ver si dormía. Pedro respiraba tan naturalmente como si no hubiese perdido nada. Tuvo un impulso de despertarlo, gritarle que lo había perdido todo, si es que la institución derribada era algo. Retrocedió a tiempo y fue a meterse entre las sábanas.

Ninguno dormía. Mientras llegaba el sueño, pensaban en los acontecimientos de aquel día, sorprendidos ambos de lo fáciles y rápidos que fueron. Después pensaban en el día siguiente y en los efectos ulteriores. No sorprenderá que no arribaran a la misma conclusión.

-¿Cómo diablos lo habrán hecho, sin que nadie se diese cuenta'-reflexionaba Pablo. -La cosa podía haber sido más turbulenta. Conspiración hubo, sin duda; pero una barricada no hubiera estado mal. Sea como sea, se ha triunfado. Lo que es preciso es no dejar enfriar el hierro, machacarlo y renovarlo. Deodoro es una hermosa figura. Dicen que la entrada del mariscal al cuartel, y su salida arrastrando a los batallones, fueron espléndidas. Quizá demasiado fáciles... Es que el régimen estaba podrido, y cayó por sí solo...

Mientras la cabeza de Pablo formulaba estas ideas, la de Pedro pensaba lo contrario: llamaba crimen al movimiento.

-Un crimen y un disparate, además de una ingratitud; el emperador debió tomar a los principales cabecillas y mandarlos ejecutar. Desgraciadamente, las tropas estaban con ellos. ¡Pero no ha terminado todo! Esto es un fuego de paja; dentro de poco se apagará, y volverá a ser lo que antes fue. Yo encontraré doscientos muchachos buenos y resueltos, y desharemos el baile. La apariencia es lo que le da cierto aire de solidez, pero eso no es nada. Ya verán que el emperador no se va de aquí, y que, aunque no quiera, ha de gobernar; o gobernará la hija, o a falta de ésta, el nieto. También él quedó niño y gobernó. Mañana será otra cosa; por ahora todos son flores. Hay también un puñado de hombres...

La reticencia final de los discursos de ambos significa que sus ideas iban haciéndose inconexas, nebulosas y repetidas, hasta que se desvanecieron y ellos se durmieron. Durante el sueño cesó la revolución, no hubo monarquía ni república, don Pedro II ni mariscal Deodoro, -nada que oliese a política. Uno y otro soñaron con la hermosa ensenada de Botafogo, un cielo claro, una tarde apacible y una sola persona: Flora.

LXVIII

De mañana

Flora, abrió los ojos de ambos y desvaneci6se tan r6pidamente que apenas pudieron ver la orla del vestido y oír alguna palabrita dulce y lejana. Mir6ronse uno a otro sin rencor aparente. El recelo del uno y la esperanza del otro, dieron tregua. Ambos corrieron a los peri6dicos. Pablo, medio aturdido, temía alguna traici6n en la madrugada. Pedro tenía una idea vaga de restauraci6n, y esperaba leer en los diarios un decreto imperial de amnistía. Ni traici6n ni decreto. La esperanza y el temor huyeron de este mundo.

LXIX

Al piano

Mientras ellos soñaban con Flora, esta no soñó con la república. Tuvo una de esas noches en que la imaginación duerme también, sin ojos ni oídos, o cuando mucho, la retina no deja ver claro y los oídos confunden el rumor del arroyo con los latidos de un perro lejano. No puedo dar mejor definición, ni es preciso; todos hemos tenido de esas noches apagadas.

Ni siquiera soñó con música, aunque antes hubiera tocado alguna de sus páginas favoritas. No las tocó solamente porque le gustaban, sino también por huir de la consternación de los padres, que era grande. Ninguno de ellos podía creer que las instituciones hubieran caído, que hubiesen nacido otras; que todo hubiera cambiado. Doña Claudia esperaba aun en el día siguiente, preguntaba al marido si había visto bien y qué había visto; él se mordía los labios, hacía bailar la pierna, se levantaba, daba unos pasos, y volvía a relatar los acontecimientos, los boletines pegados a la puerta de las imprentas, la prisión de los ministros, la situación, todo acabado, acabado, acabado...

Flora no era extraña a la compasión ni a la esperanza, como ya debes saber; pero no comulgaba con la agitación de sus padres, y se refugió en el piano y en sus músicas. Eligió no sé qué sonata. La música tenía para ella la ventaja de no ser presente, pasado, ni futuro; era algo fuera del tiempo y del espacio, una idealidad pura. Cuando se interrumpía, solía oír alguna frase suelta del padre o de la madre; -...pero como fue qué...

-Todo a escondidas.

-¿Hubo sangre?

A veces alguno hacía un ademán, y ella veía el ademán. El padre, con el alma turbada, hablaba mucho e incoherentemente. La madre

demostraba más vigor. A ratos callaba un momento, como si estuviese pensando, al revés del marido que, al callarse, meneaba la cabeza, apretaba los puños o suspiraba, cuando no amenazaba el techo con las manos.

-La, la, do, re, sol, re, re, la -iba diciendo el piano de la niña, con estas u otras notas que vibraban para huir de los hombres y sus discusiones.

También puede hallarse en la sonata de Flora cierto acuerdo con aquellos momentos. No había gobierno definitivo. El alma de la joven armonizaba con ese primer albor del día o con ese postrer crepúsculo de la tarde -como tú quieras,- en que nada es tan claro o tan oscuro que convida a dejar la causa o a encender la vela. Cuando mucho iba a haber un gobierno provisional. Flora no entendía de fórmulas ni de nombres. La sonata daba la impresión de la falta absoluta de gobierno, la anarquía de la inocencia, en aquel rincón del Paraíso que el hombre perdió por desobedierite, y que reconquistará un día, cuando la perfección traiga el orden eterno y único. No habrá entonces progreso ni retroceso, sino estabilidad. El seno de Abraham acogerá todas las cosas y personas, y la vida será el cielo abierto. Era lo que las teclas le decían sin palabras.

-Re, re, la, sol, la, la, do...

LXX

De una conclusión equivocada

Los sucesos fueron produciéndose a medida que iban naciendo las flores. Algunas de éstas hubo que sirvieron para el último baile del año. Otras murieron la víspera. Poetas de uno y otro régimen sacaron imágenes de este hecho, para cantar la alegría y la melancolía del mundo. La diferencia es que la segunda sofocaba sus suspiros, mientras la primera llevaba lejos sus piruetas. El metal de los clarines daba otros sonidos que el de las arpas, pero las flores seguían naciendo y muriendo, igual y regularmente.

Doña Claudia recogió las rosas del último baile del año, primero de la república, y adornó a su hija con ellas. Flora obedeció y las aceptó. Padre de familia ante todo, Baptista acompañó a su esposa y a su hija al baile. También fue Pablo, por la joven y por el régimen. Sí, en su conversación con el ex presidente de provincia, le dijo todo lo bien que pensaba del Gobierno provisional, no le oyó palabras de acuerdo ni de contestación. No entró más a fondo en la confesión del hombre, porque la niña le atraía, y a él le gustaba más ella que el padre.

Flora halló semejanza entre el baile de la Isla Fiscal y aquel, por más que fuera particular y modesto. Este era dado por una persona que venía de los tiempos de la propaganda, y uno de los ministros estuvo, aunque solo medía hora. De ahí la ausencia de Pedro, a pesar de que estuviese invitado. Flora sintió la falta de Pedro, como sintiera la de Pablo en la Isla; tal era la semejanza de ambas fiestas. Las dos se hacían en ausencia de un gemelo.

-¿Por qué no ha venido su hermano?

Pablo se turbó, pero contestó al cabo de un instante:

-Pedro es testarudo, y se ha empeñado en no aceptar la invitación. Cree, naturalmente, que la monarquía se ha llevado con ella el arte de bailar. No le haga usted caso, es un lunático.

-¡No diga eso!

-¿También usted cree que el baile se ha ido con el emperador?

-No, y la prueba es que estamos bailando. No; digo que no le dedique palabras feas

-¿Le parece, entonces, que Pedro es un muchacho razonable?

-Sin duda; como usted.

-Pero...

Pablo iba a preguntarle cual de los dos -si tuviera que jurar por el uno o por el otro- le merecería el juramento; pero retrocedió a tiempo. Flora habló entonces del calor, y él opinó que sí, que hacía mucho. Si se hubiera quejado de frío, hubiera afirmado que lo hacía. Flora era también capaz de aceptar todas las opiniones de Pablo. A la verdad, Pablo tenía entonces un aire brillante y petulante, miraba de arriba, convencido de que sus escritos eran los que habían hecho la república, aunque incompleta, sin ciertas ideas que él había expuesto y defendido, y que tendrían que venir un día no lejano. Así iba diciéndoselo a la joven, y ella le escuchaba con placer, sin opinión; era solo el gusto de escucharlo. Cuando el recuerdo de Pedro surgía en la cabeza de la joven, la tristeza empañaba la alegría: pero la alegría vencía en seguida a la otra, y así terminó el baile. Entonces las dos, tristeza y alegría, se recogieron al corazón de Flora, como sus gemelos que eran.

El baile terminó. El capítulo es lo que no terminará sin que deje un poco de espacio al que quiera pensar en aquella criatura. Ni el padre ni la madre podían entenderla, los muchachos tampoco, y probablemente, Santos y Natividad menos que nadie. Tú, maestra de amores o alumna de ellos, tú que atiendes a varios, deduces que era... Cuesta poner el nombre del oficio. Si no fuese por la obligación de contar la historia con sus palabras propias, preferiría callarlo; pero ya tu sabes cuál es, y aquí queda. Deduces que Flora era coqueta y deduces mal.

Lectora, mejor es negar esto ya que dejarlo al tiempo. Flora no conocía las dulzuras de la coquetería y menos todavía podría llamársela coqueta de oficio. La coqueta de oficio es la planta de las esperanzas y alguna vez de las realidades, si la vocación lo impone y la ocasión lo permite. También es preciso recordar aquello de un publicista hijo de Minas y del otro siglo, que acabó senador y escribía contra los ministros adversos: "El olmo no da peras". No, a Flora no le daba por la coquetería.

La prueba es que en el Estado en que vivió algunos meses en 1891, con su padre y su madre, y para el fin que más adelante diré, nadie alcanzó la menor de sus miradas amistosas o siquiera complacientes. Más de un joven perdió el tiempo, tratando de que lo viera y lo atendiera. Más de una corbata, más de un bastón, más de un antejo le dedicaron sus colores, sus puños y sus cristales, sin obtener otra cosa que una atención cortés y quizás una palabra sin valor.

Flora sólo se acordaba de los gemelos. Si ninguno de ellos la olvidó, ella tampoco los perdió de la memoria. Al contrario, escribía por todos los correos a Natividad, para que ambos la recordaran. Las cartas hablaban poco de la tierra o de la gente y no decían ni mal ni bien, usaban mucho de la palabra audaces, que cada uno de los gemelos se adjudicaba a sí mismo. También ellos le escribían en las cartas que enviaban a doña Claudia y a Baptista, con la misma intención doble y misteriosa, que ella entendía perfectamente.

Tales eran de lejos, ella y ellos. La vieja riña que los desunía en la vida, continuaba desuniéndolos en el amor. Podían amar cada uno a su novia, casarse con ella y tener sus hijos; pero preferían amar a la misma y no ver el mundo por otros ojos, ni oír mejor palabra, ni distinta música, antes, durante y después de la comisión de Baptista.

LXXI

La comisión

-¡Vaya! se me escapó la palabra. Sí, fue una comisión encomendada al padre, y de la que no sé nada, ni ella tampoco. Asunto reservado. Flora la llamaba comisión del infierno. El padre, sin ir tan al fondo, coincidía mentalmente con ella; verbalmente desmentía la definición.

-¡No digas eso, Flora! es una comisión de confianza, para fines noblemente políticos.

-Creo que sí; pero de ahí a saber su objeto especial y real va mucho espacio. Tampoco se sabe cómo fue a parar a manos de Baptista aquel encargo del gobierno. Se sabe que él no desdeñó la elección cuando un amigo íntimo corrió a llamarlo al palacio del generalísimo. Vio que aquello era reconocerle mucha destreza y capacidad para el trabajo. No es menos cierto, sin embargo, que la comisión comenzaba a fastidiarlo, aunque en la correspondencia oficial dijese precisamente lo contrario. Si esos papeles descubrieran siempre el corazón de las personas, Baptista, cuyas instrucciones eran de concordia, parecía querer llevar dicha concordia a sangre y fuego; pero el estilo no es el hombre. El corazón de Baptista se cerraba cuando escribía, y dejaba ir adelante la mano, apretando la llave del corazón.

-¡Ya es hora -suspiraba el músculo; -ya es hora de un puesto de gobernador!

En cuanto a doña Claudia, no quería que terminase la comisión que devolvía a su esposo a la acción política; sólo le faltaba una cosa: oposición. Aquel gusto de leer todas las mañanas las injurias de los adversarios, de leerlas y releerlas, con sus nombres feos como látigos de muchas puntas que le desgarraban las carnes y la excitaban al propio tiempo, ese placer no le era procurado por la comisión reservada. Al contrario, había una especie de connivencia para hallar al comisio-

nado justo, equitativo y conciliador, digno de admiración, tipo de civismo, carácter sin mancha. También antes había conocido todo esto; pero para encontrarle sabor le era siempre preciso que llegase mezclado con burlas y calumnias. Sin ellas era agua insípida. Tampoco tenía aquella parte de ceremonias a que obligase el alto cargo; pero no le faltaba atenciones, y eso ya era algo.

LXXII

El regreso

Cuando el mariscal Deodoro disolvió el congreso nacional, el 3 de noviembre, Baptista se acordó a tiempo de los manifiestos liberales, y quiso hacer uno. Llegó a comenzar, en secreto, empleando las frases hermosas que sabía de memoria, citas latinas, dos o tres apóstrofes. Doña Claudia lo detuvo al borde del abismo, con razones claras y robustas. Ante todo, el golpe de Estado podía ser un beneficio. Muchas veces se sirve a la libertad, haciendo como que se la sofoca. Además, el mismo hombre que la había proclamado era quien invitaba entonces a la nación a decir lo que quería, y a corregir la constitución, salvo en sus partes esenciales. La palabra del generalísimo, como su espada, bastaba para defender y consumir la obra comenzada. Doña Claudia no tenía estilo propio, pero sabía comunicar el calor del discurso al corazón de un hombre de buena voluntad. Baptista, después de escucharla y de pensar, le golpeó el hombro imperativamente:

-¡Tienes razón, hija!

No rompió el papel escrito; quería conservarlo como simple recuerdo, y la prueba es que iba a escribir una carta al presidente. Doña Claudia le sacó también esta idea de la cabeza. No era necesario mandarle su sufragio; bastaba con conservarse en la comisión.

-¡No está el Gobierno satisfecho de ti!

-Lo está.

-Pues viendo que te quedas, comprenderá que lo apruebas todo, y eso basta.

-Sí, Claudia -afirmó Baptista después de un instante. -Cualquier cosa que escribiese contra la asamblea sediciosa que el presidente acaba de disolver, ¡parecería falta de compasión! ¡Paz a los muertos! ¡Tienes razón, hija!

Quedóse callado, operando, fiel a las instrucciones que había recibido. Veinte días después el mariscal Deodoro pasaba el gobierno al mariscal Floriano, el congreso era restablecido y anulados todos los decretos del día 3.

Al saber estos hechos Baptista se quería morir. Quedóse un rato sin habla, y doña Claudia no halló la menor partícula de ánimo que infundirle. Nadie había contado con la rápida marcha de los acontecimientos, unos sobre otros, tan atropelladamente que parecían una bandada de fugitivos. Veinte días apenas; veinte días de fuerza y tranquilidad, esperanzas y gran futuro. Un día más, y todo se vino abajo como casa vieja.

Baptista comprendió entonces su error al dar oídos a su esposa. Si hubiese terminado y publicado el manifiesto el 4 o el 5, se hallaría con un documento de resistencia en la mano, para reivindicar un puesto de honor cualquiera, o sólo la estimación aunque más no fuese. Releyó el documento; llegó a pensar en imprimirlo, aunque estuviese incompleto. Tenía conceptos buenos, como este: "El día de la opresión es la víspera de la libertad." Citaba a la hermosa Roland dirigiéndose a la guillotina: "¡Oh, libertad! ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" Doña Claudia le hizo ver que ya era tarde y convino en ello.

-¡Sí, ya es tarde. Pero aquel día no era tarde; llegaba en su hora oportuna, para el efecto seguro.!

Baptista arrugó el papel distraídamente; después lo estiró y lo guardó. En seguida hizo un examen de conciencia, profundo y sincero. No debía haber cedido; la resistencia era lo mejor; si hubiese resistido a las palabras de la mujer, su situación sería muy distinta, Se auscultó, halló que sí, que muy bien podía haberse tapado los oídos, y seguido adelante. Insistió mucho en este punto. Si pudiera, haría volver atrás el tiempo, y mostraría cómo el alma escoge por sí misma el mejor de los partidos. No era preciso saber nada de lo sucedido anteriormente; la conciencia le decía que en situación idéntica a la del día 3 haría otra cosa... ¡Oh, seguramente! ¡haría algo muy distinto., y cambiaría su suerte!

Un oficio o un telegrama fue a arrancar a Baptista la comisión política y reservada. El regreso a Río Janeiro fue rápido y triste, sin los epítetos con que se había regalado durante algunos meses, ni acompañamiento de amigos. Sólo una persona iba alegre, la hija, que todas las noches había rezado por la terminación de aquel destierro.

-Parece que estás contenta con el desastre de tu padre -le dijo la madre a bordo.

-¡No, mamá! me alegro de ver que se acabó este aburrimiento. Papá puede perfectamente hacer política en Río de Janeiro, donde se le aprecia tanto. Ya verá usted. Yo en lugar de papá, en cuando desembarcase iría a ver al mariscal y explicárselo todo, mostrarle las instrucciones y decirle lo que ha hecho; le diría además que el retiro había llegado muy a propósito, para no parecer despechada. Luego le pediría en qué ocuparme allí mismo...

Doña Claudia, a pesar de lo amargo de los tiempos, vio con satisfacción que su hija pensara y diera consejos en política. No advirtió, como lo hace el lector, que el espíritu del discurso de la joven era no salir de la capital, hacer allí mismo su congreso, que en breve sería una sola asamblea legislativa, como en Río Grande del Sur, pero ¿a cuál de las cámaras, Pedro o Pablo, tocaría ese único poder político? He ahí lo que ella misma no sabía.

Ambos se le presentaron a bordo, en cuanto el paquete entró en el puerto de Río de Janeiro. No fueron en dos botes, sino en uno mismo, y saltaron con tal rapidez a la escalera que estuvieron a punto de caerse al mar. Quizá fuese éste el mejor desenlace del libro. De todos modos, no acaba mal el capítulo, porque la razón de la rapidez con que saltaron fue la ambición de ser el primero en saludar a la joven; competencia de amor, que una vez más los igualó en el alma de Flora. En fin llegaron y no consta cuál la saludó efectivamente primero; puede que los dos.

LXXIII

Un El Dorado.

En el muelle Babroux los aguardaban tres carruajes, dos cupés y un landó, con tres hermosas yuntas de caballos. La familia Baptista quedó lisonjeada con la atención de la familia Santos, y entró en el landó. Los gemelos siguieron cada cual en su cupé. El primer carruaje tenía su cochero y su lacayo, con librea color castaño, botones de metal blanco, en que podían verse las armas de la casa. Cada uno de los otros dos tenía apenas cochero, con igual librea. Los tres echaron a andar, éstos atrás de aquél; los animales pisando fuerte y acompasadamente, con golpe seguro, cual si hubiesen ensayado, durante largos días, aquella recepción. De cuando en cuando encontraban otros carruajes, otras libreas, otras yuntas, la misma belleza, el mismo lujo.

La capital ofreció a los recién llegados un espectáculo magnífico. Se vivía con los restos de aquel deslumbramiento y agitación, epopeya de oro de la ciudad y del mundo, porque la impresión total es que el mundo entero era así también. Quien no vio aquello no ha visto nada. Cascadas de ideas, de invenciones, de concesiones, rodaban todos los días, sonoras y vistosas, para convertirse en contos de reis, en centenares de contos, millares, millares de millares, millares de millares de millones de contos de reis. Todos los papeles, o si se quiere acciones, salían frescos y eternos de la imprenta. Eran ferrocarriles, bancos, fábricas, minas, astilleros, navegación, edificación, exportación, importación, carnes conservadas, empréstitos, todas las uniones, todas las regiones, todo lo que significan esos nombres y muchos más que se me olvidan. Todo andaba por calles y plazas, con estatutos, organizadores y listas. Grandes letras llenaban los periódicos; los títulos se sucedían sin repetirse, pocos morían, y sólo moría el qué era *flojo*, y al principio ninguno era *flojo*. Cada acción aparecía con vida intensa y liberal,

algunas veces inmortal, que se multiplicaba con aquella otra vida con que el alma acoge las religiones nuevas. Nacían las acciones a precio elevado, más numerosas que los antiguos hijos de la esclavitud y con dividendos infinitos.

Personas de aquel tiempo, queriendo describir su riqueza, dicen que el dinero brotaba del suelo, pero no es verdad. Cuando mucho, caía del cielo. Cándido y Cacambo... ¡Ay, pobre Cacambo nuestro! Debes saber que tal es el nombre del indio que Basilida Gama cantó en el Uruguay. Voltaire se apoderó de él para ponerlo en su libro, y la ironía del filósofo venció a la dulzura del poeta. ¡Pobre José Basilio! Tenías en tu contra el asunto estrecho y la lengua aislada. Felizmente, el grande hombre no te arrebató Lindoya, pero Cacambo es suyo, más suyo que tuyo, compatriota de mi alma!

Cándido y Cacambo, iba a decir, al entrar en El Dorado vieron, según cuenta Voltaire, niñitos jugando en la calle con rodajas de oro, esmeraldas y rubies; recogieron algunas, y en la primer fonda en que comieron, quisieron pagar la comida con dos de ellos. Ya sabes que el fondero se rió a mandíbula batiente, sea porque querían pagarle con piedras del pavimento, sea porque allí nadie pagaba lo que comía; el gobierno era el que lo pagaba todo. Esa hilaridad del posadero, y la liberalidad atribuida al Estado, fue lo que hizo creer en iguales fenómenos ante nosotros; pero todo es mentira

Lo que parece verdad es que nuestros carruajes brotaban del suelo. Por la tarde, cuando un centenar de ellos iba a ponerse en fila en el paseo de San Francisco de Paula, a la espera de las personas, era un gusto subir la calle de Ouvidor, detenerse y contemplarlos. Las yuntas deslumbraban a la gente; todas parecían salir de las rapsodias de Homero, aunque fuesen corceles de paz. Los carruajes también. Juno, seguramente, los había atalajado con correas de oro, frenos de oro, riendas de oro, todo de oro incorruptible. Pero ni ella ni Minerva entraban en los vehículos de oro para los fines de la guerra contra Ilión. Todo allí respiraba paz. Cocheros y lacayos, afeitados y graves, aguardaban tiesos y compuestos, dando hermosa idea del oficio. Ninguno

aguardaba al patrón echado en el interior del coche, con las piernas afuera. Daban la impresión de una disciplina rígida y elegante, aprendida en alta escuela y conservada por la dignidad del individuo.

¡Casos hay -escribía nuestro Ayres,- en que la impasibilidad del cochero en el pescante contrasta con la agitación del dueño en el interior del carruaje, haciendo creer que el patrón, de aburrimiento, ha subido al pescante y lleva a pasear al cochero!

LXXIV

La alusión del texto

Antes de continuar es necesario decir que nuestro Ayres no se refería vagamente o de un modo general a algunas personas, sino a una sola persona en particular.

Llamábase entonces Nóbrega; en otro tiempo no se llamaba nada, era aquel simple hermano de las ánimas a quien encontró Natividad en la calle de San José, esquina a la de la Misericordia. No habrás olvidado que la reciente madre echó un billete de dos mil reis en el platillo del postulante. El billete era nuevo y hermoso; pasó del platillo al bolsillo, en el fondo de un zaguán, no sin combate.

-Pocos meses después, Nóbrega abandonó las ánimas a sí mismas, y fue a otros purgatorios para los cuales encontró otras sotanas, otros platillos, y por último, otros billetes, limosnas de piedad feliz. Quiero decir que se dedicó a otras carreras. Al poco tiempo salió de la ciudad y no se sabe si también del país. Cuando volvió llevaba unos cuantos pares de contos de reis, que la fortuna dobló, redobló y cuadruplicó. Por último, amaneció la época de las grandezas. Esta fue la gran sotana, el gran platillo, la gran limosna, el gran purgatorio. ¿Quién conocía ya al hermano de las ánimas? Aquel hombre se había perdido en la obscuridad y la muerte. Él era otro; sus facciones no eran las mismas, sino las que el tiempo le fue componiendo y mejorando.

Si el gran platillo o cualquiera de los otros recibió billetes que tuviesen el mismo destino del primero, cosa es que no se sabe; pero sí posible. Por ese tiempo, Ayres lo vio de coche, casi saliéndose por la portezuela, saludando mucho, mirándolo todo. Como el cochero y el lacayo (creo que eran escoceses) salvaban la dignidad de la casa, Ayres hizo la observación del fin del otro capítulo, sin ninguna intención general.

Aunque ya no encontrase ningún antiguo conocido, Nóbrega tenía miedo de volver al barrio en que anduvo pidiendo para las primeras ánimas. Pero un día fueron tales sus añoranzas, que afrontó el peligro y fue. Sentía cosquillas por mirar las calles y las personas, recordaba las casas y las tiendas, un barbero, los edificios de altos con escaleras de madera en que aparecían tales y tales muchacha... Cuando ya iba a ceder tuvo miedo otra vez, y tomó para otro lado. Sólo pasaba en carruaje; después quiso verlo todo a pie, despacio, y reviviendo lo desaparecido.

Fue a pie; bajó por la calle de San José, dobló la de la Misericordia, fue a parar a la playa de Santa Lucía, volvió por la calle de Don Manuel, anduvo de callejuela en callejuela. Al principio miraba de rabo de ojo, rápidamente, con la vista en el suelo. Aquí veía la tienda del barbero; pero el barbero era otro. De las casas con escalera de madera también salían muchachas, viejas y niñas, y ninguna era la misma. Nóbrega se fue animando, y encarando con todo. Quizás esta vieja fuese joven hace veinte años; la joven quizá fuese niña de pechos, y ahora da el suyo a otra criatura. Nóbrega acabó deteniéndose y andando lentamente.

Volvió varias veces. Sólo las casas, que eran las mismas, parecían reconocerlo, y algunas casi le hablaban. No es poesía. El expostulante sentía la necesidad de ser conocido por las piedras, oírse admirar por ellas, contarles su vida, obligarlas a comparar el modesto de antes con el lucido de hoy, y escucharles las palabras mudas:

-¡Miren, hermanas, es él mismo!

Pasaba frente a ellas, las miraba, las interrogaba, casi reía con ellas, deseaba tocarlas para sacudirlas con fuerza:

-¡Hablen, diablos, hablen!

No confiaría a otro hombre aquel pasado; pero a las paredes mudas, las escalinatas viejas, las puertas agrietadas, los faroles amigos, si aun quedaban, a todo lo que fuese discreto, quería darle ojos, oídos y boca, una boca que sólo él oyese, y que proclamara la prosperidad del ex mendigante.

Una vez vio la Iglesia de San José abierta, y entró. Era la misma; aquí están los altares, aquí la soledad, aquí el silencio. Se persignó, pero no rezó; miraba a uno y otro lado, dirigiéndose al altar mayor. Tenía miedo de ver aparecer al sacristán, podía ser el mismo y reconocerlo. Oyó pasos, retrocedió apresuradamente, y salió.

Al subir por la calle de San José, arrimóse a la pared, para dejar pasar un carro. El carro subió a la acera, y él se refugió en un zaguán. El zaguán podía ser cualquiera, pero era el mismo en que hizo la operación al billete de dos mil reis de Natividad. Miró bien: era el mismo. Al fondo habla tres o cuatro escalones de la primera escalera que doblaba a la Izquierda y se unía a la grande. Sonrióse de la casualidad, revivió un instante aquella mañana, vio en el aire el billete de dos mil reis. Otros habían llegado a sus manos de manera igualmente fáciles; pero nunca olvidó aquella graciosa obra grabada con tantos símbolos, números, fechas y promesas, entregado por una señora desconocida, sabe Dios si por la misma Santa Rita de Casia. Esta era su devoción especial. Verdad que cambió el billete y lo gastó; pero sus partes dispersas no fueron sino a llevar a otros billetes una invitación para el bolsillo del dueño, y todos acudieron a montones, obedientes y silenciosos para que no se les oyera crecer.

Por más que mirara hacia atrás en la vida, no hallaba un obsequio igual del cielo o si se quiere del infierno. Si más tarde se le fueron los ojos tras de alguna joya, no se le fueron las manos. Había aprendido a respetar lo ajeno, o ganado con qué comprarlo. El billete de dos mil reis... Un día, atreviéndose a más, lo llamó presente de Nuestro Señor.

No, lector, no me sorprendes en contradicción. Ya sé que al principio, el hermano de las ánimas atribuía el billete al placer que la dama llevaría de alguna aventura. Todavía recuerdo sus palabras:

-¡Esas dos han visto el pajarito verde!

Pero si entonces atribuía el billete a la protección de la santa, no mentía, ni entonces, ni antes. Era difícil acertar con la verdad. La única verdad segura eran los dos mil reis. Ni aun puede decirse que fueran los mismos en ambas épocas. Antes, el billete de dos mil reis

equivalía por lo menos a veinte (recuerda los zapatos viejos del individuo), entonces no pasaba de una propina de cochero.

Tampoco hay contradicción en poner a la santa entonces y a la enamorada antes. Era más natural lo contrario, cuando mayor su intimidad con la iglesia. Pero lector de mis pecados, ya se amaba mucho en 1871, como se amaba en 1861, 1851 y 1841, no menos que en 1881, 1891 y 1901. El siglo dirá lo demás. Y luego es preciso no olvidar que la opinión del hermano de las ánimas acerca de Natividad, fue anterior a lo del zaguán, cuando se metió el billete en la faltriquera. Es dudoso que después de esto su opinión siguiese siendo la misma.

LXXV

Proverbio equivocado.

Una persona a quien leí confidencialmente el capítulo anterior, me escribe diciendo que la causa de todo fue la mulata del Castillo. Sin las dos predicciones grandiosas, la limosna de Natividad hubiera sido mínima o ninguna, y el ademán del zaguán no se hubiese producido por falta de billete. "La ocasión hace al ladrón" -termina mi correspondencia.

La consecuencia no está mal. Pero hay en ella un poco de injusticia u olvido, porque las razones del hecho del zaguán fueron todas piadosas. Además, el proverbio puede estar equivocado. Una de las afirmaciones de Ayres, a quien también le gustaba estudiar adagios, es la de que éste no era cierto.

-La ocasión no es la que hace al ladrón- decía; -el proverbio está equivocado. Su forma exacta debe ser esta: "La ocasión hace el robo; el ladrón nace hecho".

LXXVI

¡Quizá fuese la misma!

Nóbrega salió por fin del zaguán; pero se vio obligado a detenerse, porque una mujer le tendía la mano.

-¡Mi señor! ¡Una limosna por amor de Dios!

Nóbrega metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un níquel de dos que llevaba allí, uno de un tostón y el otro de dos. Tomó el primero; pero al ir a darlo cambió de idea; no dio el níquel; dijo a la vieja que esperase, y entróse más en el zaguán. De lado a la calle, introdujo la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un fajo de billetes; buscó y encontró uno de dos mil reis, no nuevo, sino viejo, tan viejo como la mendiga que lo recibió asombrada; pero ya tú sabes que el dinero no pierde con la vejez.

-Tome -murmuró Nóbrega.

Cuando la mendiga volvió de su asombro, Nóbrega acababa de volver a meterse el dinero en el bolsillo y trataba de salir. Lo que le dijo entonces la mendiga, salió empapado en lágrimas.

-¡Mi señor! ¡muchísimas gracias, mi señor! Dios se lo pague y la Virgen Santísima....

Y besaba el billete y quería besar la mano que le había dado la limosna; pero Nóbrega la escondió como en el Evangelio, murmurando que no, que se marchara. A decir verdad, las palabras de la mendiga tenían un sonido casi místico, una especie de melodía del cielo, un coro de ángeles, y hacía bien mirarle los ojos rodeados de arrugas, la mano trémula apretando el billete. Nóbrega no aguardó a que se fuese; salió, bajó a la calle, con las bendiciones de la vieja tras él, dobló la esquina con paso rápido, y siguió pensando no se sabe en qué.

Atravesó la plaza, pasó la catedral y la iglesia del Carmen, y llegó al Carceller, donde entregó las botas a un italiano para que se las lus-

trara. Mentalmente miraba para arriba o para abajo, para la derecha o para la izquierda -en todo caso allá á lo lejos, -y acabó murmurando esta frase, que tanto podía referirse a la plata como a la mendiga.

-¡Quizá fuera la misma!

Ningún obsequio, por ínfimo que sea, se olvida al beneficiado. Hay excepciones. También hay casos en que el recuerdo del obsequio aflige, persigue y punza, como los mosquitos; pero esa no es la regla. La regla es conservarlos en la memoria. como las joyas en sus estuches; comparación justa, porque el obsequio suele ser alguna joya que el obsequiado se olvidó de restituir.

LXXVII

Hospitalidad.

La familia Baptista fue alojada en casa de Santos. Natividad no pudo ir a bordo y su marido estaba ocupado en "lanzar una compañía"; enviaron recado con sus hijos, diciéndoles que en la casa de Botafogo tenían ya sus habitaciones preparadas. En cuanto echó a andar el carruaje, Baptista confesó que iba a estar incómodo algunos días.

-En una pensión hubiera sido mejor, hasta que desocupen la casa de San Clemente.

-¡Qué quieres! No ha habido más remedio que aceptar -exclamó la mujer.

Flora no dijo nada; pero sentía lo contrario que el padre y la madre. Pensar, no pensó; iba tan aturdida con el encuentro de los jóvenes, que las ideas no se ensartaban en la forma lógica del pensamiento. La misma sensación no era muy clara. Era una mezcla de algo opresivo y algo delicioso, turbio y claro, una felicidad truncada, una aflicción consoladora, y todo lo demás que puedas hallar en el capítulo de las contradicciones. Yo no le pongo nada más. Ni Flora misma sabría decir lo que sentía. Tuvo alucinaciones extraordinarias.

Ahora, lo que es preciso decir es que la idea de hospitalidad toca por entero a los dos jóvenes doctores. Que ambos eran ya doctores, aunque todavía no hubiesen iniciado la carrera de abogado ni de médico. Vivían del amor de la madre y del bolsillo del padre, inagotables ambos. El padre se hizo el sordo; pero los gemelos insistieron en esa atención, hasta el punto de que la madre, contenta al verlos de acuerdo, salió de su silencio y los apoyó. La idea de tener a la niña a su lado durante algunos días y descubrir cuál era el mejor acogido y el que la amaba de veras, puede que influyera también en la adopción del voto; pero no afirmo nada a ese respecto. Tampoco aseguro que tuviese gran

gusto en agasajar a la madre y al padre de Flora. No obstante, el encuentro fue cordial de una y otra parte. Aquello fue un abrazar, un besar, un preguntar, un cambiar caricias que no acababa nunca. Todos estaban más gruesos, con otro color, con otro aire. Flora era un encanto para Natividad y Perpetua; ninguna sabía dónde iría a parar joven tan señorial, tan esbelta, tan....

-No oigan lo demás -interrumpió la joven sonriendo; -yo tengo la misma opinión.

Santos los recibió por la tarde con la misma cordialidad, quizá menos visible; pero todo se disculpa a los que están metidos en grandes negocios.

-¡Una idea sublime! -dijo al padre de Flora. La que lancé hoy es de las mejores, y las acciones valen ya oro. Se trata de lanas, y comenzaremos por la cría de ovejas en los campos de Panamá. ¡Dentro de cinco años podremos vestir a América y Europa! ¿Ha visto usted el programa en los periódicos?

-No; no leo los periódicos de aquí desde que nos embarcamos.

-¡Pues ya lo verá!

Al día siguiente, antes de almorzar, mostró a su huésped el programa y los estatutos. Las acciones eran cantidades, y Santos iba diciendo el valor de cada una. Baptista sumaba mal, generalmente; aquella vez sumó peor. Pero los números crecían a simple vista, se trepaban unos sobre otros, llenaban el espacio desde el suelo hasta las ventanas, y se precipitaban sobre ellas abajo, con un rumor de oro que ensordecía. Baptista salió de allí fascinado, y fue a contárselo todo a su mujer.

LXXVIII

Visita al mariscal.

Cuando acabó, doña Claudia le preguntó con sencillez:

-¿Vas hoy a ver al mariscal?

Baptista, volviendo en sí, contestó:

-Naturalmente.

Habían convenido que iría a ver al presidente de la República, explicarle la comisión que había desempeñado, completamente reservada, pero sin embargo imparcial. Hablaría del espíritu de concordia con que marchó, y de la estimación que conquistó. En seguida hablaría de la conveniencia de un gobierno que, por la fortaleza y por la libertad superase al del generalísimo, y una frase final bien estudiada.

-Eso en la oportunidad –dijo Baptista.

-No, llevarla hecha es mejor. A mi me parece que esta es buena: "¡Crea vucencia que Dios está con los fuertes y los buenos!"

-Sí, no es mala.

-Puedes agregar un ademán señalando el cielo.

-Eso sí que no. Ya sabes que no me da por los ademanes. No soy actor. Yo, sin mover un pie, inspiro respeto.

Doña Claudia perdonó el ademán; no era esencial. Quiso que escribiese la frase, pero ya la sabía.

Baptista tenía buena memoria.

Aquel mismo día Baptista fue a ver al mariscal Floriano. No dijo nada a los de la casa; ya le contaría todo al regreso. Doña Claudia calló también: era por poco tiempo. Quedó esperando ansiosa. Esperó dos horas mortales, llegó hasta imaginar que hubieran encarcelado a su marido, por intrigas. No era devota, pero el miedo inspira devoción, y rezó para sí. Por fin llegó Baptista. Corrió a recibirlo alborozada, estrechóle la mano, y ambos se retiraron a su aposento. Perpetua (¡mi-

ra lo que son los testimonios personales en la historia!) , Perpetua exclamó enternecida:

-¡Parecen dos palomas!

Baptista contó que la recepción había sido mejor de lo que esperaba, aunque el mariscal no le dijese nada; lo había escuchado con interés. ¿La frase? La frase salió bien, apenas con una enmienda. No estando seguro de que el mariscal prefiriera los *buenos a los fuertes* o los *fuertes a los buenos*...

-Debían ser las dos palabras -interrumpió la mujer.

-Sí; pero se me ocurrió emplear una tercera: "¡Crea vucencia que Dios está con los dignos!"

Efectivamente, la última palabra podía abarcar las dos, y tenía la ventaja de dar a la frase un redondeo personal suyo.

-Pero el mariscal ¿qué dijo?

-No dijo nada; me escuchó con atención obsequiosa, y llegó hasta sonreír; una sonrisa leve, una sonrisa de acuerdo...

-O sería... ¡Quién sabe!... Tú no te has manejado bien. A mí me hubiera dicho algo. ¿Se lo expusiste todo como habíamos convenido?

-Todo.

-Las causas de la comisión, tu desempeño, nuestra moderación...

-Todo, Claudia.

-¿Y cómo fue el apretón de manos del mariscal?

-Al principio no me tendió la mano; hizo una inclinación de cabeza; pero yo tendí la mía, diciendo: "¡Siempre a las órdenes de vucencia!"

-¿Y él?

-Él me apretó la mano.

-¿Te la apretó bien?

-Ya comprendes que no podía ser un apretón de amigo; pero me parece que fue cordial.

-Y ¿no agregó alguna palabra? Un "páselo usted bien", por lo menos.

-No, ni era preciso; le hice una cortesía y salí.

Doña Claudia se quedó pensando. La recepción no le pareció mala, pero podía haber sido mejor.

Si ella hubiese ido, hubiera sido mucho mejor.

LXXIX

Fusión, difusión, confusión...

Más atrás hablé de las alucinaciones de Flora. Realmente eran extraordinarias.

En el camino, después del desembarco, aunque viera a los gemelos separados y solos, cada uno en su cupé, creyó que los oía hablar; primera parte de la alucinación. Segunda parte: las dos voces se confundían, tan iguales eran, y acabaron siendo una sola. Al fin la imaginación hizo de los dos jóvenes una persona única.

No creo que este fenómeno pueda ser común. Al contrario; no faltará quien no me crea absolutamente y suponga pura invención lo que es la purísima verdad. Ahora bueno es saber que durante la comisión del padre, Flora oyó más de una vez las dos voces que se fundían en una misma voz, en una misma criatura. En la casa de Botafogo se repetía el fenómeno. Cuando oía a los dos, sin verlos, la imaginación acababa la fusión del oído con la vista, y un solo hombre le decía palabras extraordinarias.

Todo esto no es menos extraordinario de acuerdo. Si yo consultase mi gusto, ni los dos muchachos formarían uno solo, ni la joven sería una sola doncella. Corregiría a la Naturaleza, duplicando a Flora. Como no puede ser así, consiento en la unificación de Pedro y Pablo. Y este efecto de visión se repetía junto a ellos, lo mismo que en la ausencia, cuando Flora olvidaba el lugar y soltaba las riendas a su imaginación. Al piano, en la conversación, de paseo por el jardín, a la mesa, tenía de esas repentinas y breves visiones, de las que ella misma se sonreía en un principio.

Si alguien quisiera explicar este fenómeno por la ley de la herencia, suponiendo que fuera la forma efectiva de la variación política de la madre de Flora, no hallaría apoyo en mí, y creo que en nadie. Son

cosas muy distintas. Ya conoces los motivos de doña Claudia; la hija tendría otros que no sabía ella misma. El único punto de semejanza es que, tanto en la madre como en la hija, el fenómeno era ya entonces más frecuente; pero, respecto a la primera, ocurría por el atropellamiento de los acontecimientos exteriores. Ninguna revolución se hace como el simple paso de una sala a otra; las mismas revoluciones llamadas de palacio producen alguna agitación que dura algún tiempo, hasta que el agua vuelve a su nivel. Doña Claudia cedía a la inquietud de los tiempos.

La hija obedecería a otra causa cualquiera, que no podía descubrirse entonces, ni siquiera entenderse. Era un espectáculo misterioso, vago, oscuro, en que las figuras visibles se hacían impalpables, lo doble único, una fusión, una confusión, una difusión...

LXXX**Transfusión, en fin.**

Una transfusión, todo lo que pudiera definir mejor, por la repetición y graduación de las formas y de los estados, aquel particular fenómeno, puedes emplearlo en el otro o en este capítulo.

Dicho fenómeno, preciso es decir también, que Flora, en un principio, le hallaba gracia. Miento: en los primeros tiempos, como estaba lejos, no le halló nada; después sintió una especie de susto o vértigo; pero en seguida que se acostumbró a pasar de dos a uno y de uno a dos, parecióle graciosa la alternativa, y hasta llegaba a evocarla con el propósito de divertir la vista. Al fin, ni aun esto era preciso, el cambio se hacía por sí mismo. Unas veces era más lento que otras, algunas instantáneo. No eran tan frecuentes que confinasen con el delirio. En fin, Flora se fue acostumbrando y deleitando.

Una que otra vez, en cama, antes de dormirse, se repetía el fenómeno, después de mucha resistencia por parte de la joven que no quería perder el sueño. Pero el sueño acudía, y el sueño completaba la vigilia. Flora paseábase entonces del brazo del mismo mancebo amado, Pablo si no Pedro, y ambos iban a admirar estrellas y montañas, o el mar que suspiraba o rugía, y las flores y las ruinas. No era raro que quedaran los dos a solas, ante un pedazo de cielo, iluminado por la luna o todo claveteado de estrellas como un paño azul oscuro. Supón que fuera en la ventana; de fuera llegaba la dulce cántiga de los vientos mansos; un gran espejo pendiente de la pared reproducía las figuras de ambos, confirmando las imaginaciones de Flora. Como era un sueño, la imaginación presentaba espectáculos desconocidos, tales y tantos que no podía creerse que para ellos bastase el espacio de una noche. Y bastaba. Y sobra. Sucedió que Flora se despertaba de repente, perdía el cuadro y la imagen, convencíase de que todo era ilu-

sión, y entonces rara vez volvía a dormirse. Si era temprano, se levantaba, andaba, se fatigaba, hasta dormirse de nuevo y soñar en otra cosa.

Otras veces la visión quedaba sin el sueño, y ante ella una sola figura esbelta, con la misma voz enamorada, el mismo ademán suplicante. Una noche yendo a echarle los brazos sobre los hombros, con el fin inconsciente de cruzar los dedos detrás del cuello, la realidad, aunque ausente, reclamó sus fueros, y el único joven se dividió en las dos personas semejantes.

La diferencia dio a las dos visiones de cuando despierta tal sello de fantasmagoría, que Flora tuvo miedo y pensó en el Diablo.

LXXXI

¡Ay, dos almas...

Vamos, Flora, ayúdame citando algo, verso o prosa, que exprese tu situación. Cita a Goethe, amiga mía, cita un verso del Fausto, adecuado a la circunstancia:

¡Ay, dos almas en mi seno moran!

La madre de los gemelos, la hermosa Natividad, podía haberlos citado también, antes que ellos nacieran, cuando los sentía luchando dentro de sí misma.

¡Ay, dos almas en mi seno moran!

En esto se parecen las dos; una los concibió otra los recogió. Ahora, cómo se hace o se hará la elección de Flora, ni el mismo Mefistófeles lo explicaría de un modo claro y preciso. El verso basta:

¡Ay, dos almas en mi seno moran!

Quizás aquel viejo Plácido que dejamos en las primeras páginas, deslindara éstas otras. Doctor en materias obscuras y complicadas, sabía muy bien el valor de los números, la significación de los gestos tanto visibles cuanto invisibles, la estadística de la eternidad, la divisibilidad de lo infinito. Ya había muerto hacia algunos años. Recordarás que, consultado por el padre de Pedro y Pablo, acerca de la hostilidad original de los gemelos, la explicó inmediatamente. Murió en su oficio; explicaba a tres nuevos discípulos la correspondencia de las letras vocales con los sentidos del hombre, cuando cayó de bruces y espiró.

Ya entonces los adversarios de Plácido -que los tenía hasta en su misma secta,- afirmaban que se había desviado de la doctrina, y que, naturalmente, se había enloquecido. Santos nunca se dejó llevar por esos divergentes de la causa común, que acabaron por formar otra iglesita en otro barrio, donde predicaban que la correspondencia exacta no era entre las vocales y los sentidos, sino entre los sentidos y las vocales. Esta otra fórmula, que pareció más clara, hizo que muchos discípulos de la primera hora acompañasen a los de la última, y que hoy proclamen, como conclusión final, que el hombre es un alfabeto de sensaciones.

Vencieron estos, y pocos quedaron fieles a la doctrina del viejo Plácido. Evocado algún tiempo después de su muerte, proclamó una vez más su fórmula como la única de las únicas y excomulgó a cuantos predicaran lo contrario. Pero los disidentes ya lo habían excomulgado también, declarando abominable su memoria, con ese odio rudo que suele fortalecer al hombre contra la debilidad de la compasión.

Puede que el viejo Plácido resolviera el problema en cinco minutos. Pero para eso era menester evocarlo, y el discípulo Santos estaba entonces ocupadísimo en unas liquidaciones finales y lucrativas. No sólo de fe vive el hombre, sino también de pan y sus compuestos y similares.

LXXXII

En San Clemente.

Al cabo de pocas semanas, la familia Baptista salió de la casa de Santos y volvió a la calle de San Clemente. La despedida fue tierna, las añoranzas comenzaron antes de la separación; pero el efecto, la costumbre, la estimación, la necesidad, en suma, de verse a menudo, compensaron la melancolía; y la familia Baptista llevó la promesa de que la familia Santos iría a verla a los pocos días.

Los gemelos cumplieron pronto la promesa. Uno de ellos, creo que Pablo, fue aquella misma noche, con recado de la madre, para saber si habían llegado bien. Dijéronle que sí, agregando Baptista para abreviar la visita, que estaban bastante cansados. Los ojos de Flora desmintieron esta afirmación; pero al rato estaban no menos tristes que alegres. La alegría venía de la prontitud de Pablo, la tristeza de la ausencia de Pedro. Quería naturalmente a ambos; pero que las dos sensaciones se mostraran a un tiempo, es lo que no entenderás ni bien ni mal. Los ojos se dirigían muchas veces a la puerta, y una vez pareció a la joven oír pasos en la escalera; ilusión. Pero estos gestos que Pablo no vio, tan contento estaba de haberse adelantado al hermano, no eran tales que la hicieran olvidar al gemelo presente.

Pablo salió tarde, no solo por aprovechar la ausencia de Pedro, sino también porque Flora lo hacía quedarse, con el objeto de ver si llegaba el otro. Así, la misma dualidad de sensación llenaba los ojos de la joven, hasta la hora de la despedida, en que la parte triste fue mayor que la alegre, porque eran dos ausencias en vez de una; deduce lo que quieras, señora mía. Flora se recogió a dormir, y reconoció que si no se duerme con una tristeza en el alma, mucho menos se duerme con dos.

LXXXIII

La gran noche

Hay muchos remedios contra el insomnio. El más vulgar es contar de uno hasta mil, dos mil, tres mil o más, si el insomnio no cede en seguida. Es un remedio que todavía no ha hecho dormir a nadie, a lo que parece, pero no importa. Hasta ahora, todas las aplicaciones eficaces contra la tisis van al par con la noción de que la tisis es incurable. Conviene que los hombres afirmen lo que no saben, y, oficiosamente, lo contrario de lo que saben. Así se forma esta otra incurable: la Esperanza.

Flora, incurable también, si no prefieres la definición de inexplicable que le dio Ayres, la graciosa Flora tuvo aquella noche un insomnio, pero fue en cierto modo, culpa suya. En vez de acostarse quietita y dormir con los ángeles, le pareció mejor velar con uno de ellos y pasarse una parte de la noche a la ventana o sentada, recordando y, pensando, cotejando y completando, envuelta en su batón de hilo, con los cabellos atados para dormir:

Al principio pensó en el que había estado y evocó todas sus gracias, realizadas por la virtud particular de haberla ido a ver por la noche, aunque la hubiese visto por la mañana. Sentíase agradecida. Toda la conversación fue repetida allí, en la soledad de la alcoba, con las diversas entonaciones, el vario asunto y las interrupciones frecuentes; ora de los demás, ora de ella misma. Ella, a decir verdad, solo interrumpía para pensar en el ausente, -y por lo tanto no hacía más que convertir el diálogo en monólogo, el que a su vez acababa en silencio y contemplación.

En aquellos momentos, pensando en Pablo, deseaba saber por qué no lo elegía para novio. Tenía una cualidad más, la nota aventurera del carácter, y este aspecto no la desagradaba. Inexplicable o no, dejá-

base llevar por los ímpetus del joven que quería cambiar el mundo y la época por otros más puros y felices. Aquella cabeza, apenas masculina, estaba destinada a variar la marcha del sol que andaba equivocado. La luna, también. La luna pedía un contacto más frecuente con los hombres, menos cuartos, y que el menguante no bajara de la mitad. Visible todas las noches sin que ello acarrease la decadencia de las estrellas, continuaría modestamente el oficio del sol y haría soñar los ojos insomnes o sencillamente fatigados de dormir. Todo esto realizaría el alma de Pablo sedienta de perfección. Sería un buen marido en suma; Flora cerró los párpados para verlo mejor y lo halló a sus pies estrechándole las manos risueño y estático.

-¡Pablo! ¡mi querido Pablo!

Se inclinó para verlo de más cerca y no perdió el tiempo ni la intención. Visto así era más bello que conversando sencillamente de cosas vulgares y pasajeras. Clavó los ojos en sus ojos y se halló dentro del alma del joven. Lo que allí vio no supo decirlo bien; fue todo tan nuevo y radiante que la retina de la joven no podía examinar nada con seguridad ni continuidad. Las ideas chisporroteaban cual si salieran de un brasero a fuerzas de abanicó; las sensaciones se batían en duelo; las reminiscencias asomaban frescas algunas añoranzas, especialmente ambiciones, unas ambiciones de largas alas, que hacían viento con solo agitarlas. Sobre toda esta mezcla y confusión llovía ternura, mucha ternura...

Flora acortó la mirada: Pablo seguía en la misma posición; pero junto a la puerta envuelto en la penumbra, la figura de Pedro aparecía, no menos bella, pero un tanto triste. Flora se sintió conmovida por aquella tristeza, Parece que, si amara exclusivamente al primero, el segundo podría llorar lágrimas de sangre sin merecerle la menor simpatía. Que el amor, como las ninfas antiguas y modernas, no tiene piedad. Cuando hay piedad para otro -dicen las ninfas,- es porque el amor no ha nacido realmente o porque ha muerto del todo, y así, al corazón no le importa vestir esa primera camisa del afecto. Disculpa la

figura; no es noble ni clara, pero la situación no me da tiempo para ir en busca de otra.

Pedro se aproximó a paso lento, arrodillóse también y le tomó las manos que Pablo estrechaba entre las suyas. Pablo se levantó y desapareció por la otra puerta. La habitación tenía dos. El lecho quedaba entre ambas. Quizá Pablo se fuese bramando de cólera; pero ella no oyó nada, tan dulcemente viva era la expresión de Pedro, ya sin melancolía, y con los ojos tan estáticos como los de su hermano. No eran tales que salieran como éste a correr aventuras. Tenían la quietud de quien no quiere más sol ni más luna que esos que andan por ahí, que se contenta con ambos y que los halla divinos, no se preocupa por cambiarlos por otros nuevos. Era el orden, si quieres, la estabilidad, el acuerdo con las cosas, no menos simpáticos al corazón de la joven, o porque daban la idea de la perpetua felicidad, o porque causaban la impresión de un alma capaz de resistir.

No por eso los ojos de Flora dejaron de penetrar los de Pedro, hasta llegar al alma del muchacho.

El motivo secreto de esta otra entrada podía ser el escrúpulo de comparar las dos para juzgarlas, si es que no era, solamente el deseo de no parecer menos curiosa de la una que de la otra. Ambas razones son buenas, pero quizá ninguna fuese la verdadera. El gusto de mirar los ojos de Pedro eran tan natural, que no exigía intención particular alguna, y bastaba mirarlos para deslizarse y caer dentro de alma enamorada. Era gemela de la otra; no vio ni más ni menos que en aquella.

Únicamente -y aquí toco el punto escabroso del capítulo,- encontré aquí algo indefinible que no había sentido allí; en compensación, sintió allí otra que no se la presentó acá. Indefinible, no lo olvides. Y escabroso, porque no hay nada peor, que hablar de sensaciones sin nombre. Créeme, amigo mío, y tú no menos amiga mía, créeme que preferiría contar los encajes del batón de la joven, los cabellos atados atrás, los hilos de la alfombra, las tablas del techo y hasta los parpadeos de la lamparilla que se iba apagando... Sería fastidioso, pero se entendería.

Sí, la lamparilla se iba muriendo, pero aun podía iluminar el regreso de Pablo. Cuando Flora lo vio entrar y arrodillarse otra vez junto a su Pedro y ambos se repartieron sus manos, tranquilos y sensatos, quedóse largo tiempo atónita. Aquello duró un credo, como decían los antiguos cuando había más religión que relojes. Volviendo en sí, retiró las manos, tendiéndolas después sobre la cabeza de ambos como para palpar la diferencia, el quid, el algo, lo indefinible. La lamparilla iba muriendo... Pedro y Pablo le hablaban por medio de exclamaciones, exhortaciones, súplicas, a las que ella contestaba mal y evasivamente, no por no entenderlos, sino por no agraviarlos o quizá por no saber qué cosa mejor podría decirles. La última hipótesis tiene el aspecto de ser la más probable. En todo caso, fue el prólogo de lo que sucedió cuando la lamparilla llegó a sus últimos estertores.

Todo se mezcla a media luz; y esta sería la causa de la fusión de los rostros que de dos que eran quedaron siendo uno solo. Como Flora no había visto salir a ninguno de los gemelos, no podía creer que formaran entonces una misma persona, pero acabó creyéndolo, sobre todo cuando esta única persona solitaria parecía completarla interiormente, mejor que cualquiera de las otras por separado. Era mucho hacer y deshacer, mudar y trasmudar. Pensó que se engañaba, pero no: era una sola persona, hecha de las dos y de ella misma, que sentía latir en ella el corazón. Estaba tan cansada de emociones que intentó levantarse y salir, pero no pudo; las piernas le parecían de plomo y pegadas al suelo. Así estuvo hasta que la lamparilla en el rincón murió del todo. Flora tuvo un sobresalto en el sillón y se levantó:

-¿Qué es esto?

La lamparilla se apagó. Fue a encenderla. Entonces vio que estaba sin el uno y sin el otro, sin dos, ni uno solo fundido con ambos. Toda la fantasmagoría se había desvanecido. La lamparilla, arreglada de nuevo, iluminaba su dormitorio y la imaginación lo había creado todo. Fue lo que Flora supuso y el lector sabe. Flora comprendió que era tarde y un gallo confirmó esta opinión cantando; otros gallos hicieron lo mismo.

-¡Ay Dios mío! -exclamó la hija de Baptista.

Metióse en cama, y no se durmió en seguida tampoco tardó mucho; pronto se halló con los ángeles. Soñó con el canto de los gallos, un carro; un lago, una escena de viaje por mar, un discurso y un artículo. El artículo era verdad. La madre fue a despertarla a las diez de la mañana, llamándola dormilona, y allí mismo, en la cama, le leyó un periódico del día que recomendaba su marido al gobierno. Flora la escuchó satisfecha; había terminado la gran noche.

LXXXIV

El viejo secreto

Natividad durmió tranquila, en Botafogo, pero se despertó pensando en sus hijos y en la joven de San Clemente, Había estado observando a los tres. Antes le había parecido que Flora no aceptaba ni al uno ni al otro, después le pareció que aceptaba a ambos, y por último que aceptaba alternativamente al los dos. Dedujo que aún no sentía nada particular y decisivo; naturalmente aguardaría, para que el tiempo le dijera cuál la merecería realmente. Pero ellos, por su parte, parecían sentir igual inclinación y los mismos celos. De ahí alguna posible catástrofe. La separación no lo suprimiría todo; pero, además de que, separadas las familias, no todo estaría presente a sus ojos, las visitas podían ser menos frecuentes, y hasta escasas. Eso era lo que quería.

Por otra parte, ya se acercaba la época de ir a Petrópolis; propiamente, había llegado ya. Natividad pensaba subir con sus hijos. Siempre habría, allá arriba, damas elegantes, diversiones, alegría. Podía ser que hasta encontrara novias, y bastaba una para uno de ellos. El que se quedara sin ella, tendría la libertad de casarse con Flora. Cálculos de madre; vinieron otros que los modificaron, y otros más que los restauraron. Quien sea madre, que tire la primera piedra.

Ninguna otra madre tiró la primera piedra a nuestra amiga. Quiero creer que la razón de esto no fue otra que la discreción de Natividad. Las sospechas y los cálculos se iban quedando en su corazón. Calló y esperó.

Flora gustaba cada vez más de Natividad. La quería como si fuese su madre, doblemente madre, puesto que todavía no había escogido a ninguno de sus hijos. La causa de esto podía ser que las dos índoles se armonizaban más que entre Flora y doña Claudia. En un principio sintió no sé qué envidia amiga, mas bien deseo, cuando veía que las

formas de la otra, aunque arruinadas por el tiempo, todavía conservaban alguna línea de la escultura antigua. Poco a poco fue descubriendo en sí misma, la iniciación de una belleza que debía ser larga y fina, y de una vida que podía ser grande...

Flora conocía la predicción de la mulata del Castillo, relativa a los gemelos. La predicción no era ya un secreto para nadie. Santos había hablado de ella, ocultando apenas la visita de Natividad al Castillo; corrigió la verdad, diciendo que la mulata había ido a Botafogo. El resto fue revelado en secreto, como al finado Plácido, y no sin previa lucha. Tres o cuatro veces embistió y retrocedió. Un día, la lengua dio siete vueltas en la boca, y el secreto salió temeroso y cuchicheado; pero después perdió el miedo, por el gusto de decir que los muchachos serían grandes. Por último, el secreto se fue olvidando. Pero Perpetua, no sé por qué razón lo contó a Flora que la escuchó incrédula. ¿Qué podía saber la mulata del futuro?

-Sí, sabía, y la prueba es que adivinó otras cosas que no puedo decir, pero que eran ciertas. No se imagina lo lejos que veía el diantre de la mulata. Y tenía unos ojos que taladraban el corazón.

-No creo, doña Perpetua. Jire usted que el futuro de las personas... Y grandes, ¿cómo?...

-Eso no lo dijo, por más que Natividad se lo preguntase; sólo dijo que serían grandes y que subirían mucho. Quizá lleguen a ser ministros de Estado.

Perpetua parecía haber comprado los ojos a la mulata. Introducía-los en los de su amiga, hasta el corazón, que aún no latía con fuerza ni apresurado, sino tan regularmente como de costumbre. Sin embargo, como no era imposible que los dos muchachos llegaran a las alturas de este mundo, Flora dejó de objetar y aceptó la predicción, sin otra palabra más que un gesto, -me parece, ¿sabes?- un gesto de la boca, dejando caer los extremos de los labios, alzando levemente los hombros, y mostrando las palmas de la mano, como quien dice.

-¡En fin! ¡puede ser!

Perpetua agregó que, con el cambio de régimen, era natural que Pablo llegase primero a la grandeza -y aquí aguzó los ojos. -Era de modo de sorprender los sentimientos de Flora, mostrándole la elevación de Pablo, pues bien podía ser que llegase a amar antes el destino que la persona. No descubrió nada. Flora siguió no dejándose leer. No atribuyas esto a cálculo, no era cálculo. Seriamente, no pensaba en nada respecto a eso.

LXXXV

Tres constituciones

-¿Crees, de veras, que llegaremos a ser grandes hombres?
-preguntó Pedro a Pablo antes de la caída del imperio.

-No sé. Tú puedes llegar a ser, cuando menos, primer ministro.

Después del 15 de Noviembre, Pablo devolvió su pregunta y Pedro contestó como su hermano, corrigiendo el resto.

-No sé. Tú puedes llegar a ser presidente de la república.

De esto hacía dos años. En este momento pensaban más en Flora que en subir. La buena moral exige que pongamos la cosa pública por arriba de las personas; pero en esto los jóvenes se parecían a los viejos y varones de otra edad, que muchas veces piensan más en sí mismos que en el resto. Hay excepciones, algunas nobles, otras nobilísimas. La historia conserva muchas de ellas, y, los poetas épicos o trágicos, están llenos de casos y ejemplos de abnegación.

Prácticamente sería exigir demasiado de Pedro y Pablo, pedirles que se preocupasen más de la constitución del 24 de Febrero que de la señorita Baptista. Pensaban en ambas, eso es la verdad, y la primera ya había dado lugar a algún cambio de palabras agrias. Si la constitución fuese persona viviente y se hallara junto a ellos, hubiera oído los juicios más contradictorios de este mundo, porque Pedro llegaba al extremo de considerarla un pozo de iniquidades y Pablo la misma Minerva nacida de la cabeza de Júpiter. Hablo metafóricamente para que no decaiga el estilo. A decir verdad, ellos empleaban palabras menos nobles y más enfáticas, y acababan cambiándose las primeras. En la calle, donde era común el encuentro de las manifestaciones políticas, y frecuentes las noticias pegadas a la puerta de los periódicos, todo resultaba motivo de debate.

Pero cuando la imagen de Flora aparecía entra ellos, evocada por la imaginación, el debate languidecía; pero las injurias continuaban y hasta crecían, sin confesarse el segundo motivo que era mayor que el primero.

Efectivamente, iban llegando al punto en que darían las dos constituciones, la republicana y la imperial, por el amor exclusivo de la joven, si se les exigiera tanto. Cada uno haría de ella su constitución, mejor que cualquier otra de este mundo.

LXXXVI

Antes que me olvide.

Tengo que decir una cosa, antes que me olvide. Ya sabes que los dos gemelos eran hermosos y que seguían siendo parecidos; por este lado no suponían tener motivo de envidia entre sí. Por el contrario, el uno y el otro hallaban en su persona algo que acentuaba, si no mejoraba, las gracias comunes. No era verdad; pero la verdad no es lo que triunfa: es la convicción. "Convéncete de una idea, y morirás por ella" -escribió Ayres por ese tiempo en su Memorial.- Y agregó: "no es otra grandeza de los sacrificios; pero si la verdad coincide con la convicción, entonces nace lo sublime, y tras él lo útil..." No terminó o no explicó esta frase.

LXXXVII

Entro Ayres y Flora.

Esa cita del viejo Ayres me hace recordar un punto en que él y la joven Flora divergían aún más que en la edad. Ya conté que la niña, antes de la comisión del padre, defendía a Pedro y a Pablo en cuanto hablaban mal uno o del otro. Naturalmente seguía haciendo lo mismo, pero el cambio de régimen trajo consigo oportunidad de defender a monárquicos y republicanos, según oía las opiniones de Pablo o de Pedro. Espíritu de conciliación o de justicia, aplacaba la ira o el desdén del interlocutor.

-No diga eso... También son patriotas... Hay que disculpar alguna exageración...

Eran sólo frases, sin arranque de pasión ni estímulo de principios; y el interlocutor acababa siempre por decir:

-¡Usted es muy buena!

Ahora bien, la costumbre de Ayres era lo opuesto de esa benigna contradicción. Recordarán que acostumbraba estar de acuerdo con el interlocutor, no por desdén hacia la persona, sino por no discutir ni disputar. Había observado que las convicciones, cuando son contrariadas, descomponen el rostro de la gente, y no quería ver así la cara de los demás, ni dar a la suya un aspecto abominable. Si ganara algo, vaya en gracia; pero, no ganando nada, prefería estar en paz con Dios y con los hombres. De ahí la adopción de ademanes y frases afirmativas, que dejaban a los partidos tranquilos y a él más tranquilo todavía.

Un día que estaba con Flora, habló de la costumbre de ésta, diciéndole que parecía estudiada. Flora negó que lo fuese; era su inclinación natural defender a los ausentes que no podían contestar; además, así aplacaba al gemelo con quien hablaba, y luego al otro.

-También estoy de acuerdo con eso.

-¿Y por qué ha de estar usted siempre de acuerdo? -preguntó sonriendo Flora.

-Puedo estar de acuerdo con usted, porque es una delicia seguir sus opiniones, y sería de mal gusto combatirlas; pero, a decir verdad, no hay cálculo en ello. Si concuerdo con los demás, es porque sólo dicen lo que pienso.

-Ya lo he sorprendido en contradicción.

-Puede ser. La vida y el mundo no son otra cosa. Usted no sabrá esto bien, porque es joven e ingenua, pero creo que la ventaja está completamente de su parte. La ingenuidad es el mejor libro, y la juventud la mejor escuela. Vaya usted disculpando esta pedantería; algunas veces es un mal necesario.

-No se acuse, consejero. Usted sabe que yo no creo nada contra su palabra, ni contra su persona; la misma contradicción que le hallo es agradable.

-También de acuerdo.

-Concuerta con todo.

-Mira, Flora; con su permiso, consejero.

Olvidóseme decir que esta conversación se mantenía a la puerta de una tienda de confecciones y modas de la calle do Ouvidor. Ayres iba en dirección a San Francisco de Paula, y vio a la madre y la hija sentadas eligiendo una tela. Entró, las saludó y salió a la puerta con la niña. El llamado de doña Claudia interrumpió unos instantes la conversación. Ayres quedóse mirando la calle, por la que subían y bajaban mujeres de todas las clases, hombres de todos los oficios, sin contar las personas paradas a ambos lados y al centro. No había gran estrépito, ni tranquilidad pura: un término medio.

Puede que algunas personas fueran conocidas de Ayres y lo saludasen, pero éste tenía el alma tan metida en sí misma, que si habló con una o dos fue todo lo más. De cuando en cuando volvía la cabeza hacia adentro, donde Flora y la madre hacían su consulta. Aun seguía oyendo las palabras cambiadas. Sentíase curioso de saber si la joven elegía, por fin, a uno de los gemelos, y cuál. Aún más: sentía ya pesar de que

uno no fuese, aunque no le importara saber si Pedro o Pablo. Quisiera verla feliz, si la felicidad es el matrimonio, y feliz al marido, a pesar de la exclusión; el excluido se consolaría. Ahora, si esto era por amor a ellos o a ella, cosa es que no puede decirse realmente con verdad. En el mejor de los casos, para levantar la punta del velo, sería preciso penetrar en su alma aun más profundamente de lo que penetraba él mismo. Allí se descubriría quizás, entre las ruinas del semi-celibato, una flor descolorida y tardía de paternidad, o mejor, de añoranza de ella.

Flora llevó de nuevo la rosa fresca y roja de la hora primera. Ya no hablaron de contradicción, sino de la calle, de la gente y del día. Ni una palabra acerca de Pedro o de Pablo.

LXXXVIII

No, no, no

En cualquier parte que estuvieran en aquel momento, podían hablar o no. La verdad es que si ninguno consentía en abandonar a la joven, ninguno, tampoco, creía obtenerla, aunque la hallasen inclinada a ellos. Ya habían convenido en que el rechazado aceptaría su suerte y dejaría el campo al vencedor. No llegando a la victoria no sabían cómo resolver la batalla. Esperar sería lo más fácil, si la pasión no creciera; pero la pasión crecía.

Quizá no fuera exactamente pasión si damos a esta palabra un sentido de violencia; pero sí la reconocemos como una fuerte inclinación de amor, un amor adolescente o poco más, era sin duda, el caso.

Pedro y Pablo cederían la mano de la niña si consultaran sólo la razón, y más de una vez estuvieron a punto de hacerlo; chispazo raro, que en seguida desaparecía. La ausencia era ya insufrible, la presencia necesaria. Si no fuese lo que aconteció y se contará por estas páginas arriba, habría motivo para no terminar más el libro; bastaría de ir que sí y que no, y lo que ambos pensaban y sentían, y lo que Flora sintió y pensó, hasta que el editor dijese: ¡basta! Sería un libro de moral y de verdad, pero la historia comenzada, quedaría sin conclusión. No, no, no... Fuerza es continuarla y acabarla. Comencemos, pues, por, decir lo que los gemelos convinieron entre sí, pocos días después de aquel sueño o delirio de la joven Flora, por la noche, en su cuarto.

LXXXIX

El dragón

Veamos lo que convinieron éstos. Acababan de estar con Ayres en el teatro, una noche, matando el tiempo. Ya conoces ese dragón; todo el mundo le ha dado los más terribles golpes, él patalea, espira y renace. Así sucedió aquella noche. No sé qué teatro fue, ni qué obra, ni qué género; sea lo que fuese, la cuestión era matar el tiempo, y los tres lo dejaron tendido en el suelo.

De allí fueron a un restaurant. Ayres les dijo, que antiguamente, siendo muchacho, terminaba la noche con otros amigos de la misma edad. Era en tiempos de Offenbach y de la opereta. Contó anécdotas, relató las piezas, describió las damas y los partidos, casi acabó repitiendo un trozo, música y letra. Pedro y Pablo escuchaban con atención; pero no sentían nada de lo que despertaba los ecos del alma del diplomático. Por el contrario, tenían ganas de reír. ¿Qué les importaba la noticia de un viejo café de la calle Uruguayana, convertido después en teatro, más tarde en nada, de una gente que vivió y brilló, pasó y acabó antes de que ellos llegaran al mundo? El mundo había comenzado veinte años antes de aquella noche, y no acabaría nunca, como eterno vivero de jóvenes que era.

Ayres sonrió, pues él también había pensado así a los veintidós años de edad, y todavía recordaba la sonrisa de su padre, viejo ya, cuando le dijo algo parecido a aquello. Más tarde, habiendo adquirido del tiempo la noción idealista que tenía, comprendió que el tal dragón estaba simultáneamente vivo o muerto, y que tanto daba alimentarlo como matarlo. No obstante, los recuerdos eran dulces, y muchos de ellos vivían todavía frescos, como si fuesen de la víspera.

La diferencia de la edad era grande, y no podía entrar en detalles con ellos. Quedó sólo en recuerdos, y se ocupó de otra cosa. Pedro y

Pablo, entre tanto, temerosos de que los adivinase y comprendiese el desprecio que les inspiraban las añoranzas de tiempos remotos y extraños, le pidieron informes, y él dió los que podía, sin intimidad.

Al fin y al cabo, la conversación valió más que este resumen, y la separación no costó poco. Pablo le pidió todavía que le hablase de Offenbach, Pedro una descripción de las fiestas del 7 de Septiembre y del 2 de Diciembre; pero el diplomático halló manera de saltar al presente y especialmente a Flora, a quien alabó como bellísima criatura, Los ojos de ambos convinieron en que era bellísima. También alabó sus cualidades morales, la finura de su espíritu, dotes que Pedro y Pablo reconocieron también, y de ahí partió la conversación, y por último, el convenio a que me referí en el principio de éste capítulo y que está pidiendo otro.

XC

El convenio

-Para mí, uno de ustedes está enamorado de ella, si no lo están ambos -dijo Ayres.

Pedro se mordió los labios; Pablo consultó el reloj; iban ya por la calle. Ayres dedujo lo que ya sabía, que sí, que ambos, y no vaciló en decirlo, agregando que la joven no era como la República, a quien uno podía defender y el otro atacar; había que conquistarla o perderla de una vez. ¿Qué harían cuando ella eligiera? ¿O ya había elegido y el postergado se empeñaba en inclinarla hacia él?

Ninguno habló en seguida, aunque los dos sintieron la necesidad de explicar algo. Consideraban que la elección no era clara o decisiva. Otro sí: que tenían el derecho de esperar la preferencia, y que harían lo imposible por obtenerla. Estas y otras ideas vagaban silenciosamente en su interior, sin exteriorizarse. La razón de esto se comprendía, y debía ser más de una: primero el asunto de la conversación, después la gravedad del interlocutor. Por más que Ayres abriese la puerta a la franqueza de los jóvenes, éstos eran jóvenes y él viejo. Pero el asunto en sí era tan seductor, el corazón, a, pesar de todo, tan indiscreto, que no hubo más remedio que hablar, pero hablar negando.

-No me lo nieguen -interrumpió Ayres, -la gente madura conoce las mafias de la gente moza, y adivina con facilidad lo que ésta hace. Ni siquiera es preciso adivinar; basta con ver y oír. Ustedes la quieren.

Ellos sonreían; pero ya con tal amargura y desaliento, que demostraban el disgusto de la rivalidad, ya conocida por ellos. Esta rivalidad era también sabida por otros; debía serlo por Flora, y la situación les parecía más complicada y cerrada que antes.

Habían llegado a la Carioca, y era la una de la noche. Una victoria de Santos aguardaba allí a los jóvenes, por consejo y orden de la ma-

dre, que buscaba todas las ocasiones y medios de hacerlos andar juntos y amigos. Empeñábase en corregir a la Naturaleza. Llevábalos muchas veces de paseo, al teatro, de visita. Aquella noche, al saber que iban al teatro, mandó preparar la victoria que los condujo a la ciudad y quedó esperándolos.

-Suba, consejero, cabemos perfectamente los tres -dijo Pedro, -yo iré en el asiento de enfrente.

Subieron y partieron.

-Bueno -continuó Ayres; -es verdad que ustedes la quieren; es verdad también que ella no ha elegido todavía entre los dos. Probablemente no sabe qué hacer. Un tercero resolvería la crisis, porque ustedes no tardarían en consolarse; también yo me consolé cuando joven. Como no hay tercero, y como no se puede prolongar esta situación, ¿por qué no combinan ustedes algo?

-¿Combinar qué? -preguntó Pedro sonriendo.

-Cualquier cosa. Combinen una manera de cortar este nudo gordiano. Siga cada uno su vocación. Usted, Pedro, intente primero desatarlo; si no puede, Pablo, tome usted la espada de Alejandro y déle un tajo. Todo queda hecho y derecho. Entonces el destino, que los aguarda con dos lindas criaturas, vendrá a traérselas de la mano a uno y a otro, y todo se compondrá en la tierra como en el cielo.

Ayres dijo otras cosas más, antes de bajar a la puerta de su casa. Ya abajo, aun les preguntó:

-¿Estamos de acuerdo?

Los dos contestaron afirmativamente con la cabeza, y cuando quedaron solos no dijeron nada. Que fueran pensando es natural, y probablemente el tiempo les pareció corto entre Cattete y Botafogo. Llegaron a su casa, subieron por la escalinata del jardín, hablaron de la temperatura, que Pedro hallaba deliciosa y Pablo abominable, aunque no lo dijeron así para no irritarse el uno al otro. La esperanza del convenio los conducía a la moderación relativa y pasajera. ¡Vivan los frutos que penden del día siguiente!

Allí estaba aguardándolos su habitación, una alhaja de arreglo y gracia, de comodidad y reposo. La madre era quien le daba los últimos toques todos los días; ella cuidaba de las flores que se colocaban en los búcaros de porcelana, y ella misma iba a sacarlas por la noche y ponerlas del lado de afuera de las ventanas, para que no las respirasen mientras dormían. Allí estaban sus bujías, junto a sus camas, en sus palmatorias de plata, una con el nombre de Pedro, otra con el de Pablo, grabados. Conchas hechas por sus manos, lazos atados por ella en las cortinas, y, por último, su retrato y el de su marido, colgados de la pared, entre ambas camas, en el mismo sitio en que estuvieron los de Luis XVI y Robespierre, comprados en la calle de la Carioca.

Junto a cada palmatoria encontraron un billetito de Natividad. He aquí lo que les decía:

"¿Alguno de ustedes quiere ir conmigo a misa mañana? Hace años que murió el abuelo, y Perpetua está indispuesta."

Natividad se había olvidado de hablarles antes, y bien podía ir sin ellos, especialmente yendo en carruaje; pero gustaba de tenerlos consigo.

Pedro y Pablo rieron de la invitación y de su forma, y uno de ellos propuso que, para dar gusto a la madre, fueran juntos a misa. La aceptación de la propuesta fue rápida; aquello no era ya armonía, era una especie de diálogo en la misma persona. El cielo parecía escribir el tratado de paz que ambos tendrían que firmar; o si lo prefieres, la Naturaleza corregía las índoles y los dos disputadores comenzaban a juntar el ser y el parecer. Tampoco juro esto; digo lo que se puede creer por el solo aspecto de las cosas.

Siguióse un gran silencio. Cada cual rumiaba el convenio y el modo de proponerlo. Por fin, de cama a cama dijeron lo que les parecía mejor, propusieron, discutieron, enmendaron y convinieron sin acta de escribano, simplemente por aceptación de palabra. Pocas palabras. Confesando que no podían estar seguros de la elección de Flora, acordaron aguardarla durante un plazo corto: tres meses. Hecha la elección, el rechazado se comprometía a no intentar nada más. Cuando tu-

viesen la seguridad final de la elección, el acuerdo sería fácil: uno no haría más que excluir al otro. No obstante, si al final del plazo no hubiera elección alguna, se adoptaría una postrer cláusula. La primera que se les ocurrió fue que ambos abandonaran el campo; pero no les sedujo. Pensaron en recurrir a la suerte, y que el designado por ella dejara el campo a su rival. Así pasó una hora de conversación, al cabo de la cual pensaron en dormir.

XCI

No sólo verdad se debe a las madres.

A las nueve de la mañana siguiente Natividad estaba pronta para ir a misa; ninguno de sus hijos se presentó.

-Parece que están durmiendo.

Y dos, tres, cuatro, cinco veces fue hasta la puerta del cuarto, a ver si oía ruido, como respuesta a su billete. Nada. Pensó que habrían vuelto tarde. No sospechó que durmieran sobre el convenio, ni de qué convenio se trataba. Siempre que lo hicieran en causa blanda, estaba bien. En fin, acabó poniéndose los guantes, bajó, subió al carruaje y se fue a la iglesia.

La misa era de cabo de año, como decía el billete. Costumbre antigua: el padre tenía su misa, la madre la suya, los hermanos y parientes otras. No olvidaba las fechas mortuorias como no olvidaba las natalicias, cualesquiera que fuesen, de amigas o parientas; las sabía todas de memoria. ¡Dulce memoria! Hay personas a quienes no ayudas, y que llegan a luchar consigo mismas y con los demás por tu abandono. ¡Felices los que proteges! esos saben lo que es el 24 de Marzo, el 10 de Agosto, el 2 de Abril, el 7 y 31 de Octubre, el 10 de Noviembre, el año entero, con sus tristezas y alegrías particulares.

Al volver a su casa Natividad vio a sus dos hijos en el jardín, aguardándola. Corrieron a abrir la portezuela del carruaje, y después de ayudarla a bajar y de besarle la mano, le explicaron su falta. Habían resuelto ir ambos, pero el sueño...

-El sueño y la pereza -terminó la madre sonriendo.

-Fue solamente el sueño -dijo Pedro.

-Nos acabamos de despertar -agregó Pablo.

Se disputaron por darle el brazo; Natividad los contentó dando un brazo a cada uno. Mientras se mudaba, Natividad reflexionó que si

Flora les hubiese hecho un pedido se hubieran despertado temprano, por tarde que se acostaran; la memoria les serviría de despertador. Invadióla una sombra rápida, pero en seguida se reconcilió con la diferencia. De modo que, no por celos, sino por acercarlos a otras seducciones y apartarlos de la guerra ante la linda Flora, la madre se empeñó en llevar a los hijos a Petrópolis. Subirían en la primera semana de Enero. La temporada iba a ser excelente; anunció fiestas, citó nombres, observóles que Petrópolis era la ciudad de la paz. El gobierno puede cambiar abajo y en las provincias...

-¡Qué Provincias, mamá? -interrumpió Pablo.

Natividad se sonrió y corrigió:

-En los Estados. Disculpa los descuidos de tu madre. Bien sé que son Estados; no son como las antiguas provincias, no esperan que el presidente les vaya de aquí, de la corte...

-¿Qué corte, baronesa?

Esta vez rieron los dos, madre e hijo.

-Petrópolis es la ciudad de la paz; y como decía hace poco el consejero Ayres, es la ciudad neutral, la ciudad de las naciones. Si la capital del Estado estuviese allí, no habría nunca deposición del gobierno; Petrópolis -observen que el nombre, a pesar de ese origen, ha quedado y quedará, - es de todo el mundo. Se dice que la temporada va a ser encantadora...

-Yo no sé si podré ir -dijo Pablo.

-Ni yo tampoco -agregó Pedro.

Una vez más estaban de acuerdo; pero aquí él acuerdo traía probablemente el divorcio -reflexionó la madre,- y el placer que sintiera se desvaneció en seguida. Preguntóles qué razón tenían para quedarse y hasta cuándo. Si estuvieran establecidos con su consultorio médico y su estudio de abogado, estaría bien; pero como ninguno había comenzado todavía su carrera, ¿qué iban a hacer abajo, cuando ella y su marido...?

-Precisamente yo tengo que hacer unos estudios de clínica en la Santa Casa -contestó Pedro.

Pablo se explicó; no iba a practicar, pero tenía que consultar unos documentos del siglo XVIII en la Biblioteca Nacional; pensaba escribir una historia de las tierras poseídas.

Nada era verdad; pero no se debe decir únicamente la verdad a las madres. Natividad exclamó que bien podían hacer todo aquello, yendo y

viniendo diariamente de Petrópolis; podían bajar, almorzar , trabajar, y a las cuatro volverse como los demás. Arriba tendrían visitas, música, bailes, mil cosas buenas, sin contar las mañanas, la agradable temperatura, los domingos... Ellos defendieron el estudio, diciendo que era más provechoso cuando se le dedicaban muchas horas.

Natividad no insistió. Esperaría ansiosa a que sus hijos acabasen con los documentos de la Biblioteca y la Clínica de la Santa Casa. Esta idea la hizo reflexionar en la necesidad de ver establecidos al joven médico y al joven abogado. Trabajarían con otros profesionales de reputación, e irían adelante y arriba. Puede que la carrera científica les diese la grandeza anunciada por la mulata del Castillo, y no la política ni otra cosa. En todo se podía brillar y ascender. Aquí se hizo una crítica a sí misma, de cuando imaginó que Baptista abriría la carrera política de alguno de ellos, sin advertir que el padre de Flora mal podría continuar la suya propia, oscura además. Pero la idea del mando volvía a ocupar la cabeza de la madre, y sus ojos se clavaban en los dos gemelos.

Arribaron a un acuerdo. Subirían los sábados y bajarían los lunes; lo mismo en días de fiesta y de gala. Natividad contaba con la costumbre y las diversiones.

En el vapor y en Petrópolis era asunto de conversación la diferencia entre los hijos, que sólo iban una vez por semana, y el padre, con tantos negocios encima, y que subía todas las tardes. ¿Qué hacían allá abajo, cuando algunos ojos podían atraerlos y cautivarlos allá arriba? Natividad defendía a los gemelos, diciendo que uno iba a la Santa Casa y otro a la Biblioteca Nacional, y que estudiaban mucho por la no-

che. La explicación era aceptable, pero, podía ser invención de los jóvenes; naturalmente, andaría detrás de las muchachas.

La verdad es que hacían ruido en Petrópolis, durante las pocas horas que pasaban allí. Además de lo otro, tenían la elegancia y la gracia. Las madres decían cosas amables a Natividad, e indagaban la verdadera razón que los detenía en Río, no así como yo lo digo, crudo y desnudo, sino con arte fino e insidioso, arte inútil, porque la madre insistía en la Biblioteca y la Santa Casa. De este modo, la mentira, ya servida de primera mano, era servida de segunda, y no por eso mejor aceptada.

XCII

Despertar de un secreto

¡En fin! ¿qué secreto hay que no se descubra? Sagacidad, buena voluntad, curiosidad -llámalo como quisieres,- hay una fuerza que echa afuera todo cuanto la gente trata de ocultar. Los mismos secretos se cansan de callar -callar o dormir;- quedémonos con este otro verbo, que sirve más a la imagen. Se cansan y cooperan a su modo a lo que llamamos indiscreción ajena.

En cuanto abre los ojos les incomoda la obscuridad. Un rayo de sol basta. Entonces piden a los dioses (porque los secretos son paganos) una nada de crepúsculo, aurora o tarde, aunque la aurora prometa el día mientras la tarde vuelve a caer en la noche; pero, aun de tarde, todo es respirar claridad. Porque los secretos, amiga mía, son también gente; nacen, viven y mueren. Ahora, lo que sucede cuando un rayo de sol penetra en su soledad, es que difícilmente vuelve a salir, y por lo general crece, estalla, desborda, y los saca afuera de una oreja. Fastidiados por la luz del día, al principio andan de oído en oído, cuchicheados, algunas veces escritos en billetes, aunque tan vagamente y sin nombres, que mal se puede adivinar quiénes sean. Es el período de la infancia, que pasa muy de prisa; la juventud salta por encima de la adolescencia, y aparecen fuertes y difundidos, más sabidos que periódicos. En fin, si la vejez llega y no se avergüenzan de los cabellos blancos, toman posesión del mundo, y consiguen, no digo ser olvidados, pero sí aburrir; entran en la familia del mismo sol que cuando nace, nace para todos, como decía un letrado de mi infancia.

¡Letreros de mi infancia, ay letreros! Quisiera acabar con ellos este capítulo, pero el asunto no tendría nobleza ni interés, e interrumpiríamos de nuevo nuestra historia. Quedemos en el secreto divulgado; eso basta. Una veranista elegante no disimuló su asombro al saber que los

hermanos coincidían en un punto que haría romper a los mejores amigos de la tierra. Un secretario de legación insinuó que podía ser juguete de los dos.

-O de los tres -agregó otro.

Iban de paseo a Quitandinha, a caballo. Ayres los acompañaba, pero no decía nada. Cuando le preguntaron si Flora era bonita, contestó que sí, y habló de la temperatura. La joven elegante le preguntó si sería capaz de soportar esa situación. Ayres respiró como quien llega de lejos, y declaró que a los pies de un sacerdote se vería obligado a mentir; tales eran sus pecados; pero allí, en el camino, al aire libre, entre señoras, confesó que había muerto a más de un rival. Que él recordase tenía siete muertes encima, con diversas armas. Las señoras reían; él hablaba gravemente. Sólo que una vez escapó de morir primero: e inventó una anécdota napolitana. Hizo la apología del puñal. Uno que tuvo hacía muchos años, el mejor acero del mundo, se vio obligado a darlo de regalo a un bandido amigo suyo, cuando le probó que la víspera había completado su vigésimo nono asesinato.

-Aquí tienes para el trigésimo -le dijo.

Pocos días después supo que el bandido, con aquel puñal había asesinado al esposo de una señora, y en seguida a la señora, a quien amaba sin esperanza.

-Lo dejé con treinta y un crímenes de primer orden.

Las damas seguían riendo y Ayres consiguió así desviar la conversación de Flora y sus enamorados.

XCIII

No ata ni desata.

Mientras averiguaban a su respecto en Petrópolis, la situación moral de Flora era la misma, el mismo conflicto de afinidades, el mismo equilibrio de preferencias. Cesado el conflicto, roto el equilibrio, la solución vendría inmediatamente, y por más que doliera a uno de los enamorados, el otro vencería, a menos que interviniese el puñal de la anécdota de Ayres.

Así pasaron algunas semanas desde el viaje de Natividad. Cuando Ayres iba a Río de Janeiro, no dejaba de ir a verla en San Clemente, donde la encontraba tal como era antes, salvo un poco de silencio en que la vio sumergida una vez. Al día siguiente recibió una carta de Flora, pidiéndole disculpa por la desatención, si la hubo, y enviándole recuerdos.

"Mamá me pide, también, que salude a usted, y a la familia de la baronesa."

Esta frase expresaba el consentimiento de la madre para que le escribiese la carta. Cuando volvió a Río, corrió a San Clemente, y Flora le recompensó con alegría el silencio de la otra mañana. Pero esa alegría no era espontánea ni constante; mostraba sus asomos de melancolía. Ayres volvió varias veces aquella misma semana. Flora se le aparecía con la alegría acostumbrada, y hacia el fin, la misma alteración de los últimos días.

Puede que la causa de aquellos síncope de la conversación fuese el viaje que el espíritu de la joven hacía a casa de la familia Santos. Una vez, el espíritu volvió para decir estas palabras al corazón.

-¿Quién eres tú, que no atas ni desatas? Mejor es que los dejes de una vez. No será difícil, porque el recuerdo del uno acabará con el del otro, y ambos irán a perderse con el viento que arrastra las hojas viejas

y nuevas, fuera de las partículas de las cosas, tan leves y pequeñas que escapan a los ojos humanos. Anda, olvídalos; si no los puedes olvidar, haz por no volver a verlos; el tiempo y la distancia harán el resto.

Todo estaba acabado. Bastaba sólo escribir en el corazón las palabras del espíritu, para que le sirviesen de recuerdo. Flora las escribió, con la mano trémula y la vista turbia; en cuanto acabó vio que las palabras no se combinaban, que las letras se confundían, iban muriendo, no todas, sino saltadas, hasta que el músculo las arrojó fuera. En el valor y en el ímpetu, el corazón podía compararse al gemelo Pablo; el espíritu, por su arte y sutileza, sería el gemelo Pedro. Esto es lo que encontró Flora al cabo de algún tiempo, y con ello explicó lo inexplicable.

A pesar de todo no alcanzaba a entender bien la situación, y resolvió acabar con ella o consigo misma. Todo aquel día fue inquieto y complicado. Flora pensó ir al teatro para que los gemelos no la encontrasen por la noche. Iría temprano, antes de la hora de la visita. La madre mandó comprar el palco, y el padre aprobó la diversión cuando fue a comer; pero la niña acabó con dolor de cabeza y el palco quedó perdido.

-Lo mandaré a los jóvenes Santos -dijo el padre.

Doña Claudia se opuso y guardó el palco. La madre tenía razón; aunque la apurase la elección y el casamiento, quería verlos allí, con ella, hablando, riendo, aunque fuese discutiendo, con los ojos pendientes de su hija. Baptista no entendió en seguida ni más tarde; pero para no disgustar a su esposa dejó de obsequiar a los muchachos. ¡Una ocasión tan buena! No era mucho para ellos que tenían con qué gastar, y gastaban; el obsequio consistía en el recuerdo, y también en la cartita que les hubiera escrito, enviándoles el palco. Llegó a redactarla de memoria, aunque ya fuera inútil. Su mujer, al verlo callado y serio, creyó que estuviese enfadado y quiso hacer las paces; el marido la apartó suavemente con la mano. Redactaba la carta, ponía en el texto un chiste sesudo, doblaba el papel, y le ponía este sobrescrito gemelo.

"A los jóvenes apóstoles Pedro y Pablo",

El trabajo intelectual hizo que resultase más dura la oposición de doña Claudia.

¡Una esquelita tan linda!...

XCIV

Gestos opuestos

¿Cómo puede un solo techo cubrir tan opuestos pensamientos? Así es también este cielo, claro o nebuloso, otro techo vastísimo que os cubre con el mismo celo que la gallina a sus pollitos... Ni se olvide tampoco el cráneo del hombre, que los cubre también, y no sólo diversos sino pospuestos.

Flora, en su cuarto, no pensaba entonces en billetes ni en palcos, tampoco recurrió al dolor de cabeza, que no sentía. Si hablo de él, es por tratarse de una razón próxima y aceptable, breve o larga, según las necesidades de la ocasión. No supongas que está rezando, aunque tenga allí un reclinatorio y un crucifijo. No pediría a Jesús que le libertase el alma de aquella desencontrada inclinación. A la orilla de la cama, con los ojos en el suelo, pensaba naturalmente en algo grave, si no era en nada, que esto también se apodera de los ojos y el pensamiento de una persona. Mordióse los labios sin rabia, puso la cabeza entre las manos, como si se quisiera arreglar los cabellos; pero los cabellos estaban y quedaron como antes.

Cuando se levantó era completamente de noche, y encendió una vela. No quería gas. Quería una claridad suave que diese poca vida al cuarto y a los muebles, que dejase algunas partes en la semiobscuridad. El espejo, si se acercara a él, no le repetiría la belleza de todos los días, con la vela colocada sobre una antigua papelera, a la distancia. Le mostraría la nota de palidez y de la melancolía, es verdad; pero nuestra amiguita no se sabía pálida ni se sentía melancólica. Tenía en la confusa tristeza de aquella ocasión, una puntita de abatimiento.

Como se combinaba todo esto no lo sé, ni ella tampoco. Por él contrario, Flora parecía, a veces, presa de un espanto, otras de una inquietud vaga, y si buscaba el reposo de una silla de hamaca, era para

abandonarla en seguida. Oyó dar las ocho. Al poco rato entrarían probablemente Pedro y Pablo. Pensó en ir a decir a la madre que no la mandase llamar, que iba a meterse en cama. Esta idea no duró ni lo que me cuesta escribirla, y eso que ya va en otra línea. Retrocedió a tiempo.

-Es un disparate -dijo para sí; -basta con que no me presente. Mamá dirá que estoy indispuesta, tanto que perdemos el teatro, y si viene le diré que no puedo presentarme....

Las últimas palabras salieron en alta voz, para afirmarse más en la resolución. Proyectó acostarse en seguida; después creyó mejor hacerlo cuando oyera los pasos de la madre en el corredor. Todas estas alternativas podían nacer de sí mismas; sin embargo, no es imposible que fuesen una manera de sacudir algunos recuerdos aborrecibles. La joven temía el irse tras ellos.

XCV

El Tercero.

¡Temiendo ir tras ellos, qué podía hacer Flora!, Abrió una de las ventanas de su cuarto que daba a la calle, recostóse en el antepecho, y dirigió los ojos hacia abajo y hacia arriba. Vio la noche sin estrellas, poca gente que pasaba, callada o conversando, algunas salas abiertas, con luces, una con piano. No vio cierta figura de hombre en la acera opuesta, parada, mirando hacia la casa de Baptista. Ni la vio ni la hubiera importado saber quien fuese. Pero la figura, en cuanto la vio se estremeció y ya no apartó los ojos de ella, ni los pies del suelo.

¡Recuerdas aquella veranista de Petrópolis que atribuyó a nuestra amiguita un tercer enamorado? "O de los tres" -dijo. Pues aquí está el tercero y todavía puede que aparezca otro. Este mundo es de los enamorados. De todo se puede prescindir en él; día vendrá en que se prescindirá hasta de los gobiernos; la anarquía se organizará por si misma, como en los primeros días del paraíso. En cuanto a la comida, ya vendrá de Boston o de Nueva York un procedimiento para que los hombres se alimenten con la simple respiración del aire. Pero los enamorados serán perpetuos.

Este era oficial de secretaría. Generalmente, los empleados de secretaría se casan temprano. Gouvea era soltero y andaba tras de las muchachas. Un domingo, en misa, notó a la hija del ex-presidente y salió de la iglesia tan apasionado, que no quiso otro ascenso. Muchas le habían gustado, había acompañado a algunas; esta la flechó de veras. Pensaba en ella día y noche. La calle de San Clemente era la que lo llevaba y traía de la repartición. Si la veía, la miraba mucho, deteníase a cierta distancia, a la puerta de una casa, o bien fingía seguir con los ojos un carruaje que pasara, y los sacaba del carruaje para ponerlos en la joven.

Cuando amanuense había hecho versos; una vez nombrado oficial perdió la costumbre, pero uno de los efectos de la pasión fue devolvér-sela. A solas, en casa de la madre, gastaba papel y tinta en metrificar la esperanza. Los versos chorreaban de la planta, la rima con ellos, y las estrofas iban siguiéndose, rectas y alineadas; como compañías de batallón: el título sería el coronel, el epígrafe la banda, puesto que regulaba la marcha de los pensamientos. ¿Bastaría esa fuerza para la conquista? Gouvea publicó algunos en los periódicos, con esta dedicatoria: "A una joven". Pero ni así se rendía la plaza.

Una vez se le puso en la cabeza enviar una declaración de amor. La pasión concibe disparates. Escribió dos cartas, sin el mismo estilo, al contrario. La primera era de poeta; la trataba de tu como en los versos, adjetivaba mucho, la llamaba diosa, aludiendo a su nombre de Flora, y citaba a Músset y a Casimiro de Abreu. La segunda fue un desquite del oficial sobre el amanuense. Le salió a modo de informe o de oficio, grave, respetuosa, con Excelencias. Comparando ambas cartas, no acabó de quedarse con ninguna. No fue sólo por el texto distinto y contrario, la falta de autorización fue principalmente lo que lo llevó a romper las cartas. Flora no le conocía; por lo menos rehuía conocerle. Los ojos de la niña, si se encontraban con los suyos, se apartaban al punto, indiferentes. Una sola vez creyó que revelaban la intención de perdonar. Que ese breve rayo de luz abriese las flores de la esperanza, (comienzo a hablar con la primera carta) era posible y hasta cierto; tan cierto que le hizo perder la hora de la repartición. Afortunadamente era un óptimo empleado; el director alargó el cuarto de hora de tolerancia, y creyó en el dolor de cabeza, causa de triste insomnio.

-No he podido dormir hasta la madrugada -terminó el oficial.

-Firme el libro de presencia.

No sé cuando, murió el padrino de Gouvea, y dejó a su ahijado, en el testamento, tres contos de reis. Cualquiera hallaría en esto un beneficio; Gouvea encontró dos: el legado, y la ocasión de trabar relaciones con el padre de Flora. Corrió a pedirle que aceptase la procuración de

la herencia, ajustando en seguida los honorarios y los gastos. Poco después fue a buscarle en su casa, y para que el abogado diese noticia del cliente a su familia, empleó muchos dichos sutiles y graciosos, contó anécdotas de su padrino, expuso conceptos filosóficos y un programa de marido. Describió también la situación administrativa; el ascenso inminente, las alabanzas recibidas, las comisiones y gratificaciones; todo lo que lo distinguía de sus compañeros. Además, nadie le quería mal en la repartición. Los mismos que se creían perjudicados, acababan por confesar que la preferencia dada a Gouvea era justa. No todo sería exacto; él lo creía así; por lo menos, y si no lo creía todo, no desmintió nada tampoco. Pero perdió tiempo y trabajo, Flora no supo la conversación.

Ni supo la conversación, ni se ocupó de la figura, como dije más arriba. Agregaré que comenzó a llover fino y a ventear fresco. Gouvea llevaba paraguas, e iba abrirlo, pero se arrepintió. Lo que pasó en su alma fue una lucha igual a la de las dos cartas. El oficial quería abrigarse de la lluvia, el amanuense recibirla, esto es, el poeta renacía contra la ítemperie, sin miedo a enfermedad, pronto a morir por su dama, como en tiempos de la andante caballería. El paraguas era ridículo; cuidarse del resfriado era desmentir la adoración. Tal fue la lucha y el desenlace; venció el amanuense, mientras la lluvia iba cayendo cada vez más gruesa, y la gente pasaba abrigada y de prisa. Flora entró y cerró la ventana. El amanuense aguardó un rato más, hasta que el oficial abrió el paraguas e hizo lo que todo el mundo. En su casa encontró el triste consuelo de la madre.

XCVI

Retraimiento.

Aquella noche acabó sin incidente. Fueron los gemelos, Flora no apareció, y al día siguiente dos esquelitas preguntaban a doña Claudia cómo estaba su hija. La madre contestó que bien. Sin embargo, Flora no los recibió con la acostumbrada alegría. Tenía algo que le hacía hablar poco. Pidiéronle música y tocó; fue bueno, porque era el medio mejor de ensimismarse. No contestó a los apretones de mano, como creyeron recordar que antes hacía. Así pasó aquella noche; así pasaron las demás. Ora el uno, ora el otro, trataba de llegar primero, creyendo que la presencia del rival era lo que cohibía a la joven; pero la precedencia no valía de nada.

XCVII

Un Cristo especial.

Todo esto costaba tanto a Flora, que acabó pidiendo a su Cristo un puesto de gobernador para el padre, o cualquier comisión fuera de allí. Jesucristo no distribuye los gobiernos de este mundo. El pueblo es quien los entrega al que los merece, por medio de boletas cerradas, metidas dentro de una urna de madera, contadas, abiertas, leídas, sumadas y multiplicadas. La comisión podía llegar, eso sí; la cuestión es saber si Jesucristo atiende a todos los que le piden la misma cosa. Los comisionados serían infinitamente más que las comisiones. Esta objeción fue inmediatamente desterrada del espíritu de Flora, porque ella pedía a su Cristo, uno de marfil viejo, herencia de su abuela, un Cristo que nunca le había negado nada, y al que los demás no iban a importunar con sus súplicas. La misma madre tenía el suyo particular, confidente de ambiciones, consuelo de desengaños; no recurría al de la hija. Tal era la ingenua fe de la joven.

Claro está que ya le había pedido que la libertase de aquella complicación de sentimientos que no acababan de ceder el uno al otro, de aquella fatigosa vacilación, de aquel tira y afloja de ambos lados. No fue escuchada. Quizá fuera por no haber dado al pedido la forma clara que le pongo aquí con escándalo del lector. Efectivamente. no era fácil pedir así, con palabras coherentes, habladas o sólo pensadas; Flora no formuló la súplica. Puso los ojos en la imagen y se olvidó de sí misma, para que la imagen leyese dentro de ella su deseo. Era demasiado: pedir el favor del cielo y obligarlo a adivinar, ¿para qué?... Así pensó Flora, y resolvió corregir el yerro. No llegó hasta allí; no se atrevió a decir a Jesús lo que no se decía a sí misma. Pensaba en ambos sin confesar a ninguno. Sentía la contradicción sin atreverse a encararla un rato.

XCVIII

El médico Ayres

Un día pareció a la madre que su hija estaba nerviosa. La interrogó, y sólo descubrió que Flora padecía de vértigos y desvanecimientos. Fue justamente un día que Ayres se le apareció de visita, con recados de Natividad. La madre habló primero, y le confió sus temores. Pidióle que la interrogara también. Ayres hizo de médico, y cuando la joven apareció y la madre los dejó en la sala, trató de interrogarla cuidadosamente.

Inútil esfuerzo, porque ella misma inició la conversación, quejándose de dolor de cabeza. Ayres observó que el dolor de cabeza es enfermedad de muchachas bonitas, y habiendo confesado que el dicho era trivial, le descubrió el motivo. No quería perder la oportunidad de decirle lo que todo el mundo sabía y decía, no sólo allí, sino también en Petrópolis.

-¡Por qué no va usted a Petrópolis? -agregó.

-Espero hacer otro viaje mucho más largo.

-¡Apostaría que al otro mundo!

-¡Acertó!

-¿Tiene ya pasaje?

-Lo compraré el día de embarcarme.

-Puede que no lo encuentre. Hay gran movimiento para esos puntos; mejor es tomarlo de antemano, y si usted quiere yo me encargo de eso: compraré otro para mí, e iremos juntos. Cuando no hay conocidos, la travesía debe ser fastidiosa -, a veces los mismos conocidos aburren, como sucede en este mundo. Lo agradable son los recuerdos de la vida. La gente de a bordo es vulgar, pero el comandante infunde confianza. No abre la boca, da sus órdenes por señas, y no consta que haya naufragado nunca.

-Se está burlando de mí... Pero yo creo hasta que tengo fiebre.

- Déjeme ver.

Flora presentó la muñeca; Ayres tomóle el pulso, y con aire profundo, exclamó:

-Sí que la tiene. Fiebre de cuarenta y siete grados. La mano está ardiendo, pero eso mismo prueba que no es nada, porque los viajes así se hacen con los manos frías. Ha de ser un resfriado, dígaselo a su mamá.

-Mamá no cura.

-Puede curar; tiene remedios caseros. En todo caso, háblele, y llamará al médico.

-El médico da tisanas, y a mí no me gustan las tisanas.

-Ni a mí, pero las tolero. ¿Por qué no ensaya la homeopatía que no tiene gusto como la alopatía?

-¿Cuál le parece la mejor?

-¿La mejor? ¡Sólo Dios es grande!

Flora sonrió con una pálida sonrisa, y el consejero advirtió en la niña algo que no era pasajera tristeza, ni pena infantil. Habló otra vez de Petrópolis, pero no insistió. Petrópolis era la agravación del momento actual.

-Petrópolis tiene el inconveniente de las lluvias -continuó. -Yo, en lugar suyo, saldría de esta casa y de esta calle; váyase a otro barrio, a alguna casa amiga, con la mamá o sin ella...

-¿Y adónde? -preguntó la niña ansiosa.

Y dejó de mirarlo, esperando.

No tenía casa amiga, a no la recordaba, y quería que el mismo Ayres designase alguna, donde quiera que fuese, y cuanto más lejos muchísimo mejor.

Eso es lo que el consejero leyó en sus ojos fijos.

Es mucho leer, pero los diplomáticos tienen el talento de saber todo lo que les dice un rostro callado... y hasta lo contrario.

Ayres era un excelente diplomático, a pesar de la aventura de Caracas, sí es que esta misma no le aguzó la vocación de descubrir y encubrir.

Toda la diplomacia está en estos dos verbos parientes.

XCIX

A título de aires nuevos.

-Voy a buscarle una buena casa -dijo Ayres al despedirse.

Desde que estaba en Petrópolis, Ayres no iba los jueves a Andarahy, a comer con su hermana, según había convenido y consta del capítulo XXXII. Esta vez fue, y cinco días más tarde Flora se mudaba a casa de doña Rita, a título de aires nuevos. Doña Rita no consintió en que doña Claudia le llevase la hija, sino que ella misma fue a buscarla a San Clemente, y Ayres acompañó a las tres.

La juventud de Flora en casa de doña Rita fue como una rosa nacida al pie de un viejo paredón. El paredón se rejuveneció. La simple flor, aunque pálida, alegró el revoque agrietado y las piedras descuajadas. Doña Rita vivía encantada; Flora pagaba las atenciones de la dueña de casa con tanta ingenuidad y gracia, que ésta acabó por decirle que la robaría al padre y a la madre, y este fue también motivo de risa para los dos.

"Me has hecho un lindo regalo con esta joven escribía doña Rita a su hermano; -es un alma nueva, y ha venido en buena ocasión, porque la mía está ya caduca. Es muy buena, conversa, toca y dibuja que da gusto; aquí ha hecho croquis de varias cosas, y yo salgo con ella, para enseñarle paisajes bonitos. A veces tiene la cara triste, mira vagamente y suspira; pero yo le pregunto si extraña San Clemente, ella sonrío y hace un gesto de indiferencia. No le hablo de los nervios, para no afligirla, pero creo que está mejor..."

Flora escribió también al consejero Ayres, y las dos cartas llegaron a la misma hora a Petrópolis. La de Flora era de un agradecimiento

grande y cordial, apenas mezclado con alguna palabra melancólica; así confirmaba la carta de la otra, aunque no la hubiese leído. Ayres las comparó, leyendo dos veces la de la joven, para ver si ocultaba más de lo que transparentaba el papel.

-No los traiciona; los olvida -pensó- Ayres;- y si en la vecindad hubiese alguien que piense en quererla, puede que acabe casándose.

Contestó a ambas la misma noche, diciéndoles que el jueves iría a almorzar con ellas. A doña Claudia le escribió también, mandándole la carta de su hermana, y fue a pasar la velada en casa de Natividad, a quien dio a leer las cinco cartas. Natividad lo aprobó todo. Observaba únicamente que sus hijos no le escribían, y que debían estar desesperados.

-La Santa Casa cura y la Biblioteca Nacional también -replicó Ayres.

El jueves, Ayres bajó y fue a almorzar a Andarahy. Las encontró como había leído en las cartas. Las interrogó separadamente, para oír de su boca las confesiones del papel; eran las mismas. Doña Rita parecía más encantada aún. Puede que la causa reciente de esto fuese la confianza que hizo la víspera a la joven. Como hablasen de cabellos, doña Rita refirió lo que también consta del capítulo XXXIII, es decir, que se había cortado los suyos para ponerlos en el ataúd de su marido, cuando lo llevaron a enterrar. Flora no la dejó acabar; le tomó las manos, y las apretó mucho.

-¡Ninguna otra viuda haría eso! -dijo.

Doña Rita le tomó a su vez las manos, las puso sobre sus hombros, y acabó el ademán con un abrazo. Todo el mundo alababa la abnegación del acto, pero Flora fue la primera que la consideró única. Y de ahí otro abrazo largo, más largo...

C

Dos cabezas

Tan largo fue el abrazo que tomó el resto del capítulo. Este comienzo sin él ni otro. El mismo apretón de manos de Ayres y Flora, aunque prolongado, acabó también. El almuerzo ocupó algún tiempo más que de costumbre, porque Ayres, además de brillante conversador, no se cansaba de oír a las dos, principalmente a la joven. Hallábale un asomo de languidez, abatimiento o cosa parecida, que no encuentro en su vocabulario.

Flora le mostró los dibujos que había hecho, -paisajes, figuras, un trozo del camino de Tijuca, una fuente antigua. un "Principio de casa". Era una de esas casas que alguien comenzó muchos años antes, y que nadie acabó, quedando sólo dos o tres paredes, ruinas sin historia. También había otros dibujos, una bandada de pájaros, un jarrón de flores a una ventana. Ayres iba hojeando, lleno de curiosidad y paciencia; la intención de la obra suplía la perfección, y la fidelidad debía ser aproximada. Por último, la joven ató los cordones del cartón. Ayres, creyendo que quedaba un dibujo postrero y escondido, le pidió que se lo mostrara.

-Es un esbozo; no vale la pena.

-Todo vale la pena; quiero seguir las tentativas de la artista; déjeme ver.

-No vale la pena...

Ayres insistió; Flora no podía negarse más, abrió el cartón, sacó un pedazo de papel grueso en que estaban dibujadas dos cabezas juntas e iguales. No tenían la perfección deseada por ella; pero no se necesitaba ponerlas nombre. Ayres examinó la obra, durante algunos minutos, y dos o tres veces alzó los ojos hacia la autora. La joven los esperaba, interrogante; quería oír las alabanzas o la crítica; pero no

oyó nada. Ayres acabó de observar las dos cabezas, y puso el dibujo entre los otros papeles.

-¿No le decía yo que era un esbozo? -preguntó Flora, por ver si le arrancaba alguna palabra.

Pero el exministro prefirió no decir nada. En vez de hallar casi extinguida la influencia de los gemelos iba a dar con ella convertida en consuelo de la ausencia, tan viva que bastaba la memoria, sin la presencia de los modelos. Las dos cabezas estaban ligadas por un vínculo oculto. Flora, viendo que continuaba el silencio del consejero, Comprendió quizás parte de lo que pasaba por su espíritu. Con un ademán rápido tomó el dibujo y se lo dio. No le dijo nada, y menos aun escribió palabra alguna. Cualquiera que fuese sería indiscreta. Además, aquel era el único dibujo que no había firmado. Se lo dio como si fuera una prenda de arrepentimiento. En seguida volvió a atar las cintas del cartón, mientras Ayres rasgaba silenciosamente el dibujo, y se metía los fragmentos en el bolsillo. Flora se quedó un instante parada con la boca entreabierta; pero luego le estrechó la mano, agradecida. No pudo evitar que se le cayesen dos lágrimas pequeñas, como otras tantas cintas que ataban para siempre el cartón del pasado.

-La imagen no es ni buena ni verdadera -fue la que se le ocurrió al consejero, caminando, al volver de Andarahy.

Llegó a escribirla en el Memorial, luego la tachó y escribió una reflexión menos definitiva:

"Quizá sea una lágrima para cada gemelo."

-Esto puede acabar con el tiempo -pensó, yendo a embarcarse en el vapor de Petrópolis. -De todos modos... ¡es un caso embrollado!

CI

El caso embrollado.

También los gemelos hallaban el caso embrollado. Cuando iban a San Clemente, tenían noticias de la joven, sin que les hablasen con certeza de su regreso. El tiempo pasaba; no tardarían mucho en consultar la suerte, como dos antiguos.

En rigor no contaban las semanas de intervalo, puesto que la elección no se hacía, y podían sacar de la consulta lo contrario de la inclinación de la joven. Reflexión justa, aunque interesada. Uno y otro sólo querían prolongar la batalla, esperando ganarla. Entre tanto, no se confiaban el uno al otro este pensamiento, gemelo como ellos. Ambos iban sintiéndose exclusivos, el afecto tenía ya su pudor y necesitaba callar. No hablaban de Flora.

Ni de otra cosa. Como la oposición crecía, recurrían al silencio. Se evitaban; si era posible no comían juntos; cuando lo hacían hablaban poco o nada. A veces conversaban, para quitar a los criados cualquier sospecha, pero no advertían que conversaban mal y forzosamente, y que los criados iban a comentar sus palabras y sus expresiones en la cocina. La satisfacción con que éstos se comunicaban sus observaciones y conclusiones, es de las pocas que dulcifican el servicio doméstico generalmente rudo. Pero no llegaban a deducir todo lo que los iba haciendo cada vez más aviesos, hasta el odio que crecía con la ausencia de la madre. Como bien sabes, en esto había algo más que Flora: sus personas inconciliables. Un día hubo grandes novedades en la cocina. Pedro, so pretexto de que sufría del calor más que Pablo, cambió de habitación y se fue a dormir mal en otra habitación no menos caliente que la primera.

CII

Las visiones buscan la penumbra.

Entre tanto, la linda joven no los sacaba de su misma alcoba, aunque realmente tratase de huirles. La memoria los conducía de la mano, entraban y se quedaban. Después se iban por sí mismos o empujados por ella. Cuando volvían era por sorpresa. Un día, Flora aprovechó su presencia para hacer un dibujo igual al que diera al consejero, pero más perfecto, mucho más acabado.

A veces se cansaba. Entonces salía de su cuarto e iba al piano. Ellos iban con ella, sentábanse a los lados o se quedaban en frente, de pie, y escuchaban con religiosa atención ora un nocturno, ora una tarantella. Flora tocaba a gusto de ambos, sin premeditación: sus dedos obedecían a la mecánica del alma. Para no verlos, inclinaba la cabeza sobre el teclado; pero permanecían en el campo visual, si es que su respiración no se hacía sentir en frente o a los lados. Tal era la sutileza de los sentidos de la joven.

Si cerraba el piano y bajaba al jardín, muchas veces los encontraba paseando, y la saludaban con tanta gracia que ella olvidaba un instante su impaciencia. Después, sin que lo ordenase, se marchaban. En los primeros tiempos Flora temía que la hubiesen abandonado del todo, y los llamaba en su interior. Ambos volvían en seguida, tan dóciles que acabó por convencerse de que la fuga no era fuga, ni le tenían desprecio, y acabó por no evocarlos más. Su desaparición era más rápida en el jardín, quizá por la extremada claridad del sitio.

Las visiones buscan la penumbra.

CIII

El cuarto.

Ya sé, ya sé y ya sé, que hay muchas visiones de esas en las páginas que van atrás. Ulises confiesa a Alcino que le es fastidioso volver a contar las mismas cosas. A mí también. Estoy, sin embargo, obligado a contarlas, porque sin ellas nuestra Flora sería menos Flora, sería otra persona que no he conocido. Conocí a ésta, con sus obsesiones o como quieras llamarlas.

No por eso, ni tampoco porque hubiese adquirido algún abati-miento y alguna nervosidad, dejaba Flora de embellecer mucho, de ponerse más linda y de tener más de un enamorado incógnito que suspiraba por ella. No faltaba quién la admirase al pasar, y por lo menos fuese a verla en el banco verde, a la puerta del jardín, junto a la hermana de Ayres. Puede que conociese a alguno, a Gouvea, por ejemplo; pero, a decir verdad, era como si no los viese.

Uno de ellos valía más que todos por el carruaje -tirado por una hermosa yunta, -capitalista del barrio. Su casa era un palacete, los muebles hechos en Europa, estilo imperio, adornos de Sevres y de plata, alfombras de Smirna, y un amplio dormitorio con dos lechos, uno de soltero, otro de casados. El segundo aguardaba a la esposa.

-La esposa ha de ser esta -pensó un día al ver a Flora.

Era maduro; tenía el rostro curtido por los vientos de la vida, a despecho de las muchas aguas de tocador; al cuerpo le faltaba aplomo, y las maneras no tenían gracia ni naturalidad. Era Nóbrega, aquel del billete de dos mil reis, billete fecundo que produjo muchos otros, más de dos mil contos de reis. Para los billetes presentes, el abuelo se perdía en la noche de los tiempos. Los tiempos eran ya claros, la mañana dulce y pura.

Cuando vio a la joven e hizo la reflexión que ahí queda, se extrañó de sí mismo. Había visto otras damas, y algunas con letreros en los ojos, diciéndole el vacío del corazón. Aquella era la primera que realmente se apoderó de su voluntad y le detuvo el pensamiento. Volvió a verla; la gente vecina notó casualmente la reciente frecuencia del capitalista. Por último, Nóbrega acabó por introducirse en casa de doña Rita con disgusto de sus comensales que se veían olvidados por el anfitrión. Pero Nóbrega dio las órdenes precisas para que todos fueran servidos y agasajados como si él estuviera presente.

La ausencia no le haría perder las alabanzas de los amigos. Por el contrario, los criados podían dar testimonio de lo que todos pensaban del "grande hombre" . Tal era el nombre que le había aplicado su secretario particular, y que le quedó. Nóbrega sabía poca ortografía, ninguna sintáxis, conocimientos útiles sin duda, pero que no valían lo que la moral, y la moral -decían todos, apoyando al secretario,- era su principal y mayor mérito. El fiel escribiente agregaba que si fuera necesario quitarse la camisa para darla a un mendigo, Nóbrega lo haría, aunque la camisa fuese bordada.

Y precisamente, este amor era, al fin y al cabo, un movimiento de caridad. Al poco tiempo, esa afición casual, pasó a convertirse en gran pasión, tan grande que Nóbrega no la pudo contener y resolvió confesarla. Vaciló entre hacerlo a la misma joven o a la dueña de casa. No se sentía con ánimo ni para lo uno ni para lo otro. Una carta lo supliría todo, pero las cartas exigen idioma, calor y respeto. Si, al menos, un gesto de Flora le dijera algo, aunque fuese poco, está bien; la carta sería entonces una respuesta. Pero el gesto de la joven no le decía absolutamente nada. Era sólo cortés y gracioso; no iba más allá de estas dos expresiones.

Doña Rita notó la inclinación de Nóbrega, y consideró que era la mejor solución de la vida para su huésped. Todas las incertidumbres, angustias y melancolías irían a acabar en los brazos de un ricacho, estimado, respetado, en un palacete y con un carruaje a sus órdenes... Ella misma ponía de relieve este premio gordo de la lotería de España.

En fin, el secretario de Nóbrega redactó, con el mejor lenguaje que poseía, una carta en que el capitalista pedía a doña Rita el favor de que consultase a la joven amada.

-No ponga palabritas dulces -recomendó Nóbrega al secretario.
-Quiero, a esa joven con un sentimiento de protección más que de otra cosa... No se trata de una carta de enamorado. Estilo grave...

-Una carta seca -dijo el secretario.

-¡Completamente seca, no! -enmendó Nóbrega. -Una carta amable, sin olvidar que ya no soy una criatura.

Así se hizo. Pero se hizo de más. Nóbrega halló que el estilo podía ser un tanto ameno; no quedaría mal poner dos o tres palabras apropiadas al objeto, "belleza, corazón, sentimiento..." Así se hizo por fin, y la carta fue llevada a su destino. Doña Rita se puso contentísima. Era precisamente lo que ella quería. Tenía el plan de terminar, por sus manos, una historia melancólica, a la que daría, por última página, una conclusión deslumbradora. No pensó en decírselo primero a su hermano, porque quería que recibiese la noticia completa, cuando ya todo estuviera hecho y derecho. Volvió a leer la carta; dispúsose a hablar en seguida con Flora; pero hay personas para quienes el adagio que dice que "lo mejor de la fiesta es esperarla", resume todo el placer de la vida. Doña Rita tenía esta opinión. Sin embargo, comprendió que cartas así no son de las que se guardan mucho tiempo, ni tampoco de las que se comunican sin cautela. Aguardó veinticuatro horas. A la mañana siguiente, después de almorzar; leyó la carta a la joven. Lo natural es que Flora se sorprendiese. Se sorprendió; pero no tardó en reír con una risa franca y sonora, como todavía no había reído en Andarhy. Doña Rita quedó sorprendidísima. Suponía que, no la persona, pero sí las ventajas y las circunstancias abogasen por el candidato. Olvidaba sus cabellos, sepultados en la tumba de su marido. Aconsejó a la joven, puso de relieve la posición del pretendiente, el presente y el futuro, la situación espléndida que le crearía ése casamiento, y por último, las cualidades morales de Nóbrega. La joven escuchó en silencio, y acabó riendo otra vez.

-¿Usted sabe si seré feliz? -preguntó.

-Yo creo que sí; el futuro lo confirmará o no.

-Esperemos, pues, que llegue el futuro, aunque me parece muy tardío. No niego las cualidades de ese hombre, parece bueno y me trata bien, pero yo no me quiero casar, doña Rita.

-Lo cierto es que la edad... Pero, por lo menos, ¿no lo pensaré algunos días?

-¡Ya está pensado!

Doña Rita esperó un día más. La respuesta negativa, en caso de que Flora cambiase de opinión, podía ser una desgracia para ésta. Usó los mismos términos que se dijo para sí, "gran desgracia, posición espléndida, sentimiento profundo". Doña Rita llegaba a los extremos, ante aquel rico hombre de los últimos años del siglo.

CIV

La respuesta.

No queriendo dar la respuesta cruda y desnuda, doña Rita consultó a la joven que le contestó sencillamente:

-Dígale usted que no pienso en casarme.

Cuando Nóbrega recibió las pocas líneas que le escribiera doña Rita, se quedó asombrado. No contaba con la negativa. Por el contrario, estaba tan cierto de la aceptación, que ya había hecho un programa de la boda. Se imaginaba a la joven con los ojos tímidos, la boca cerrada, el velo que le cubriría la linda carita, la delicadeza de él, las palabras que le diría al entrar en casa. Ya había compuesto una invocación a la Santísima Madre, para que los hiciese felices.

-Le daré carruaje -se decía, -joyas, muchas joyas, las mejores joyas del mundo.

Nóbrega no se formaba idea exacta del mundo; aquella era una manera de decir.

-He de darle todo, zapatitos de seda, medias de seda, que yo mismo le pondré...

Se estremecía imaginariamente al ponerle las medias. Le besaba los pies y las rodillas.

Había pensado que Flora, al leer la carta se quedaría tan asombrada y agradecida, que en los primeros instantes no podría contestar a doña Rita; pero luego las palabras le saldrían a borbotones del corazón. "Sí, señora, quería, aceptaba; no pensaba otra cosa". Luego, escribiría al padre y a la madre para pedirles permiso; estos acudirían corriendo, incrédulos, pero al ver la carta, al oír a la hija y a doña Rita, ya no dudarían de la verdad y darían su consentimiento. Puede que el padre fuese a llevárselo en persona.

Y nada, nada, absolutamente nada: una simple negativa, una negativa atrevida, porque al fin y al cabo, ¿quién era ella, a pesar de su belleza? y una criatura sin un cobre, modestamente vestida, sin alhajas -nunca le había visto aros en las orejas, ni dos perlititas siquiera. ¿Y para qué le abrirían las orejas, si no tenían aros que darle? Pensó que las niñas más pobres del mundo, se perforan las orejas para los aros que les puedan caer del cielo. Y viene esta, y rechaza los aros más ricos que el cielo iba a hacer llover sobre ella...

A la hora de comer, los amigos da la casa notaron que estaba preocupado. Por la noche él y el secretario salieron a pie. Nóbrega buscó el ademan más frío e indiferente que pudo encontrar, alegre casi, y anunció al secretario que Flora no quería casarse. No puede describirse la admiración del secretario, en seguida su consternación y por último su indignación. Nóbrega contestó:

-No lo ha hecho por mal; quizá sea por considerarse abajo, muy abajo de su fortuna. Crea usted que es una buena muchacha. Puede ser también -¿quien sabe?- que haya sido un mal consejo del corazón. Esa joven es enferma.

-¿Enferma?

-No lo afirmo; digo que puede ser.

El secretario afirmó:

-Sólo la enfermedad explicaría la ingratitud, porque el acto es de pura ingratitud.

Aquí volvió la nota de la indignación, nota sincera, como las demás. A Nóbrega le agradó oírla; era piedad. Al fin realizó la idea que llevaba al salir de casa: le aumentó el sueldo. Aquello podía ser el pago de la simpatía; el beneficiado fue aun más lejos: considero que era el precio del silencio, y nadie supo nada.

CV

La realidad.

La enfermedad dada como explicación a la negativa de casamiento, pasó a ser realidad a los pocos días. Flora se enfermó levemente; doña Rita, por no alarmar a los padres, la asistió con remedios caseros; después hizo llamar un médico, su médico, y la cara que éste puso no fue buena, más bien mala.

Doña Rita que acostumbraba leer la gravedad de sus enfermedades en el rostro del médico, y que siempre las hallaba gravísimas, avisó a los padres de la joven. Los padres acudieron en seguida. Natividad bajó también de Petrópolis, pero no en seguida; allá arriba temían que se produjera algún movimiento abajo. Fue a visitar a la jóven y a su ruego se quedó varios días.

-Solo usted me puede curar -la dijo Flora: -no creo en los remedios que me dan. Sus palabras si que son buenas, y sus caricias... Mamá también, y doña Rita, pero no sé, hay una diferencia, una cosa... Vea usted; hasta me parece que ya puedo reír...

-Bien, bien, ¡ría usted más!

Flora sonrió, pero con esa sonrisa pálida que aparece en los labios del enfermo cuando la enfermedad le consiente, o cuando fuerza la seriedad propia del dolor. Natividad trataba de animarla; hízola prometer que iría a convalecer en Petrópolis. La enfermedad comenzó a ceder. Doña Claudia aceptó el ofrecimiento de doña Rita, y se instaló allí. Natividad se iba por la noche a Botafogo, y, volvía por la mañana. Ayres bajaba de Petrópolis un día sí otro no.

Los gemelos iban también a preguntar por la enferma. Entonces, más que antes, sentían la fuerza del vínculo que los unía a la joven. Pedro, médico ya, aunque sin clientela, daba más autoridad a sus preguntas, deducía mejor de los síntomas, pero ambos tenían esperanzas y

temores. Algunas veces hablaban más alto de lo que imponían la costumbre y las conveniencias. La razón de esto, por egoísta que fuese, era perdonable. Supon que hablasen las tarjetas de visita; algunos, más impacientes, proclamarían sus nombres, para que luego se supiese su presencia, su cortesía y su ansiedad. Este cuidado, por parte de ambos, era inútil, porque Flora sabía de ellos, y recibía los recuerdos que le dejaban.

Flora iba pasando los días. Quería que Natividad estuviera siempre a su lado, por la razón que ya dio y por otra que no dijo, ni quizá supo, pero que podemos sospechar e imprimir. Allí estaba el bendito vientre que había llevado a los gemelos. Por instinto hallaba en ella algo de particular. En cuanto al influjo que ejercía en ella, por esa o por cualquier otra causa, Natividad no lo sabía; contentábase con ver que aun entonces y en semejante crisis, Flora no perdía la amistad que le tuviera. Pasaban las horas juntas, conversando, si no le hacía mal hablar, o sino la una con la mano de la otra entre las suyas. Cuando Flora se dormía, Natividad se quedaba contemplándola, con el rostro pálido, los ojos hundidos, las manos calientes, pero sin perder la gracia de los días de salud. Las otras entraban en el cuarto, de puntillas, estiraban el cuello para verla dormir.

Cuando pareció mejorar, Flora pidió un poco más de luz y de cielo. Abrióse una de las ventanas, y la enferma se llenó de vida y de sonrisas. No quiere decir esto que la fiebre se marchase del todo. Esa bruja lívida estaba en un rincón del aposento, con los ojos clavados en ella; pero, sea de cansada, sea por impuesta obligación, dormitaba a menudo y largamente. Entonces la enferma sólo sentía el calor del mal, que el médico graduaba en treinta y nueve o treinta y nueve y medio, después de consultar el termómetro. La Fiebre, al ver esto, reía sin ruido, se reía para sí.

CVI

¿Qué ambos?

Quedamos en el punto en que una de las ventanas del cuarto aumentó la dosis de la luz y de cielo que Flora pidió, a pesar de la fiebre, entonces poca. Lo demás que pasó valdría la pena de hacer un libro. No fue en seguida, en seguida, ocupó largas horas y algunos días. Hubo tiempo bastante para que entre la vida y Flora se hiciese la reconciliación o la despedida. Una y otra podían ser extensas; también podían ser cortas. Conocí un hombre que se enfermó viejo, si no de viejo, e invirtió en el rompimiento final un tiempo infinito. Pedía la muerte, pero en cuanto veía el rostro descarnado de la postrer amiga espiando por la puerta entreabierta, volvía el suyo para otro lado y canturreaba una canción de la infancia, para engañarla y vivir.

Flora no recurría a tales canciones, por otra parte tan próximas. Cuando veía el cielo y un poco de sol en la pared, deleitábase naturalmente, y una vez quiso dibujar pero no se lo consintieron. Si la muerte le espiaba de la puerta, sentía un calofrío, es verdad, y cerraba los ojos. Al abrirlos miraba la triste figura, sin huírle ni llamarla.

-Usted mañana se apronta, y de hoy en ocho días o antes, nos vamos a Petrópolis- dijo Natividad disimulando las lágrimas; -pero la voz hacía el oficio de los ojos.

-¿A Petrópolis? -suspirió la enferma.

-Allí tiene mucho que dibujar.

Eran las siete de la mañana. La víspera, cuando los gemelos salieron de allí, los temores de muerte aumentaban; pero no bastan los temores, es preciso que la realidad venga tras ellos: de ahí las esperanzas. Tampoco bastan las esperanzas: la realidad es siempre urgente. La madrugada llevó algún sosiego; a las siete, después de aquellas palabras de Natividad, Flora se pudo dormir.

Cuando Pedro y Pablo volvieron a Andarahy, la enferma estaba despierta, y el médico, sin dar grandes esperanzas, mandó hacer ciertas aplicaciones que declaró enérgicas. Todos tenían huellas de lágrimas. Por la noche Ayres apareció llevando la noticia de que había agitación en la ciudad.

-¿Qué es?

-No sé. Unos hablan de manifestaciones al mariscal Deodoro, otros de conspiración contra el mariscal Floriano. Algo hay.

Natividad pidió a sus hijos que no se metiesen en disturbios; ambos prometieron y lo cumplieron. Al ver el aspecto de algunas calles, grupos, patrullas, armas, dos ametralladoras, Itamaraty iluminado, tuvieron curiosidad de saber lo que hubo y lo que había; vaga sugestión que no dura dos minutos. Corrieron a meterse en casa y a dormir mal aquella noche. A la mañana siguiente los criados les llevaron los periódicos con las noticias de la víspera.

-¡Ha llegado algún recado de Andarahy! -preguntó uno.

-No, señor.

Sin embargo, trataron de leer en voz alta alguna cosa. No pudieron; estaban ansiosos por saber noticias de la noche. Aunque llevaran los periódicos consigo, no leían claro ni seguido. Vieron nombres de personas presas, un decreto, movimiento de gente y de tropas, todo tan confuso que fueron a dar a casa de doña Rita antes de entender lo que pasaba, Flora vivía aún.

-Mamá, usted está hoy más triste que estos días.

-¡No hables tanto, hija mía! -dijo doña Claudia. -Me pongo triste siempre que estás enferma. Ponte buena, y verás.

-¡Ponte, ponte buena! -agregó Natividad. -Yo, cuando muchacha, tuve una enfermedad igual que me postró dos semanas hasta que me levanté, cuando ya nadie lo esperaba

-¡Quiere decir que ya no esperan que me levante?

Natividad trató de reír ante aquella deducción tan rápida, con el fin de animarla. La enferma cerró los ojos, al rato volvió a abrirlos y pidió que viesen si tenía fiebre. La examinaron: tenía, tenía mucha.

-Abran toda la ventana.

-¡No sé si la hará bien! -exclamó doña Rita.

-Mal no le hará -dijo Natividad.

Y fue a abrir, no toda sino la mitad de la ventana. Flora, aunque ya muy caída, hizo un esfuerzo y se volvió hacia la luz. En esa posición se quedó; sus ojos, al principio vagos, comenzaron a pararse, hasta que quedaron fijos. Los criados entraban en la habitación despacio y sofocando los pasos, trayendo y llevando recados; afuera esperaban al médico.

-¡Cuánto tarda! ¡Ya debía estar aquí! -decía Baptista.

Pedro era médico, y se ofreció para ver a la enferma. Pablo, como no podría entrar también, observó que eso no le agradaría al médico de cabecera; además, Pedro no tenía práctica. Uno y otro querían asistir al fallecimiento de Flora, si tenía que suceder. La madre que los oyó, salió a la sala y al saber lo que era, contestó negativamente. No podían entrar; era mejor que fuesen a buscar al médico.

- ¿Quién era? -preguntó Flora al verla volver a su habitación.

-Son mis hijos que querían entrar ambos.

-¿Qué ambos? -preguntó Flora.

Estas palabras hicieron creer que comenzaba el delirio, si es que no acababa, porque, a la verdad, Flora no volvió a decir nada más. Natividad creía que era el delirio. Ayres, cuando le repitieron el diálogo, rechazó el delirio.

La muerte no tardó. Llegó más de prisa de lo que se temía entonces. Todas las mujeres y el padre acudieron a rodear el lecho, donde se precipitaban las señales de la agonía. Flora acabó como una de esas tardes rápidas, no tanto que no hagan ir sintiendo las añoranzas del día; acabó tan serenamente, que la expresión del rostro, cuando le cerraron los ojos, era menos de muerte que de estatua. Las ventanas, abiertas, dejaban entrar el sol y el cielo.

CVII

Estado de sitio

No hay nunca novedad en los entierros. Aquel tuvo la peculiaridad de recorrer las calles en estado de sitio. Pensándolo bien, la muerte no es otra cosa que una cesación de la libertad de vivir -cesación perpetua,- mientras que el decreto de aquel día valió sólo por 72 horas.

Al cabo de 72 horas, todas las libertades iban a ser restablecidas, menos la de revivir. El que murió, murió.

Era el caso de Flora, Pero ¿qué crimen habría cometido aquella joven, además del de vivir, y quizás el de amar, no se sabe a quién, pero amar?

Perdona estas obscuras preguntas, que no se combinan, antes bien se contrarían. Su motivo es que no recuerdo esta muerte sin pena, y aun tengo aquel entierro ante los ojos...

CVIII

Viejas ceremonias

Aquí va a salir el ataúd. Todos se quitan el sombrero en cuanto asoma a la puerta. La gente que pasa se detiene. A las ventanas se asoma la vecindad, en algunas se amontona, porque las familias son mayores que el sitio; a las puertas, los criados. Todos los ojos examinan a los que toman las manijas del cajón, Baptista, Santos, Ayres, Pedro, Pablo, Nóbrega.

Este, aunque ya no frecuentaba la casa, enviaba a saber de la enferma y fue invitado a cargar el precioso cuerpo. En el carruaje, en que llevaba secretario, y que era tirado por la yunta más hermosa del cortejo, casi única, decía Nóbrega:

-¿No le dije yo que estaba enferma? Estaba muy enferma.

-Mucho -contestó el secretario.

No llegó al extremo de decir que se alegró con la muerte de Flora, sólo por haberle hecho acertar en la noticia de la enfermedad cuando estaba completamente buena. Pero que nadie fuera su marido fue para él una especie de consuelo. Hubo más: suponiendo que lo hubiera aceptado y se casaran, pensaba en el espléndido entierro que le haría. Dibujaba en la imaginación el coche fúnebre, el más rico de todos, los caballos y sus plumas negras, el ataúd, una infinidad de cosas que, a fuerza de pensar, consideraba hechas... Después, la tumba: mármol, letras de oro... El secretario, para arrancarlo a su tristeza hablaba de las cosas de la calle:

-¡Recuerda su excelencia la fuente que había aquí el año pasado?

-No -refunfuñaba Nóbrega.

Una vez más: no hay novedad en los entierros. De ahí el problema fastidioso de los sepultureros, al abrir y cerrar tumbas todos los días. No cantan como los de *Stanlet*, que templan las tristezas del oficio

con los cantares del mismo oficio. Llevan el cajón de la cal y la cuchara para los invitados, y para ellos las palas con que echan la tierra en la fosa. El padre y algunos amigos quedaron junto a la tumba de Flora, viendo caer la tierra, primero con golpe sordo, después con lentitud fatigosa, por más que los pobres hombres se apresuren. Por fin, cayó toda la tierra, y pusieron sobre ella las coronas de los padres y de los amigos: *A nuestra querida hija. A nuestra santa amiguita Flora, su triste amiga Natividad. A Flora, un viejo amigo*, etc. Hecho esto, fueron saliendo; el padre, entre Ayres y Santos que le dieron el brazo, tambaleaba. En el portal tomaron los coches y partieron. No notaron la falta de Pedro y Pablo que quedaban junto a la tumba.

CIX

Ante la tumba.

Ninguno de ellos contó el tiempo pasado en aquel sitio. Sólo saben que fue de silencio, de contemplación y de pena. No lo digo, por no avergonzarlos ahora, pero es posible que también llorasen. Tenían un pañuelo en la mano y se enjugaron los ojos; después, con los brazos caídos, y las manos teniendo el sombrero, fingían mirar las flores que cubrían la sepultura, pero en realidad miraban la criatura que estaba debajo.

Por fin arrancáronse de allí y se despidieron de la muerta, quién sabe con qué palabras, ni si eran las mismas; el sentido sí, sería igual. Como se hallaban uno frente al otro, ocurrióseles darse un apretón de manos por encima de la tumba. Era una promesa, un juramento. Reuniéronse y fueron bajando, callados. Antes de llegar a la puerta tradujeron a palabras el ademán hecho sobre la tumba. Juráronse conciliación perpetua.

-¡Ella nos separó -dijo Pedro; -ahora que desapareció, que nos una!

Pablo convino con un movimiento de cabeza.

-¡Quizá muriera para eso mismo! -agregó.

En seguida se abrazaron. Ni el ademán ni las palabras tenían énfasis o afectaciones; eran sencillos y sinceros. La sombra de Flora los vió seguramente, oyó e inscribió aquella promesa de reconciliación en las tablas de la eternidad. Ambos, por un impulso común, volvieron los ojos para ver una vez más la tumba de Flora, pero la tumba quedaba lejos y oculta por grandes sepulcros, cruces, columnas, un mundo entero de gente que pasó casi olvidada ya. El cementerio tenía un aire medio alegre, con todas aquellas guirnaldas de flores, bajo-relieves, bustos, y el color blanco de los mármoles y la cal. Comparado con la

tumba reciente, parecía un renacimiento de vida, descuidada en un rincón de la ciudad.

Costóles salir del cementerio. No suponían estar tan ligados a la muerta. Ambos oían la misma voz, con igual dulzura y palabras especiales. Habían llegado a la puerta y el carruaje se acercó a tomarlos. La cara del cochero estaba radiante.

No se explica esta expresión del cochero, a no ser que, inquieto por la tardanza, no creyendo que sus clientes permanecieran tanto tiempo junto a la tumba, comenzara a temer que hubiesen aceptado la invitación de algún amigo, y regresado a su casa. Ya había resuelto no esperar sino algunos minutos más, y marcharse; pero, ¿y la propina? La propina fue doble, como el dolor y el amor; digamos gemela.

CX

Que vuela.

Así como el carruaje volvió volando del cementerio, así también volará este capítulo, destinado a decir, primero, que la madre de los gemelos consiguió llevárselos a Petrópolis. Ya no se excusaron con la clínica de la Santa Casa, ni con los documentos de la Biblioteca Nacional. Clínica y documentos descansaban ya en la sepultura número... No pongo el número para que, si algún curioso llega a hallar este libro en la susodicha Biblioteca, se dé el trabajo de investigar y completar el texto. Basta con el nombre de la muerta, que ya queda dicho y repetido.

Vuela este capítulo como el tren de Maná, tierra arriba, hasta la ciudad del reposo, el lujo y la galantería. Natividad va con sus hijos, y Ayres con los tres. Por la noche, al volver éste a casa del barón, pudo ver los efectos de la paz jurada, la conciliación final. No sabía nada del pacto de los jóvenes. Ni el padre ni la madre sabían nada tampoco. Fue un secreto guardado en el silencio y el deseo sincero de honrar a una criatura que los había unido, muriendo.

Natividad vivía enamorada de sus hijos. Los llevaba a todas partes, los guardaba para sí, a fin de saborearlos más deliciosamente, de probarlos con hechos, de cooperar en la obra correctiva del tiempo. Las noticias y rumores de Río de Janeiro eran tema de conversación en las casas a que iban, sin invitarlos a salir de su abstención voluntaria. Las diversiones los envolvían poco a poco; algún paseo a caballo o en carruaje, y otras distracciones, los mantenían unidos.

Así llegaron al tiempo en que la familia Santos bajó, aunque contra el deseo de Natividad. Esta temía que, cerca del gobierno, la discordia política acabase con la reciente armonía de los hijos, pero no podía quedarse. Los demás iban bajando, Santos quería volver a sus

costumbres y dio algunas buenas razones, que Natividad oyó después al mismo Ayres. Podía ser una coincidencia de ideas, pero si eran buenas debían ser aceptadas.

Natividad confiaba al tiempo el perfeccionamiento de la obra. Creía en el tiempo. Yo, cuando niño, siempre lo ví pintado como un viejo de barba blanca y guadaña en la mano, que metía miedo. En cuanto a tí, amigo mío o amiga mía, según el sexo de la persona que me lee, si no son dos y ambos sexos -una pareja de novios, v. g., - curiosos de saber cómo podían Pedro y Pablo estar en el mismo Credo... No hablemos de ese misterio. Conténtate con saber que tenían en la mente cumplir el juramento de aquel lugar y ocasión.

El tiempo trajo el fin de la temporada, como en otros años, y Petrópolis abandonó a Petrópolis.

CXI

Un resumen de esperanzas.

"Cuando uno no quiere, dos no pelean", tal es el viejo proverbio que oí en mi infancia, la edad mejor para oír proverbios. En la edad madura, ya deben formar parte del equipaje de la vida, frutos de la experiencia antigua y común. Yo creía en éste; pero no fue él quien me inspiró la resolución de no pelear nunca. Le di crédito porque lo hallé en mí. Aunque no existiera hubiera sido lo mismo. En cuanto a la manera de no querer, no respondo, ni la sé. Nadie me importunaba; todos los temperamentos armonizaban conmigo; pocas divergencias tuve, y sólo perdí una o dos amistades, y no tan pacíficamente que los amigos perdidos no dejaron de sacarme el sombrero. Uno de ellos me pidió perdón en su testamento.

En el caso de los gemelos, ninguno de ambos quería; parecíales oír una voz de fuera y de lo alto, que les pedía constantemente paz. Fuerza mayor, por lo tanto, y cambio de fórmula "Si ninguno quiere, ninguno pelea"

Naturalmente los actos del gobierno eran aprobados y desaprobados, pero la certidumbre de que podían encender nuevamente sus odios, hacía que opiniones de Pedro y de Pablo quedaran entre sus amigos personales. No pensaban nada en presencia uno de otro. Las divergencias de teatro o de calle, eran sofocadas en seguida, por mucho que les doliera el silencio. No le dolería tanto a Pedro como a Pablo, pero siempre algún padecer era. Cambiando de pensamiento se olvidaban de todo, y la risa de la madre era la paga de ambos.

La diferente carrera iba a separarlos pronto, aunque la residencia común los mantuviere unidos. Todo se podía combinar; los intereses de la profesión servirían para el objeto, las relaciones personales también, y por fin el hábito, que sirve de mucho. Voy resumiendo aquí,

como puedo, las esperanzas de Natividad. Otras había, que llamaré conyugales: pero los jóvenes no parecían inclinados a ellas, y si alguien auscultara el corazón de la madre, sentiría ya celos anticipados de las nueras...

CXII

El primer mes.

La víspera del día en que cumplió el primer mes de la muerte de Flora, Pedro tuvo una idea que no comunicó a su hermano. No hubiera perdido nada comunicándosela, porque Pablo tuvo la misma idea y también la calló. De ella nace este capítulo.

Con el pretexto de ir a visitar un enfermo, Pedro salió de casa antes de las siete. Pablo saltó poco después; sin pretexto alguno. Pía lectora, ya adivinas que ambos fueron al cementerio; lo que no adivinas ni es fácil adivinar, es que cada uno llevaba una corona. No digo que fueren de las mismas flores, no sólo para respetar la verdad, sino también para alejar toda idea intencional de simetría en la casualidad y la acción. Una era de miosotis, la otra creo que de siemprevivas. Cual fuere la de uno y cual la de otro no se sabe, ni interesa a la narración. Ninguna llevaba tarjeta.

Cuando Pablo llegó al cementerio y vio de lejos a su hermano, tuvo la sensación de una persona robada. Creía ser el único y era el último. Pero la presunción de que Pedro no había llevado nada, ni una hoja siquiera, lo consoló de la anticipación de la visita. Esperó algunos instantes; advirtiéndole que podía ser visto, apartóse del camino y se metió entre las sepulturas, hasta ir a colocarse atrás de aquella. Allí esperó cerca de un cuarto de hora. Pedro no quería arrancarse de allí; parecía hablar y escuchar. Por fin se despidió y se fue.

Pablo, lentamente, se encaminó a la sepultura. Al depositar la corona, vio otra recién puesta, y comprendiendo que era del hermano, tuvo un ímpetu de correr tras él y pedirle cuentas del recuerdo y la visita. No se lo tomes a mal; el ímpetu pasó inmediatamente. Lo que hizo fue colocar la corona que llevaba del lado correspondiente a los

pies de la muerta, para no Hermanarla con la otra que estaba en el lado de la cabeza.

No vio, no adivinó siquiera que Pedro, naturalmente, se detendría un momento para volver la cabeza y enviar una postrer mirada a la tumba. Así fue; pero cuando Pedro vio a su hermano en el mismo lugar que él ocupara, con los ojos en el suelo, tuvo también su ímpetu de ir a buscarlo y arrancarlo de aquella tumba sagrada. Prefirió ocultarse y aguardar. La piadosa acción, cualquiera que fuera, fue ofrecida por él primero a la amada común. El fue el primero que evocó la sombra de Flora, que la habló, que la oyó, que lloró con ella la separación eterna. Llegó antes que el otro; la recordó más temprano.

Así consolado, podía seguir su camino; si Pablo saliera tras él; comprendería que había hecho su visita en segundo lugar, y recibiría un gran golpe. Dio algunos pasos en dirección a la puerta, se detuvo, retrocedió y volvió a ocultarse. Quería ver los ademanes de Pablo, si rezaba, si se persignaba, para desmentirlo cuando le oyera mofarse de las ceremonias eclesiásticas. Luego comprendió que era un error; no iba a confesar a nadie que lo había visto rezando junto a la tumba de Flora. Por el contrario era capaz de desmentirlo.

Mientras estas imaginaciones le pasaban por la cabeza, deshaciéndose unas a otras, discurriendo sin palabras, aceptando, rechazando, esperando, sus ojos no se apartaban del hermano, ni éste de la sepultura. Pablo no hacía un ademan, no movía los labios, tenía los brazos cruzados y el sombrero en la mano. No obstante, podía estar rezando. También podía hablar callado, a la sombra o a la memoria de la muerta. Lo cierto es que no salió de aquel lugar. Entonces Pedro vio que la conversación, evocación, adoración o lo que fuera, que ataba a Pablo a la tumba, iba siendo más larga que sus oraciones. No contó su tiempo, pero evidentemente el de Pablo era ya mayor. Descontando la impaciencia, que siempre hace crecer los minutos, todavía resultaba que Pablo gastaba más pena que él. Así ganaba en la extensión de la visita lo que perdiera en la llegada al cementerio. Pedro a su vez, se consideró robado.

Quiso salir; pero una fuerza inexplicable no le permitía alzar los pies ni apartar los ojos de su hermano. Con trabajo pudo alzar estos, y pasearlos por las otras tumbas, en que leyó algunos epitafios. En uno de 1865 no se podía leer bien si era tributo de amor filial o conyugal, materno o paterno, porque ya estaba borrado el adjetivo. Tributo era, tenía la fórmula adoptada por los marmolistas para economizar estilo a sus clientes. Notando que el adjetivo estaba roído por el tiempo, Pedro se dijo que en amor era un sustantivo perpetuo, que no necesitaba nada para definirse.

Pensó otras cosas, con las que fue disimulando su humillación. Todo lo había hecho de carrera. Si se hubiese demorado más, el otro estaría en acecho, no él. El tiempo pasaba, el sol inundaba el rostro del hermano, pero este no se iba. Por fin dio señales de dejar la tumba, pero fue para andar al rededor, deteniéndose en los cuatro lados, como si buscara el sitio mejor para ver o evocar la persona guardaba en su seno.

Hecho esto, Pablo se retiró, bajó y salió, llevando las maldiciones de Pedro. Este tuvo una idea que desdeñó en seguida, y tú harías lo mismo amigo lector: volver a la tumba y aumentar el tiempo de antes con un pedazo mayor. Desechada la idea, vagó algunos instantes, hasta que salió sin ver ni la sombra de Pablo.

CXIII

Una Beatriz para dos

Si Flora viese las manifestaciones de ambos, es probable que bajara del cielo, y buscara el modo de oírlos perfectamente; una Beatriz para dos. Pero no las vio o no creyó conveniente bajar. Quizá no hallase la necesidad de volver para servir de madrina a un duelo que dejara a la mitad.

En cuanto a éste, si había de continuar, no era por la misma injuria. No olvides que al pie de esa misma tumba los dos hicieron paces eternas, y aunque no las deshiciese la tumba, lo cierto es que reavivó en parte la ira antigua. Me dirás, con apariencias de razón, que si aún enterrada los separaba, más los separaría si bajase en espíritu. Para equivocación, amigo mío. Al principio, por lo menos, ambos jurarían lo que ella les mandara.

CXIV

Consultorio y estudio

Meses después, Pedro abría consultorio médico, al que iban personas enfermas, y Pablo estudio de abogado, que buscaban los necesitados de justicia. El uno prometía salud, el otro victoria en los pleitos, y acertaban muchas veces, porque no les faltaba ni talento ni suerte. Además, no trabajaban solos, sino cada cual con un colega de renombre y práctica.

En medio de los sucesos de aquel tiempo, entre los cuales sobresalían la rebelión de la escuadra y los combates del sur, los ataques a la ciudad, los discursos incendiarios, prisiones, músicas y otros rumores, no les faltaba terreno en que discutir. Ni se necesitaba para ello la política. Las ocasiones y los motivos aumentaban en número. Aunque conviniesen por casualidad y en apariencia, era para discutir en seguida y alternativamente, no de propósito sino porque no podía ser de otra manera.

Habían perdido el acuerdo hecho por la razón, jurado por el amor, en honor de la niña muerta y la madre viva. No se podían ver, y menos oír. Cuidáronse de evitar todo lo que el sitio y la ocasión combinasen para separarlos más. De esta manera, la profesión les bifurcó el camino y dividió las relaciones de ambos. Natividad apenas se preocuparía por la mala voluntad de los hijos, desde que ambos parecían competir en quererla; pero se preocupaba por ella, y trataba de unirlos estrechamente en todo. Santos se regocijaba, de prolongarse por la medicina y la abogacía de los hijos. Sólo temía que Pablo, dada su inclinación partidista, buscara novia jacobina. No atreviéndose a decirle nada al respecto, se refugiaba en la religión, y no, había misa en que no introdujera una oración especial y secreta para alcanzar la protección del cielo.

CXV

Cambio de opiniones.

No sé cuando vio Natividad los primeros signos de un cambio de inclinación que más parecía a propósito, que efecto natural. Sin embargo, era naturalismo. Pablo comenzó a hacer oposición al gobierno, mientras Pedro moderaba su tono y su sentido, y acababa aceptando el régimen republicano, objeto de tantas desavenencias.

La aceptación por parte de éste no fue ni rápida ni total; pero era suficiente para comprender que entre él y el nuevo gobierno no mediaba un abismo. Naturalmente, el tiempo y la reflexión consumirían este efecto en el espíritu de Pedro, si es que no se admite que en él madurase también la ambición de un gran destino, esperanza de la madre. Natividad, en efecto, quedó encantada. También ella cambiaría, si había algo que cambiar en la sencilla alma materna, para quien todos los regimenes valían por la alegría de los hijos. Pedro, además, no se daba por entero, excluía algo de las personas y del sistema, pero aceptaba el principio, y eso basta; el resto llegaría con la edad -decía la madre.

La oposición de Pablo no era al principio sino a la ejecución. Esta no es la República de mis sueños decía; y se disponía a reformarla en tres tiempos, con la flor y la nata de las instituciones humanas, no presentes ni pasadas, sino futuras. Cuando hablaba de ellas, veíasele la convicción en los labios y en los ojos, agrandados éstos como de alma de profeta. Era otra ocasión de no entenderse los dos. Doña Claudia creía que era cálculo de ambos para no unirse nunca; -opinión que Natividad hubiera aceptado por último, a no ser por la de Ayres.

También éste había observado el cambio, y estaba pronto a aceptar la explicación por aquel motivo de la comodidad que encontraba en estar de acuerdo con las opiniones ajenas; no se cansaba ni aburría. Y

mejor si el acuerdo se hacía mediante un simple gesto. Pero esta vez tuvo en cuenta la persona de quien se trataba.

-No, baronesa -dijo, -no crea que se trate de un propósito.

-Pero, ¿qué puede ser, entonces?

Ayres invirtió algún tiempo en la elección de las palabras, para que no le resultaran pedantescas ni insignificantes; quería decir lo que pensaba. A veces hablar no cuesta menos que pensar. Al cabo de tres minutos, dijo reservadamente a Natividad:

-Me parece que la razón es el espíritu de inquietud que reside en Pablo, y el de conservación de Pedro. El uno se contenta ya con lo que hay, el otro considera que es poco, y poquísimo, y quisiera llegar a un punto que aún no han alcanzado los hombres. En suma, no les importan las formas de gobierno, con tal que la sociedad se quede firme o siga adelante. Si no está de acuerdo conmigo, convenga con doña Claudia.

Ayres no tenía el triste pecado de los opinadores; no le importaba ser aceptado o no. No es esta la primera vez que lo digo, pero probablemente será la última. A decir verdad, la madre de los gemelos no quiso otra explicación. No por eso se extinguiría la discordia entre ellos, que apenas cambiaban de armas para continuar el mismo duelo. Al oír esta conclusión, Ayres hizo un gesto afirmativo y llamó la atención de Natividad hacia el color del cielo, que era el mismo, antes y después de la lluvia. Suponiendo que hubiera algo simbólico en esto, Natividad comenzó a buscarlo, y lo mismo harías tú, lector, si estuvieras en su caso; pero no había nada.

-Tenga usted confianza, baronesa -continuó Ayres poco después. -Cuenta con las circunstancias, que también son hadas. Cuenta aún más con lo imprevisto. Lo imprevisto es una especie de dios suelto, a quien es preciso tributar algunas acciones de gracias; puede tener voto decisivo en la asamblea de los acontecimientos. Suponga usted un déspota, una corte, un mensaje. La corte discute, el mensaje, el mensaje canoniza al déspota. Cada cortesano se encarga de definir una de las virtudes del déspota; su mansedumbre, su piedad, su justicia, su mo-

destia... Llega el turno a la grandeza del alma; llega también la noticia de que el déspota ha muerto de apoplejía, que un ciudadano ha asumido el poder, y que la libertad se ha proclamado desde lo alto del trono. El mensaje es aprobado y copiado. Un amanuense basta para cambiar las manos a la Historia; todo consiste en que el nombre del nuevo jefe sea conocido, y lo contrario es imposible; nadie trepa el trono sin eso, ni usted sabe lo que es una memoria de amanuense. Como en las misas fúnebres, sólo se cambia el nombre del sufragado -Petrus, Paulus...

-¡Oh! no haga agujeros a mis hijos! -exclamó Natividad.

CXVI

De regreso.

-De manera que ¿han sido electos diputados?

-Sí; el jueves tomarán posesión de sus puestos. Si no fuesen mis hijos, le diría que los va a encontrar más hermosos de lo que los dejó el año pasado.

-Diga, dígalo usted, baronesa. Haga cuenta que son mis hijos. Ayres volvía de Europa, adonde fue con la promesa de no quedarse más de seis meses. Se engañó: estuvo once. Natividad le puso un año, para redondear la ausencia, que había sentido de veras, como doña Rita. A la una por la sangre, a la otra por la costumbre, a ambas les costó soportar la separación. Él se fue so pretexto de tomar las aguas, y por más que le recomendasen las del Brasil, no las quiso probar. No estaba acostumbrado a las denominaciones locales. Tenía la impresión de que las aguas de Carlsbad o de Vichy, sin estos nombres, no curarían tanto. Doña Rita insinuó que iba a ver cómo estaban las jóvenes que dejó.

-Estarán tan viejas como tú.

-Puede ser que más. Su oficio es envejecer -replicó el consejero.

Trató de reír, pero no pudo llegar más allá de la amenaza. No era el recuerdo de su propia vejez, ni el de la caudicidad ajena; era la injusticia de la suerte que le quitó la vista interior. Él sabía perfectamente que las jóvenes ceden al tiempo, como las ciudades y las instituciones, y aun más de prisa. No todas irían temprano a cumplir la sentencia que atribuye al amor de los dioses la muerte prematura de las personas; pero había visto algunas, y recordó a la dulce Flora, que allá se marchó con sus gracias delicadas... No pasó de amenaza de la risa.

Las dos trataron de detenerlo; Santos también, pues en el perdía uno de sus compañeros seguros de la noche; pero nuestro hombre resistió, se embarcó y partió. Como escribía siempre a la hermana y los amigos, daba la causa exacta de su tardanza, y no eran amores, salvo que mintiera, pero ya había pasado la edad de mentir. Afirmó, sí, que había recuperado algo las fuerzas, y así parecía cuando desembarcó once meses después en el muelle Pharoux. Tenía el mismo aire de viejo elegante, fresco y bien puesto.

-Conque, electos ¿eh?

-Electos; toman posesión el jueves.

CXVII

La toma de posesión.

El jueves, día en que los gemelos tomaban asiento en la Cámara, Natividad y Perpetua fueron a presenciar la ceremonia. Pedro o Pablo las colocó en una tribuna. La madre dio a conocer su deseo de que Ayres fuese también. Cuando éste llegó, ya las encontró sentadas, y a Natividad mirando con el antejo al presidente y a los diputados. Uno de éstos hablaba sobre el acto, y nadie le prestaba atención. Ayres se sentó algo más atrás, y al cabo de algunos minutos dijo a nuestra amiga:

-Usted me escribió que eran candidatos de partidos opuestos...

-En efecto -contestó Natividad. -Los han elegido en oposición el uno al otro

Ambos apoyaban la República, pero Pablo quería más de lo que ésta era, y Pedro pensaba que era bastante, y hasta demasiado. Mostrábase sinceros, ardientes, ambiciosos, eran queridos por sus amigos, instruidos, estudiosos...

-¿Y se quieren, por fin?

-Se quieren en mí -contestó Natividad después de formar la frase en la cabeza.

-Pues basta ese terreno, amigo.

-Amigo, pero hartó viejo; mañana puedo faltarles.

-¡No les faltará! Usted tiene muchos, pero muchos años de vida. Haga un viaje a Europa con ellos, y verá como vuelve todavía más robusta. Yo me siento duplicado, por más que me cueste por la modestia; pero la modestia lo perdona todo. Y luego cuando los vea con carrera, y ya grandes hombres...

-¿Pero por qué ha de separarlos la política?

-Sí, podrían ser grandes hombres en la ciencia: un gran médico, un gran jurisconsulto...

Natividad no quiso confesar que la ciencia no bastaba. La gloria científica le parecía comparativamente obscura: era silenciosa, de gabinete, entendida por pocos. La política no. Quisiera sólo la política, pero que no lucharan, que se amaran, que subieran dándose la mano... Así pensaba para sí, mientras Ayres, dejando de lado la ciencia, acabó por declarar que, sin amor, no se conseguiría nada.

-La pasión -dijo, -es la mitad del camino.

-La política es su pasión; pasión y ambición. Puede que ya piensen en la presidencia de la República.

-¿Ya?

-No... es decir, sí; pero guárdeme el secreto Los he interrogado separadamente; me confesaron que ese era su sueño imperial. Falta saber lo que hará el uno si el otro sube primero.

-¡Echarle abajo, naturalmente!

-No bromeo, consejero.

-No bromeo, baronesa. Usted cree que la política los desune; francamente, no. La política es un incidente, como lo fue la joven Flora...

-Todavía se acuerdan de ella.

-¿Todavía?

-Fueron a la misa de cabo de año, y sospecho que también al cementerio, pero no juntos ni a la misma hora. Si fueron es porque realmente la querían; luego no fue un incidente.

A pesar de lo que Natividad le merecía, Ayres no insistió en la opinión, antes bien dio más relieve a la otra, con el hecho de la visita al cementerio.

No sé si fueron -corrigió Natividad.

-Deben haber ido; querían realmente a la niña. También los quería ella; la diferencia está en que no alcanzando a hacerlos uno, como los veía ,en su interior, prefirió cerrar los ojos. No la preocupe el misterio, Hay otros más oscuros.

-Parece que va a comenzar la ceremonia -dijo Perpetua que estaba mirando al recinto.

-Acérquese más, consejero.

La ceremonia era la acostumbrada. Natividad creyó que iba a verlos entrar juntos y afirmar juntos el compromiso reglamentario. Llegarían así como los llevó en el vientre y a la vida. Tuvo que contentarse con admirarlos separadamente, a Pablo primero, a Pedro después, graves ambos, y les oyó desde arriba repetir la fórmula con voz clara y firme.

-Ya son legisladores -dijo Ayres al fin.

Natividad tenía los ojos gloriosos. Levantóse y pidió al viejo amigo que le acompañara hasta el carruaje. En el pasadizo encontraron a los dos flamantes diputados que iban a saludar a la madre. No consta cuál de ellos la besó primero; como no hay reglamento interno en esta otra cámara, puede que fueran ambos a la vez, metiéndoles ella la cara entre las bocas, una mejilla para cada uno. Lo cierto es que lo hicieron con igual ternura. Después volvieron al recinto.

CXVIII

Cosas pasadas, cosas futuras

Cuando Natividad iba a subir al carruaje, vio la iglesia de San José, al lado, y un pedazo del cerro del Castillo a la distancia. Se detuvo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Ayres.

-Nada -contestó Natividad, tendiéndole la mano. -¿Hasta luego?

-Hasta luego, sí.

La vista de la iglesia y el cerro, evocó en ella todas las escenas y palabras que quedaron transcritas en los primeros capítulos. No habrás olvidado que junto a la iglesia, entre ésta y la cámara, quedó esperándolas el cupé.

-¿Recuerdas, Perpetua? -dijo Natividad cuando echó a andar el carruaje.

-¿Qué cosa?

-¿No recuerdas que ahí quedó el coche cuando fuimos a ver a la mulata del Castillo?

Perpetua lo recordaba. Natividad observó que allí cerca debía estar la senda por donde subieron con dificultad y curiosidad hasta la casa de la mulata, en medio de la gente que subía y bajaba también. La casa estaba a la derecha; tenía una escalinata de piedra...

Descuida, amigo mío, no repetiré las páginas. Pero ella no podía dejar de evocarlas, ni impedir que acudiesen por sí mismas. Todo reaparecía con la antigua frescura. No olvidaba la figura de la mulatita cuando el padre la hizo entrar a la sala: "-Entra, Bárbara." La idea de que estuviese madura y lejos, devuelta al Estado que dejó Provincia, rica donde nació pobre, no acudió a la mente de nuestra amiga. No; volvió toda entera a aquella mañana de 1871. La mulatilla era la misma criatura leve y breve, con los cabellos atados en lo alto de la cabeza, mirando, hablando, bailando... ¡Cosas pasadas!

Cuando el carruaje iba a doblar la playa de Santa Lucía, frente a la Santa Casa, Natividad tuvo idea, pero sólo idea, de volverse a la cuesta del Castillo, subir por ella y ver si encontraba a la adivina en el mismo lugar. Le contaría que los dos niños de pechos, a quienes predijo que serían grandes, eran ya diputados y acababan de tornar asiento en la Cámara. ¿Cuándo se realizaría su destino? ¿Viviría lo bastante para verlos grandes?

La presidencia de la república no podía ser para dos; pero uno tendría la vice, y si lo parecía poco, más tarde cambiarían los puestos. No faltaban grandezas. Todavía recordaba las palabras de la mulata cuando le preguntó qué clase de grandeza tocaría a sus hijos. "-¡Cosas futuras!" -contestó la Pitia del Norte, con una voz tal que nunca la olvidó. Ahora, mismo le parece oírla; pero es ilusión. Cuando mucho serán las ruedas del carruaje, que van rodando, y las patas de los caballos, que redoblan. ¡Cosas futuras! ¡Cosas futuras!

CXIX

Que anuncia los siguientes

Todas las historias, si se cortan en tajadas, acaban con un capítulo último y otro penúltimo; pero ningún autor los confiesa tales; todos prefieren darles un título particular. Yo adopto el método opuesto; escribo a la cabeza de cada uno de los capítulos siguientes en nombre de remate, y sin decir el asunto especial de cada uno, indico el kilómetro en que estamos de la línea. Esto suponiendo que la historia sea un tren de ferrocarril. La mía no es propiamente eso. Podría ser una canoa si le hubiese puesto aguas y vientos; pero ya has visto que sólo anclamos por tierra, a pie y en coche, y más preocupados de la gente que del suelo. No es tren ni barco; es una historia sencilla, sucedida o por suceder; lo que podrás ver en los dos capítulos que faltan, y son cortos.

CXX

Penúltimo

Este es, también, una defunción. Allí quedó muerta la joven Flora, aquí va muerta la vieja Natividad.

La llamo vieja porque he leído su partida de bautismo; pero a decir verdad, ni los hijos diputados, ni la cabellera blanca, daban a esta señora el aspecto correspondiente a su edad. La elegancia, que era su sexto sentido, disfrazaba el tiempo de tal manera, que aun tenía, no digo la frescura, pero sí la gracia antigua.

No murió sin tener una conferencia particular con los hijos, tan particular que ni su mismo marido asistió a ella. Tampoco se empeñó en asistir. A la verdad, a la verdad, Santos andaba llorando por los rincones; menos hubiera podido contener las lágrimas, si oyera a su mujer haciendo a los hijos sus últimos pedidos. Los médicos la habían desengañado ya. Si yo no viese en esos oficiales de la salud los escrutadores de la vida y de la muerte, podría torcer el rumbo de la pluma y, contra la predicción científica, hacer escapar a Natividad. Cometería una acción fácil, además de mentirosa. No, señor, murió realmente, pocas semanas después de la sesión de la Cámara, murió de tifus.

Tan secreta fue la conferencia con sus hijos, que estos no quisieron contarla a nadie, excepto al consejero Ayres, que la adivinó en parte. Pablo y Pedro confesaron la otra parte, pidiéndole silencio.

-¿No han jurado callar?

-Realmente no -dijo el uno.

-Solo juramos lo que ella nos pidió -agregó el otro.

-Entonces pueden contármelo a mí. Yo seré tan discreto como una tumba.

Ayres sabía que las tumbas no son discretas. Si no dicen nada, es porque siempre tendrían que contar la misma historia: de ahí su fama de discreción.

Ahora bien, lo que hizo la madre cuando entraron y cerraron la puerta de la habitación fue pedirles que se quedaran a ambos lados de la cama y le dieran la mano derecha. Las unió sin fuerzas y las estrechó entre las ardientes suyas. Después, con voz espirante y ojos apenas iluminados por la fiebre, les pidió un favor, grande y único. Los jóvenes lloraban y callaban, adivinando quizá lo que iba a pedirles.

-El postrer favor -insistió la madre.

-Diga, mamá.

-¡Qué serán amigos! Su madre padecerá mucho en la otra vida si no los ve amigos en ésta. Pido poco; la vida de ambos me costó mucho, su crianza también, y mi esperanza era verlos grandes hombres. Dios no lo quiere, paciencia. Pero lo que yo quiero es no dejar dos ingratos. Vaya Pedro, vaya Pablo: júenme que serán amigos.

Los jóvenes estaban llorando. Si no hablaban era porque la voz no quería salirles de la garganta. Cuando pudo salió trémula, pero clara y fuerte.

-Lo juro, mamá.

-Lo juro, mamá.

-Amigos ¿para siempre?

-sí.

-No quiero otros recuerdos: éstos solamente, la amistad verdadera y que no vuelva a romperse nunca más.

Natividad les retuvo aún las manos, sintiolas trémulas de emoción, y permaneció callada unos instantes.

-Ahora, puedo morir tranquila.

-¡No, mamá, no morirás! -exclamaron ambos.

Parece que la madre quiso sonreír ante esta palabra de confianza, pero la boca no respondió a la intención, y, por el contrario, hizo un gesto que asustó a los dos hijos. Santos corrió a pedir socorro. Santos entró desorientado a la habitación, a tiempo de oír a su esposa algunas

palabras suspiradas y postreras. La agonía comenzó en seguida y duró algunas horas. Contando todas las horas de agonía que han habido en el mundo, ¿cuántos siglos formarán? De ellos, algunos habrán sido tenebrosos, otros melancólicos, muchos desesperados, raros fastidiosos. En fin, la muerte llega, por mucho que se tarde, y arranca la persona al llanto o al silencio.

CXXI

Ultimo.

Castor y Polux fueron los nombres que un diputado puso a los gemelos cuando volvieron a la cámara después de la misa del séptimo día. Su unión era tal, que parecía por apuesta. Entraban juntos, andaban juntos, salían juntos. Dos o tres veces votaron juntos, con grande escándalo de los respectivos amigos políticos. Habían sido electos para combatirse, y acababan traicionando a sus electores. Oyeron duros adjetivos, acerbas reprensiones. Pensaron en renunciar; pero Pedro encontró un medio conciliatorio.

-Nuestro deber político es votar con los amigos -dijo a su hermano, -Votemos con ellos. Mamá sólo nos ha pedido concordia personal. En la tribuna, sí; nadie nos obligará a atacarnos; en el debate y el voto, podemos y debemos discutir.

-Apoyado; pero si un día te parece que debes venirte a mi campo, vente. Ni tú ni yo hemos hipotecado el juicio.

-Apoyado.

Personalmente, no siempre había este acuerdo. Las discusiones no eran raras, ni los ímpetus; pero el recuerdo de la madre estaba tan fresco, su muerte tan reciente, que sofocaban cualquier movimiento, por más que les costase, y vivían unidos. En la cámara, el disentiimiento político y la fusión personal los hacía cada vez más admirables.

La Cámara terminó sus trabajos en Diciembre. Cuando se reabrió, en Mayo, sólo apareció Pedro. Pablo había ido a Minas, unos decían que a ver a la novia, otros que a buscar diamantes; pero parece que sólo fue de paseo. Poco después volvió, entrando sólo a la Cámara, al revés del anterior, en que los hermanos subían juntos, casi pegados, las escaleras. Los ojos de los amigos no tardaron en descubrir que no estaban en buena armonía, y poco después que se detestaban. No faltó

indiscreto que preguntara a uno y a otro lo que había ocurrido en el intervalo de los dos períodos; ninguno contestaba nada. El presidente de la cámara, por consejo del leader, los nombró en la misma comisión. Pedro y Pablo cada cual por su lado, fueron a pedirle que los dispensase.

-¡Son otros! -dijo el presidente en el café.

-¡Completamente! -confirmaron los diputados presentes.

Ayres supo esta opinión al día siguiente, por un diputado amigo suyo que vivía en una de las casas de pensión de Cattete. Había ido a almorzar con él, y, en conversación, como el diputado conocía las relaciones de Ayres con sus dos colegas, le contó lo de aquel año y el anterior y el cambio radical e inexplicable. Repitió también la opinión de la cámara.

Aquello no era novedad para el consejero, que había asistido a la unión y la desunión de los gemelos. Mientras el otro hablaba, iba remontando los tiempos y la vida de ambos, reconstruyendo las luchas, los choques, la aversión recíproca, apenas disimulada, apenas interrumpida por algún motivo más poderoso, más persistente en la sangre, como necesidad virtual. No se le olvidaron los pedidos de la madre, ni su ambición de verlos grandes hombres.

-Usted que los trata, dígame lo que los ha hecho cambiar -terminó el amigo.

-¿Cambiar? No han cambiado nada; son siempre los mismos.

-¿Los mismos!

-Sí; son los mismos.

-No es posible.

Habían terminado de almorzar. El diputado subió a su cuarto para acabar de vestirse. Ayres fue a esperarlo en la puerta de la calle. Cuando el diputado bajó, en sus ojos se veía que creía haber descubierto algo.

-Oiga usted, ¿no será...? ¿Quién sabe si la herencia de la madre no es lo que los ha hecho cambiar! Puede haber sido la herencia, cuestiones de inventario...

Ayres sabía que no era la herencia; pero no quiso repetir que eran los mismos, desde el vientre de la madre.

Prefirió aceptar la hipótesis para evitar la discusión, y salió acariciándose la solapa, en que lucía la misma flor eterna.

FIN